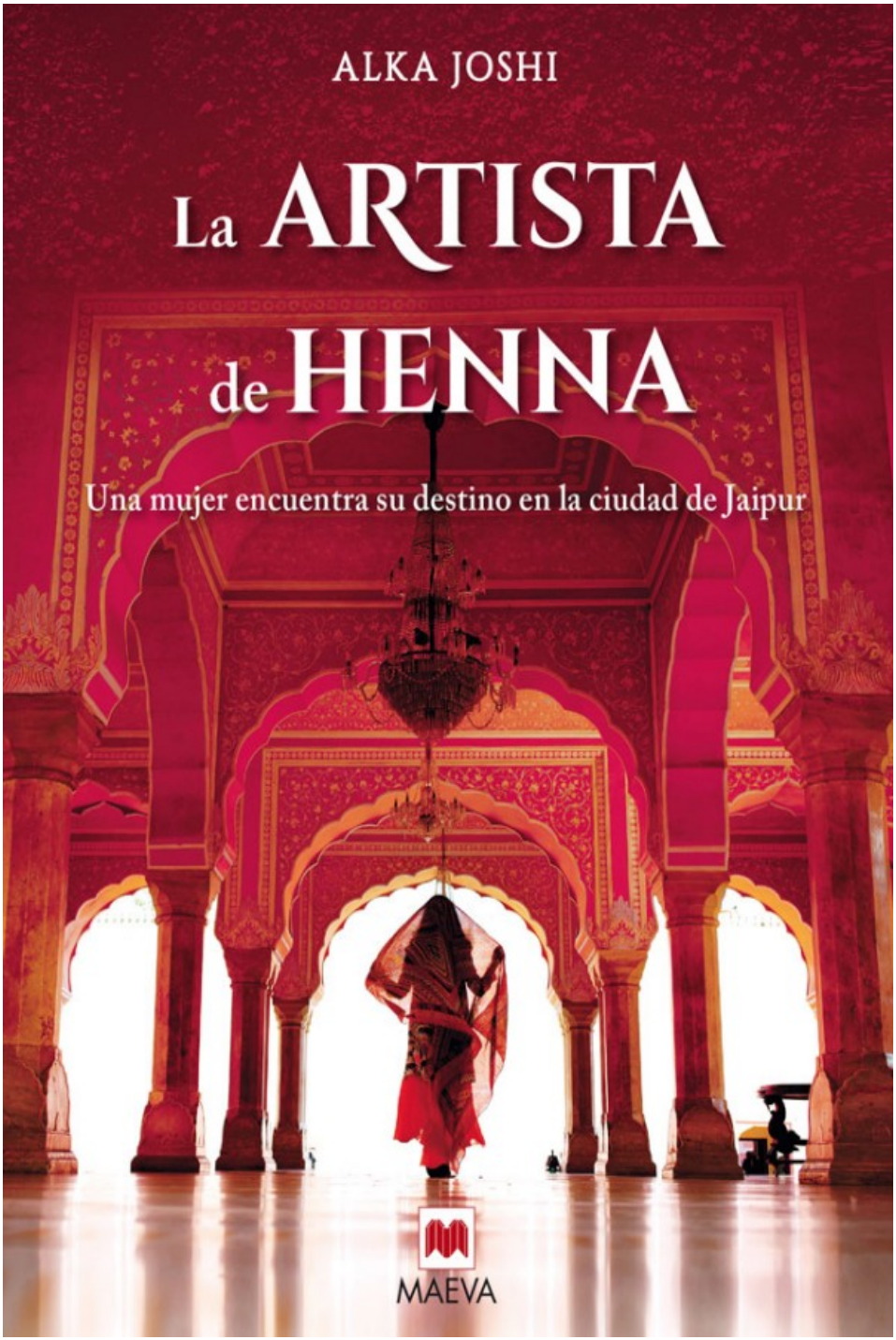
ALKA JOSHI

La ARTISTA de HENNA

Una mujer encuentra su destino en la ciudad de Jaipur



MAEVA

ALKA JOSHI

La ARTISTA de HENNA

Una mujer en la ciudad de Jaipur

Traducción:
Ana Belén Fletes

MAEVA

Índice

Portada
Prefacio
Dedicatoria
Citas
Escenarios de la novela
Dramatis personae
Prólogo
Primera parte
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

Tercera parte
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17

Cuarta parte
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Epílogo
Glosario
La historia de la henna

Receta de Radha para elaborar la pasta de henna
El sistema de castas en la India
Notas
Sobre la autora
Sobre este libro
Créditos

Queridos lectores,

¿Qué tiene **Alka Yoshi** que la hace tan extraordinaria? Se trata de una escritora novel que, en su debut, ha conseguido vender más de 250.000 ejemplares solo en Estados Unidos, y su novela ya se ha publicado en más de veinticinco países. Además, el hecho de ser una mujer nacida en la India y educada en Estados Unidos la convierte en una perfecta escritora que ha nadado entre dos culturas.

Al igual que en décadas anteriores nos cautivaron otras novelas cuya trama se desarrolla en la India, como *El dios de las pequeñas cosas, Pasión india* o *El vagón de las mujeres,* ***La artista de henna*** es **la novela** ambientada en el país asiático de esta nueva década.

Esta historia nos abre las puertas a un mundo deslumbrante e implacable: la India de la década de 1950, y describe a una mujer que lucha por cumplir sus sueños en una sociedad anclada en la tradición que empieza a mirar hacia la modernidad.

Gracias a sus dibujos de henna, la protagonista, Lakshmi, tiene acceso a las confidencias de las mujeres de las castas más altas, y el poder de curar pequeños y grandes males.

Todo ello transcurre en un escenario exótico y fascinante, la Ciudad Rosa de Jaipur, uno de los enclaves más llamativos de la India.

Por si fuera poco, este libro ha recibido los elogios unánimes de los lectores en los países donde se ha publicado hasta ahora.

Una magnífica novela que conviene leer con todos los sentidos, y que hace que nos sintamos orgullosos de ser sus editores y contar con ella en nuestro catálogo.

La editora

Para mi madre, Sudha Latika Joshi, que defendió mi independencia.
Para mi padre, Ramesh Chandra Joshi, que me cantó la más dulce de las canciones de cuna.

El viajero tiene que llamar, una tras otra,
a todas las puertas extrañas para llegar a la suya;
ha de vagar por todos los mundos de fuera
si quiere llegar al fin a su santuario interior.

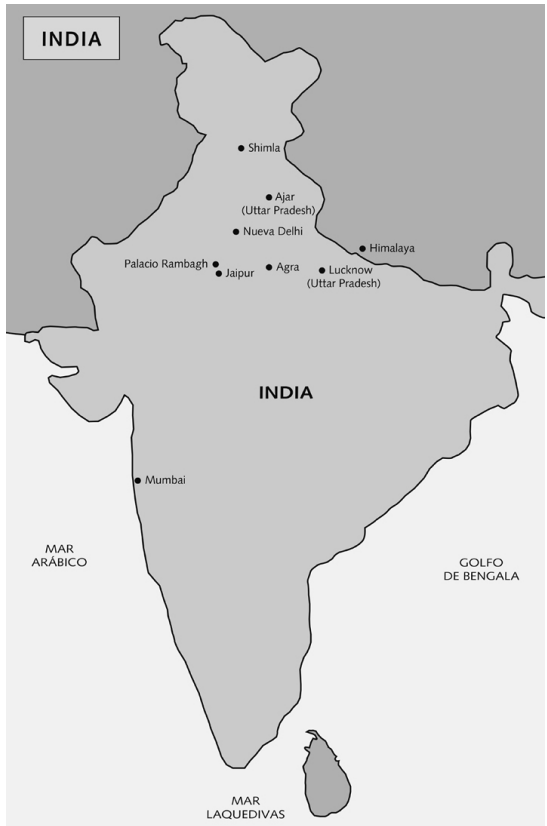
Gitanjali (Poemas en prosa)
Rabindranath Tagore

Cuando la diosa de la abundancia viene a bendecirte,
no debes salir de la habitación para lavarte la cara.

Proverbio hindú

Al final de este libro encontrarás un glosario que te ayudará a entender todos los términos en hindi que aparecen a lo largo de la novela. También tienes a tu disposición información adicional sobre el sistema de castas de la India, un tema importante para comprender la estructura social y política en la que durante generaciones se ha apoyado esta cultura, y también sobre uno de los secretos mejor guardados en el tiempo, la pasta de henna.

Escenarios de la novela



Dramatis personae

LAKSHMI SHASTRI: ARTISTA de la henna, treinta años, vive en Jaipur.

Radha: hermana de Lakshmi, trece años, nació después de que Lakshmi abandonara su aldea.

Malik: ayudante de Lakshmi, siete u ocho años (no lo sabe con exactitud), vive en la ciudad vieja con su tía y sus primos musulmanes.

Parvati Singh: dama de la alta sociedad, treinta y cinco años, esposa de Samir Singh, madre de Ravi y Govind Singh, prima lejana de la familia real.

Samir Singh: renombrado arquitecto, perteneciente a una familia Rasputín de clase alta, esposo de Parvati Singh y padre de Ravi y Govind Singh.

Ravi Singh: hijo de Parvati y Samir Singh, diecisiete años, acude al internado Mayo College (a varias horas de Jaipur).

Lala: sirvienta de los Singh durante muchos años, soltera.

Sheela Sharma: hija del señor y la señora V. M. Sharma, pareja de casta brahmán de orígenes humildes que ha hecho mucho dinero, quince años.

V. M. Sharma: constructor oficial de la familia real de Jaipur, padre de cinco, incluida su hija menor, Sheela.

Jay Kumar: compañero de la Universidad de Oxford de Samir Singh, soltero, médico en Shimla (en las estribaciones de los Himalayas, a once horas en coche de Jaipur).

Señora Iyengar: casera de Lakshmi en Jaipur.

Señor Pandey: vecino de Lakshmi e inquilino de la señora Iyengar, profesor de música de Sheela Sharma.

Hari Shastri: marido al que Lakshmi había dejado trece años atrás.

Joyce Harris: mujer inglesa joven, esposa de un oficial del ejército británico que forma parte de la unidad de transición en Jaipur durante el traspaso de poder al Raj.

Señora Harris: suegra de Joyce Harris.

Munchi: anciano de la aldea que enseñó a Lakshmi a pintar y a Radha a mezclar colores.

Kanta Agarwal: joven nacida en el seno de una familia de literatos de Calcuta y educada en Inglaterra, veintiséis años, casada con Manu Agarwal.

Manu Agarwal: director de operaciones del palacio real de Jaipur, educado en Inglaterra, casado con Kanta y emparentado con la familia Sharma.

Baju: anciano sirviente de Kanta y Manu Agarwal.

Maharajá de Jaipur: cabeza del Estado, pero sin autoridad política real tras la independencia, miembro de la familia real de mayor rango de la ciudad, rico en tierras y dinero, posee múltiples palacios en Jaipur.

Naraya: constructor de la casa que Lakshmi tiene en Jaipur.

Maharaní Indira: madrastra del maharajá, casada con el anterior maharajá de Jaipur, no tiene hijos, se hace referencia a ella también como *reina viuda*.

Maharaní Latika: esposa del actual maharajá, treinta y un años, educada en Suiza.

Madho Singh: periquito de la maharaní Indira.

Geeta: viuda, última amante de Samir Singh.

Señora Patel: una de las clientas de Lakshmi que le es fiel, propietaria de un hotel.

Prólogo

Ajar, estado de Uttar Pradesh, India

Septiembre de 1955

CAMINA CON LIGEREZA sobre la tierra dura, no nota las piedrecillas que pisa en las plantas encallecidas y cubiertas de barro de la ribera del río. Sostiene un *mutki* en equilibrio sobre la cabeza, la misma vasija de barro que utiliza cada día para transportar el agua del pozo. Ese día, en vez de agua, la chica transporta todas sus pertenencias: una enagua y una blusa de recambio, el sari con el que se casó su madre, el libro con las leyendas de Krishna que solía leerle su padre, con las hojas suaves como una tela gastada por el uso, y la carta que había llegado de Jaipur esa mañana temprano.

Cuando oye a lo lejos las voces de las mujeres en el pueblo, la chica vacila. Las chismosas parlotean, intercambian cotilleos, ríen mientras lavan saris, chalecos, enaguas y *dhotis*. La niña sabe que, en cuanto la vean, se callarán para mirarla o escupir en el suelo, implorando a Dios que las proteja contra la Niña de la Mala Suerte. Se acuerda de la carta, segura dentro del *mutki*, y piensa: «Déjalas. Será la última vez».

El día anterior, esas mujeres se habían encarado con el jefe de la aldea. «¿Por qué sigue viviendo la Niña de la Mala Suerte en la choza del maestro cuando la necesitamos para el nuevo maestro?» Sin hacer ruido por miedo a que las mujeres entraran y la sacaran de los pelos, la niña había permanecido en absoluto silencio entre los muros de adobe. Ya no había nadie que la protegiera. La semana anterior habían quemado el cuerpo de su madre junto con los huesos de otros animales muertos, la pira funeraria de los pobres. Su padre, el antiguo maestro, las había abandonado seis meses antes y poco después se había ahogado en una charca poco profunda junto a la orilla del río, tan borracho que probablemente no había notado el aguijón de la muerte.

La niña se había pasado toda la semana esperando a las afueras del pueblo la llegada del cartero, que iba en bicicleta de manera esporádica desde el pueblo vecino. Esa mañana, nada más verlo, salió corriendo de su escondite, cosa que sorprendió al hombre, y le preguntó si tenía alguna carta para su familia. Él la observó a través de las gruesas gafas con ojos legañosos, el ceño fruncido y mordiéndose la mejilla por dentro. La niña sabía que sentía lástima por ella, pero también que estaba enfadado: le estaba pidiendo algo que le estaba reservado al jefe de la aldea. Pero la niña le sostuvo la mirada sin pestañear. Cuando el cartero le entregó por fin el grueso sobre de papel casi translúcido dirigido a sus padres, lo hizo de forma apresurada, evitando mirarla a los ojos, y se alejó pedaleando todo lo rápido que pudo.

La niña se yergue, echa los hombros hacia atrás y pasa caminando junto a las mujeres por la orilla del río. Ellas la miran con odio. La pequeña siente el agitado latido del corazón en el pecho, pero pasa, tiesa como una caña de azúcar, con el *mutki* en la cabeza, como si fuera al pozo de los granjeros, a poco más de tres kilómetros de distancia, el único pozo que le permiten utilizar.

Las chismosas ya no susurran, sino que se hablan a gritos: «¡Ahí va la Niña de la Mala Suerte! ¡El año que nació, las langostas se comieron todo el trigo! ¡Su hermana mayor abandonó a su esposo y nunca se la volvió a ver! ¡Menuda desvergonzada! ¡Ese mismo año su madre se quedó ciega! ¡Y su padre se dio a la bebida! ¡Qué deshonra! ¡Hasta el color de esa niña es sospechoso! Solo los ingleses tienen los ojos azules. ¿Acaso es uno de los nuestros? ¿Su lugar está en este pueblo?».

La niña se pregunta con frecuencia por esa hermana mayor de la que hablan. La hermana cuyo rostro ve solo como una sombra en sueños, cuya existencia sus padres no han reconocido nunca. Las chismosas dicen que abandonó el pueblo trece años atrás. ¿Por qué? ¿Adónde fue? ¿Cómo escapó de un lugar en el que esas mujeres vigilan todos tus movimientos? ¿Huyó en plena noche, cuando las vacas y las cabras dormían? Dicen que robó dinero, pero nadie en el pueblo tiene dinero. ¿De dónde había sacado comida para alimentarse? Hay quien dice que se vistió de hombre para que

no la parasen por el camino. Otros dicen que se fugó con un artista de circo y que vivía como una *nautch*, una bailarina, actuando en el distrito del sexo de Agra, a muchos kilómetros de allí.

Tres días antes, el viejo Munchi y su pierna mala, el único amigo que tenía en el pueblo, le había advertido que, si no dejaba libre la choza, el jefe insistiría en que se casara con algún granjero viudo o la obligaría a abandonar el pueblo.

—Aquí ya no tienes nada —le había dicho Munchi.

Pero ¿cómo se las iba a arreglar una huérfana de trece años sin familia y sin dinero?

—Ten valor, *bheti* —le había dicho el hombre.

Le dijo también dónde encontrar a su cuñado, el hombre al que su hermana había abandonado años atrás, en un pueblo cercano. Tal vez él pudiera ayudarla a encontrar a su hermana.

—¿Por qué no puedo quedarme con usted? —le había preguntado al anciano.

—No sería apropiado —había respondido él amablemente. El hombre se ganaba la vida pintando imágenes sobre el esqueleto de las hojas de higuera sagrada. Para consolarla, le había regalado una pintura. Enfadada, la chica casi se la había tirado a la cara, pero entonces se dio cuenta de que la imagen era la de Krishna dándole de comer un mango a su consorte, Radha, igual que se llama ella. Era el regalo más hermoso que le habían hecho nunca.

RADHA AMINORA LA marcha al aproximarse a la era. Cuatro bueyes caminan en círculos alrededor de una piedra plana de gran tamaño, moliendo el trigo. Prem, el boyero, dormita con la espalda apoyada en la choza. La chica pasa rápido en dirección a la senda angosta que conduce al templo de Ganesh. El altar tiene una abertura estrecha y, en el interior, se ve una estatua del dios. Las ofrendas están dispuestas alrededor de las patas del dios elefante: un coco pequeño, tagetes, un cuenco pequeño con *ghee*, rodajas de mango. Una lánguida espiral de humo asciende de un cono de incienso de sándalo.

La chica deposita la pintura de Krishna que le regaló

Munchi delante de Ganesh, El que Elimina todos los Obstáculos, y le suplica que elimine la maldición de la Niña de la Mala Suerte.

Para cuando llega al pueblo de su cuñado, a dieciséis kilómetros hacia el oeste, ya es media tarde y el sol está más cerca del horizonte. Lleva mojada de sudor la blusa de algodón. Tiene los pies y los tobillos cubiertos de polvo; la boca, seca.

Entra en el pueblo con cautela. Se agazapa entre los arbustos y se esconde tras los árboles. Sabe que no tratarán bien a una chica que va sola. Busca a un hombre que se parezca al que le describió Munchi.

Lo ve. Allí está. En cuclillas debajo del baniano, frente a ella. Su cuñado.

Tiene el pelo negro como el carbón, fuerte y grasiento. Una cicatriz larga y abultada serpentea desde el labio inferior hasta la barbilla. No es joven, pero tampoco viejo. Lleva una camisa tipo sahariana manchada de curri y el *dhoti,* la típica vestimenta masculina, polvoriento.

Se fija entonces en la mujer en cuclillas que está delante del hombre. Se sujeta el codo con la mano y el antebrazo le cuelga en un ángulo poco natural. Se cubre la cabeza por completo con el *pallu* y habla con el hombre en susurros. Radha los observa mientras se pregunta si su cuñado habrá tomado otra esposa.

Coge una piedrecita y se la tira. Falla. La segunda vez le da en el muslo, pero él la aparta con la mano, como si estuviera espantando un insecto. Escucha con atención a la mujer. Radha sigue tirándole piedrecitas y consigue darle varias veces. Al final, el hombre levanta la cabeza y mira a su alrededor.

Radha sale de su escondite para que pueda verla.

El hombre abre los ojos desmesuradamente, como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Lakshmi?

PRIMERA PARTE

1

Jaipur, estado de Rajastán, India

15 de noviembre de 1955

LA INDEPENDENCIA LO había cambiado todo. La independencia no había cambiado nada. Ocho años después de que se fueran los británicos teníamos escuelas públicas, agua corriente y carreteras asfaltadas, pero Jaipur seguía pareciéndome igual que diez años atrás, cuando pisé su suelo polvoriento por primera vez. De camino a nuestra primera cita de la mañana, Malik y yo estuvimos a punto de chocar contra una bicicleta que se nos atravesó, con un hombre que transportaba sacos de cemento en la cabeza. El ciclista, que aferraba una escalera de seis peldaños debajo del brazo, provocó que una carreta tirada por un caballo golpeara de refilón a un cerdo, que se alejó chillando hacia un estrecho callejón. En un momento dado nos apartamos para dejar pasar a un bullicioso grupo de *hijras*[1]. Los hombres, ataviados con saris y con los labios pintados, cantaban y bailaban delante de una casa para bendecir el nacimiento de un niño. Tan acostumbrados estábamos a los olores de la ciudad —estiércol de vaca, hogueras para cocinar, aceite de coco para el cabello, incienso de sándalo y orina— que ya no los percibíamos.

Lo que la independencia sí había cambiado era a nuestro pueblo. Se notaba en la postura, el pecho henchido, como si por fin les permitieran respirar; en la forma de andar, con decisión y orgullo, hacia los templos; en la forma de regatear, más atrevida que antes, con los vendedores del mercado.

Malik paró un *tonga* con un silbido. Era un chico menudo, delgado como un junco. Su silbido, tan alto que podrían oírlo hasta en Bombay, siempre me sorprendía. Cargó nuestras pesadas tarteras metálicas llamadas *tiffins* en el carro tirado por un caballo, y el conductor recorrió de mala gana las cinco manzanas que había hasta la finca de los Singh. El vigilante que hacía guardia en la entrada de la finca nos miró cuando

nos bajamos.

Antes de la independencia, la mayoría de las familias de Jaipur vivían hacinadas en viviendas familiares dentro de la antigua Ciudad Rosa. Pero varias generaciones Singh habían vivido siempre en una extensa finca fuera de las murallas de la ciudad. Pertenecían a la clase dirigente —rajás y otros príncipes menores, oficiales del ejército en activo—, acostumbrados desde hacía mucho a los privilegios antes, durante e incluso después del dominio británico. La finca de los Singh estaba en un amplio bulevar bordeado de higueras sagradas. Un muro de dos metros y medio de altura coronado con trozos de cristal cortante ocultaba la mansión de dos plantas. Un porche de mármol recubierto de buganvilla y jazmín se extendía a lo largo de la fachada delantera y los laterales de cada planta, refrescando la casa en verano, cuando el calor en Jaipur alcanzaba la temperatura de un horno para cocinar *tandoori*.

Una vez que el guarda comprobó nuestra llegada en el *tonga*, descargamos la mercancía. Malik se quedó atrás charlando con él mientras yo continuaba por el sendero de adoquines flanqueado por una amplia extensión de césped perfectamente recortado y subía los escalones de piedra hasta el porche de Parvati Singh.

Aquella tarde de noviembre corría un viento fresco pero húmedo. Lala, la sirvienta que más tiempo llevaba con Parvati Singh y niñera de sus hijos, me recibió en la puerta. Se subió el sari hasta cubrirse el pelo en señal de respeto.

Yo le sonreí y junté las palmas en el gesto de namasté.

—¿Has estado utilizando el aceite de magnolia, Lala?

La última vez que estuve en la mansión le había dejado una botella de mi remedio para las durezas de los pies.

Ella disimuló la sonrisa tras su *pallu* a la vez que sacaba un pie desnudo y lo giraba para mostrarme la piel suave del talón.

— Mira —dijo con una suave risa.

—*Shabash!* ¡Bravo!—la felicité—. ¿Y cómo está tu sobrina?

Lala había llevado a su sobrina de quince años a trabajar en la mansión de los Singh seis meses atrás.

La anciana frunció el ceño y su sonrisa se esfumó. Pero cuando abrió la boca para contestar, su señora gritó desde el

interior de la casa.

—¿Eres tú, Lakshmi?

Lala recompuso la expresión, me dirigió una sonrisa tensa y me hizo un gesto con la cabeza como diciendo: «Está bien». Después se volvió a la cocina mientras yo iba al dormitorio de Parvati, donde tantas veces había estado.

La mujer estaba ante el escritorio de madera de palo de rosa. Consultó la hora en su fino reloj de pulsera de oro y siguió con la carta que estaba escribiendo. Insistía mucho en ser puntual y detestaba que los demás llegaran tarde. Sin embargo, yo estaba acostumbrada a esperar mientras ella escribía de forma apresurada una nota al primer ministro Nehru o terminaba de hablar por teléfono con algún miembro de la liga indo-soviética.

Descargué las tarteras y preparé los cojines del diván de seda de color crema mientras ella sellaba la carta y llamaba a Lala.

En vez de la anciana sirvienta, apareció su sobrina. Mantenía los ojos grandes y oscuros pegados al suelo y las manos entrelazadas ante sí.

Parvati frunció el ceño. Se quedó mirando a la chica y tras una brevísima pausa dijo:

—Tendremos un invitado a comer. Asegúrate de que haya *boondi raita*.

La chica palideció, como si se encontrara mal de repente.

—No hay yogur fresco, *memsahib*.

—¿Y eso por qué?

La chica se removió inquieta. Buscó la respuesta en la alfombra turca, la foto enmarcada del primer ministro, el mueble bar con espejo.

Cuando Parvati habló, sus palabras eran cristal, transparente y cortante.

—Asegúrate de que haya *boondi raita* para la comida.

A la chica le temblaba el labio inferior. Me miró con gesto implorante.

Yo me acerqué a las ventanas que daban al jardín trasero. Parvati también era mi señora. Yo no podía hacer nada por la chica. Mi ayuda le serviría tan poco como la de la piel de tigre que tenían colgada en la pared.

—Que sea Lala quien nos sirva hoy el té.

Parvati despidió a la chica y se tumbó en el diván. Era la señal para empezar a aplicarle la henna. Me senté como de costumbre en el otro extremo del diván y le tomé las manos.

Antes de que llegara a Jaipur, mis señoras dejaban que las mujeres de la casta shudra les decorasen con henna las manos y los pies. Pero las mujeres de esa casta, una de las más bajas, pintaban lo que las madres habían pintado antes que ellas: sencillos puntos, rayas, triángulos. Lo justo para recibir unos exiguos ingresos. Mis diseños eran más intrincados; contaban historias de las mujeres a las que servía. Mi pasta de henna era más fina y sedosa que la mezcla que utilizaban las mujeres shudra. Yo tenía la precaución de extender una loción de limón y azúcar sobre la piel antes de aplicar la henna para que el dibujo durase semanas. Cuanto más oscura era la pintura, más amaba el esposo a su esposa —o eso creían mis clientas—, y mis elaborados diseños color canela nunca decepcionaban. Con el tiempo, mis clientas habían llegado a creer que mi henna podía atraer a un esposo díscolo de vuelta a la cama conyugal o conseguir que un bebé saliera del vientre. Por eso yo podía pedir diez veces más que las mujeres shudra. Y me lo pagaban.

La propia Parvati atribuía el nacimiento de su hijo menor a mi habilidad con la henna. Ella fue la primera clienta que tuve en Jaipur. Cuando concibió a su bebé, vi que mi agenda se llenaba con conocidas suyas: la élite de la ciudad.

De vuelta a su diván, mientras se le secaban los dibujos de las manos y empezaba con los de los pies, Parvati se inclinó hacia delante para observar cómo estaba quedando hasta que mi cabeza y la suya casi se tocaron; su aliento tenía el aroma dulce de la nuez de betel. Su suspiro cálido me acarició la mejilla.

—Dices que nunca has salido de la India, pero yo solo he visto esta hoja de higuera en Estambul.

Contuve la respiración y por un instante sentí ese viejo miedo. En los pies de Parvati había dibujado las hojas de la higuera turca, muy diferente de su pariente de Rajastán, el baniano, cuyo exiguo fruto solo sirve para alimentar a los pájaros. En la planta, y solo para los ojos de su esposo, estaba pintando un higo de gran tamaño, carnoso y sensual, partido por la mitad.

Sonreí cuando nuestros ojos se encontraron y le empujé suavemente el hombro hacia los cojines.

—¿Es en eso en lo que se fijará su esposo? ¿En que los higos son turcos? —pregunté arqueando una ceja.

Saqué un espejo de mi mochila y se lo acerqué al arco del pie derecho para que pudiera ver la diminuta avispa que había pintado al lado del higo.

—Estoy segura de que su esposo sabrá que todo higo necesita que un tipo específico de avispa fertilice la flor que hay en su interior.

La mujer enarcó las cejas sorprendida. Entreabrió los labios del color de las ciruelas maduras. Se rio, una sonora carcajada que hizo estremecer el diván. Parvati era una mujer guapa con unos ojos almendrados y una boca generosa, el labio superior un poco más carnoso que el inferior. Los saris de los colores de las piedras preciosas, como el de seda fucsia que llevaba en ese momento, le iluminaban la tez.

Se secó la comisura de los ojos con un extremo del sari.

—*Shabash*, Lakshmi! —dijo—. Cuando vienes a hacerme la henna, no hay forma de apartar a Samir de mi cama.

En su voz se leía la insinuación de una tarde entre frescas sábanas de algodón, la tibieza de los muslos de su esposo entre los de ella.

Hice un esfuerzo para apartar la imagen de mi cabeza.

—Como debe ser —murmuré y acto seguido proseguí con el dibujo en el arco del pie, un lugar sensible para la mayoría de las mujeres. Pero Parvati estaba acostumbrada a mis servicios y conseguía mantenerse inmóvil mientras yo le aplicaba el color con ayuda de un cono.

—De manera que las hojas de la higuera turca siguen siendo un misterio, igual que tus ojos azules y tu piel clara —dijo ella con una risa suave.

En los diez años que llevaba trabajando para ella, Parvati no había dejado de sacar el tema. La India era una tierra de ojos negros como el carbón. Los ojos azules exigían una explicación. ¿Tenía un pasado sórdido? ¿Mi padre era europeo? O lo que era aún peor, ¿mi madre era anglo-india? Tenía treinta años, había nacido durante el dominio británico y estaba acostumbrada a las habladurías sobre mi familia. Nunca permitía que los comentarios de Parvati me

provocaran.

Envolví con un paño húmedo la pasta de henna y me eché un poco de aceite de clavo en la mano. Me froté las palmas para calentarlo y a continuación se lo apliqué en las manos, donde la henna ya estaba seca.

—Piense, *ji*, que uno de mis ancestros podría haberse dejado seducir por Marco Polo. O por Alejandro Magno. —Mientras le masajeaba los dedos, escamas de pasta de henna seca cayeron sobre la toalla que había extendido debajo. Comenzó a surgir el diseño que le había pintado—. Puede que corra sangre guerrera por mis venas, igual que por la suya.

—¡Anda, Lakshmi, seamos serias!

Sus pendientes de oro y perlas en forma de campana se agitaron alegremente cuando Parvati soltó otra carcajada. Las dos habíamos nacido en el seno de dos de las castas hindúes más altas, la chatria en su caso y la brahmán en el mío, pero jamás podría tratarme como a una igual porque yo tocaba los pies de las damas para decorarlos con henna. Los pies se consideraban una parte impura de la que solo podían ocuparse los miembros de la casta de los shudras. Así que aunque la casta a la que pertenecía Parvati hubiera confiado durante siglos la educación de sus hijos y la realización de ritos espirituales a la casta a la que pertenecía yo, a ojos de la élite de Jaipur yo era una brahmán caída en desgracia.

Pero las mujeres como ella pagaban bien. Seguí retirándole la pasta reseca de las manos sin prestar atención a sus provocaciones. Con el tiempo había ahorrado mucho y estaba muy cerca de conseguir lo que ansiaba: una casa propia. Tendría suelos de mármol en los que refrescarme los pies después de pasar el día caminando de un lado para otro por la ciudad; toda el agua corriente que quisiera en vez de tener que suplicar a mi casera que me llenara el *mutki*; una puerta principal de la que solo yo tendría llave; una casa que nadie podría obligarme a abandonar. A los quince años, me expulsaron de mi pueblo para casarme cuando mis padres dejaron de poder mantenerme. Ahora yo sí podría mantenerlos, cuidar de ellos. No habían respondido a ninguna de mis cartas ni habían agradecido el dinero que les había estado enviando todos esos años, aunque seguro que cambiarían de opinión y acudirían a Jaipur cuando les

ofreciera una cama en mi propia casa. ¿O no? Mis padres terminarían viendo que todo había salido bien. Hasta que volviéramos a estar juntos, controlaría mi orgullo. ¿No había sido Gandhi quien había dicho «Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego»?

EL SONIDO DE cristales rotos nos sobresaltó. Vi una pelota de críquet rodar por la alfombra y llegar hasta el diván. Un momento después, Ravi, el hijo mayor de Parvati, entró corriendo por las puertas del porche, llevando consigo el aire fresco de noviembre.

—*Bheta!* ¡Cierra ahora mismo esa puerta!

Ravi sonrió de oreja a oreja.

—He lanzado una pelota muy rápida que ha pillado por sorpresa a Govind. —Vio la pelota al lado del diván y la recogió.

—Es mucho más pequeño que tú, Ravi.

Parvati era indulgente con sus hijos, sobre todo con el pequeño Govind, el hijo que, en su opinión, era el producto de la aplicación de la henna, y yo no había hecho nada por quitarle aquella idea de la cabeza.

Ravi había crecido desde la última vez que lo había visto, estaba más alto y tenía los hombros más anchos. Su mandíbula cuadrada, que tanto se parecía a la de su padre, mostraba la sombra de una barba incipiente. Debía de haber empezado a afeitarse ya. Con la tez rosada y las largas pestañas que había heredado de su madre, era casi hermoso.

Lanzó la pelota al aire y la atrapó con una mano a la espalda.

—¿Hay té?

Hablaba igual que su padre, así de parecido era su inglés de internado.

Parvati hizo sonar una campanilla de plata que tenía al lado del diván.

—Govind y tú lo tomaréis en el jardín. Y dile al *chowkidar* que vamos a necesitar un cristalero para que arregle el cristal roto.

Ravi nos dirigió una amplia sonrisa y me guiñó un ojo al salir. Cerró la puerta con tan poco cuidado que otro trozo de

vidrio cayó al suelo. Lo vi alejarse corriendo con elegancia por el césped. Tres jardineros con la cabeza envuelta en un pañuelo arrancaban las malas hierbas, regaban y podaban los arbustos de hibisco y madreselva del jardín trasero.

La llegada de Ravi me dio la excusa perfecta para sacar un tema que me interesaba mucho. Aun así tenía que andarme con cuidado.

—¿Ha venido del internado a pasar unos días?

—*Hahn*. Quería que me ayudara a cortar la cinta de la *gymkhana*. Ya conoces a Nehru y sus ganas de modernizar la India.

Suspiró y reposó la cabeza sobre el cojín, como si el primer ministro la acosara con llamadas diarias. Y hasta donde yo sabía, así era.

Lala entró con el té en una bandeja de plata. Mientras sacaba de la tartera metálica las exquisiteces preparadas especialmente para Parvati, oí que le decía a la mujer mayor con un tono de reproche:

—¿No te había dicho que la despidieras?

La sirvienta juntó las manos en posición de rezar y se las llevó a los labios.

—Mi sobrina no tiene adonde ir. Soy la única familia que le queda. Por favor, *ji*. Estamos a su merced. ¿No podría reconsiderarlo?

Nunca había visto a Lala tan angustiada. Me aparté un poco, pues temía que fuera a hincarse de rodillas. Había un altar dedicado a Ganesh en una mesita que estaba justo al lado de la cama con dosel. Habían colocado una guirnalda de gardenias y otra de hojas de albahaca morada alrededor de la estatua, y justo delante ardía una lámpara de aceite. Aunque le gustaba exhibir un aire de modernidad, Parvati rezaba a los dioses todas las mañanas. Yo solía rezar a Lakshmi, la diosa de la belleza y la abundancia, a la que debía mi nombre. A mi madre le encantaba recitar la historia del granjero brahmán que le ofreció una guadaña, su única posesión, a la diosa. En señal de gratitud, esta le regaló una cesta mágica que producía alimentos siempre que los deseaba. Pero era solo una historia, tan verdadera como otras muchas que me contaba, y, a la edad de diecisiete años, di la espalda a los dioses, igual que en ese momento me aparté del altar de

Ganesh.

Parvati seguía hablando con su sirvienta.

—No me gustaría perderte a ti también, Lala. Que la chica se marche de aquí hoy. —La miró con dureza hasta que la mujer bajó la mirada y hundió los hombros.

Vi a Lala abandonar la estancia sin levantar la vista. Me preguntaba qué habría hecho su sobrina para enfadar tanto a su señora.

Parvati alcanzó una taza con su platillo, la señal para que yo hiciera lo mismo. El servicio de té era como los que gustaban a los ingleses, con dibujos de damas ataviadas con encorsetados vestidos, hombres con pantalones de montar y niñas con bucles y vestidos de talle alto. Antes de la independencia, aquellos objetos reflejaban la admiración de mis señoras hacia los británicos. Pero en la actualidad demostraban su desprecio. Lo único que había cambiado en las señoras para las que trabajaba eran los motivos para fingir. Si había aprendido algo de ellas era esto: solo un necio vive en el agua y sigue siendo enemigo del cocodrilo.

Bebí un sorbo de té y enarqué las cejas antes de comentar:

—Su hijo se ha convertido en un joven guapo.

—Al contrario que el chico de los Rao, que se piensa que es el *playboy* del Rajastán.

Parvati, igual que ocurría con otras aristócratas, me contaba cosas que jamás le diría a otra dama de su mismo nivel. Yo no tenía hijos, lo que me convertía en objeto de lástima, alguien que permitía a mis señoras sentirse superiores. Con treinta años no era ni una chica atolondrada ni una matrona cotilla. Hacía tiempo que todas esas damas a las que servía habían dado por hecho que mi esposo me había abandonado, suposición que yo no me había molestado en desmentir. Seguía llevando el *bindi* rojo en la frente, que decía a todo el mundo que era una mujer casada. De no haber sido por esas credenciales variadas, ellas jamás habrían depositado su confianza en mí ni me habrían dejado entrar en sus habitaciones particulares, como la de Parvati, en la que me encontraba en ese momento, pisando un suelo de mármol rosa de Salumbar, con mi señora sentada junto a mí en un diván de palo de rosa.

Bebí otro sorbo de mi *chai*.

—¡Encontrar la pareja perfecta para un hijo tan perfecto! No la envidio.

—Tiene solo diecisiete años. Lo perdí a los doce, cuando lo enviamos al Mayo College. Dentro de un año, volveré a perderlo cuando vaya a Oxford. ¿Buscarle una esposa para perderlo otra vez? No quiero ni pensarlo ahora mismo.

—Es muy inteligente por su parte —dije yo ajustándome el sari—. Me temo que los Dutt se han apresurado demasiado.

Vi el brillo en sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… —continué yo—, acaban de organizar la boda de su hijo con la hija de los Kumar. Ya sabes, la que tiene un lunar en la mejilla. Como es natural, el matrimonio no se celebrará hasta que él haya concluido los estudios. —Miré por la ventana a sus hijos con el uniforme blanco de jugar al críquet—. Los buenos vuelan como *jalebis* recién hechos. Una vez que un hijo se va a Gran Bretaña o a Estados Unidos, a los padres les preocupa que vuelva a casa con una esposa que no hable una palabra de hindi.

—Muy cierto. Los matrimonios más felices son aquellos en los que los padres eligen a la chica. Míranos a Samir y a mí.

Podría haber dicho algo, pero no lo hice. En su lugar fingí que tenía que soplar mi té para que se enfriara.

—También he oído que la chica de los Akbar y el chico de Muhammad Ismail se han prometido. Es compañero de clase de Ravi, ¿no es así?

Bebí otro sorbo mientras le sostenía la mirada.

Ella se sentó más erguida y miró por la ventana. Sobre el césped, la sobrina de Lala preparaba el té para los chicos. Ravi estaba hablando con ella y le dio un toquecito en la nariz en actitud juguetona que la hizo reír.

Parvati frunció el ceño. Sin dejar de mirar la escena que tenía lugar fuera, se inclinó hacia mí despacio, como un polluelo, la indicación de que le diera comida. Deposité en su boca un aperitivo salado que yo misma había preparado esa misma mañana, aderezado con perejil. Como les ocurría a las otras damas para las que trabajaba, Parvati no sospechaba que los ingredientes de mis platos, combinados con los dibujos que les hacía en las manos y los pies, encendían su deseo y la libido de su esposo.

Al cabo de un momento, apartó la vista de la ventana y dejó la taza de té en la mesa con delicadeza.

—Si quisiera encontrarle pareja, y no digo que así sea… —se detuvo un momento para limpiarse la boca con una servilleta—, ¿tendrías a alguien en mente?

—Hay muchas chicas en Jaipur que reúnen los requisitos, como bien sabe. —Sonreí por encima del borde de mi taza—. Pero Ravi no es un chico cualquiera.

Cuando se volvió para mirar a sus hijos de nuevo, la sobrina de Lala ya no estaba. Se le relajó el rostro.

—Cuando yo se lo pido, viene del colegio. Para qué lo enviamos a un internado, dice Samir. —Soltó una suave carcajada—. Pero yo lo echo de menos. Govind también. Tenía solo tres años cuando Ravi se fue a estudiar.

Levantó la tetera y se sirvió otra taza.

—¿Has oído hablar de la hija de Rai Singh? Dicen que es imponente.

—Es una pena. Ayer mismo acordaron su boda con el hijo de la señora Rathore. —Dejé escapar un suspiro. Aquella conversación que estábamos teniendo era delicada y ninguna de las dos podía revelar sus intenciones.

Me escudriñó el rostro con ojos entornados.

—Algo me dice que tienes una chica en mente.

—Pero temo que le parezca una opción inadecuada.

—¿Y eso por qué?

—Poco convencional, tal vez.

—¿Poco convencional? Me conoces de sobra, Lakshmi. El año pasado viajé no una, sino dos veces a la Unión Soviética. El primer ministro insistió en que fuera con la liga indo-soviética. Veamos qué has pensado.

—Bueno… —Fingí recolocarme un mechón de pelo en el recogido—. No es una chica rajput[2].

Parvati elevó una ceja depilada, pero no apartó la mirada. Yo se la sostuve.

—Es brahmán.

Pestañeó. Puede que se considerase una mujer de su tiempo, pero la posibilidad de que Ravi se casara con un miembro de otra casta era algo que no se le había pasado por la cabeza. Durante siglos, los miembros de cada una de las cuatro castas hindúes, incluidas la de los comerciantes y los

obreros, en general se casaban con otros miembros de la misma casta.

Le di otro aperitivo.

—No puedo imaginar mejor matrimonio para la familia Singh —continué—. La chica es muy bella. Tez clara. Bien educada. Vivaz. El tipo de mujer que Ravi sabría apreciar. Y su familia está bien relacionada. ¿No se le ha enfriado el té? Me temo que el mío sí.

—¿Conocemos a la chica?

—Desde que era una niña, de hecho. ¿Pedimos que nos sirvan más? —Dejé mi taza y me estiré para coger la campana de plata, pero Parvati me sujetó el brazo.

—¡Olvídate del té, Lakshmi! Háblame de esa chica o me frotaré los pies con esta toalla y estropearé lo que has hecho en esta última hora.

En vez de mirarla a los ojos, di unos golpecitos sobre la henna de los pies para comprobar si se había secado.

—La chica se llama Sheela Sharma. Es la hija del señor V. M. Sharma.

Parvati conocía a los Sharma, por supuesto. Las dos familias solían moverse en los mismos círculos comerciales. La constructora del señor Sharma, la mayor de todo Rajastán, acababa de conseguir el contrato para remodelar el palacio Rambagh del maharajá. El esposo de Parvati era el dueño del estudio de arquitectura que diseñaba la mayor parte de los edificios residenciales y comerciales de la ciudad. Sería una unión inesperada de dos familias destacadas. Si mi idea tenía éxito, la élite de Jaipur reclamaría mis servicios como casamentera, una perspectiva de futuro mucho más lucrativa que la de artista de la henna.

Parvati ladeó la cabeza.

—Pero… Sheela es todavía una niña.

En el último año, los pasteles de arroz y las raciones adicionales de pan *chapatti* con *ghee* habían proporcionado una capa blanda de carne al cuerpo de Sheela, que ahora parecía menos una niña y más una joven.

—Sheela tiene quince años —contesté yo—. Y es encantadora. Va a la escuela para chicas de la maharaní. Justo la semana pasada, su profesor de música me dijo que su forma de cantar le recordaba a Lata Mangeshkar.

Tomé mi taza. Podía imaginar la lista mental que Parvati estaba haciendo, la misma que había hecho yo una semana antes. Aspectos positivos: los dos negocios (Sharma Construction y Singh Architects) serían más lucrativos juntos que por separado, y Parvati tendría una nuera que hablaría inglés y podría organizar fiestas para políticos y *nawabs*, los nobles musulmanes. El único aspecto negativo era que Sheela pertenecía a una casta alta, pero no era la adecuada. Había más cosas que no pensaba desvelar, como la desagradable mueca que hacía con la boca cuando le tiraba a su prima de las coletas, la forma en que mangoneaba a su niñera y la desidia que desesperaba a su profesor de música. Había pasado años en los hogares de mis señoras observando madurar a su progenie. Conocía la personalidad de sus hijos, los tics que incluso una casamentera profesional pasaría por alto. Pero eran defectos que correspondía al esposo descubrir, no a mí revelar.

Parvati estaba callada. Jugueteaba con los flecos de uno de los pequeños cojines cilíndricos.

—¿Te acuerdas de la boda de la familia Gupta?

Sonreí a modo de respuesta afirmativa.

—En cuanto vi tu diseño de henna de la doncella en el jardín que le hiciste a la novia, supe que traería al mundo un hijo varón antes de que terminara el año. Y así fue.

El matrimonio de la hija de los Gupta había sido por amor, pero no se lo dije a Parvati.

—Tu trabajo hace milagros —continuó ella con una sonrisa tímida—. Creo que tú podrías ayudar a alguien muy querido para nosotros.

Ladeé la cabeza educadamente sin saber muy bien adónde quería llegar.

—Anoche, Samir y yo estuvimos en el palacio de Rambagh. Un acto para recaudar fondos para la última parte de la *gymkhana* —dijo con un tono muy significativo. Quería que yo supiera que era una mujer progresista después de todo —. El maharajá nos contó que va a convertir el palacio en un hotel. ¿Te lo imaginas? ¿Luchamos por nuestra independencia y echamos a los ingleses para que ahora vengan de nuevo a alojarse en nuestros palacios? —Sacudió la cabeza enfadada.

Yo lo entendía: solo los europeos ricos, sobre todo los

británicos, podrían permitirse el precio.

—La maharaní no asistió, algo de lo más inusual. A Latika le encantan las fiestas. —Parvati bajó la voz—. He oído que lleva un tiempo… indispuesta.

Aguardé.

Se frotó las palmas e inhaló la fragancia de la henna.

—¿Podrías hacer que se recuperase con tus habilidades?

¡Llevaba mucho tiempo esperando a que Parvati me introdujera en el palacio! La sola idea me obligó a dejar la taza en la mesa por miedo a que empezaran a temblarme las manos. Un encargo de la maharaní conduciría inevitablemente a otros. ¡Tendría la casa pagada en un abrir y cerrar de ojos! Ya estaba haciendo cálculos mentales sin escuchar apenas lo que me decía Parvati.

Se inclinó sobre mí para que le diera otro aperitivo, que le dejé en la lengua con cuidado de no mirarla a los ojos. Temía que viera en los míos lo ansiosa que estaba. Puede que se hubiera dado cuenta de que me temblaban los dedos.

—Le dije a su alteza que tu henna me había ayudado a concebir a mi Govind. Con discreción, por supuesto. Si te recomendara al palacio…

En ese momento me di cuenta de lo que pretendía. Parvati quería que yo me ocupara de buscarle esposa a Ravi, pero no quería pagarme por ello. ¡Menuda cara! Concertar un matrimonio requería habilidad y esfuerzo. A un hombre de casta alta le habría pagado fácilmente el doble o el triple que a mí. Aunque hubiera accedido a cobrar tan solo diez mil rupias, mis servicios seguirían siendo una ganga. Era de esperar que tuviera que dedicarle semanas, incluso meses, a conseguir un acuerdo satisfactorio para ambas partes. No sería la primera vez que no se cerraba el acuerdo, de modo que todo el trabajo habría sido en balde.

Y allí estaba Parvati, esperando que yo me ocupara de hacerlo a cambio de que me introdujera en el palacio. Antes de darle una respuesta tenía que pensar. Su parentesco directo con la familia real (su padre era primo de una de las maharaníes) me garantizaría, como mínimo, una cita para entrar en el palacio. Pero ¿qué mujer india, independientemente de su nivel económico, no intentaría negociar? Si no lo hiciera, quedaría como una boba, una

presa fácil. De modo que si aceptaba la oferta completa de Parvati, me ganaría reputación de mujer a la que se podía engañar con facilidad. El riesgo para mí era que no sabía si, al final, acabaría trabajando en el palacio. Una cita no garantizaba nada.

Al percibir mi vacilación, se inclinó hacia delante y me miró hasta que me vi obligada a apartar la vista.

—Si yo tuviera el talento para dibujar que posees tú, Lakshmi, puede que hubiera elegido tu profesión.

Para las señoras que contrataban mis servicios, la palabra *profesión* era una ofensa, no un cumplido.

Tragué saliva.

—Ay, *ji*, usted está destinada a hacer cosas más importantes. ¿Quién más podría organizar esas suntuosas fiestas para los políticos? Alguien tiene que ocuparse de que se sientan bien recibidos.

Ella rio por lo bajo en agradecimiento. Y con eso retomamos nuestras respectivas posiciones, cómodas para ambas: yo, la de subordinada, y Parvati, la de *memsahib*.

Pero yo tenía intención de jugar mi mano final.

—No se equivoca al confiar en mí, pero debo advertirle algo: su alteza probablemente esperará que use los mejores materiales.

Parvati frunció los labios. Parecía pensativa.

—¿Seis mil rupias serán suficientes?

Estiré con la mano el paño de terciopelo que había colocado debajo de los pies de Parvati y comprobé el estado de la pasta; a continuación alcancé el aceite de clavo para retirar la pasta reseca.

—Algunos productos vienen de muy lejos, como las hojas de la lima kafir. Las más potentes proceden de Tailandia.

La mujer guardó silencio. ¿Me habría pasado? Notaba cómo me latía el pulso en las sienes mientras le masajeaba los pies.

Entrecerró los ojos para ver el calendario de la Pan Am que había en la pared más alejada.

—Queda poco para la fiesta que vamos a dar en casa —dijo finalmente—. El 20 de diciembre. Esa misma tarde podría ofrecer una fiesta especial de la henna para las chicas del círculo de Ravi. —Parvati se dio unos golpecitos en la

mejilla sonrosada—. Se me ocurre que podría traer a la Compañía Shakesperiana. Sus representaciones vuelven locos a los chicos.

Esa sería su oportunidad para examinar de cerca a las chicas que pudieran resultar adecuadas para Ravi. Sheela Sharma se encontraría entre ellas, sin duda.

Estiró los pies y los movió hacia uno y otro lado para ver cómo habían quedado.

—No sé si te quedarán citas libres en tu agenda. ¿Te importa comprobarlo?

Una fiesta de la henna implicaba mucho trabajo, pero valdría la pena a cambio de la promesa de conseguir que me introdujera en el palacio.

Le dediqué mi mejor sonrisa.

—Para usted, *memsahib*, siempre tengo un hueco libre en mi agenda.

La mujer sonrió de oreja a oreja mostrando sus dientes pequeños y regulares, y su resplandeciente sonrisa.

—Decidido entonces. ¿Nueve mil por los materiales para la maharaní Latika?

Solté el aliento que había estado conteniendo. Acababa de cerrar mi primer encargo para concertar un matrimonio y si bien no iba a ser tan lucrativo como yo había esperado, era un paso más para terminar de construir y pagar la casa que compartiría con mis padres, mi forma de disculparme por todo lo que les había hecho pasar. Lo único que me quedaba por hacer era que el matrimonio concertado fuera un éxito.

Mientras volvía a ponerle las pulseras tobilleras de oro macizo, dije:

—La fiesta de la henna será mi regalo para usted.

ME PUSE LAS sandalias en el porche. Vi a Malik riéndose con el primer jardinero en el jardín delantero, bajo un enorme manzano, cuyas ramas desnudas apuntaban al cielo despejado.

Lo llamé.

Él se acercó corriendo con sus piernas largas y delgadas. Igual podría tener seis que diez años. ¿Cuántas veces se habría quedado sin comer antes de que me fijara en él, un

niño de la calle medio desnudo, vestido con apenas unos pantalones cortos sucios, que me seguía por toda la ciudad? Le pedí que me ayudara a cargar con las tarteras metálicas y él me respondió con una sonrisa mellada, le faltaban los paletos. Habían pasado tres años de aquello y, desde entonces, trabajábamos juntos, casi siempre en silencio. Nunca le había preguntado dónde vivía o si dormía en el suelo.

—¿Sabemos algo? —pregunté. Mientras yo trabajaba con las señoras, Malik hacía recados. Todos los días durante los últimos meses iba a la estación de ferrocarril a ver si llegaban mis padres. A esas alturas ya habrían tenido que recibir el dinero para los billetes que les había enviado en mi última carta. Pero hasta el momento no había tenido noticias suyas.

El chico negó con la cabeza y frunció el ceño. No le gustaba decepcionarme.

—Busca un *tonga*, por favor —dije yo tras soltar un suspiro.

Malik salió corriendo hacia la verja de la entrada. Ese día llevaba una camisa de algodón de color amarillo que le había dado yo para sustituir la camisa tipo sahariana que solía ponerse. Los pantalones cortos azul marino también eran nuevos. Sin embargo, se negaba a ponerse zapatos, ya que prefería usar sandalias de goma baratas que con frecuencia le robaban otros chicos del barrio. Era fácil conseguir otras sandalias y siempre podía robárselas a otro. Me di cuenta de que el par que llevaba le quedaba grande.

Tendría que llegar hasta alguna calle con tráfico en la que pudiera encontrar un *rickshaw*, así que me senté en el porche a esperar y me relajé con la fragancia de la plumeria. Arranqué dos flores y me las coloqué detrás de la oreja. Las dejaría en agua toda la noche y lavaría la blusa con el agua perfumada a la mañana siguiente.

Saqué mi libretita de un bolsillo que llevaba cosido por dentro de la enagua. Mi padre, el maestro del pueblo, atizaba a sus alumnos en los nudillos con una regla si no respondían de forma correcta. Para evitar el castigo, había empezado a anotarlo (y memorizarlo) todo con diligencia en unas libretas: las tablas de multiplicar, los virreyes británicos y los verbos en hindi. Aquello se convirtió en un hábito y después seguí

utilizando las libretas para anotar la fecha y hora de las citas de trabajo, resúmenes de conversaciones y materiales que tenía que comprar.

En una página con la etiqueta de Parvati Singh, escribí: «15 de noviembre: 40 rupias por manos y pies». Al lado escribí la fecha de la fiesta de la henna que se celebraría en su casa y apunté nueve mil rupias por concertar un matrimonio. Sabía que la señora Sharma, también cliente mía, era lo bastante inteligente como para entender los beneficios de una unión entre las dos familias. Era incapaz de ver el carácter irritable de su hija, pero no me cabía duda de que los encantos de Ravi Singh lograrían salvar el escollo.

Empecé una hoja en blanco. Con mano temblorosa escribí: «Maharajá Sawai Mohinder Singh y maharaní Latika – ¿encargo para trabajar en palacio?». Tenía la mente llena de posibilidades. Un encargo como ese haría que todas las mujeres de Jaipur desearan contar con mis servicios. Tal vez pudiera dejar la henna antes de lo que había planeado. Justo en ese momento, las palabras de mi madre resonaron en mi cabeza: «Estira las piernas hasta el extremo de la cama, no más». Estaba adelantando los acontecimientos demasiado.

Cerré la libreta y apreté los ojos con fuerza. Trece años atrás, mi único deseo era alejarme todo lo posible del esposo al que mis padres me habían entregado. Jamás imaginé que un día sería libre de ir y venir a mi antojo, de decidir cómo vivir mi propia vida. ¿Cómo reaccionarían mis padres cuando vieran todo lo que había conseguido? ¿Cuántas veces había pensado en el día que pudiera llevarlos a mi casa, mostrarles el hermoso suelo de terrazo que yo misma había diseñado, el ventilador de techo eléctrico, el patio en el que cultivaba mis hierbas, el aseo occidental que nadie podía permitirse en los pueblos? Esperaba que el constructor hubiera terminado para cuando llegaran, pero seguía añadiendo pequeños lujos. Y, cuando vieran lo que había diseñado, seguro que no les importaría dormir en mi alojamiento temporal hasta que la casa estuviera terminada.

Imaginé la expresión de asombro en el rostro de mis padres cuando lo contemplaran todo. Podía oír a mi padre diciendo: «Bheti, ¿todo esto es tuyo?». Lo orgullosos que estarían de la vida que me había construido. Les daría de

comer deliciosos *kheers* y *subji* y *tandoori rotis* hasta que estuvieran a punto de estallar. Les compraría camas tan nuevas que el entramado de tensas cuerdas de yute rechinaría bajo su peso. Contrataría a una masajista para que masajeara los pies cansados de *pitaji*. ¡Podía ver a mi madre tumbada en un sofá de palo de rosa como el de Parvati! ¡Y con cojines de seda! ¿Por qué no? ¡Rellenos de plumas! Estaba tan entusiasmada —por supuesto que no podía permitirme todo eso de momento— que no pude evitar reírme de mí misma.

—¿Tan gracioso te parezco, Lakshmi?

Cuando abrí los ojos, me encontré con Samir Singh, que subía los escalones del porche, y mi mundo se aligeró de repente. Mientras que las facciones de Parvati eran redondeadas, las de su esposo eran angulosas: nariz afilada, mentón huesudo, pómulos protuberantes. Pero eran sus ojos lo que más me atraía: de un castaño profundo con surcos de otro color, como las canicas, y brillantes de curiosidad, dispuestos siempre a la diversión. Aun cuando estaba quieto, sus ojos flirteaban, encandilaban, coqueteaban. En los diez años que hacía que lo conocía, los ojos se le habían hundido más bajo el peso de los párpados y la línea del cabello había retrocedido, pero no había perdido ni un ápice de su energía inquieta.

—En el reino de los ciegos, el tuerto es el rey —respondí yo sonriendo.

Él se rio mientras se descalzaba. Samir representaba esa curiosa mezcla de la India nueva y la antigua; vestía trajes de corte británico hechos a medida, pero seguía las costumbres indias.

— ¡Por el amor de Dios! Qué sabrá un mono tonto del sabor del jengibre.

—El que no sabe bailar le echa la culpa al suelo.

Aquel era un juego al que solíamos jugar, intercambiar proverbios. Yo los había aprendido de la sabia lengua de mi madre; los suyos procedían de años de estudios en internados y en Oxford.

Me levanté, me sujeté el lápiz en el recogido del pelo y me guardé la libreta en la enagua.

Samir enarcó una ceja mientras me acompañaba.

—¿Te guardas la plata de los Singh ahí dentro?

Yo sonreí con timidez.

—Entre otras cosas.

—Veo que ya te has servido de mi flora —comentó, los ojos puestos en las flores de plumeria que llevaba detrás de la oreja. Se inclinó hacia mí e inhaló el aroma—. Absolutamente embriagador —susurró. Su aliento tibio envolvió el lóbulo de mi oreja y algo se liberó en mi interior, justo por debajo del vientre.

Hacía trece años que no sentía el calor de un hombre en la piel, el peso de su cuerpo sobre los pechos. Habría bastado con haber girado la cabeza ligeramente para rozar los labios de Samir; podría haber dejado que mi aliento calentara el hueco que se formaba entre su cuello y el de la camisa. Pero para Samir el coqueteo era algo natural. Y yo seguía siendo una mujer casada. Un movimiento en falso y podría perder mi sustento, mi independencia, mis planes de futuro. Estaba atenta a los ruidos de los sirvientes al acercarse: el roce de una escoba en el suelo, las pisadas de los pies descalzos sobre la piedra. Me costó, pero retrocedí.

—Tiene una esposa embriagadora, como no tardará en comprobar por sí mismo.

Samir sonrió abiertamente.

—Cuando Lakshmi Shastri la atiende, la señora Singh se pone muy… cariñosa. Y hablando de ello… —añadió tendiendo la mano.

—Ah, sí. —Saqué tres bolsitas de muselina de entre los pliegues de mi sari y se las puse en la palma de la mano—. Es usted un hombre afortunado, *sahib*. Una esposa que lo espera en el dormitorio y libertad fuera de él.

Él sopesó los saquitos como si contuvieran rubíes.

—La libertad es relativa, Lakshmi. —Con un hábil movimiento, me dejó varios billetes de cien rupias y un trozo de papel en la mano—. Hubo un tiempo en que los británicos estaban sobre nosotros. Ahora están bajo nuestros pies.

Desdoblé el papel y leí lo que había anotado.

—¿Una mujer *angrezi?*

—Hasta los ingleses necesitan tus servicios. Te espera mañana. Estará en casa. —Se guardó las bolsitas en el bolsillo y añadió—: ¿Qué tal va tu casa?

Sería buen momento para decirle que el constructor me

había sugerido, con muy malas formas, que saldara mi deuda. Aún le debía cuatro mil rupias. Y nadie más que yo era responsable del incremento del presupuesto. Codiciaba las cosas que tenían mis señoras: un suelo de piedra decorado, un cuarto de baño occidental, paredes de doble grosor que aislaran del calor del mediodía. El problema lo había creado yo y yo lo resolvería. Concertar con éxito aquel matrimonio me dejaría en una buena posición.

—Mañana irán a sellar el suelo de terrazo con leche de cabra. Tendría que ir a verlo.

Él dirigió la mirada hacia mis labios.

—¿Me estás ofreciendo una visita guiada privada?

—¿Acabas de desbaratarme el calendario y encima crees que debería recompensarte? —respondí yo riéndome.

Una nueva voz sonó a mi espalda.

—¡El que hace reír a sus compañeros merece el paraíso!

Samir y yo nos dimos la vuelta para ver quién era. Un hombre alto, pulcramente vestido con un traje de lana gris y corbata roja, subió los escalones del porche. Lo único desordenado era su pelo oscuro rizado.

Samir se apartó para recibir con un abrazo al recién llegado.

—¡Kumar! ¡Me alegro de verte, viejo amigo! Has conseguido llegar a Jaipur. ¡Por fin!

—No confiaba en que el ferrocarril de Shimla me permitiera llegar a tiempo para el almuerzo… o la cena —respondió el recién llegado mirándome con una sonrisa tímida que dejaba a la vista que los dientes delanteros se montaban uno sobre el otro—. Encantado de conocerla, señora Singh.

¿Tan cerca estábamos Samir y yo?

Dio a su amigo unas efusivas palmadas en la espalda.

—*Nahee-nahee*. Permíteme que te presente a la señora Lakshmi Shastri, proveedora de belleza de todo Jaipur.

—Veo que aún no se ha puesto contigo, Sammy.

Samir se rio. Kumar me miró a mí, después a él, luego el porche, a continuación los zapatos y volvió a mirarme a mí. Había cautela en sus ojos.

—Lakshmi, este es un viejo amigo mío de Oxford. Jay Kumar, el doctor Kumar.

Junté las manos en el gesto de saludo de namasté en el mismo momento en que el doctor me tendía la mano, que chocó contra mi muñeca.

—Tendrás que perdonarlo, Lakshmi —dijo riéndose—. Demasiado tiempo en el extranjero y sin esposa que le enseñe los modales indios.

El doctor Kumar se sonrojó y sus ojos volaron entre Samir y yo.

—Discúlpeme, señora Shastri.

—No se preocupe, doctor. —Por encima de su hombro, vi que Malik nos miraba desde los escalones—. ¿Tenemos *tonga?* —le pregunté.

Malik asintió con la cabeza. Cuando nos hubiéramos alejado unas manzanas, dejaríamos el coche de un caballo y continuaríamos en un *rickshaw*, que era más barato, hasta la siguiente cita del día.

—Encantada de conocerlo, doctor Kumar. Hasta otro día, Sammy.

El antiguo diminutivo tuvo que sonarles tan ridículo por mi parte como me lo pareció a mí. Los dos se echaron a reír.

Recogí las tarteras y la maleta de plástico en la que las transportaba y pedí a Malik que cogiera las otras dos bolsas que había debajo del manzano. Me despedí de los dos con un gesto de la cabeza pensando que no se me podía olvidar anotar en la libreta que Samir me había pagado los saquitos.

Cuando bajaba los escalones le oí decir:

—Vamos dentro. ¡Parvati está deseando conocerte!

Ya estaba en el último cuando se me enganchó la sandalia y tuve que volver para recuperarla. Levanté la vista y vi que el doctor me miraba justo antes de que se cerrara la puerta.

En un rincón del porche estaba Lala, mordiéndose el labio y retorciendo con nerviosismo el *pallu*. Me pareció ver una expresión de súplica en sus ojos y estuve a punto de subir de nuevo los escalones para ir a hablar con ella, pero entonces dio media vuelta y desapareció.

Otro día lleno de citas que se alargaba hasta que se hacía de noche, y Malik y yo estábamos exhaustos. Nos detuvimos a las afueras del mercado de la Ciudad Rosa, que cobraba vida a esas horas del día: mujeres con saris estampados seleccionaban horquillas para el pelo, hombres vestidos con

kurtas, las típicas túnicas, masticaban *chaat* picante, ancianos que pasaban el rato mientras el extremo fulgurante de sus cigarrillos dibujaba arcos naranjas en la noche incipiente. Envidiaba esa camaradería relajada, la libertad con la que las castas de los obreros y la de los comerciantes se movían en la oscuridad.

Desde la partición de la India, los senderos para los peatones en la antigua Ciudad Rosa se habían estrechado y no se podía ni caminar por ellos, pues a ambos lados se levantaban puestos improvisados. Los vendedores del antiguo mercado habían hecho sitio a los tenderetes de los refugiados punyabíes y sindhis del oeste de Pakistán, en los que se vendía de todo, desde especias hasta pulseras. A fin de cuentas, la Ciudad Rosa estaba pintada del color de la hospitalidad y hacía honor a su nombre, solían bromear los comerciantes jaipuríes.

Malik vivía en alguna parte dentro de uno de los numerosos edificios que la constituían. No le había preguntado nunca si tenía hermanos, madre o padre. Me bastaba con que pasáramos juntos diez horas al día y cargara con mis tarteras, parase *rickshaws* y *tongas*, y regateara con los proveedores. Compartíamos confidencias, por supuesto, como la mirada impaciente que me había echado ese mismo día cuando nuestra última clienta nos tuvo esperando una hora.

Le puse en la mano tres rupias tras hacerle prometer que se compraría algo de comida de verdad para cenar en vez de aperitivos grasientos.

—Estás creciendo —le recordé, como si él no fuera consciente de ello.

Me sonrió y se alejó corriendo como una peonza, serpenteando entre los vendedores hacia las luces brillantes.

—Compra *chapatti* y *subji*, ¿me has entendido? —le grité.

Él se volvió agitando la mano libre en el aire.

—Y *chaat*. No querrás que un niño que está creciendo pase hambre —se apresuró a decir antes de desaparecer entre la multitud.

Me subí de nuevo al *rickshaw* pensando en ir a ver cómo iba mi casa, ya casi terminada. Si se me ocurría faltar un día, el constructor, Naraya, aprovechaba para trabajar poco y mal, lo que significaba que tendría que pelearme con él e insistirle

en que lo deshiciera y volviera a hacerlo como debía. Ya me había pasado más de una vez. Pero era tarde y estaba demasiado cansada para discutir. Le dije al *rickshaw-walla* que me llevara a mi alojamiento.

Para cuando cerré la verja y entré en el patio de la señora Iyengar eran las ocho de la noche. Me sonaban las tripas de hambre. Dejé las tarteras vacías al lado del desagüe. Las lavaría después, cuando la sirvienta de la señora Iyengar terminara de fregar los platos. Me disponía a subir las escaleras que llevaban a mi habitación alquilada cuando la casera me llamó.

—Buenas noches, *ji* —saludé juntando las manos.

—Buenas noches, señora Shastri.

La mujer se secó las manos en un paño pequeño. El olor del *mirch* casi me hizo estornudar. Los Iyengar eran del sur y les gustaba la comida tan picante que me escocía la garganta con solo olerla.

La señora Iyengar, una mujer baja y rechoncha, me miró con severidad.

—Hoy ha venido un hombre a verla.

Nadie iba a visitarme aparte de Malik, a quien la mujer se refería como «ese golfo».

Sus pulseras de oro tintineaban mientras se quitaba los restos de masa de harina de los dedos.

—Preguntó si podía esperarla en su habitación, pero ya sabe que yo no permito esas cosas en mi casa —añadió con una mirada de advertencia.

—Y ha hecho muy bien, señora Iyengar —contesté yo con calma para tranquilizarla—. ¿Ha dicho qué quería?

—Quería saber si era usted la dama de Ajar. Le he dicho que no lo sabía. —Escudriñó mi rostro esperando a que yo le diera algún otro dato sobre mi pasado—. Tenía una cicatriz bien grande. —Se hizo una señal con el dedo que iba desde la comisura de la boca hasta la barbilla—. Desde aquí hasta aquí —dijo, y agitando el dedo delante de mí con el ceño fruncido añadió—: Eso no indica buen carácter, en mi opinión.

El corazón empezó a latirme con fuerza mientras le tomaba la mano en parte para calmarme y en parte para aplacarla.

—Cocinar reseca mucho las manos, ¿no le parece? Si

quiere, puedo aplicarle aceite de geranio mañana.

Se le formó una arruga en el entrecejo y se miró las manos como si fuera la primera vez que las veía.

—No quiero molestarla.

—No es ninguna molestia. Y la próxima vez que su esposo acuda a usted, recordará a la joven con la que se casó. —Dejé escapar una risa liviana y me volví para irme, pero antes de hacerlo añadí con el mismo tono ligero—: Supongo que ese visitante no le habrá dicho cuándo volvería.

La mujer estaba concentrada en sacarse restos de masa de las uñas.

—No me ha dicho nada.

Su sirvienta, que había empezado ya a fregar los cacharros en el patio, dijo:

—Acabo de verlo al otro lado de la calle cuando he salido a echar los restos de las verduras a las vacas.

Aproveché que la señora Iyengar reñía a su sirvienta por meterse en los asuntos de los demás para subir a mi habitación en la segunda planta y cerré la puerta. El corazón me latía con fuerza y traté de calmar la respiración. ¿Acaso no había esperado que Hari apareciera algún día? Siempre había estado atenta por si veía sus cejas pobladas y su horrible cicatriz, pero al pasar el tiempo sin incidente alguno, me engañé pensando que mi esposo no me encontraría nunca.

¿Cómo lo había hecho? En las cartas que escribía a *maa* y a *pitaji* rogándoles que me perdonaran por haberme marchado, había tenido cuidado de no revelar mi dirección. Cuando les envié el dinero para los billetes a Jaipur, les indiqué que tenían que preguntar por Malik en la estación y él los acompañaría. Pero hasta la fecha nadie había preguntado por él allí. ¿Habrían enviado ellos a Hari para que me llevara de vuelta a casa? ¿Tan molestos seguían estando conmigo? ¿No iban a perdonarme nunca?

Me acerqué a la ventana y miré hacia la calle sin encender la luz del techo. En la acera de enfrente, medio oculto detrás de un mango, vi la parte inferior de un *dhoti* blanco que resplandecía en la oscuridad. Y después el arco rojo de un cigarro. Nadie andaba por la calle de aquel barrio residencial a esas horas de la noche. La sirvienta de la señora Iyengar había dicho que lo había visto unos minutos antes. Tenía que

ser él. Tenía que pensar en algo, buscar la manera de reunirme con él lejos de allí.

Oí las suaves pisadas de otro de los inquilinos de la señora Iyengar, el señor Pandey, por las escaleras y abrí la puerta. Iba absorto en sus pensamientos y levantó la vista sorprendido.

—Señora Shastri, buenas noches.

Sus gruesos labios se entreabrieron en una lenta sonrisa que se fue haciendo más amplia. Tenía los ojos caídos en las comisuras, lo que daba a su rostro una expresión de amabilidad y paciencia, cualidades deseables en un profesor de música. Llevaba el pelo largo y las puntas se le rizaban suavemente en los hombros. A veces lo imaginaba en la cama con su esposa, el pelo de ambos entrelazado sobre las almohadas.

—Namasté, *sahib* —contesté yo, juntando las manos para evitar que me temblaran—. ¿Qué tal van las clases?

—Depende del alumno —dijo él con una sonrisa.

—Sheela Sharma cantó muy bien en la reunión de mujeres para la boda de los Gupta. Gracias a usted.

—*Nahee-nahee* —contestó él riéndose con suavidad mientras se tocaba el lóbulo de ambas orejas para ahuyentar a los espíritus de los celos—. Aún nos queda mucho para que Sheela se convierta en Lata Mangeshkar.

Llevaba dando clases de música a Sheela Sharma desde que era una niña y por lo poco que me había contado, me había hecho la idea de que el talento natural de la chica la había vuelto arrogante y bastante perezosa. Si no se aplicaba, era poco probable que pudiera igualar las habilidades musicales de la legendaria cantante, todo lo contrario de lo que yo le había dicho a Parvati.

—¿Y cómo se encuentra de salud la señora Pandey?

—Excelente. Gracias por preguntar.

—Señor Pandey, ¿podría pedirle un favor?

Hablaba tan bajo que tuvo que acercarse más a mí para poder oírme. Saqué la libreta de la enagua, arranqué una hoja en blanco y escribí algo rápidamente. Doblé la nota y se la tendí. Él la cogió sin apartar los ojos de los míos.

—Hay un hombre en la acera de enfrente. Está fumando un *beedi*. ¿Podría darle esta nota? No sería muy apropiado

que me reuniera con él a solas… —No dije nada más, sino que bajé la mirada y retrocedí.

—Por supuesto, por supuesto —contestó él carraspeando —. ¿Ahora?

—Si no le importa.

El hombre levantó una mano y movió la cabeza.

—No es ninguna molestia. —Y bajó por la escalera.

Me acerqué de nuevo a la ventana de mi habitación. Seguí sin encender la luz para poder ver sin que me vieran a mí. Reconocí el *kurta pyjama* del señor Pandey. Cruzó la calle y entonces vaciló. Alguien prendió una cerilla a unos pasos a su izquierda y se dirigió hacia allí. Solté el aliento que había estado conteniendo.

2

YESO, CEMENTO, PIEDRA. Mi nuevo hogar olía a eso. Ese mismo día por la tarde, un rato antes, había resistido la necesidad de ir a ver cómo iba la construcción de la casa. A las diez de la noche, cuando debería haber estado ocupándome de las cuentas y preparando todo lo que tenía que hacer el día siguiente, allí estaba yo, de pie en mi casa en obras esperando a Hari, aferrándome a la navaja que utilizaba para cortar las hierbas y separar las semillas.

Fuera, la luz de la farola caía sobre mi hermoso suelo e iluminaba un mosaico de flores de azafrán en el centro de una espiral formada con motivos florales *boteh* y jarrones con curvas femeninas. Pensé en Hazi y Nasreen, y en las otras cortesanas de la ciudad de Agra, las mujeres que me habían enseñado los diseños tradicionales de sus respectivas tierras: Isfahán, Marrakech, Kabul, Calcuta, Madrás, El Cairo. En la ciudad del Taj Mahal, donde trabajé durante tres años después de abandonar a Hari y antes de llegar a Jaipur, me dediqué a decorar con henna los brazos, las caderas y la espalda de las mujeres que se dedicaban al negocio del sexo. Mis diseños fueron haciéndose más elaborados con el tiempo. Dibujaba un pavo real persa dentro de una concha turca, transformaba un ave de las montañas afganas en un abanico marroquí. Así que cuando llegó el momento de diseñar el dibujo para el suelo de mi casa, creé uno tan complejo como los que plasmaba en aquellos cuerpos femeninos, deleitándome al saber que solo yo conocía su significado.

Las hojas de azafrán representaban la esterilidad. Incapaz de dar semillas, igual que yo había sido incapaz de dar hijos. El león de Ashoka, como el del emblema de nuestra nueva República, simbolizaba mi ambición. Yo quería más, siempre, por lo que conseguía gracias a mis manos, a mi ingenio, más de lo que mis padres hubieran imaginado posible. El exquisito

trabajo que tenía bajo los pies requería la pericia de los artesanos que trabajaban en exclusiva para el palacio. Todo ello financiado con la meticulosa preparación de mis aceites, lociones y pasta de henna con poderes mágicos, y, lo más importante, las bolsitas de hierbas que le proporcionaba a Samir.

¿Había ido Hari hasta allí para arrebatármelo todo?

Crunch, crunch. Pasos sobre la gravilla del exterior. Deslicé el pulgar con cautela por el filo de la hoja.

Silencio. Los pasos se reanudaron y se detuvieron delante de la entrada. Me situé de pie a un lado de la puerta, a oscuras, con la respiración agitada.

La puerta se abrió y entró Hari. Lo iluminaba la luz de la farola, como si estuviera en un escenario. El cabello todavía grueso y ondulado le caía sobre los ojos. El perfil de su rostro era anguloso, aunque la línea de la mandíbula era suave. Era casi guapo con aquellos pómulos tan altos. Lo vi recorrer con los ojos la habitación hasta llegar a mí.

Nos miramos durante un buen rato. Él me observó el rostro lentamente y siguió bajando por el delicado sari de algodón hasta que llegó a mis sandalias plateadas. Contuve las ganas de arrebujarme en el sari.

Abrió la boca. Trató de esbozar una sonrisa, una sonrisa tímida.

—Te conservas bien.

¿Lo decía en serio? ¿O acompañaría un comentario amable con uno cortante, como solía hacer?

Llevaba la camisa rasgada por debajo de la axila y con manchas de curri. El *dhoti* estaba cubierto de polvo. Se le formaban pliegues de carne fofa debajo de la barbilla. Estaba más delgado de lo que recordaba. El olor a sudor y cigarrillos saturaba el espacio entre ambos.

Al no responder, Hari se dirigió hacia la pared enlucida y la tocó con la palma de la mano. Parecía impresionado. Di un respingo; no quería que tocara lo que era mío.

Se quedó mirando el mosaico del suelo.

—¿Es…? ¿Quién vive aquí? Creía… ¿No vives en el otro sitio, con esos indios del sur?

—Es mía. La he construido yo —respondí, consciente del orgullo que traslucía mi voz.

Hari frunció el ceño y ladeó la cabeza como si tratara de comprender. Hubo un tiempo en el que vivimos juntos en una choza de una sola habitación; su madre dormía en la parte delantera, entre los utensilios de cocina, y él y yo al fondo. Una cortina separaba los dos espacios.

Se tapó la boca con la mano y ahí la dejó, como si estuviera concentrado en algo.

—¿Que tú has construido esto?

Allí estaba el Hari que yo conocía. El que creía que yo solo valía para echar raíces y ocuparme de los hijos.

—Me lo he ganado. Todo. —Y sin poder contenerme añadí —: Más de lo que has hecho tú en toda tu vida.

Una luz áspera le encendió los ojos. Torció la boca.

—¿Yo…? Tú me abandonaste, ¿recuerdas? —Cerró los ojos y negó con la cabeza rápidamente, como queriendo ahuyentar la rabia—. No quiero que empecemos con mal pie, Lakshmi. Lo hecho, hecho está. Te perdono. Empezaremos de nuevo.

Al principio, al ver su ropa harapienta y su pésimo estado, había estado a punto de sentir lástima por él. ¡Qué estúpida! De acuerdo, tenía motivos para estar amargado: una mujer estéril es una vergüenza. Una carga que le da derecho a devolvérsela a su familia. Con quince años yo era demasiado tímida, demasiado ingenua para manejar los modales bruscos de Hari. Pero en el transcurso de los años había aprendido a no dejarme intimidar fácilmente. No pensaba disculparme.

—¿Que me perdonas? ¿Después de cómo me trataste?

Parecía confuso.

—Pero tu hermana dijo…

—¿Hermana? —No sabía de qué hablaba—. Yo no tengo ninguna hermana.

Él frunció el ceño y volvió la cabeza hacia la puerta.

—¿Me has mentido?

Yo le seguí la mirada. Una niña, escuchimizada como una ramita de nim, aguardaba entre las sombras, en el umbral de la puerta. ¿Cómo no me había fijado en ella?

Entró en la habitación como si estuviera en trance, sin apartar los ojos de los míos. Era media cabeza más baja que yo. Tenía el pelo de color castaño oscuro, cubierto de polvo, y lo llevaba peinado con la raya a un lado en una trenza que le

caía por la espalda hasta casi la cintura. Un chal de algodón naranja le cubría la mitad de la harapienta enagua y le tapaba la espalda y los hombros. Llevaba una blusa de un color azul desvaído. No llevaba joyas ni zapatos.

Levantó una mano como para tocarme el hombro.

—¿*Jiji*? —dijo.

¿Cómo que *jiji*? ¡Yo no era la hermana mayor de nadie! Retrocedí un paso. La navaja que llevaba en la mano resplandeció a la luz de la farola. La niña ahogó una exclamación.

Hari se interpuso entre ambas y la señaló con un dedo.

—¡Responde!

La chica dio un respingo y se rodeó el cuerpo con los brazos.

Yo miré a Hari, luego a la niña y de nuevo a Hari.

—¿Qué ocurre aquí?

Él se sacó una caja de cerillas del bolsillo y me la tiró a los pies.

—Compruébalo tú misma.

¿Estaba tramando algún tipo de artimaña? Para encender una cerilla tenía que dejar la navaja. Me moví despacio sin despegar la vista de Hari. Él cerró y volvió a abrir los puños, pero permaneció en el sitio. Encendí una cerilla y la acerqué a la cara de la niña. Tenía unos ojos enormes, de color verde azulado irisado, como las plumas de un pavo real. Y una nariz recta y delgada, con un bultito en el medio. Los labios eran como un botón de rosa, redondos y de un color rosado. Levanté la cerilla para mirarle de nuevo los ojos. No había pestañeado ni una vez.

La presión de la sangre me retumbaba en los oídos. Negué con la cabeza.

—¿Cómo ha podido…? Después de nacer yo, mi madre tuvo otras dos niñas, pero ninguna vivió más de un año.

Hari también parecía confundido.

—Me dijo que nació un año después de que me abandonaras. Me dijo que tú lo sabías.

¿Mi madre estaba embarazada cuando abandoné a Hari? ¿Embarazada de otra niña? ¿Y yo ni siquiera me había enterado? Una espiral de pensamientos me daba vueltas en la cabeza. ¡El gasto de preparar otra dote tuvo que ser

angustioso para ella! Al igual que les ocurría a muchas mujeres pobres, mi madre había sentido la carga de traer al mundo niñas. Pero ¿por qué no habían venido mis padres a Jaipur cuando les envié el dinero para que lo hicieran? ¿Por qué había venido aquella niña con Hari?

Observé el cuerpo de la pequeña a la luz de la cerilla. Vi que tenía moratones en los brazos.

—¿Cómo te llamas?

Ella miró a Hari antes de responder:

—Radha.

La cerilla me quemó los dedos. La solté y encendí otra. Me temblaban las manos.

—¿Dónde está *maa*?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Se ha ido, *jiji* —respondió con una vocecilla.

Asimilé las palabras. Sentí como si mis piernas fueran de goma.

—¿Y *pitaji*?

La niña negó con la cabeza para darme a entender que nuestro padre también había muerto. Los dos estaban muertos. Mi madre y mi padre.

—¿Cuándo?

—*Pitaji*, hace ocho meses. *Maa*, hace dos.

Sentí como si me quedara sin aire. Llevaba todos esos años soñando con reencontrarme con ellos y ni una vez se me había pasado por la mente que tal vez no volviera a verlos. ¿Mis padres habían terminado en la pira envueltos en un halo de vergüenza? ¿Entre los chismorreos sobre su hija irrespetuosa que había abandonado a su esposo?

Nunca sabrían las muchas veces que había pensado en abandonar a Hari en los dos años que estuvimos juntos. Lo único que me lo impedía era el miedo a cómo podría afectar mi deserción a su reputación, hasta que un día ya no pude seguir soportando las palizas, las heridas que me hacían sangrar, las palabras que me destrozaban por dentro; las mañanas en que casi no podía levantarme del suelo. ¿Y todo para qué? Para no ser capaz de darle un hijo. Durante el primer año de matrimonio, su madre, aquella querida mujer, confió en que la infusión de *Dioscorea villosa* y las de trébol rojo y menta piperita me ayudaran a concebir un hijo. Me

preparaba tónicos a base de hojas de ortiga para los órganos más fuertes. Masticaba pipas de calabaza para mantener húmedas mis partes femeninas hasta que se me hacían llagas en la boca.

Mi suegra atendía mi cuerpo con la misma diligencia con la que atendía sus plantas medicinales: nutría el suelo, plantaba semillas, alimentaba las plantas frágiles. Pero los pacientes cuidados de mi suegra no consiguieron darle a su hijo aquello que más deseaba. Para un indio, un hijo —o una hija— constituía la prueba de su virilidad. Significaba que podía ocupar con orgullo su legítimo lugar en las filas de los hombres que habían contribuido a crear una nueva generación. Hari sentía —como muchos otros hombres en su posición habrían hecho— que yo le había arrebatado ese derecho.

Podría haberles explicado todo a mis padres si hubieran venido a Jaipur. Tal vez hubieran convenido conmigo en que había hecho bien al abandonar a mi esposo para construirme una reluciente vida nueva. Pero nunca llegaron.

No quería preguntarle, pero tenía que saberlo.

—¿Y tu madre? ¿Sigue… entre nosotros?

Hari tragó saliva. Apartó la mirada.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. ¿Su madre también se había ido? Yo la había querido como si fuera la mía propia. Pasaba horas enseñándome a recolectar las flores del árbol conocido como la llama del bosque para regular la menstruación, a moler muy fina la planta que llamaban escobilla para calmar las ampollas sin quemar la piel. Había transformado sus enseñanzas en el trabajo de mi vida. Si había sobrevivido, había sido gracias a ella. Y ella ya nunca lo sabría.

Cuando pude hablar por fin, dije:

—Pero si mi madre murió hace dos meses… ¿cómo habéis tardado tanto en venir?

La chica miró con disimulo a Hari y bajó la vista.

Él se frotó la cicatriz de la barbilla con la mano.

—Teníamos que prepararnos. Para el viaje.

Sabía que mentía por la forma en que se tapaba la cicatriz. Había hecho lo mismo cuando le dijo a mi padre que podía mantenerme conduciendo un *rickshaw*.

Acerqué la cerilla de nuevo a la cara de la chica. ¿Era un moratón lo que tenía en la garganta o solo una sombra? Olía a estiércol de vaca. Igual que él. Estaba claro que no habían utilizado el dinero que les había enviado a mis padres para el billete del tren.

Miré a Hari.

—¿Qué has hecho con el dinero que envié?

Él apretó los labios y me miró fijamente, ahora con gesto desafiante.

La cerilla se apagó, así que encendí otra y volví al rostro a la chica. Tenía la respiración entrecortada cuando dije:

—*Rundo Rani?*

La chica se retorció las manos.

—*Rundo Rani?* —pregunté de nuevo.

La chica esbozó una sonrisa.

—*Rundo Rani* —repetí más fuerte.

Las palabras salieron de mis labios de manera incontenible.

—*Rundo Rani, burri sayani. Peethi tunda, tunda pani. Lakin kurthi heh munmani.*

La chica se tapó la boca para esconder la sonrisa.

Mi padre se inventó aquella nana y se la cantaba a todas sus hijas, incluida yo. «La pequeña reina se cree magnífica. Solo bebe agua muy fría. ¡Pero cuántas travesuras hace!»

Contuve el aliento un momento y luego lo dejé escapar muy despacio. Confirmaba lo que ya había visto: Radha tenía los ojos de mi madre.

La chica bajó la mano. Ahora sonreía de oreja a oreja y su rostro se había transformado: era el rostro de una mujer en el cuerpo de una niña.

Tenía una hermana que había crecido mientras yo huía de mi pasado. Pero ¿por qué mis padres no habían querido que lo supiera? Claro que ¿cómo iban a contármelo si en las cartas que les enviaba no constaba mi dirección?

Me había olvidado de Hari hasta que dijo:

—Aún estamos casados. Sigues siendo mi esposa.

Los hombros me temblaron.

—Podemos intentarlo de nuevo, Lakshmi.

¡No! Le tiré la caja de cerillas a los pies.

—Nos divorciaremos.

Se le ensancharon las fosas nasales de rabia. Aquel era el hombre que yo conocía.

—Ahora lo veo —dijo señalando a Radha con la cabeza—. Se nota que sois hermanas. Las dos mentís.

¿A qué se refería? La miré en busca de respuesta, pero tenía la vista clavada en el suelo.

Hari apretó la mandíbula y me miró de nuevo.

—Incluso tu nombre es una mentira, Lakshmi —dijo entre dientes—. No eres la diosa de la abundancia, ¿verdad? —Abrió los brazos para señalar la casa y entornó los ojos—. ¿De quién eres la mantenida?

Cómo no. Pensaba que era la amante de algún hombre rico. ¡Cómo iba a pensar él que una mujer pudiera mantenerse por sí misma!

Conseguí controlar mi voz, aunque con gran esfuerzo.

—Han aprobado la ley este año, Hari. Ahora podemos divorciarnos.

Se mordió el labio y recogió las cerillas. Miró a su alrededor de nuevo, mi suelo, mi sari. Guardamos silencio durante unos minutos.

Y entonces se me ocurrió.

—Lo que quieres es dinero.

¡Pues claro! En vez de ir a las ciudades más grandes para trabajar conduciendo un *rickshaw* durante la semana y volver a casa para entregarme las ganancias, Hari se pasaba la mayor parte del día en el pueblo durmiendo, comiendo o tratando de llevarme a la cama. Si su madre no hubiera ganado un pequeño sustento gracias a sus remedios de hierbas medicinales, no habríamos tenido para comer.

De repente se le suavizó el gesto.

—Solo hasta… —Parecía arrepentido.

—¿Cuánto? —espeté.

Él se rascó la frente y se balanceó primero sobre un pie y luego sobre el otro.

—¿Cuánto puedes darme?

—Trabajo mucho, Hari. Todo lo que ves es el resultado de años de trabajo. Y ni siquiera es mío todavía. —Entorné los ojos—. Tengo deudas, pero al contrario que tú, yo las pago.

Estaba apretando la mandíbula otra vez.

—¿Quieres que le cuente a la gente la verdad sobre ti?

¿Qué dirán tus *memsahibs* cuando se enteren?

Se me aceleró el pulso. En su estado, no pasaría de la cancela de entrada de ninguna de las grandes mansiones porque los guardas que las protegían no le permitirían entrar. Pero sabía tan bien como yo que ellos, igual que cualquier persona que tuviera varias bocas que alimentar y dotes que pagar, aceptaban sobornos.

Radha nos miraba con atención.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Jaipur? —pregunté a Hari.

Él se encogió de hombros.

Inspiré profundamente una, dos, tres veces. Me saqué de la enagua un fajo de rupias enrolladas; el dinero que había estado ahorrando para pagar al constructor. Lo tiré al suelo de terrazo, igual que había tirado él al suelo de nuestra choza la miseria que había ganado muchos años atrás.

Se quedó mirando los billetes. Seguro que nunca había visto tanto dinero junto. Tras un momento, se inclinó a recogerlos.

Se frotó la barba incipiente del mentón. Levantó los ojos y me miró. Abrió la boca, como si quisiera decir algo más.

Esperé.

Pero volvió a cerrarla. Miró entonces a Radha, que rehusó su mirada. Él negó con la cabeza y salió por la puerta.

Permanecí donde estaba, intranquila sin saber por qué. Durante años había imaginado lo que haría si volvía a encontrarme con él. Le pegaría puñetazos. Le daría una bofetada con la mano abierta. Le atizaría patadas. Por todas las veces que él me había hecho daño, me había despreciado. Y, sin embargo, era la primera vez que me lo encontraba después de trece años, y sentía más lástima que rabia.

La voz de Radha me sacó de mi ensimismamiento.

—*Jiji*, ¿has estado en Jaipur todo este tiempo? Tu ropa…

Le pedí que callara con un gesto de la mano. Me acerqué a la ventana y vi a Hari alejarse por la calle. Cuando desapareció de la vista, me llevé los dedos a la boca y silbé. En unos segundos, Malik estaba junto a la ventana acompañado por dos jóvenes de su misma altura para protegerme.

—Se ha ido, jefa. Un *rickshaw* te espera a la vuelta de la

esquina.

Conté cinco rupias. Malik le dio una a cada uno de sus colegas y se guardó las otras tres. Era un hombre de negocios nato.

EN EL CAMINO de vuelta a casa, noté que Radha observaba con atención mi ropa, mi pelo, mis sandalias. Imaginé las preguntas que tendría y que yo no le había permitido que me hiciera. ¿Dónde has estado todos estos años? ¿Por qué te fuiste? ¿Cómo llegaste a Jaipur? Aún estaba tratando de sobreponerme al impacto de ver a Hari, de enterarme de que tres personas muy queridas para mí ya no estaban. Y también tenía que acostumbrarme a la idea de que ahora tenía una hermana, sentada a mi lado en ese momento, tan real como el dolor de cabeza que me golpeaba las sienes.

De forma deliberadamente lenta me coloqué el sari sobre el hombro y carraspeé.

—En primer lugar, no es de buena educación quedarse mirando fijamente.

La chica apartó la vista, pero enseguida volvió a mirarme, como si no pudiera evitarlo.

—*Jiji*…

Levanté una mano entre las dos.

—En segundo lugar, hablaremos en casa.

Igual que los pájaros esparcen por los campos las semillas de las que se alimentan, los conductores de los *tongas* y los *rickshaws* esparcían los cotilleos que oían. Y yo estaba decidida a no darles de qué hablar.

Noté que Radha me miraba otra vez y cerré los ojos para evitarla. Me dolía más la cabeza. ¿De verdad aquella chica era mi hermana? ¡Qué sucia iba! Como un toro brahmán que hubiera estado paciendo por los campos una semana. A su edad yo ya me arreglaba el pelo, me enjuagaba la enagua en el río y me lavaba los pies antes de tenderme en la esterilla a dormir. ¿Es que nuestra madre no le había enseñado nada? Olía como huelen las balas de paja, lo que significaba que Hari habría convencido a algún granjero de paso para que los llevara hasta Jaipur y se había guardado el dinero que yo había enviado a casa.

Miré de medio lado y me fijé en sus manos entrelazadas. Llevaba las uñas negras, como una mendiga. ¿Qué podía decirle a una hermana que no sabía que tenía? Tampoco era que mis clientes supieran gran cosa de mi vida familiar, pero ¿y la señora Iyengar? ¿Qué iba a decirle? Añadí seriamente una cosa más a mi lista. Tercero: no hablarle a nadie de Hari. A juzgar por su aspecto, era obvio que seguía siendo incapaz de reunir unas rupias. Tal vez pretendía quedarse en Jaipur y vivir a mi costa durante un tiempo. ¿Por qué aparecían dos bocas más que alimentar justo cuando empezaba a cosechar los frutos de mi esfuerzo?

¡Qué injusta estaba siendo! De buena gana habría aceptado la responsabilidad de alimentar a las dos personas que esperaba: mi madre y mi padre. Puede que Radha fuera mi castigo por haberlos deshonrado. Mis padres, mi suegra y Hari, todos ellos condenados al ostracismo y al rechazo por mi deserción. Excluidos de las ceremonias sagradas, bodas, nacimientos, funerales; seguro que hasta les habían escupido. Noté que me ardía la cara de culpa.

A Radha se le cayó la cabeza hacia delante y me di cuenta de que se había quedado dormida con el vaivén del carro. Se inclinaba hacia mí y la cercanía se me antojó incómoda. Cambié de postura, y la niña se giró hacia el otro lado y apoyó la cabeza contra la ajada capota de lona.

Ahora podía fijarme mejor en su cara, que tenía la misma forma que la de mi madre, más ovalada que la mía. La mía tenía forma de corazón y la barbilla puntiaguda, como la de mi padre. Si Radha había nacido el año en que me marché, quería decir que tenía trece años, pero parecía mayor. Para ser tan joven, tenía muy marcada la arruga del entrecejo. Y también veía arrugas de preocupación en las comisuras de sus labios.

Examiné detenidamente las marcas oscuras y redondas de sus brazos; imaginé que Hari le había puesto la mano encima. ¿Había escapado yo de la crueldad de aquel hombre para que se la infligiera a mi hermana? Pensarlo me provocó un escalofrío.

Radha se estremeció también, como dándome la razón. Me quité el chal de lana y le cubrí el delgado cuerpo con él. Dudaba mucho que tuviera alguna prenda de abrigo. ¡Debía

de haberse congelado en el viaje!

Tenía la piel un poco más oscura que la mía. No cabía duda de que había pasado más tiempo al sol, sacando agua del pozo del pueblo o recogiendo boñigas de vaca bajo el sol del mediodía, igual que había hecho yo muchos años antes. Tenía la planta de los pies agrietada. El baño tendría que esperar a la mañana siguiente. No podía arriesgarme a despertar a los otros inquilinos que vivían en la casa de la señora Iyengar y a la familia del señor Pandey.

Si tenía trece años, debía de estar en secundaria. Tendría que buscarle una escuela pública. Sabía por las hijas de las señoras para las que trabajaba que el siguiente semestre comenzaba en enero. ¿Y hasta entonces qué? No podía dejarla en mi habitación mientras yo atendía a mis clientas. La señora Iyengar era una metomentodo y le haría todo tipo de preguntas. ¿Podría llevármela al trabajo? ¡Ropa! Necesitaría ropa nueva antes de presentarla en sociedad.

Sentía que no me cabían en la cabeza tantas cosas. No podía pensar en nada más esa noche. Si lo hacía, lo mismo no volvía a dormir.

Le agité un poco el hombro para despertarla. Tenía mucho que enseñarle y poco tiempo.

3

16 de noviembre

LA SEÑORA IYENGAR me cobraba una pequeña cantidad por alquilarle un espacio en su *almirah*, un armario de madera para guardar la ropa. En un estante guardaba bien doblados mis saris en tonos pastel con delicados estampados: topitos, rayas finas o flores bordadas no más grandes que una mariquita. El siguiente estante era para las blusas, dispuestas en columnas por color: azul claro, verde hoja, rosa caramelo, blanco impoluto y marfil. Los conjuntos de túnica y pantalón holgado llamados *salwaar-kameez*, que solía ponerme cuando era más joven, estaban en el estante de abajo con sus *chunnis* para cubrir la cabeza a juego.

—¿Toda esta ropa es tuya, *jiji*?

Radha, limpia después de bañarse y con el cuerpo envuelto en una toalla, se asomó al interior del armario. Se frotaba la yema de los dedos ansiosa por tocar el delicado algodón, la seda. La noche anterior, cuando volvíamos a casa, le había hablado de las mujeres para las que trabajaba y le había hecho una advertencia: «Cuatro: no toques nada que no sea tuyo. Las señoras te acusarán de robar y no te dará tiempo a negarlo siquiera».

Elegí un sari de color rosa bordeado de florecitas de color fucsia y con la habilidad que da la práctica hice unos pliegues y los metí por la cintura de la enagua para sujetarlos.

—La mayoría de mis señoras no visten prendas de algodón, solo seda tan fina que podrías hacerla pasar por un anillo. En las ocasiones especiales, se ponen pesados saris bordados con hilos de oro y plata sobre todo. —Miré a mi hermana—. Hace poco le he hecho la henna a una novia. Llevaba tanto oro en el sari que tres de sus hermanas tuvieron que ayudarla a subir los escalones del *mandap*.

—¿Cómo se las arregló para caminar alrededor del fuego?

—Muy muy despacio —contesté yo enarcando una ceja.

Radha tenía una risa sorprendentemente profunda. Resonaba en el ambiente como el golpeteo de los naipes que sujetan los chicos en los radios de la bicicleta.

Sacudí un par de sandalias marrones contra el suelo de piedra y le pedí que se las pusiera. No tenían tacón y se ataban con unas sencillas tiras. La suela encallecida de sus pies me decía que estaba acostumbrada a caminar descalza. Con aquellas sandalias se acostumbraría a ir calzada y entonces podría ponerse zapatos.

Cuando se quitó la toalla, me fijé de nuevo en los moratones. El rojo intenso del día anterior se había suavizado. Cuando nuestras miradas se encontraron, cruzó los brazos sobre el pecho para ocultarlos.

—Una oveja en el camión me dio una patada en las costillas. Mañana ya no me quedarán marcas.

Había muchas cosas de las que aún no habíamos hablado. Igual que cuando la había bañado en la azotea al amanecer, antes de que empezaran a trabajar las barrenderas y antes de que la sirvienta de la señora Iyengar subiera a recoger de la cuerda los saris que había lavado el día anterior. Radha se había negado a hablar de algunas cosas y yo había preferido guardar silencio sobre otras. Me sentía dividida: una parte de mí quería saber si Hari la había lastimado (igual que me había lastimado a mí), pero la otra temía saberlo. Fuera lo que fuera que me dijera, estaba segura de que yo había tenido la culpa. Lo habría hecho para vengarse de mí.

Le puse una túnica de color verde hoja por la cabeza y le ajusté bien la caída sobre los delgados hombros. Le quedaba holgada sobre el pequeño torso, así que recogí con la mano lo que le sobraba para ver cuánto había que meterle. También habría que ajustarle unos centímetros al bajo del pantalón blanco de algodón, que le llegaba al suelo, y estrecharle la cintura casi trece centímetros. Por último, le coloqué un *chunni* blanco de muselina sobre los hombros. Retrocedí para ver cómo le quedaba el conjunto.

El color verde de la túnica intensificaba el verde agua de sus ojos y hacía que su pelo pareciera aún más negro. Haberla restregado con tanta minuciosidad le había dejado la piel rosada, y el aceite de coco le daba un bonito lustre a sus brazos. Con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, una o dos

joyas en el cuello y un poco más de carne en el cuerpo, podría pasar por la hija de una de mis señoras.

Vio que el efecto me había complacido y juntó los labios en una tímida sonrisa.

—*Jiji*, ¿tienes algo de un color más vivo?

—Los colores llamativos señalan que eres una chica de pueblo —respondí yo—. Los colores vivos solo pueden llevarse en prendas de seda, como las que se ponen mis señoras. Y olvídate de esos espejitos baratos cosidos a la ropa como una vulgar lavandera.

Ella abrió la boca y le temblaron los labios.

¿Había sido demasiado dura con ella?

Miró entonces el *mutki* que la había acompañado todo el camino desde que salió de nuestra aldea. Los cientos de espejos diminutos del vestido de nuestra madre nos hacían guiños desde la boca de la vasija.

Me di cuenta tarde de que había herido sus sentimientos, igual que en la azotea quitándole las garrapatas del pelo.

—¿Es que no te lavas nunca? —le había preguntado.

—Viajamos durante diez días en una carreta llena de caña de azúcar y luego nos recogió un camionero que traía ovejas a Jaipur.

Lo dijo con una vocecita contrita y en el acto lamenté haberle hablado con tanta dureza. Si Hari había querido gastarse mi dinero de otro modo, ¿qué podría haber hecho ella? ¿Acaso no tenía garrapatas yo también cuando vivía en Ajar y me pasaba el día entre cabras y perros sarnosos? Tendría que ser más amable con ella.

Cling, clang. El tintineo de los recipientes metálicos nos indicaba que el lechero estaba en el patio de la señora Iyengar. Aliviada por la distracción, me calcé las sandalias a toda prisa.

—Tengo que hablar con el lechero. Necesitamos un litro más para hacer *burfi*.

Abrí la puerta en el preciso momento en que Malik se disponía a llamar. Llevaba el grueso pelo despeinado, pero la camisa y los pantalones cortos parecían limpios. Estaba masticando algo.

—¡Qué pronto llegas, Malik!

El chico señaló a Radha con la barbilla.

—¿Quién es?

—Es Radha, mi hermana. Ha venido para quedarse conmigo.

No podía darle más explicaciones y con Malik tampoco hacía falta.

—Si masticas *paan,* se te pondrán los dientes negros, ya lo sabes.

El chico respondió como si nada:

—Hoy es día de mercado, jefa. No hay peligro de que las señoras se desmayen a mi paso.

Sonrió y mostró los dientes manchados de pasta de tabaco y betel.

Saqué del interior de mi enagua la lista de cosas que había que comprar y se la di. Malik la leyó con rapidez por encima.

—¿Alguna otra cosa?

Miré la hilera de botellas que tenía en mi mesa de trabajo.

—Aceite de lavanda. —Habíamos gastado lo último para tratar los moratones de Radha—. Y extracto de magnolia. —Mi hermana tenía los pies más secos que Lala. Me preguntaba si se habría puesto zapatos alguna vez.

Malik asintió. Estaba mirando a Radha otra vez.

—Cuando vuelvas del mercado, quema todo esto —añadí recogiendo del suelo la ropa sucia del viaje que se había quitado Radha.

La chica soltó un pequeño sollozo.

Me volví hacia ella. A lo mejor era la única ropa que tenía.

—Está infestada de bichos, Radha. Te compraré ropa nueva.

Ella se sonrojó, miró a Malik y bajó rápidamente la mirada. ¿La había avergonzado al decirlo delante de él? Lo miré para ver su reacción, pero no fui capaz de leer nada en su rostro. Lo mandé fuera otra vez y bajamos las escaleras para ocuparnos de nuestras respectivas tareas.

Cuando volví a la habitación con la jarra metálica llena de leche, me detuve en el umbral, consciente de que algo había cambiado. Radha estaba en un extremo de la larga mesa en la que tenía todas mis hierbas con las manos entrelazadas a la espalda. Tenía una expresión de recelo propia de un animal salvaje. ¿Qué había hecho? Fuera lo que fuera, estaba claro que pensaba que iba a castigarla. Eché un vistazo a las

botellas de aceite y lociones, al mortero, la tabla de mármol en la que injertaba plantas y semillas; todo parecía ligeramente descolocado, fuera del lugar en el que yo solía dejarlo. También había movido el bote en el que tenía las plantas frescas. Entonces lo vi. En la palangana en la que había metido la blusa con las flores de plumeria faltaba una flor. Miré a Radha, que se llevó la mano rápidamente al pelo. En lo alto del recogido que le había hecho estaba la flor faltante.

Sonrió con picardía.

—Diez: huele siempre a flores si quieres que las señoras te inviten a pasar a su casa.

La noche anterior, después de la regla número uno, dos, tres y cuatro, le había enseñado la número cinco: sentarse recta (estaba encorvada, como si estuviera acostumbrada a pasarse el día en cuclillas lavando ropa o cocinando); la número seis: no te quedes mirando con la boca abierta (miraba a los motociclistas como si fueran monos cantarines); la número siete: come con la boca cerrada (no había terminado de comerse un trozo de *chapatti* cuando ya se estaba metiendo otro en la boca, como si llevara semanas sin comer); la número ocho: sonríe cuando te presente a la señora Iyengar por la mañana (Radha solía tener una expresión de preocupación en el rostro). Cuando llegué a la novena regla, Radha ya había terminado de cenar y los ojos se le cerraban de sueño. Extendí una sábana delante del armario. Había estado rascándose la cabeza y le había dicho que cuando le quitáramos las *juey*, podría dormir en la cama conmigo. No discutió. O estaba acostumbrada a dormir en el suelo, o demasiado agotada para discutir.

Llevaba mucho tiempo sola y no tenía experiencia con niños. ¿Debería recordarle que tenía que pedir las cosas en vez de cogerlas sin permiso o consentirla por ser una niña de pueblo encantada con los pequeños detalles del día a día que yo daba por sentados? Después de todo, no era más que una flor.

Entré y dejé la jarra sobre la mesa. Le sonreí. Señalé la palangana con mi blusa y la otra flor, y dije:

—¿Quieres subir a la azotea a tenderme la blusa mientras yo me arreglo el pelo?

La chica se relajó, como si hubiera estado conteniendo la respiración. Cogió una de las botellas que había en la mesa y me preguntó:

—*Jiji*, ¿para qué sirve esto?

—Es aceite de babchi —respondí—. Ayuda a que te crezca el pelo. Tú no lo necesitas, tienes un pelo muy grueso.

Señaló un recipiente de barro que había encima de una base cuadrada de terciopelo rojo. El borde era de un color canela oscuro.

—¿Hay algo especial en ese recipiente?

Antes de que pudiera poner las manos en la vasija que mi *saas* usaba para mezclar sus remedios, la aparté de la mesa.

—Lo uso para preparar la pasta de henna. Vamos, ve a tender la blusa —dije consultando el reloj de muñeca—. Tenemos que ir a la modista. Si llegamos pronto, la pillaremos con el estómago vacío para regatear con nosotras.

LA MODISTA TENÍA poco pelo y lo llevaba con raya en el medio y recogido en un moño desordenado, que dejaba ver partes de cuero cabelludo de un color marrón amarillento. Después de marcar con alfileres los tres conjuntos de *salwaar-kameez* que le habíamos llevado, se asomó a la ventana del taller de la segunda planta y pidió té. Cinco minutos más tarde entró un chico con tres vasitos de *chai* humeante. Lo acepté, pero la capa de grasa que flotaba sobre el líquido me quitó las ganas de bebérmelo. Radha, sin embargo, no tardó ni un minuto en tomarse el suyo. Y también se bebió el mío cuando se lo di. Tendría que enseñarle a beber sin parecer sedienta.

—¿Cuánto? —pregunté a la modista.

La mujer sacó de un estante una lata grande de rapé de la marca Scorpion y tomó un pellizco entre el pulgar y el índice. Inspiró primero por una de las fosas nasales y después por la otra, igual que solía hacer mi madre, y después resopló con la boca abierta.

—No me habías dicho que tenías una hermana —dijo ella.

—No me habías dicho que tenías seda natural naranja cuando te pregunté. Imagina la sorpresa que me llevé cuando vi a Parvati Singh con una blusa de ese tejido que precisamente tú le habías hecho.

Ella juntó los labios en una línea.

Me di cuenta de que Radha nos miraba de hito en hito.

No era propio de mí ir por ahí creándome enemigos y desde luego no quería enemistarme con una de las mejores modistas de Jaipur. Saqué una botellita de la bolsa donde llevaba todos los materiales.

—Toma, antes de que se me olvide.

La mujer agarró la botellita y la guardó entre los pliegues de su sari.

—Estará dentro de dos días.

Me levanté.

—Mañana.

Nada más salir de casa de la modista, Radha me preguntó qué contenía la botella.

—¿No lo adivinas?

Caminamos en silencio. De pronto, mi hermana se detuvo.

—¿Aceite de babchi?

Sonriendo, la tomé del brazo para que siguiera caminando.

—Antes de que empezara a usarlo, la pobre estaba casi calva por un lado.

Radha se rio.

—¡Jefa!

Un *rickshaw* se detuvo a nuestro lado. Malik iba subido en el estribo.

—¿Te estás gastando mi dinero en un *rickshaw*? —pregunté entornando los ojos.

Él se llevó la mano al corazón e inclinó la cabeza.

—Solo cuido de mis señoras, jefa. —Me tomó de la mano y después se volvió para ayudar a Radha. Estaba chupando un caramelo de tamarindo y le ofreció uno, que ella se apresuró a aceptar.

Norma número trece: comer dulces estropea los dientes, añadí mentalmente a mi lista de normas para Radha. Concentrada como estaba en las compras, empecé a desenvolver los paquetes envueltos en periódico.

—¿Has comprado el aceite de lavanda de la marca Moonstar?

Malik, que se había apretujado contra mi hermana, se inclinó hacia delante para mirarme.

—Aquel que para los demás es un sabio no es nadie en su propia casa. Jefa, no solo he comprado el de la marca Moonstar, la mejor marca que el dinero puede comprar, sino que he conseguido un descuento.

—¿Entonces voy a recuperar dinero?

El chico levantó las manos con las palmas hacia arriba y señaló al conductor.

—¿Es que el conductor trabaja gratis?

Me dieron ganas de reírme, pero me contuve cuando lo vi elevar las cejas y dirigirle a Radha el *salaam,* la forma de saludo musulmán, llevándose la mano primero al corazón, después a los labios y por último a la frente con un movimiento elegante que la hizo sonreír. Yo me centré de nuevo en los paquetes.

—¡*Jiji*, mira! ¡Es como la corona de Krishna! —gritó señalando hacia el otro lado de la calle.

Hice que bajara el brazo con suavidad.

—¿Cuál es la sexta norma que te he dicho que debes tener en cuenta?

Radha frunció el ceño mientras lo pensaba.

—¿No quedarme mirando con la boca abierta?

—Muy bien. Ese edificio es el Hawa Mahal. Tiene casi mil ventanas. Puede que las mujeres del palacio estén asomadas y no les gusta que las vean.

Dejamos atrás el palacio de los vientos y yo sabía que Radha estaba tratando de contener las ganas de volverse y ver si las mujeres nos miraban. Tendría que vigilarla. Mi hermana pequeña era impetuosa y curiosa, que era algo bueno, pero también era ruda, y la combinación podía resultar peligrosa.

VEINTE MINUTOS MÁS tarde le pedí al conductor que se detuviera.

—Tengo que hacer un recado, me bajo aquí. Cuando llegues a casa, Malik, enséñale a Radha cómo preparo los *laddus*, pero que la señora Iyengar no te pille tocando su lumbre para cocinar.

—Desde luego, jefa. Pero…

—¿Qué?

El chico se encogió de forma exagerada.

—Comer *laddus* no es comer comida de verdad, como usted suele decirme, señora.

Sentí que me ardían las mejillas. ¡Pues claro! Se me había olvidado por completo que aparte del té que habíamos tomado en casa de la modista y el caramelo de tamarindo, Radha no había comido nada. Malik se había dado cuenta. Yo tampoco lo había hecho, pero estaba acostumbrada. Mientras que Radha estaba creciendo. Debería haber estado más pendiente.

—En casa tengo *aloo*, *gobi* y *piyaj*. Radha, ¿puedes preparar *subji* y *chappati*?

Ella movió la cabeza de un lado a otro seria. Sí.

—Muy bien. —Me bajé del carro y les advertí—: Lavaos las manos antes de nada. Y esta vez, que sea con jabón, Malik.

DIEZ AÑOS ATRÁS, cuando vivía en Agra, me ganaba la vida preparando infusiones anticonceptivas para las cortesanas, que las tomaban para no quedarse embarazadas y me pagaban muy bien por ello. Las *mesdames* como Hazi y Nasreen se portaban especialmente bien conmigo y me permitían que me alojara en casas de su propiedad a cambio de mis infusiones. Y en su tiempo libre, me enseñaban el arte de decorar con henna. Aplicarla con un cono de punta fina sobre la piel no era muy diferente de pintar con un pincel sobre el esqueleto de una hoja de higuera sagrada, como hacía con el viejo Munchi-*ji* en mi aldea. Enseguida me hice con la técnica de la henna y antes de que me diera cuenta estaba decorando las piernas, los brazos, el vientre y los pechos de las mujeres que se dedicaban al mundo del sexo con los dibujos que cada una me había enseñado de sus respectivos lugares de procedencia: Isfahán, Marrakech, Kabul, Calcuta, Madrás, El Cairo.

Samir Singh frecuentaba los burdeles de Hazi y Nasreen cuando iba a Agra por negocios. Nobles musulmanes, hombres de negocios bengalíes y médicos y abogados hindúes fumaban narguiles y comían y bebían mientras las cortesanas les recitaban poemas, cantaban dulces y nostálgicas *ghazals,* y realizaban las tradicionales danzas *kathak* al ritmo de la música que interpretaban para ellos músicos virtuosos.

Cuando Samir se enteró de mi habilidad con la henna, se puso en contacto conmigo.

—A muchas personas en Jaipur les gustaría empezar a cavar un pozo antes de que se les incendie la casa, ya sabes a qué me refiero. Y te pagarán el triple de lo que cobras en los burdeles.

Lo que Samir me proponía era que me fuera a vivir a Jaipur y más dinero del que hubiera podido imaginar evitando embarazos no deseados para hombres que, como él, mantenían relaciones fuera del matrimonio. Me explicó que si bien a él le gustaba visitar los burdeles, prefería las viudas jóvenes y sin hijos. Esas mujeres, con independencia de lo jóvenes que fueran cuando perdieron a su marido, normalmente se veían condenadas a una vida solitaria, porque era lo que la sociedad mandaba. (No ocurría lo mismo con los viudos, que podían volver a casarse sin problema.) Samir derrochaba cumplidos y encanto con aquellas viudas, y las colmaba de regalos, y ellas respondían con gratitud.

Pero lo que terminó de convencerme fue la tapadera de respetabilidad que me ofreció Samir. Podría vender mi destreza con la henna a mujeres de casta alta, como su esposa, mientras vendía de manera discreta mis bolsitas de hierbas anticonceptivas a sus amigos y conocidos. Cuando Parvati se lamentó ante mí de su incapacidad de tener más hijos, le di lo que le habría dado mi suegra: trébol rojo, aceite de prímula e infusión de ñame silvestre en forma de delicias dulces y saladas, hasta que se quedó embarazada de Govind. Complacida, Parvati me presentó a otras damas que en la actualidad eran las clientas que llenaban mi agenda.

Cuando conocí a Samir en 1945 ya llevaba una vida independiente. Tenía dinero para pagar mi alojamiento y comer, y aún me sobraba para enviar un poco a mis padres. Lo que Samir hizo fue ofrecerme la posibilidad de que mi negocio prosperase y yo me lancé de lleno, como un niño que suelta manotazos al aire queriendo atrapar una luciérnaga antes de que desaparezca.

En ese momento, delante de una pulcra hilera de bungalós, comprobé la nota que me había dado Samir el día anterior: señora J. Harris. 30 N Tulsi Marg. La mujer de cabello canoso peinado con un voluminoso rizo a cada lado

de la cabeza, como marcaba la moda, que retiraba las flores marchitas de un rosal trepador en la terraza delantera de la casa parecía lejos de estar en edad de procrear. Comprobé de nuevo la dirección, confusa. En todo el tiempo que llevaba preparando mis bolsitas de hierbas era la primera vez que me encontraba con que una mujer de cincuenta años largos pudiera necesitarlos. Aun así, nunca se sabía con las mujeres inglesas. El sol de Jaipur era tan cruel con su tez pecosa como lo era con las manos de mis clientas indias.

—¿Señora Harris? —pregunté.

La mujer se volvió y me sonrió dejando a la vista unos dientes grises.

—¡La ha encontrado! El jardinero siempre se equivoca. Si quiero que se haga bien, tengo que hacerlo yo misma. Debe de ser usted la institutriz que viene a la entrevista. Se le dan bien los bebés, ¿no es así? Bueno, he de decir que parece algo más limpia que las que envía el ejército. Claro que, como solía decir mi esposo, Jeremy, ¿cómo van a poder quitarse el polvo de encima cuando no tienen un lugar como es debido en el que bañarse?

»Era comandante del ejército británico. Cuando murió, decidí quedarme aquí. No podía permitirme una casa en Bristol con su pensión de militar, ¿o no? Pediré que nos sirvan el té. Pero se lo advierto, no es ese *chai* especiado que tanto gusta aquí… es malo para el estómago. Yo prefiero el té inglés de siempre, gracias. Vamos dentro. Debe de estar congelada, querida. Veintiún grados es una temperatura maravillosa para mí, pero los indios sacan la ropa de invierno en cuanto sopla un poco de brisa. Nunca he podido entenderlo. ¡El aire fresco es una maravilla!

Me disculpé y ya empezaba a darme la vuelta para marcharme rápidamente de allí cuando una mujer más joven salió por la puerta y vino a socorrerme.

—Ah, aquí está, señora Shastri. Creo que ha venido a enseñarme unos productos, ¿no es así? ¡Mis amigas están entusiasmadas con sus cremas de manos!

NOS SENTAMOS EN el dormitorio de la joven con la puerta cerrada y hablamos en voz baja.

—Le pido disculpas por mi suegra, señora Shastri —susurró.

Me daba la impresión de que se estaba disculpando por algo más que la presencia de su suegra.

—Ella es la señora de Jeremy Harris. Yo también soy la señora Harris, pero mi nombre de pila es Joyce. —La joven se sonrojó—. Mi suegra tenía una partida de bridge programada para hoy, pero se ha cancelado. Supuse que estaríamos solas.

—Señora Harris, no quiero meterme donde no me llaman, pero me ha parecido que su suegra pensaba que había venido por el puesto de institutriz. ¿Tiene otro hijo?

Joyce Harris negó con la cabeza y se miró el vientre.

—Pero ¿está embarazada? ¿Y su embarazo no es secreto?

Ella negó de nuevo.

—Tengo que saber de cuánto está —dije con suavidad.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Dos de ellas cayeron en el corpiño de su colorido vestido de nailon. Observó el descenso de las gotas por el tejido floreado, pero no hizo ademán de secarlas.

—¿Señora Harris?

Ella vaciló un momento.

—Cua-cuatro meses.

No era seguro deshacerse del bebé cuando el embarazo estaba muy avanzado. Cuatro meses era el límite. Cuando las mujeres acudían a mi suegra en busca de ayuda, ella me decía: «Debemos conseguir que la mujer se vaya tan sana como vino».

—¿Está segura?

Dudó un segundo y asintió.

—En esta fase del embarazo sería arriesgado tanto para usted como para el bebé. Y a mí me importa su seguridad. Tiene que decirme con exactitud que no está de más de cuatro…

Ella me interrumpió con un susurro apremiante.

—Quiero a este bebé con todo mi corazón, pero si me quedo en la calle…

Las mujeres a las que ayudaba siempre querían confesar la culpabilidad que sentían, pero habría sido más fácil para mí y también para ellas que no me lo contaran. Me humedecí los labios. Tenía que asegurarme de que decía la verdad.

—Si puede decirme con absoluta certeza que no está de más de cuatro meses y sigue mis indicaciones al pie de la letra, no tendría que pasar nada, pero…

—No puedo dormir. Tengo dolores de cabeza constantes. Si pudiera tener este bebé, lo haría. Pero creo que no es… de mi marido.

Muchas de las mujeres a las que atendía a petición de Samir tenían una aventura.

—Señora, no tiene que darme explicaciones.

Joyce Harris se inclinó hacia mí y me tomó la mano. El movimiento me sobresaltó. Me quedé mirando la piel blanca de los nudillos tensos, la alianza de boda que le quedaba suelta, el rojo brillante de sus uñas. Esperaba de mí algo que yo no podía darle. El perdón. La absolución. Yo era una desconocida.

Observé su rostro húmedo, enrojecido y salpicado de manchas rosas. Tenía los ojos rojos también.

—Juega al squash en el club con John, mi marido. Allí lo conocí. En el club. Él también está casado. El bebé podría ser de John, pero también podría ser de… él. —Me soltó la mano y se sacó un pañuelo del cinturón para secarse los ojos—. Es indio.

Por un instante me pregunté si su amante indio sería Samir. Pero él era demasiado cauteloso; se aseguraba de entregar mis bolsitas de infusión a su amante de turno para poder pasar a la siguiente con la conciencia tranquila. Si Joyce Harris fuera una de sus amantes, me lo habría dicho. Él nunca me lo había ocultado en el caso de las demás. Además, le gustaban las viudas y Joyce Harris estaba casada.

—¿Qué diría mi marido si le diera un bebé indio? No tengo dudas sobre lo que diría mi suegra, Letty. Tampoco podría volver a Surrey con un bebé de piel oscura. No hay lugar en la sociedad inglesa para un niño así. Mi bebé no estaría seguro en ninguna parte.

Esperé a que remitieran sus sollozos.

—Señora Harris, estoy segura de que hace lo mejor para usted y para… los demás, dadas las circunstancias, pero le repito que no lo deje estar más tiempo. Cueza una bolsita durante media hora en un litro de agua. Beba una taza cada hora hasta que se termine toda la infusión. Le sabrá amarga.

Puede echarle un poco de miel para que le resulte más agradable. Repita el proceso una vez más. Al cabo de unas horas empezará a sentir contracciones. Póngase una compresa de algodón en la ropa interior para que empape la sangre cuando empiece a manchar. En la fase del embarazo en la que se encuentra, su cuerpo expulsará también grandes coágulos de tejido. Le va a doler, pero no se inquiete. Deje que las hierbas hagan su trabajo.

La mujer cerró los ojos y dejó que fluyeran las lágrimas. Me detuve para darle tiempo a que entendiera las indicaciones.

—Le dejaré tres bolsitas, pero con dos debería ser suficiente. Puede ponerse una bolsa de agua caliente en el vientre o humedecer compresas en agua tibia y aplicarlas en los genitales para aliviar el dolor. Cuando todo pase, le aconsejo que llame al médico. Pensará que ha sufrido un aborto espontáneo. Si lo avisa antes de tiempo, tratará de salvar al bebé, que creo que no es lo que usted quiere.

Le di unas palmaditas en el brazo pálido.

—Funciona la mayoría de las veces, pero no puedo garantizárselo. Si pierde demasiada sangre, debe llamar al médico de inmediato. Le repito que va a ser muy doloroso. —Le dejé una botellita en la mesita y le dije que se aplicara la loción que le había preparado para calmar el escozor de los genitales, ya que se le irritaría la piel una vez que expulsara el feto—. ¿Ha entendido todo lo que le he dicho?

Ella asintió. Permanecimos allí sentadas un rato más en silencio.

—¿Alguna otra pregunta?

—Solo las que ninguna de las dos puede responder —dijo tan bajo que me costó trabajo entenderla.

NADA MÁS ENTRAR en mi habitación, Radha se levantó del suelo donde Malik estaba recogiendo las piedras con las que estaban jugando a las tabas. Mi hermana se acercó corriendo a donde estaban los utensilios de cocinar y regresó con una fuente metálica con comida y me quitó la bolsa donde llevaba todas mis cosas.

—Para ti, *jiji*.

Allí pasaba algo. Recorrí la habitación con la mirada.

Malik se levantó y se guardó las piedrecitas. Se quedó mirando el suelo con expresión taciturna, evitando mirarme a los ojos. Radha fue a llenar un vaso de agua de la jarra y regresó con él.

De repente me encontré con una fuente de masa frita, un vaso de agua y dos caras que me observaban con nerviosismo.

—¿Has hecho *dal batti*? Creía que te había dicho que preparases *laddus*.

—Malik me ha dicho que el *dal batti* es una especialidad del Rajastán —dijo con una sonrisa nerviosa—. Yo me he comido los bollitos que se me han quemado. Pruébalos, *jiji* —añadió, deseosa de complacerme, pero no le hice caso.

—¿Malik?

Radha dio un paso al frente como protegiéndolo.

—No ha sido culpa suya, *jiji*. Él solo estaba apagando el fuego y entonces llegó la señora Iyengar y se puso a gritar…

¿Fuego? ¿Que la señora Iyengar se había puesto a gritar?

—¡Silencio! —Dejé la fuente y el vaso encima de la mesa y tomé aire profundamente—. Empieza por el principio.

Me contó que estaba preparando las bolitas de *dal baati* y se le quemó el *chunni*. Malik bajó corriendo a pedir ayuda y la señora Iyengar le gritó por haberle contaminado la lumbre de cocinar.

Malik se puso a hacer círculos en el suelo con su gran pie.

—Lo siento, jefa.

Radha frunció el ceño y nos miró, primero a él y luego a mí.

—Malik no ha hecho nada malo. ¡Ha impedido que me quemara! Esa bruja mala…

Si no hubiera sido por su insolencia, puede que me hubiera mostrado más comprensiva, pero tenía que domar sus formas o podría estropear mi relación con mi casera.

—Esa bruja mala es nuestra casera —dije levantando un dedo—. Esta es su casa, no la nuestra —añadí levantando otro dedo—. Tiene todo el derecho a decirnos lo que debemos hacer.

—¡Pero no es justo! ¿Por qué no nos vamos ya a tu casa nueva, lejos de ella?

Empezó a latirme la vena de la sien y me apreté un poco

con los dedos tratando de no levantar la voz.

—Ya te lo he dicho, Radha. Nos iremos cuando esté lista. No antes.

Miré a Malik.

—¿Ha ocurrido lo que dice?

Él asintió.

Le puse la mano en la cabeza.

—Gracias por evitar que quemara la casa.

Él me dirigió una pequeña sonrisa.

—En cuanto a ti, Radha, tienes que ser más cuidadosa a partir de ahora…

—Pero…

—Sobre todo en lo referente a la lumbre donde cocina la señora Iyengar.

—*Jiji*…

Fui a tocarle el hombro para intentar calmarla y ella dio un respingo, como si pensara que iba a darle una bofetada. ¿Era eso lo que hacía nuestra madre? ¿O Hari?

Bajé la mano, pero no me miraba.

Suspiré. Calmar a la beata señora Iyengar iba a costarme lo mío. La última (y única) vez que Malik había pasado por encima de la lumbre de cocinar sin darse cuenta, la mujer había insistido en llamar a un *pandit,* un sacerdote de la casta sacerdotal de los brahmanes, para que lo purificase. (Los musulmanes como Malik comían carne; los Iyengar no. Les habría supuesto el mismo problema que la familia Singh hubiera pisado su lumbre. Los rajputs también comían carne.) La primera vez la purificación me había costado cuarenta rupias. Primero, mi deuda con el constructor, después Hari y ahora esto.

Me metí el extremo del sari por dentro de la enagua y me dispuse a bajar a hablar con la casera.

—Iré a ver qué castigo nos pone.

Malik fue corriendo a la mesa de las hierbas, tomó dos botellas y me las dio.

—Ya he hecho la mezcla.

Miré las etiquetas: un tónico para el pelo y una loción para la piel. Sonreí.

—Estás en todo.

Sabía tan bien como yo que el soborno era la manera de

ganarse el corazón de la casera. La señora Iyengar nos tenía entre la espada y la pared: no podríamos cocinar los aperitivos y los dulces que les llevábamos a nuestras clientas hasta que el *pandit* realizara la ceremonia de purificación, que podía llevar entre una y tres horas. Iba a ser una noche larga.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, dijo:

—El *pandit* llegará dentro de una hora.

POR FIN LLEGÓ la medianoche, mi hora favorita del día. La luna se veía por la ventana. Un macho de koel común cantaba una canción de amor y la hembra con sus plumas moteadas le respondía. El calor y el polvo del día se habían calmado, los habitantes de Jaipur descansaban. La habitación olía maravillosamente a los bocados dulces y salados que habíamos cocinado (*pakoras* de diente de león para la artritis de la señora Patel, *laddus* de almendra dulce para el dolor de cabeza de la señora Gupta) y a las lociones que habíamos preparado (aceite de sándalo para el dolor de pies de la señora Rai).

Malik se había marchado a casa horas antes. Radha dormía en el catre. Yo estaba sentada ante mi mesa de las hierbas a la luz de una lamparilla de aceite. Abrí mi libreta y chupé la punta del lápiz.

Abluciones del pandit (una hora en purificar los fogones de la señora Iyengar): debe.
Aceite de lavanda y clavo, y la cúrcuma y el azafrán que ha comprado Malik hoy: debe.
Dinero de Samir para sus saquitos de infusión: haber.
Dinero pagado por Joyce Harris por sus saquitos: haber.
Factura del constructor: debe.
Pago a Hari: debe.

Situación general de pérdida. Cerré la libreta y empecé a quitarme las horquillas del pelo. Me preguntaba cuánto me llevaría cerrar el acuerdo matrimonial entre las familias Singh y Sharma. Y si el constructor me concedería una prórroga para pagarle lo que le debía. ¿Cuánto más querría Hari a cambio de su silencio? Me hacía mucha falta la comisión del palacio, pero ¿cuánto tendría que esperar a que Parvati hablara con la maharaní?

Me peiné el pelo con los dedos. *Saasuji* me contó una vez que había tres tipos de karma: el karma acumulado a lo largo de nuestras vidas pasadas; el karma creado en esta vida y el karma que almacenábamos para que maduren en nuestras vidas futuras. Me preguntaba cuál de ellos me había llevado a casarme con Hari. Y si abandonar a mi familia sería uno nuevo que me había creado el resultado del karma de una vida anterior que había madurado en esta vida.

Radha gritó en sueños, como si pidiera ayuda con la boca cerrada. Me acerqué corriendo al catre antes de que despertara a toda la casa.

—Radha, es solo un sueño —dije acariciándole el hombro.

Pero no se despertó. Estaba tumbada de lado, hecha un ovillo, como los bebés dentro del útero materno. Tenía los puños apretados muy fuerte debajo de la barbilla. Las lágrimas le caían sobre la almohada. Parecía muy frágil. De repente me acordé de algo: yo misma llorando hasta quedarme dormida cada noche durante la época que viví con Hari.

Me tumbé detrás de ella y pegué el pecho a su espalda, mi mejilla contra la suya, mi pierna contra la suya. La envolví con mi cuerpo sin dejar espacio entre ambas. Todos los días tocaba la piel de mis clientas porque era mi trabajo, pero estar tan cerca de alguien era una sensación del todo nueva.

—Shh, ya pasó, shh —le susurré.

Con la mano libre, le acaricié el pelo, que aún olía a la plumeria desde esa mañana.

—*Rundo Rani, burri sayani. Peethi tunda, tunda pani. Lakin kurthi heh munmani* —le canté suavemente junto a los labios guiada por la voz de mi padre.

Se le suavizó la respiración y los músculos se le relajaron. Se había despertado. Me buscó la mano y se la llevó al pecho. Notaba que sus costillas subían y bajaban contra mi pecho y su respiración se hacía más regular.

Le sequé la cara y el cuello con el borde de mi sari.

—Cuéntamelo. Háblame del sueño, Radha.

Ella se sorbió la nariz.

—Estaba oscuro. *Pitaji* estaba en un pozo. Y no tenía a nadie a quien agarrarse más que a mí. Los chismosos hacía rato que se habían marchado a casa. Intentaba ayudarlo, pero

pesaba más que yo. —Se le escapó un sollozo angustiado—. Y no pude sujetarlo. *Jiji*, no pude. No pude hacer nada. ¡Te busqué, pero no estabas! —Inspiró una gran bocanada de aire —. Deseé muchas veces que fueras a ayudarme. Una vez salí de Ajar a buscarte, pero Mala, la vecina, me vio y me mandó a casa. —Una nueva tanda de lágrimas me mojó la mano a la que Radha se aferraba—. Cuando murió *maa*, no le dije nada a nadie. Durante dos días. Estaba allí tendida. En el catre. Estaba muerta de miedo. No sabía lo que me iba a pasar. Estaba totalmente sola. ¿Dónde estuviste todo ese tiempo, *jiji*? ¿Por qué nos abandonaste? ¿Por qué lo abandonaste a él?

Me separé de ella. Era natural que quisiera saberlo. Me había guardado la respuesta para mí durante trece años.

Tragué saliva.

—Habría muerto si me hubiera quedado. Hari se habría asegurado de ello. No podía volver con *maa* y *pitaji*.

Radha sabía tan bien como yo que, una vez casada, una mujer pasaba a ser propiedad del marido. Las esposas infelices no podían volver a casa de sus padres sin más esperando comprensión. En algunos casos, la mujer perdía el nombre de pila en cuanto entraba en la familia de su esposo, como si su persona anterior no hubiera existido jamás.

Le hablé de lo único bueno que había tenido mi matrimonio: la madre de Hari. Le conté que me enseñó a curar a las mujeres que llegaban desde las aldeas vecinas. En la mayoría de los casos se trataba de molestias estomacales, quemaduras mientras cocinaban, dolores menstruales y úteros infértiles. No le hablé de las mujeres que acudían para que interrumpiera un embarazo sin que sus esposos se enterasen.

Sí le hablé de las palizas de Hari y del día que salí de su choza una tarde y me dirigí a Agra a pie, escondiéndome detrás de los arbustos o en una zanja cuando veía a alguien. Tardé una semana. Comía lo que encontraba por el camino, casi siempre de noche, cuando nadie me veía, asegurándome siempre de que no hubiera jabalíes cerca. Le conté que en la ciudad del Taj Mahal ayudaba a las mujeres igual que hacía mi suegra. Decidí obviar los detalles, que con lo que más dinero ganaba era vendiendo un remedio que consistía en varias cucharadas de corteza de raíz de algodón molida en unas bolsitas de muselina, como hacía mi *saas* con las mujeres

del pueblo. No era que me avergonzara mi trabajo; de no haber sido por mí, muchas cortesanas y bailarinas habrían recurrido a otros medios más rudimentarios y dolorosos para controlar los embarazos, como lavados vaginales con productos detergentes, tirarse por las escaleras o hacer quién sabe qué para poder deshacerse del bebé. Pero los oídos de una niña de pueblo de trece años eran demasiado sensibles para escuchar ciertas cosas.

Le expliqué que en Agra había aprendido a pintar con henna. Sonreí al recordar a Hazi y Nasreen enseñándome a decorar el cuerpo de una mujer para inflamar el deseo, pero no se lo dije a Radha. En su lugar le conté que me ofrecieron ir a Jaipur, donde ganaría más dinero, y aproveché la oportunidad.

—Me permitió enviar más dinero a casa.

—Pero pintar con henna es un trabajo para la casta shudra, no para los brahmanes —dijo ella—. *Pitaji* jamás te habría permitido tocar los pies de la gente.

Le solté la mano y me tumbé boca arriba.

—Era mejor que convertirme en prostituta, Radha —dije con intención de que mis palabras sonaran duras. Y así fue.

Permanecimos allí tumbadas en silencio durante un rato.

—¿Cómo murió nuestro padre? —pregunté.

—Se ahogó, pero también estaba enfermo. Del estómago.

—¿Qué quieres decir?

—Le gustaba el *sharab* —susurró—. Creía que no nos dábamos cuenta, pero por la noche estaba tan borracho que no podía caminar. Al día siguiente yo tenía que sustituirlo en la escuela.

Sabía que mi padre había empezado a beber cuando llegamos a Ajar, pero nunca se había emborrachado hasta el punto de que tuviera que dar yo la clase por él en la escuela.

—¿*Maa* llegó a perdonarlo?

Radha se giró para mirarme.

—¿Perdonarlo por qué?

En ese momento se me pareció tanto a nuestra madre que era casi como si estuviera tumbada con ella la noche en que le pregunté dónde guardaba sus pulseras de oro. Por entonces era solo una niña y, que yo recordara, nunca se las quitaba, ni siquiera para bañarse, cocinar o dormir. Me encantaba jugar

con ellas cuando nos tumbábamos la una al lado de la otra, como en aquel momento. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se lo pregunté y fue la primera vez en mi vida que tuve miedo.

—No siempre vivimos en Ajar —dije acariciándole la mejilla—. ¿No te lo contó *maa*? Antes vivimos en Lucknow. Nuestro padre se obsesionó con el movimiento independentista. Faltaba al trabajo para acudir a las marchas por la libertad. Pronunciaba discursos en contra del dominio británico en mítines políticos. Cuando el movimiento necesitó más dinero, vendió el oro de nuestra madre, las joyas de su dote (pulseras, collares y pendientes) en contra de sus deseos. Se puso furiosa con él.

»Los británicos, que dirigían el sistema educativo, no estaban de acuerdo con su lucha en favor de la libertad, de modo que lo relegaron a Ajar, aquella aldea diminuta, aislada de todo. Yo debía de tener unos diez años. De golpe y porrazo le arrebataron el salario y el orgullo.

—Pero él tenía razón, ¿no crees? Al final ganó la India.

Radha quería creer en nuestro padre, defenderlo, igual que yo en su momento.

—Por supuesto que tenía razón —convine yo—. Fueron las personas como nuestro padre, millones de ellas, las que les dejaron claro a los británicos que los indios no seguirían siendo prisioneros en su propio país.

Pero también entendía que nuestra madre lo desaprobara. Muchos indios habían resultado heridos o encerrados en la cárcel por hacer frente a los británicos. Le suplicó a nuestro padre que no dijera nada, que cuidara de su familia mientras otros luchaban. Pero él era un firme defensor de sus creencias. Y yo lo admiraba por ello. Estaba comprometido con sus ideales. Lamentablemente, sus admirables ideales conllevaban un precio.

Cuando se le acabaron los ahorros, vendió la única posesión que le quedaba a nuestra madre, el oro que podría habernos salvado de la pobreza, el que se suponía que la mantendría en caso de enviudar y el que habría evitado que yo tuviera que casarme a los quince años. En un país en el que el oro de una mujer constituía su única seguridad frente a los imprevistos, las orejas y las muñecas desnudas de *maa* le

recordaban de forma constante que mi padre había antepuesto la política a su familia.

Y por eso nos vimos obligados a mudarnos a Ajar, donde mi madre enterró su decepción y mi padre su orgullo. La independencia tardaría aún doce años en llegar, pero para entonces él ya estaba totalmente desmoralizado.

—*Maa* nunca me habló de ti —dijo Radha—. Nunca mencionaba tu nombre. Yo no sabía nada de ti hasta que las chismosas del pueblo me contaron que desapareciste el mismo año en que nací yo. En cuanto aprendí a leer, me di cuenta de que lo que quemaba *maa* nada más llegar eran tus cartas. La única carta tuya que leí fue la que enviaste con los billetes de tren a Jaipur. No decías nada de mí en ella. Entonces supe que tú tampoco sabías de mi existencia.

Cerré los ojos. «Oh, *maa*, qué enfadada tenías que estar conmigo. Tu marido te había traicionado. Yo te había traicionado. ¡Ojalá hubieras llegado a abrir mis cartas!»

En cuanto tuve unos ingresos, empecé a enviar dinero a mis padres para sus necesidades. Les escribía para pedirles que me perdonaran por haber abandonado a mi marido y les decía que mandaría a alguien a buscarlos en cuanto me fuera posible. Si habían destruido el dinero junto con las cartas, no era de extrañar que Radha hubiera llegado a Jaipur vestida con harapos.

La abracé de nuevo como si estuviera abrazando a mi madre, lo que tanto deseaba hacer.

Radha me apretó la mano y el gesto me trasladó de nuevo al presente para recordarme que tenía una hermana que sí estaba viva. Puede que no fuera mi castigo por el mal que había causado, sino mi salvación. Ya no podía arreglar las cosas con mis padres, no podía pedirles perdón ni restablecer su buena reputación. Pero sí podía cuidar de mi hermana, guiarla en su camino a la madurez, a la edad adulta. Asegurarme de que se convirtiera en alguien de quien mis padres pudieran estar orgullosos, no como yo.

Radha se removió.

—*Jiji*, ¿recuerdas al anciano Munchi?

Me acordaba de él, siempre encorvado sobre el delgado esqueleto de una hoja, dibujando una pastora y una vaca del tamaño de mi dedo pulgar, salpicando de puntitos el sari de

la lechera con su pincel de pelo de camello. A él había acudido cuando mis padres discutían por el dinero. Me refugiaba de los amargos silencios de mi madre y del alcoholismo de mi padre en la pintura. El viejo Munchi me enseñó a ver, a fijarme de verdad, en todos los detalles, por pequeños que fueran, antes de dejarme coger el pincel siquiera. Aquella práctica fue la que me facilitó la aplicación de la henna por medio de un delgado cono años después para pintar dibujos que se me habían quedado grabados en la memoria.

—¿Sigue pintando? —pregunté.

—*Hahn*. Siempre decía que tú habías sido su mejor alumna.

Sonreí al oírlo.

—¿Y tú también pintabas con él?

—Yo no poseo tu don, Lakshmi. Yo me dedicaba sobre todo a preparar los esqueletos de las hojas. Y también molía los tintes para las pinturas. —Se volvió para mirarme con una sonrisa traviesa esta vez—. ¿Sabes lo que consigues cuando alimentas a una vaca con hojas de mango y después mezclas la boñiga con orina y arcilla?

—¿Qué?

—¡Pintura naranja! —respondió con una amplia sonrisa—. Munchi decía que mi pintura era suave como la seda.

—Puedo enseñarte a moler las hojas de henna para que me prepares la pasta si quieres.

—*Accha*. —Muy bien. Cerró los ojos y soltó un sonoro bostezo.

—Tienes que taparte la boca cuando bosteces, Radha.

Puso los ojos en blanco con gesto de timidez y me buscó la mirada con una sonrisa.

—¿Norma número veinte?

SIEMPRE HABÍA TENIDO el sueño ligero, así que cuando oí la vibración del pomo de la puerta, me desperté de golpe y me levanté de un salto. Seguía estando oscuro fuera. Radha dormía como un tronco. Samir irrumpió en la habitación y lo primero que se me pasó por la cabeza fue que había bebido demasiado en el club y que había perdido la cabeza, hasta

que me fijé en que llevaba a una mujer en los brazos. Iba tapada con una colcha. Tenía los ojos cerrados y gemía muy bajo. El amigo de Samir, el doctor Kumar, estaba a su lado. Me levanté de un salto de la cama y miré la hora en el reloj de la pared. Eran las dos de la mañana. Los hice pasar antes de que despertaran a la señora Iyengar.

Cuando encendí la luz, vi el semblante grave de Samir.

—Algo no ha ido bien con la señora Harris —susurró Samir—. Kumar quiere hacerle unas preguntas.

Recorrió la habitación con la mirada hasta que sus ojos se tropezaron con la cama, en la que Radha nos miraba recostada sobre un codo, restregándose los ojos.

Me dirigí a ella a toda prisa.

—Radha, por favor, levántate.

Ella se levantó apresuradamente y observó con ojos como platos que Samir depositaba a la mujer con sumo cuidado en el catre, sobre la misma sábana en la que dormíamos ella y yo. Al hacerlo, la colcha se abrió y vi la sangre coagulada, que brillaba a la débil luz de la bombilla del techo. Los párpados de Joyce Harris, colorados y llenos de venitas azules, temblaron, y la mujer levantó las rodillas dobladas hacia el pecho. Se abrazó el vientre. Le castañeteaban tanto los dientes que me sorprendió que la señora Iyengar no estuviera ya aporreando la puerta mandándome callar.

—¿Por qué la has traído…?

—No había tiempo. Kumar te lo explicará.

Me percaté entonces del maletín negro que llevaba el doctor. Sacó el estetoscopio de él.

Samir me agarró las dos manos.

—Gracias, Lakshmi. Por favor, haz lo que te diga el doctor Kumar —me rogó. Y se fue cerrando la puerta sin hacer ruido tras de sí. El intercambio de información no había durado ni un minuto. El aire de la habitación era sofocante y estaba saturado de los gemidos de aquella mujer inglesa.

El doctor Kumar, que no dejaba de mirar a su alrededor, hablaba en voz baja.

—Ha tomado algo. Necesito saber qué y en qué cantidad.

—No entiendo…

—¿Qué hay que entender? —Frunció el ceño—. Ha tomado una hierba peligrosa para matar a su bebé y morirá a

menos que sepa cuál es esa planta.

—Pero yo solo… —Sentí que se me enrojecía el rostro—. ¿No le ha explicado Samir que yo…?

—¿Sabe usted lo arriesgado que es abortar en el quinto mes de gestación? —preguntó él y sus ojos grises relampaguearon.

—¿Cinco meses? —Me quedé boquiabierta.

Kumar asintió y colocó el estetoscopio en el abdomen de la mujer. Ella soltó un grito.

—Capto el latido del corazón, así que debe de estar de dieciocho semanas como mínimo. Pero es un latido débil. La mujer ha perdido mucha sangre. Hay que hacerle una transfusión. Samir está recurriendo a favores que le deben para ingresarla en un hospital privado. —El doctor nos miraba a Joyce Harris y a mí mientras hablaba—. No creo que el bebé vaya a sobrevivir. —Me miró las manos, con las que me aferraba al delantero de mi sari.

—¿Qué le dio? —preguntó retirando por fin el estetoscopio. Hablaba con tono comedido, como si estuviera tratando de contener la furia.

Aparté la vista de la mujer que se retorcía en mi cama.

—Le di corteza de raíz de algodón para que la tomara como infusión. Si ha seguido mis indicaciones, habrá hervido una bolsita de infusión en un litro de agua. Se suponía que debía beber unos sorbos cada hora hasta terminar la infusión. Y repetir el proceso. Es lo que se necesita normalmente para expulsarlo todo, pero le dejé una bolsa más por si acaso.

El doctor Kumar puso dos dedos en la muñeca de la mujer y se miró el reloj.

—Tiene el pulso muy débil. Puede que se haya tomado las tres bolsas de una vez o que haya utilizado menos agua para hacer más potente la infusión.

—Pero me juró que no estaba de más de cuatro meses. Se lo pregunté dos veces y le dije que era peligroso si estaba de más. No tenía motivo para no creerla.

El médico se me quedó mirando fijamente. ¿Pensaría que le estaba mintiendo?

—Nunca le he dado esta infusión a ninguna mujer que estuviera embarazada de más de cuatro meses. O la señora Harris no lo sabía, o estaba desesperada y me mintió.

Vi que impregnaba una bola de algodón en alcohol y le frotaba el interior de la articulación del codo.

—¿Cómo dieron Samir y usted… con ella?

Sacó un vial y una jeringuilla de su maletín.

—Una amiga suya lo llamó al club en el que estábamos cenando. Me dijo que necesitaba ayuda. —Le dio unos golpecitos en el brazo para que se hinchara la vena y clavó la aguja. La mujer dio un respingo—. Fuimos a buscarla. Su marido y su suegra están en Jodhpur, así que no había nadie más en casa. Sujéteme esto, por favor.

Presioné con firmeza el algodón sobre el brazo. El doctor Kumar tapó la jeringuilla y lo guardó todo en el maletín. Después tomó la muñeca de la mujer y comprobó el pulso con su reloj durante un buen rato. Tenía unos dedos largos y unas uñas inmaculadas. Posó la muñeca sobre la colcha de nuevo.

—Le he administrado una cantidad muy pequeña de morfina para el dolor, pero necesito que esté consciente. La morfina no debería interferir con las hierbas que le dio, pero vamos a necesitar antibióticos para combatir la infección. —El doctor estudió con cautela mis manos, mi rostro, mi pelo. Me fijé en que había algunas hebras de plata entre sus oscuros rizos, en la peca que tenía encima del labio superior—. ¿De verdad cree, señora Shastri, que puede curar los problemas… de una mujer… con hierbas?

—Cuando una mujer no tiene más opción, sí.

—Esta mujer habría tenido otras opciones.

—Ella no lo creía así.

—¿Cómo es eso posible? Es inglesa. Tiene todas las opciones del mundo. Un hospital para blancos, por ejemplo.

—¿Y si el padre del bebé es indio?

El médico enarcó las elegantes cejas y observó a su paciente con renovada curiosidad.

—¿Samir no se lo ha contado?

Vi por el rabillo del ojo que Radha se movía. De repente me acordé de que estaba en la habitación. Lo había oído todo. La miré mientras le decía al médico:

—La señora Harris no sabe si el bebé es de su marido.

«Por favor, Radha, trata de entenderlo.»

Radha se tapó la boca con la mano.

El médico enarcó las cejas de nuevo.

—Aun así, con hierbas es arriesgado. Que usted sepa, podría haberle dado veneno.

Apreté la mandíbula.

—No he hecho tal cosa, doctor Kumar. Le he dado una hierba que hace que el interior del útero se vuelva resbaladizo. En un período de entre seis y ocho horas, la materia fetal se despega y sale junto con el resto de las sustancias que la madre ha estado creando para el bebé.

Mis palabras sonaron defensivas incluso a mis propios oídos.

—¿Y cómo exactamente consiguen esas hierbas suyas que el útero se vuelva resbaladizo, como usted dice?

—Impide que el cuerpo de la mujer siga produciendo una sustancia que ayuda a que el óvulo se implante en el útero.

El médico me observó largo y tendido.

—Progesterona —dijo—. La sustancia a la que se refiere se llama progesterona. —Comprobó una vez más el pulso de la paciente—. ¿Alguna otra mujer ha sufrido efectos secundarios adversos a la ingesta de sus hierbas?

—Ninguna.

El doctor Kumar abrió la boca como si fuera a preguntarle otra cosa cuando unos sonoros golpes en la puerta nos sobresaltaron a todos. La señora Harris dejó escapar un pequeño quejido y durante unos breves segundos observó exaltada la habitación antes de caer de nuevo en un silencioso delirio. El médico y yo nos miramos.

La señora Iyengar susurraba al otro lado de la puerta, pero lo hacía tan alto que la oíamos desde dentro.

— ¿Qué ocurre? Señora Shastri, ¿qué es todo ese ruido y ese jaleo?

Radha se subió a la cama rápidamente al lado de la paciente y se cubrió con la colcha, de forma que nadie pudiera ver a la señora Harris.

—¡Son las dos de la mañana!

La señora Iyengar estaba intentando abrir la puerta, así que me abalancé sobre ella.

—Lo lamento, señora. Es mi hermana… No se encuentra bien.

La señora Iyengar alargó el cuello para poder ver por encima de mí. Radha gimió fingiendo tener dolores para

disimular los suaves quejidos de la mujer.

—He llamado al médico, señora Iyengar —dije señalando al doctor Kumar con la mirada—. Lamento haberla despertado.

Joyce Harris comenzó a mascullar y Radha gimió más fuerte. El doctor le tomó la muñeca a mi hermana y le buscó el pulso con el pulgar a la vez que se miraba el reloj.

—Tiene que descansar, señora Shastri —dijo el hombre como si le molestara la intromisión de la casera.

Radha cerró los ojos y me llamó.

—*Jiji*…

—A lo mejor ha comido algo…

—Debo atenderla, señora Iyengar… —me excusé y traté de cerrar la puerta.

Pero la casera se negaba a marcharse.

—Ácido y salado en invierno, dulce y suave en verano es lo que dice siempre mi marido…

—Sí, sí, gracias. Seguiré su consejo aparte de lo que me diga el médico. Lamento muchísimo haberla despertado.

Cerré la puerta con firmeza y me apoyé en ella. Miré a Radha con asombro. ¿Cómo había sabido qué hacer? Había actuado con rapidez e inteligencia.

La señora Harris empezó a gimotear. Radha se bajó de la cama y remetió bien la colcha a su alrededor.

El médico me observaba con cautela.

Me aparté de la puerta y me recogí el pelo en un moño.

—Radha, separa el polen de las flores de manzanilla.

—Déjese de hierbas, señora Shastri —dijo el médico con cansancio.

—Ella confió en mí, doctor Kumar —dije dirigiéndome a mi mesa de trabajo—. ¡Date prisa, Radha! —exclamé sacando a mi hermana de su ensimismamiento.

Fue corriendo y empezó a separar los pétalos y los tallos de las flores de los corazones llenos de polen y me los fue pasando. Los molí en el mortero junto con dos hojas de menta y unas gotas de agua. Un aroma penetrante, afrutado y floral llenó la pequeña habitación a medida que iba formando la pasta.

—Humedece un paño —le pedí a Radha.

Ella tomó un trozo de tela de algodón y la humedeció.

Coloqué la pasta en el centro del trapo, lo plegué y uní los extremos con un nudo para formar una cataplasma.

Me senté enfrente del doctor Kumar en la estrecha cama y apliqué con suavidad el ungüento sobre la frente enfebrecida. La mujer abrió los ojos un segundo y noté que me reconoció antes de volver a cerrarlos.

—Respire, señora Harris —le dije—. Se va a poner bien. Respire.

Como si fuera la invocación de un sacerdote o el ruego del creyente que acude al templo de Ganesh, repetí el mantra sin descanso hasta que se le relajó la frente.

Eché la colcha hacia atrás. La mujer se agarraba el vientre con desesperación. Presioné en un punto justo por debajo de la sudorosa muñeca hasta que relajó también los dedos y los soltó. Apliqué la cataplasma sobre el vientre. Al cabo de un minuto, cesaron los espasmos que le sacudían las extremidades. La respiración se normalizó.

El doctor Kumar observaba sin dar crédito.

—Aleja la infección —le dije pasándole el envoltorio.

—Está caliente.

El médico lo sostuvo vacilante, como si le quemara los dedos.

—Mi *saas* me enseñó a prepararlo —dije yo sonriendo.

Oímos el ruido de la cerradura. Nos volvimos y vimos a Samir, que entraba a toda prisa. Levantó a la mujer de la cama.

—Nos la llevamos al hospital privado de Gola. ¿Te acuerdas de él, Kumar? Del colegio.

El médico asintió con la cabeza.

—¿Se encuentra mejor?

—Tiene menos dolor, pero va a perder al bebé.

Me miró al decirlo. Parecía resignado; no me acusaba de nada. Tomó su maletín.

—Es inevitable —dijo Samir a medio camino de la puerta. Parecía ansioso por dejar el tema—. ¡Vamos, Kumar!

Los acompañé a la puerta.

—¿Me dirás cómo sigue?

—Te enviaré un mensaje dentro de unos días —susurró Samir mientras comenzaba a bajar las escaleras con Joyce Harris en brazos.

El doctor Kumar echó un último vistazo a la habitación y los ojos se le iluminaron al pasar por varios objetos antes de posarlos en mí. Ladeó la cabeza a modo de despedida y salió rápidamente.

Cerré la puerta y apoyé la frente en ella. El silencio de la habitación resultaba tan atronador como el canto de la chicharra en una cálida tarde de verano. Aguardé a que Radha me preguntara.

Habló pasado un rato.

—Esa mujer, la *angrezi*, ¿quería perder a su bebé?

—Sí.

—¿Y tú la has ayudado?

—Sí.

Hundí los hombros. Había pensado que no tendría que contárselo hasta pasados unos años. Qué ingenua había sido.

—Pero antes dijiste que el dinero lo ganabas decorando con henna…

Apreté los labios y aparté la vista.

Radha frunció el ceño pensativa.

—La mendiga que vimos ayer. Con su bebé. Dijiste que no debería tener más hijos. Que no podía alimentarlos.

—Sí.

—Pero esta noche… La mujer *angrezi*… Tiene que ser rica.

—Cada mujer tiene sus propias razones para decidirse a pasar por un momento difícil. —Apreté los labios—. No me preguntes por qué. A mí no me hace falta saberlo.

Ella miró hacia la cama.

—¿Cómo saben dónde encontrarte?

Yo me encogí de hombros.

—Soy conocida.

—¿Y esos hombres? ¿Quiénes eran?

—Samir Singh es un amigo. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. El otro es el doctor Kumar. Lo único que sé de él es que es un viejo amigo de Samir.

Una nueva pausa.

—¿Lo sabe Malik?

Asentí con la cabeza de forma casi imperceptible. Sí.

—Una pregunta más, Radha. Tenemos que recoger todo esto.

—¿Por qué?

—Porque tendrás que darme más tiempo para explicarte algunas cosas. Es complicado.

—No, me refiero a que por qué lo haces. ¿Por qué ayudas a las mujeres a deshacerse de sus bebés?

Radha había visto y oído muchas cosas esa noche que eran totalmente nuevas para ella. Lo sabía por cómo le temblaban las piernas y porque era incapaz de apartar la mirada de la mancha de sangre de la cama.

¿Cómo podía justificar que unos hombres aparecieran en nuestra puerta en plena noche? ¿O que las mujeres tenían relaciones con otros hombres fuera del matrimonio?

Me acordé de lo que me había dicho mi suegra cuando me enseñó a preparar las bolsitas de infusión anticonceptiva. Tenía quince años y acababa de casarme.

«¿Cómo puedo negarme a ayudar a esas mujeres, *bheti*? Sus tierras están secas. El contenido de sus graneros es para pagar al *zamindar*. No pueden alimentar a los pequeños que tienen en casa. No tienen a nadie más a quien recurrir.»

Mi hermana tenía solo trece años. Una explicación simple no bastaría. Pero me encontraba demasiado cansada para buscar las palabras adecuadas que la ayudaran a comprender.

Al final repetí las palabras de mi suegra.

—No tienen a nadie más a quien recurrir.

Tras un minuto de silencio en el que cada una se quedó absorta en sus propios pensamientos, añadí:

—Vamos a la azotea a lavar todo esto.

Quité la sábana manchada de la cama. La sangre de la señora Harris se había filtrado en la base de cuerdas de yute tejidas y tensadas sobre un armazón de madera con patas del *charpoy* en el que dormíamos. Tendría que frotarlo con pasta de *ghee* y ceniza.

—¿Radha?

Levantó la vista del *charpoy* sucio. La expresión de sus ojos era de preocupación.

—Te has portado muy bien esta noche. Pero no debemos contárselo a nadie, ¿de acuerdo?

No me gustaba nada tener que pedírselo, pero guardar el secreto era importante para mi sustento. Una palabra sobre la desgracia de la señora Harris sería el fin de mi negocio.

Al principio pensé que me lo discutiría, pero al poco dijo

con un tono casi imperceptible:

—*Hahn-ji*.

4

17 de noviembre

AL DÍA SIGUIENTE desperté a Radha al amanecer, aunque ninguna de las dos había dormido mucho ni muy bien. Le mostré cómo se molía la henna y, para mi sorpresa, consiguió una pasta mucho más fina de lo que me había salido nunca a mí. Al parecer, el viejo Munchi no exageraba. Mi hermana me sugirió que le añadiera un poco más de zumo de limón para conseguir un color más duradero. Cuando la felicité por ello, me miró alarmada, como si no estuviera acostumbrada a que le hicieran cumplidos.

Como no podía matricularla en la escuela hasta enero, nos acompañaría a Malik y a mí a las citas para hacer la henna.

La primera de aquel día era con Kanta, una de las clientas que me trataban como a una igual. Puede que fuera porque era un poco mayor que ella, acababa de cumplir los veintiséis, o porque, como yo, no era de Jaipur, sino que se había criado en Calcuta y estudiado en Inglaterra. O tal vez fuera porque tampoco tenía hijos, aunque ser madre era lo que más deseaba en el mundo.

Kanta procedía de una larga estirpe de poetas y escritores bengalíes; su padre y su abuelo habían dedicado su vida a componer sonetos y organizar salones literarios.

—Lo único que leen las mujeres en Jaipur es *Reader's Digest* —se quejaba.

Al llegar, no nos había dado tiempo a poner el pie en el porche cuando Kanta en persona abrió la puerta al tiempo que echaba a un lado a su septuagenario sirviente, Baju. El hombre se colocó bien el turbante marwari y se acarició el largo bigote.

—¡Desde luego, señora!

Kanta nos esperaba ansiosa.

—¡Lakshmi! Me muero de ganas de que me cuentes qué tal te ha ido con Parvati. ¡Baju, no te quedes ahí parado!

Llévate a Malik a la cocina y dale algo de comer. —Entonces se fijó en Radha, escondida detrás de mí. Me miró a los ojos y después miró a mi hermana y exclamó—: ¡Pero bueno! ¿Estoy viendo doble?

Le presenté a Radha y le expliqué que acababa de llegar a Jaipur para estudiar en la escuela pública. Miré a mi hermana para ver si la explicación le parecía bien. No tenía nada de lo que preocuparme. Miraba a Kanta fascinada. Observaba sin perder detalle la melena hasta los hombros, los pantalones capri ajustados, la camisa sin mangas que dejaba a la vista su abdomen. (Las mujeres más tradicionales, como Parvati, que cubrían las redondeces de la parte central del cuerpo con saris de colores llamativos, preferirían trabajar en un burdel antes que mostrar el abdomen.)

La mujer esbozó una amplia sonrisa con los labios pintados y miró a Radha.

—¡Estoy totalmente a favor de que las mujeres reciban una educación!

La familia de la casta brahmán a la que ella pertenecía siempre había valorado mucho a sus hijas, a las que no se educaba como si su sexo fuera inferior. Por eso la había enviado a Inglaterra para que completara allí sus estudios universitarios.

De camino al dormitorio de la mujer, observé a Radha, que lo contemplaba todo como una gacela sedienta. El amplio bungaló, con sus sofás cuadrados, los suelos desnudos, ni un solo cuadro en las paredes del marajá, la maharaní o algún dios tal vez fuera algo normal en Calcuta o en Bombay, pero no en Jaipur.

Mi hermana se quedó atrás mirando las fotos enmarcadas de las paredes: una de gran tamaño de Mahatma Gandhi, otra de Kanta con su marido, Manu, delante del edificio de la universidad, otra de Rabindranath Tagore, pariente lejano de Kanta y una de las figuras literarias más famosas de la India.

Al pasar al lado de dos hombres que posaban juntos de pie, uno de ellos, con un tocado espléndido en la cabeza, me rozó el hombro. Me detuve a mirar.

Kanta, que había estado mirándonos, dijo:

—El de la izquierda es Manu. Y su jefe, el maharajá de Jaipur. Guapos, ¿verdad? —Se rio alegremente y siguió

caminando hacia el dormitorio.

Su marido era el director de operaciones del palacio del maharajá. Gracias a su elevada posición, el matrimonio Agarwal vivía gratis en uno de los impresionantes edificios coloniales que en su momento había ocupado una familia británica. La casa original, con seis dormitorios y jardines, se dividió en dos viviendas independientes para acoger a dos familias.

—Y bien, Lakshmi, ¿se hará realidad el deseo de Manu? —preguntó Kanta nada más entrar en el dormitorio. Estaba cerrando la puerta mientras lo decía, pero su suegra empujó desde fuera e irrumpió sin mostrar modales.

—Eso digo yo, Lakshmi, ¿se hará realidad el deseo de Manu de tener un hijo varón?

La mujer dirigió a Kanta una mirada significativa. Era costumbre que las madres viudas vivieran con su hijo mayor, y como Manu era el primogénito, su madre vivía con ellos. Kanta me miró poniendo los ojos en blanco por detrás de su suegra.

—Estoy en ello —respondí con una sonrisa.

La suegra señaló el rosario de madera de sándalo que llevaba su nuera alrededor de la cintura.

—Si hay un bebé ahí dentro, seguramente le dé miedo salir. Mírala. No se cubre la cabeza cuando alguien de edad entra en la habitación. Deja que hombres desconocidos le vean el trasero con esos pantalones. Si mi marido viviera…

—Habría elegido una chica que Manu habría rechazado —bromeó Kanta sonriendo.

Manu y Kanta se conocieron cuando estudiaban en Cambridge. Se habían casado por amor, con gran disgusto para la madre de Manu. Kanta solía contar medio en broma que, envalentonados por la atmósfera de libertad occidental que se vivía en Inglaterra, habían empezado agarrándose de la mano, lo que dio paso a los besos robados. Menos mal que se habían casado, porque la cosa no se habría detenido ahí.

La mujer resopló. Se acomodó en el diván envuelta en un voluminoso sari de muselina de color blanco y dijo sin dirigirse a nadie en particular:

—Kanta me va a llevar a la pira funeraria sin los nietos que me corresponden.

La joven parecía dolida. Estaba acostumbrada a verlas discutir, pero ese día las palabras de la suegra tenían un tono punzante. Sabía que la mujer sentía la presión cuando estaba con sus amistades, que ya habían sido abuelas dos y tres veces. La mayoría de las esposas de la edad de Kanta tenían varios hijos. Yo también sentía la presión. Hasta la fecha, todos los remedios herbales diseñados para que se quedara embarazada habían terminado en aborto espontáneo.

—Vamos, vamos —dije para quitar hierro a la situación—. *Saasuji*, cuando vea el diseño que traigo, sentirá que el bebé está ya en camino. Y para que me salga bien, necesito paz y tranquilidad.

La mujer apoyó una mano en cada rodilla y se levantó.

—¡Baju! ¿Dónde está mi suero de leche? —gritó llamando al sirviente mientras salía de la habitación—. Ese viejo es más lento que un elefante muerto. Todos los días nos roba nuestro *ghee* y se come nuestro *chapatti*.

Cuando la puerta se cerró, me volví hacia Kanta riéndome por lo bajo, pero la joven estaba mirando el techo, pestañeando muy seguido para secarse las lágrimas.

—No me deja ni a sol ni a sombra con el tema de los nietos.

Le tomé las manos y la acompañé al diván. Me senté a su lado y le sequé los ojos con la punta de mi sari.

Se volvió hacia mí y me miró angustiada.

—Es que… lo hemos intentado muchas veces… —Su desesperación era palpable.

Lo sentía mucho por mi amiga.

—Manu y tú habéis dedicado estos cinco años a conoceros. Sabes si le gusta más el *chapatti* que el arroz; si prefiere la poesía a la prosa; si le gusta vestir *kurtas* almidonadas. Y eso es muy importante, porque cuando lleguen los niños, estarás muy ocupada preguntándole: «*Arré, arra-garra-nathu-kara!* ¡Manu, eres un *char-so-beece*! ¿Qué has hecho con mi figura juvenil?» —dije imitando a las aldeanas que vendían melón amargo en el mercado.

Kanta se mordió el labio inferior y se echó a reír. Miró a mi hermana, que también reía.

Lo tenía todo listo para empezar. Le pedí que se tumbara en el diván y que se bajara los pantalones. Íbamos a cubrirle

el vientre con henna y necesitaba que estuviera totalmente inmóvil. Me puse un poco de aceite de clavo en las manos.

—¿Por qué no le lees mientras yo trabajo, Radha?

—¡Espléndido! —dijo Kanta, que había recuperado su buen humor de siempre—. Radha, elige un libro de mi mesilla.

A la chica se le iluminó la cara. La noche anterior me había dicho que había leído y releído los libros de nuestro padre que no se habían comido las ratas: Dickens, Austen, Hardy, Narayan, Tagore, Shakespeare. (Yo también recordaba con cariño todos esos libros.) Radha me contó que cuando nuestro padre falleció, ella se puso a enseñar a leer y hacer cuentas a los niños de la aldea para que nuestra madre y ella pudieran seguir viviendo en la choza. Pero cuando nuestra madre murió, los aldeanos no quisieron que una jovencita viviera sola en la casa del maestro.

La observé mientras examinaba los libros de la mesita de noche.

—¿*Jane Eyre. Bhagavad Gita. El amante de lady Chatterley*?

Radha nos miró al leer el último título. Se había sonrojado.

Kanta se rio al ver su expresión.

—Si aún no lo has leído, creo que empezaremos por *Jane Eyre*. Lo releo cada pocos años. Me encanta ver que la huérfana al final consigue todo lo que quiere.

Le extendí el aceite de clavo sobre el vientre mientras Radha empezaba a leer. Un poco vacilante al principio, fue ganando seguridad a medida que avanzaba con su lectura en voz alta. Las palabras rimbombantes le costaban un poco, pero su dominio del inglés era impresionante.

—«No pudimos salir a pasear aquel día. De hecho, aquella mañana habíamos pasado una hora deambulando desnudos entre los arbustos; pero, desde la hora del almuerzo…»

Comencé a pintar. Con un cono de punta fina dibujé un círculo grande alrededor del ombligo. Después, tracé seis líneas desde el ombligo hacia el borde del círculo, como los radios de una rueda. En cada uno de los triángulos resultantes dibujé un bebé haciendo algo: comer, dormir, leer, jugar al balón, ponerse el zapato, llorar.

Mientras Radha leía la historia del aislamiento de Jane

Eyre, yo pensaba en la soledad de Kanta. Jaipur no era tan cosmopolita como Calcuta, Bombay o Nueva Delhi. El ambiente allí era más tradicional, sus habitantes estaban más enraizados en la vieja India, eran menos proclives al cambio. Sentía que no había ningún vínculo entre ella y las otras señoras, y deseaba tener amigos. Creía que la maternidad le permitiría entrar en un mundo de conversaciones reconfortantes e intimidades compartidas. Confiaba en que yo pudiera ayudarla a entrar. Y yo no estaba dispuesta a decepcionarla. Probaba todo el tiempo con distintas recetas de comida que la ayudaran a retener el óvulo en el interior del útero. Ese día le había preparado *burfi* endulzado con batata y recubierto con semillas de sésamo. No dejé que se sentara para tomar el té, sino que le fui dando trocitos del dulce mientras ella esperaba tumbada a que se secara la henna. Radha no dejó de leer en voz alta en ningún momento, modulando la voz para transmitir emoción o dramatismo. ¿Dónde habría aprendido a hacerlo?

Cuando llegó el momento, me froté las manos vigorosamente con aceite de geranio y le masajeé el vientre para eliminar los restos secos de la henna. Al terminar, la joven se levantó de un salto y fue a mirarse a las puertas con espejo del armario. Se giró hacia la izquierda y hacia la derecha para admirar el diseño, enmarcándose el vientre plano con las manos.

—¡Oh, Lakshmi! Mi propio bebé. ¡Seis! ¡Me muero de ganas de enseñárselo a Manu! —Se volvió a mirarme—. Pero ¿por qué llora uno de ellos?

—Los niños lloran en la vida real —contesté yo encogiéndome de hombros.

Kanta tenía una mirada traviesa.

—Solo si tienen de abuela a mi suegra.

Y a continuación miró a Radha antes de decir:

—Puedes llevarte libros siempre que quieras. Lees de maravilla. Pero ten cuidado cuando mi suegra esté cerca. ¡Deja siempre *El amante de lady Chatterley* el último del montón y el *Bhagavad Gita* el primero!

No había visto a Radha tan contenta desde que llegó a Jaipur.

Kanta se puso el dedo en el labio.

—¿Has llevado a Radha al Minerva, Lakshmi?

Me mostraba reacia a contarle que desconocía si mi hermana había ido alguna vez al cine.

—No pasa nada, Lakshmi —se rio malinterpretando mi silencio—. Yo invito. Ponen una película de Marilyn Monroe que me muero de ganas de ver. Puedo llevarme a Radha.

La sugerencia me causó cierto nerviosismo y lo noté en el estómago. A las otras señoras para las que trabajaba les inquietaba la influencia que pudieran tener esas películas, así como el comportamiento de los hombres en el cine, en sus impresionables hijas. Los indios se volvían locos con las películas; ver a las estrellas estadounidenses como Elizabeth Taylor o Marilyn Monroe con esas faldas estrechas volvía tan locos a los conductores de *rickshaws* y a otros trabajadores humildes que, aunque apenas ganaban lo suficiente para comer, lanzaban monedas a la pantalla. (El encargado siempre terminaba saliendo a reñirlos.)

—¿Es sensato exponerla a… a…? —Me sonrojé. ¡Hablaba igual que las damas conservadoras para las que trabajaba!

—¿A las mujeres occidentales? Asusta, ¿verdad? —Las risotadas de Kanta me hicieron parecer una mojigata. Estaba siendo demasiado protectora. Si Radha iba a vivir en una gran ciudad, tenía que vivirla de verdad. No le haría ningún bien protegerla en exceso. ¿Y quién mejor que Kanta, tan cosmopolita y sofisticada, para guiarla? Además, ¡solo era una película!

Kanta aplaudió y le sonrió a mi hermana.

—¡Ya verás lo bien que lo vamos a pasar! —Me miró enarcando las cejas—. Has sido muy mala al no contarme que tenías una hermana. ¡Mira qué ojos! Los hombres se van a volver locos por ella.

Sonreí con incomodidad. Me agradaba que la belleza de mi hermana no le hubiera pasado desapercibida a una de mis clientas favoritas. Pero me preocupaba. ¿Serviría solo para que diera rienda suelta a su curiosidad? ¿A su impulsividad? Negué con la cabeza. No podía mostrarme tan victoriana.

ANOTÉ UNAS CUANTAS cosas en mi libreta cuando salimos de la casa de Kanta. Radha se apoyó contra una columna del

porche. Estábamos esperando a que Malik llegara con el *rickshaw*.

—La señora Kanta está triste.

—¿Hmm?

—¿Por qué no puede tener hijos?

—No lo sé, Radha. Su sangrado mensual siempre ha sido irregular. Tal vez no sea capaz de producir los óvulos suficientes. ¿Te acuerdas del *burfi* que le preparé? Espero que el ñame silvestre que lleva le regule el ciclo. —Fruncí el ceño al darme cuenta de lo poco que sabía de mi propia hermana —. ¿Tú ya tienes la menstruación?

La chica se sonrojó y bajó la cabeza.

—Hace dos meses. Justo antes de venir a Jaipur.

—Eso significa que ya eres una mujer, lo sabes, ¿verdad? Que puedes… tener hijos. —Me detuve sin saber muy bien cómo explicárselo—. Debes tener cuidado con los hombres en el cine. Y en los autobuses. Y no vayas por la calle a menos que Malik o yo te acompañemos.

Un atisbo de duda asomó a sus ojos.

Seguramente tendría que advertirle sobre mil cosas más, pero era terreno desconocido para mí. ¿Cuándo era el mejor momento para hablarle de lo que hacen los maridos en la cama? Mi reticencia me sorprendió. Mujeres diferentes me contaban sus intimidades todos los días; ¿por qué me daba vergüenza hablar con mi hermana sobre sexo?

Pero parecía que Radha estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué era eso que la señora Kanta tenía tantas ganas de que le contaras cuando llegamos a su casa?

Me guardé la libreta en el interior de la enagua.

—Ah. El maharajá de Jaipur va a convertir uno de sus palacios en un hotel. Quiere que Samir Singh diseñe la remodelación, pero el señor Sharma, que es el constructor oficial del palacio, ha elegido a otro arquitecto, de manera que el marido de Kanta quiere encontrar la forma de que el señor Sharma elija a Samir.

—¿Es que el maharajá no puede contratar a quien le parezca?

—Por supuesto que sí. Pero él no acostumbra a decirle a la gente lo que tiene que hacer. Quiere que el señor Sharma crea que ha sido idea suya.

—¿Y cómo puedes ayudar tú?

—Ya lo verás —respondí yo con una sonrisa.

Cuando Kanta me confió el problema que tenía Manu, supe enseguida cómo solucionarlo. La mejor manera de sellar el destino de los Sharma y los Singh era concertar un matrimonio entre las dos familias, de manera que el acuerdo comercial llegaría solo. Quería esperar a que las dos partes hubieran aceptado el matrimonio antes de decírselo a Kanta.

Se dio la vuelta al oír el silbido agudo de Malik. Estaba de pie a un lado del porche de Kanta, indicándoles con un gesto que bajaran. La ropa, impecable cuando salieron de casa por la mañana, estaba salpicada de manchas de barro. Tenía restos de sangre en un hombro y la oreja de ese mismo lado estaba roja y seguía sangrando. Me dirigí corriendo hacia él y saqué un paño de mi bolsa. Radha salió detrás de mí con las tarteras metálicas tintineando en las manos.

—¡Malik! ¿Qué te ha pasado?

El chico se dio la vuelta antes de que pudiera tocarlo y echó a andar con paso ligero hacia la verja de la entrada, de modo que tuvimos que apretar el paso para alcanzarlo.

Cuando nos alejamos lo suficiente como para que el guarda no nos oyera, exclamó:

—¡Ha sido ese *maderchod* del constructor! Le pagué las doscientas rupias que me diste ¡y me las tiró a la cara! «Esto es como darle de comer unas pocas semillas de comino a un camello», me dijo. Y después me dio un mamporro y me dijo que no se me ocurriera volver hasta que no tuviera todo el dinero que le debemos. —Se giró en redondo y se detuvo—. Toma. —Y sacó del bolsillo las doscientas rupias que yo le había dado.

Le limpié la sangre de la oreja con el paño. Él se quejó y me lo quitó para ponérselo él mismo, apretando la tela contra la cabeza. Se puso roja al instante. Me quedé mirándola.

No podía permitir que Malik pagara por mis errores. Pero ¿cómo iba a pagarle al constructor los miles de rupias que le debía? Parvati no me había comentado nada sobre la audiencia en el palacio. Tendría que tantearla.

—Malik, necesito que le des a Samir el mensaje de que tengo que verlo. Pero antes, Radha, dame el aceite de lavanda para ponérselo en la oreja.

Después de ocuparme de las heridas de Malik, le dije a mi hermana que se fueran a casa y lavaran la ropa, porque cuando estuviera presentable otra vez, tenían que reunirse conmigo de nuevo para la cita que tenía por la tarde en casa de la señora Sharma.

MALIK, RADHA Y yo dejamos nuestras cosas en el suelo del patio delantero de la residencia de los Sharma. Malik se había puesto una camisa limpia y le había bajado la inflamación de la oreja.

Habíamos ido a crear un mandala en el patio, algo que normalmente dibujaban las mujeres de la familia con una mezcla de tiza y arroz. Pero Sheela, la única hija de la señora Sharma y la menor de todos sus hijos, cantaba esa noche en una importante reunión familiar y la señora Sharma quería un dibujo mucho más elaborado. Me había encargado un diseño similar a lo que hacía con la henna. Además del arroz blanco, habíamos llevado tiza de color turquesa y coral que habíamos molido hasta obtener un polvo fino, trozos pequeños como piedrecitas de ladrillo rojo, semillas de mostaza y pétalos secos de caléndula.

Estábamos esperando a que el comerciante de comestibles desalojara el patio. Su camello pastaba plácidamente la hierba seca mientras su dueño descargaba latas de galletas de azúcar y aceite de sésamo del carro. La señora Sharma comprobaba que la entrega estaba completa antes de firmar el recibo. Cuando reparó en nuestra presencia, bajó con andar pesado los escalones del porche, acompañada por el frufrú del sari de algodón tejido e hilado a mano que llevaba puesto. Mientras que Parvati era presumida, la señora Sharma era práctica. No veía razón para preocuparse demasiado por su apariencia cuando tenía que administrar el funcionamiento de una casa grande en la que vivían sus tres hijos y los cinco hermanos menores de su marido. Aunque podía permitirse algo más lujoso, su atuendo habitual consistía en un sari de *khadi*, tela hilada y tejida de forma casera, en homenaje a Gandhi[3], y un único anillo en la nariz con un rubí y un diamante.

—Lakshmi, te pido un poco de paciencia. Enseguida

terminamos y te dejamos el espacio libre. Quiero que tengas el tiempo suficiente para crear tu magia antes de que empiecen a llegar los músicos. —Nos dirigió una amplia sonrisa que hizo que se elevara el lunar grande que tenía en la mejilla derecha—. Todo tiene que estar perfecto para la actuación de Sheela en el *sangeet* de esta noche.

—Seguro que le va a salir de maravilla, señora Sharma.

La mujer se rio. Un mandala servía para agradecer los generosos dones de la diosa Lakshmi.

—¡Con un mandala creado por ti daremos gracias a todo el panteón! —dijo extendiendo los brazos regordetes y haciendo sonar las pulseras de boda, deformadas y con alguna abolladura después de treinta años de uso.

Cuando por fin el patio quedó libre, Radha y Malik barrieron una zona de un metro cuadrado con sendas escobas de fibras largas.

Tomé un puñado de arroz blanco de uno de los sacos y fui derramando una cantidad uniforme en un círculo que sería el interior. Justo ahí encenderían un pequeño fuego más tarde, por la noche. Alrededor de ese primer círculo, dibujé una flor de loto con ocho grandes pétalos. Radha me siguió con las piedrecitas de ladrillo rojo y fue rellenando con ellas el contorno.

—*Waa!* —gritó de repente.

La miré. Radha tenía la vista fija en el porche. Allí de pie estaba Sheela Sharma, vestida de raso del color del atardecer después de la lluvia. Llevaba un vestido de manga corta de farol, el último grito de moda del momento, y corte imperio justo por debajo de su creciente pecho. Parecía la princesa de un reino en miniatura. Solo le faltaba la tiara sobre el pelo negro como el azabache, las puntas onduladas al estilo de la actriz Madhubala. Estaba impresionante.

Le sonreí.

—Me he enterado de que vas a ser la estrella esta noche.

La chica se puso todo el pelo hacia un hombro.

—Es solo para la familia. La actuación de verdad será en la fiesta de la señora Singh el mes que viene. El maharajá también estará, ¿sabes?

Así que Parvati se había tomado en serio mi proposición. Sabía que una nuera tendría que ser capaz de entretener a

jefes de Estado, de manera que había decidido poner a prueba el aplomo de Sheela delante de la realeza. Tendría que hacer mi trabajo para asegurarme de que la joven llamara la atención de Ravi Singh. Era muy inteligente por parte de Parvati dejar que su hijo se enamorase de Sheela él solo; quería ser ella quien le eligiese la esposa, pero no quería que él lo supiera.

Miré a mi izquierda para señalar a Radha, que esperaba ansiosa.

—Sheela, esta es mi hermana, Radha. —Ladeé la cabeza hacia Malik, que estaba barriendo el límite del patio—. Y creo que ya habías visto a Malik.

Él le hizo un gesto de asentimiento.

Me giré para observarla, cuya mirada saltó de Radha a Malik. Radha también lo miró. Sheela frunció los labios y elevó la barbilla para observarlo de arriba abajo: el grueso pelo, la oreja roja, los pies sucios, las *chappals* que le quedaban demasiado pequeñas. Él también se miró para ver qué era eso que le parecía tan ofensivo a la joven.

—Lakshmi, quiero que te ocupes tú sola de dibujar el mandala —dijo Sheela. Estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya.

Le sonreí con indulgencia.

—Sin ayuda se tardará el doble en hacer el diseño que he pensado y aún tengo que hacerles la henna a las mujeres que me esperan dentro, Sheela. Queremos que tu fiesta sea todo un éxito, ¿o no?

Pero ella no me devolvió la sonrisa. Se giró con insolencia sobre los tacones de charol negro y entró como un basilisco en la casa. Malik miró a Radha y se encogió de hombros.

Opté por no prestar atención a su mal genio. Era una niña mimada, pero su madre hacía todo lo que ella quería. No me convenía tenerla como enemiga.

—Radha, los trocitos de ladrillo, por favor.

—¿Lakshmi?

Levanté la cabeza y me encontré con la señora Sharma de pie en la puerta principal y a Sheela detrás de ella. Devolví al saquito el arroz que llevaba en la mano y subí los escalones.

—Mi hija no está cómoda con ese chico aquí. ¿No podrías encargarle algún recado? —dijo la mujer con un tono

imperativo y compungido a la vez. Dejó que sus ojos vagaran por el césped del jardín, apesadumbrada. Vi la cara de satisfacción de Sheela Sharma detrás de su madre.

—¿Ha hecho algo malo, señora?

—Sheela es… especial… respecto a quien trabaja en nuestro mandala.

—Por supuesto —dije mirando a la joven.

Bajé los escalones de vuelta al patio y me puse a buscar en mi bolsa haciendo muchos aspavientos.

—Malik, necesito que vayas a molerme más henna para esta noche y que me la traigas. Creo que la que tengo aquí no está bien molida.

Pero Malik estaba mirando la prueba de mi mentira: dos recipientes grandes de barro llenos de cremosa pasta de henna (suficiente para hacer veinte manos) envueltos en un paño húmedo en el fondo de mi bolsa. Esa misma mañana había elogiado la cremosa textura de la pasta que había hecho Radha delante de él.

Miró hacia el porche, a Sheela, que lo contemplaba desafiante. Vi que se frotaba el pulgar y el índice, algo que hacía cuando estaba enfadado. No sabía si lo quería fuera de allí porque era un chico (y los mandalas eran tareas propias de mujeres, después de todo) o porque no le gustaba su aspecto.

Malik dejó caer su saco en el suelo.

Saqué dos rupias de la cintura de la enagua.

—Coge un *tonga*.

Menudo consuelo. Lo obligué a que se guardara el dinero en el bolsillo de la camisa y le puse las manos sobre los hombros hasta que asintió con la cabeza.

Cuando regresé al círculo, vi que mi hermana introducía la mano en el saco de los pedazos de ladrillo y echaba el brazo hacia atrás por encima de su cabeza apuntado a la espalda de Sheela, que ya se había dado la vuelta. ¡Ay, Dios!

—¡Radha! —grité al tiempo que me ponía delante de ella para que Sheela no viera lo que estaba a punto de hacer. Le agarré el brazo, la obligué a meter la mano de nuevo en el saco de las piedrecitas y la mantuve allí. Tenía más fuerza de lo que yo creía. Le pellizqué la muñeca por dentro con ganas. Al final cedió y soltó los trozos de ladrillo.

Sentía los ojos de Sheela clavados en la espalda.

Con voz lo bastante alta como para que la joven me oyera desde el porche dije:

—Recuerda: no pongas demasiadas en cada círculo, porque entonces el mandala quedaría irregular y queremos que quede perfecto para Sheela, ¿verdad? —Supliqué a Radha con la mirada que se comportara—. Empezaremos por la tiza de color turquesa.

Mi hermana pestañeó, me miró fijamente a los ojos, pestañeó otra vez. Bajó la mirada y entonces le solté el brazo.

Por el rabillo del ojo vi que Sheela entraba en la casa. Me temblaban las rodillas. Me agaché y me apoyé bien en los talones para mantener el equilibrio.

Me quité el sudor del labio superior con la lengua. ¿Habría oído algo alguno de los sirvientes de la casa? ¡Quién sabe el daño que eso podría causarnos!

Me temblaban las manos cuando tomé un puñado de polvo turquesa para rellenar el interior. ¿En qué estaría pensando Radha? Nosotras éramos piezas fáciles de sustituir, pero Sheela siempre sería la princesa en ese reino. A Malik no había tenido que explicárselo nunca; entendía los matices de clase y casta de forma instintiva. Él jamás nos habría puesto en un compromiso como aquel.

Trabajamos el resto de la tarde en silencio. Yo señalaba un saco y ella me lo acercaba. Estaba demasiado disgustada como para decir nada.

Cuanto más avanzaba hacia fuera desde el círculo central, más detalles añadía a la flor de loto. Al final, me levanté para estudiar el resultado. En el centro de cada pétalo había dibujado los símbolos que se asociaban con la diosa: una caracola, un búho, un elefante, monedas de oro, collares de perlas. Al día siguiente me dolería la espalda por haber estado tanto tiempo inclinada hacia delante sobre el mandala, pero la señora Sharma quedaría complacida con el resultado.

Le entregué a Radha los sacos vacíos.

—Vete a casa. Que Malik te ayude a preparar los bocaditos para las clientas de mañana.

Se marchó sin decir una palabra.

Me sacudí el polvo de las manos mientras me dirigía a la cocina. Tenía que asegurarme de que los sirvientes no se

habían dado cuenta de lo que había sucedido y averiguar si podían decirme algo sobre las perspectivas matrimoniales de Sheela Sharma.

Había varios fuegos en uso y las fragancias embriagadoras del comino, el ajo y las cebollas fritas invadían la cocina. La cocinera, una mujerona con las manos ásperas, hacía bolitas de masa que después extendería para hacer *samosas*. Una mujer más joven estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y sobre ellas sostenía un recipiente de acero inoxidable en el que estaba preparando el relleno que iría dentro de las *samosas*: una mezcla de patatas cocidas, guisantes y especias. Habían abierto la puerta trasera para que saliera el calor.

Sonreí a la cocinera y le pedí agua. Me dio un vaso y retomó su trabajo. Si alguien en la casa hubiera visto que Radha había estado a punto de tirarle piedras a Sheela, la cocinera me lo habría dicho nada más entrar.

Levanté el vaso y bebí sin rozar con los labios el borde.

—¿Estás preparando *dal* con vainas de moringa para la fiesta de esta noche?

La cocinera era bengalí, famosa por enriquecer su crema de lentejas con las flores y los frutos de la moringa. Cortaba las vainas muy fino y las salteaba con semillas de amapola y mostaza antes de echarlas a la crema de lentejas.

La mujer se encogió de hombros y levantó las palmas hacia el techo con una bolita de masa en una de ellas.

—¿Cuándo no estoy preparando mi *dal, ji*? Hoy tengo que prepararlo para estos, mañana para aquellos.

—Eso es por tu refinada técnica.

—¿Qué puedo hacer? Nací con ese don. —Espolvoreó un poco de harina seca sobre una tabla redonda de madera y soltó la masa encima—. Últimamente, todo el mundo quiere ver a la señorita. La semana pasada vinieron varios caballeros. —Estiró la bola de masa con el rodillo, haciéndolo rodar hacia la izquierda, hacia la derecha y de nuevo hacia la izquierda hasta que formó un círculo perfecto.

—No me digas.

—*Hahn-ji*. Los Mariwar. Las Chandras.

—Mathur *sahib* y su esposa.

La cocinera y yo nos volvimos para mirar a su ayudante,

que acababa de proporcionarnos la información sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo.

—¿Estás aplastando bien las patatas? ¡No quiero que queden grumos en las *samosas* como la última vez! —la regañó la cocinera y la mujer bajó la cabeza aún más.

Sonreí con disimulo.

—He oído que también los Prashad, ¿es cierto?

—Ellos vendrán la semana que viene. —La cocinera se limpió con el extremo del sari el sudor que se le había formado sobre el labio superior—. Al fin y al cabo, no me puedo dividir. —Señaló con la cabeza a su ayudante—. A esa tengo que vigilarla todo el tiempo. ¿Cuánto me deja eso para cocinar? —preguntó justo cuando la tapa de una olla empezaba a saltar sobre la olla empujada por el vapor. Se giró hacia la otra mujer y le gritó—: ¿Qué pasa? ¿También tengo que vigilar todas las ollas? ¿Puedes ver si la *kofta* ya está hecha?

La mujer se levantó apresuradamente y se protegió la mano con el extremo del sari para agarrar el asa de la olla y apartarla del quemador. No contenta, la cocinera aún le dirigió unos pocos insultos más.

Tal como había sospechado, la competencia por Sheela Sharma estaba reñida. Los Sharma estaban considerando ofertas. Parvati no tardaría mucho en mover ficha. Una oferta de la familia Singh, una de las más destacadas y ricas de Jaipur, proporcionaría a la familia algo de lo que sus orígenes humildes carecían: la vinculación oficial con la familia real. Parvati era inteligente y se aseguraría de que no quedara duda invitando a la familia real de Jaipur, junto con los Sharma, a la fiesta.

Cuanto antes se cerrara el acuerdo, antes saldaría mis cuentas pendientes. Hasta entonces, no le diría nada a nadie del acuerdo matrimonial para evitar que otras casamenteras se enterasen.

Dejé el vaso en la encimera y a las cocineras a lo suyo.

5

18 de noviembre

ESPERÉ A SAMIR en mi casa de Rajnagar después de inspeccionar una vez más el trabajo del constructor. (Le había pedido que pusiera una capa más de yeso en las paredes para que la superficie quedara totalmente lisa.) Estaba sentada en el suelo abrazándome las rodillas mientras observaba la decoración del suelo.

«Es mejor llevar la enagua demasiado ajustada que demasiado suelta o el sari se ahuecará y hará arrugas. Ponte una compresa empapada en té frío sobre los ojos cada día para reducir las ojeras. No te pongas nunca *chappals* de goma, solo sandalias o zapatos.»

¡Qué tonta había sido al pensar que ese tipo de consejos bastaban para preparar a Radha para la vida en la ciudad! Ni siquiera podía decir con seguridad cómo había aprendido yo a manejarme en los enfrentamientos con las señoras Iyengar, las Parvatis y las Sheelas del mundo. Radha tendría que aprender no solo a ser paciente, sino también la necesidad de encaminarse a sus objetivos de manera indirecta. Como hacía yo. Como hacía Malik.

Pero ¿cómo podía vigilarla y al mismo tiempo ocuparme de mis clientas, negociar con los proveedores y conseguir nuevos encargos?

Cuando regresé, exhausta, de casa de los Sharma la noche anterior, le pregunté si tenía por costumbre lanzar piedras a la gente.

Arrugó la frente.

—Era la única manera de que los chismosos dejaran de meterse conmigo, *jiji* —dijo—. Me llamaban la Niña de la Mala Suerte. *Saali kutti. Ghasti ki behen.* Echaban sapos y culebras. Los niños me ponían la zancadilla cuando llevaba el agua del pozo sobre la cabeza. Todo era por mi culpa. Si la leche de las vacas no sabía dulce, los chismosos decían que

era porque yo había pasado por delante. Si los insectos se comían el grano, los campesinos decían que era porque yo los invocaba por la noche. Cuando el hijo del jefe de la aldea murió a causa de unas fiebres, fueron a buscarme armados con palos. *Maa* no pudo detenerlos. Yo corrí hasta el río y me subí a una higuera sagrada. Me quedé allí dos días hasta que el médico ambulante les dijo que el bebé había muerto de malaria. —Radha se limpió los ojos y la nariz con la manga de su *kameez*, una costumbre que yo trataba de quitarle—. Siempre fue así, desde que nací. Los chismosos tienen buena memoria.

En la India, la vergüenza individual no existe. La humillación se extiende al resto de la familia como el aceite por el papel encerado, llega incluso a los parientes lejanos: primos, tíos, sobrinos. Los charlatanes se aseguraban de que así fuera. Sentía el terrible peso de la culpa en el pecho. Si no hubiera abandonado a mi marido, ella no habría sufrido tanto y mis padres no se habrían encontrado impotentes frente a todo el pueblo. Al ver que excluían de forma injusta a Malik, había reaccionado como siempre, como un animal indefenso. No sabía qué otra cosa hacer porque nadie se lo había enseñado.

Se hincó de rodillas ante mí.

—*Jiji*, por favor, no me devuelvas al pueblo. No tengo a nadie más. No volveré a hacerlo. De verdad. Te lo prometo. —Le temblaba todo el cuerpo.

Desconcertada y avergonzada, la ayudé a ponerse de pie y le sequé las lágrimas. Quería decirle: «¿Por qué crees que te devolvería? Eres mi hermana. Mi responsabilidad». Pero lo único que me salió fue:

—Te prometo que yo también haré mejor las cosas.

ALGUIEN ME TIRABA de la mano.

—Despierta, bella.

Levanté suavemente los párpados. Conocía la voz de Samir, pero en la oscuridad no distinguía su cara. Miré a mi alrededor tratando de ubicarme. En algún momento me había quedado dormida en el suelo.

—Joyce Harris se está recuperando. —El blanco de su

camisa resplandecía en la oscuridad por encima de mí. Olía a cigarrillos, a whisky inglés y a sándalo, aromas que reconocía de las casas de las cortesanas—. Su marido ha regresado de Jodhpur. Cree que ha sufrido un aborto espontáneo.

Me froté los ojos.

—Sabes que yo no hice nada mal, Samir, ¿verdad?

—Lo sé. —Suspiró y se tumbó en el suelo junto a mí. Sacó una cajetilla de cigarrillos Red & White del bolsillo de la chaqueta y encendió uno—. Pero tendremos que ir con cuidado con las bolsitas de infusión durante un tiempo. Lo que le he ocurrido a la señora Harris ha puesto muy nerviosas a algunas personas.

Tragué saliva.

—Y dime, ¿qué ocurre? Malik me ha dicho que querías hablar conmigo —continuó.

—Debo mucho dinero.

—No es propio de ti.

—Me han surgido… gastos inesperados.

—¿De qué clase?

Carraspeé un poco.

—Una hermana.

—¿La chica que estaba en tu cama?

—Sí.

—¿Vive aquí, en Jaipur?

—Ahora sí. Desde hace un mes —dije volviéndome para mirarlo.

Estudió mi rostro con detenimiento. Él conocía nuestras normas: solo contábamos lo que el otro necesitaba saber. Volvió a mirar el techo.

Guardó silencio un momento entre caladas a su cigarrillo. Como hombre de negocios que era, pensó antes de hablar.

—¿A quién le debes dinero?

—Al constructor, para empezar.

—¿Cuánto le debes?

—No importa. Lo único que necesito es más tiempo para pagarle.

—¿Por qué no me dejas…?

—No —dije tal vez con excesiva contundencia—. Soy yo quien tiene la deuda. Yo me ocuparé de saldarla.

Samir expulsó una sonora bocanada de humo. Ya

habíamos discutido ese tema en otras ocasiones. La única vez que le había pedido dinero prestado había sido durante mi primera semana en Jaipur, para pagar los suministros de hierbas y el material para hacer la henna, y se lo devolví a la semana siguiente. No había vuelto a pedirle una *paisa* más.

Le busqué la mano y la estreché levemente.

—Lamento haberte sacado de la mesa de las cartas.

Él se rio con suavidad.

—¿Cómo sabes que estaba jugando?

—No estabas jugando, estabas perdiendo. —Contemplé el perfil de su rostro—. Bebes más cuando pierdes. Empiezas a invitar a rondas a todos para que te tengan lástima.

Él me apretó la mano.

—Ya tengo una esposa, bella.

Volví a mirar el techo. Samir fumaba.

—¿Quién es tu constructor?

—Naraya.

Samir emitió un gruñido.

—Es de tercera. Si no fueras tan cabezota, podrías haberme dejado que se lo pidiera a alguno de los míos.

—Y me costaría el doble. Esto es lo que puedo permitirme, Samir. Es mi casa. Y Naraya no lo ha hecho mal. Ha sido complicado tratar con él, eso sí, pero fui demasiado testaruda para admitir que podía haber contado con alguien mejor.

Él suspiró.

—¿Conoces al señor Gupta? —preguntó tras una pausa.

—Le hice la henna a su hija cuando se casó.

—Gupta quiere construir un hostal cerca del mercado de la ciudad. Creo que ese constructor tuyo es el hombre indicado.

Lo miré perpleja.

—¿Y en qué me ayudará a mí eso para quitármelo de encima?

—Gupta está forrado. —Samir dio otra calada—. Tendrá a Naraya ocupado durante varios meses y le pagará bien.

—¿Por hacer qué?

—Instalar inodoros, cientos —respondió con una sonrisa —. Lo que para un funcionario es un soborno, para un brahmán es un regalo.

Me reí. No se me escapó lo irónico de la situación. Naraya

estaba deseando instalar inodoros, que era algo que solían hacer los miembros de la casta shudra, por el jugoso beneficio que podía sacar. Al igual que yo, él también era un brahmán caído en desgracia.

Mi mano, que tenía entrelazada suavemente con la de Samir, subía y bajaba al ritmo de su respiración. Podría haberme quedado así toda la vida. Giró la cabeza hacia mí. Yo giré la mía hasta que la nariz del uno casi tocaba la del otro y su cálido aliento flotó por encima de mi mejilla.

Estábamos solos, rozándonos. Era tarde. Sería muy fácil. Sentí el anhelo de apretar mi cuerpo contra el suyo. Samir se puso de lado mirándome como si él también lo hubiera notado y apoyó la cabeza en un brazo. Levantó la mano libre y me apartó el pelo de la frente con una caricia tan delicada como el roce de una pluma.

—Eres tan hermosa —dijo en una voz apenas audible.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aire hasta que lo solté. Me obligué a mirar para otro lado. Lo oí suspirar. Se tumbó boca arriba de nuevo, pero no me soltó la mano.

Ya había decidido que no iba a contarle lo de Hari. Mi marido era problema mío, un problema que yo había creado cuando me escapé. No hacía falta que Samir supiera nada de él, no hacía falta que supiera de mi pasado nada más que lo que yo estuviera dispuesta a contarle.

—¿Cómo están las cortesanas de Agra, Samir?

—El mes pasado me preguntaron por ti. Han pasado ya diez años y Hazi y Nasreen no cejan en su empeño. Siempre dicen que les robé su secreto mejor guardado. Al final han terminado por acoger a una chica de Teherán. Dicen que su henna es casi tan hermosa como la tuya.

—¡Mentirosas! —dije yo riéndome.

Samir expulsó el humo hacia el techo y lo señaló con el cigarrillo.

—Tendrías que hacer uno de tus diseños en el techo. Quedaría espectacular.

—Ya he diseñado un suelo que no puedo permitirme. —Desenlacé la mano de la suya y me senté para arreglarme el pelo—. Cuando termine de pagarlo, pensaré en el techo.

Él se levantó y me tendió las manos para ayudarme a

levantarme. Al tirar de mí, perdí el equilibrio y terminé cayéndome sobre él. Me dio la vuelta y me empujó contra la pared. Tenía los labios húmedos y muy cerca de los míos. Si acercara la boca a la suya, ¿separaría los labios suave y delicadamente o aplastaría los míos con avidez y glotonería? Pero, como siempre, me acordaba de su mujer, Parvati, mi otra benefactora.

Le tomé la barbilla con una mano e hice que mirase hacia abajo, hacia el suelo.

—Aún no has admirado mi trabajo.

Samir soltó un gemido y se apartó de la pared al tiempo que se palpaba los bolsillos en busca del encendedor de plata. Alumbró con la llama el lugar en el que habíamos estado tumbados antes y lo observó con detenimiento.

—¡Has ocultado tu nombre en el dibujo! —dijo chasqueando los dedos.

Sonreí con disimulo. Cómo no iba a darse cuenta. Había estado rodeado de bailarinas que ocultaban su nombre entre los dibujos de henna que les decoraban el cuerpo. Si el hombre lo encontraba, ganaba una noche gratis en la cama de la mujer. Si no, pagaba el doble de la tarifa.

—¿Qué gano si lo encuentro?

—No tendrás que hacerme el segundo favor.

—¿Es que tus exigencias no tienen fin?

—Haré que te merezca la pena.

El ascua naranja rojiza del cigarrillo brilló en la oscuridad cuando dio una calada y aspiró mientras observaba el suelo.

—Me rindo —dijo rascándose detrás de la oreja.

—Corre el rumor de que podrían necesitar mis servicios en palacio.

—¿Quién lo dice? —El humo salió por los lados de la boca de Samir.

—Tu mujer. Algo sobre que la maharaní Latika no se encuentra bien. Parvati cree que yo podría ayudarla.

Él enarcó las cejas.

—¿Podrías mencionar mi nombre a las personas adecuadas? Dos ecos en un pozo se oyen más que uno.

Pestañeó y supe que no estaba valorando si hacerlo o no, sino cómo y en qué momento. Señaló el suelo con el cigarrillo.

—Este suelo bien vale lo que hayas pagado.

—O lo que no he pagado aún. —Me cubrí los hombros con mi chal—. A cambio tengo algo para ti.

Samir sonrió de medio lado.

—La remodelación del palacio Rambagh. Trágate el orgullo y reúnete con el señor Sharma. Convéncelo de que eres el arquitecto que necesita para su proyecto.

Él entrecerró los ojos.

—Pero él cuenta con sus propios arquitectos —dijo y con una mueca añadió—: De segunda.

—Pero el maharajá solo te quiere a ti.

Él expulsó una bocanada de humo.

—¿De verdad?

Sonreí y me arrebujé en mi chal.

—¿Te asegurarás de que Parvati sepa que yo te he dado esta información? —Salí hacia el patio iluminado por la luna —. Vamos. Tengo que tomar un *rickshaw*.

—¿Ese es todo el agradecimiento que voy a recibir?

—No lo necesitas. Tú tienes chófer.

6

20 de diciembre

MI HERMANA Y yo estábamos sentadas en la sala de dibujo de los Singh decorando con henna las manos de las chicas de las familias más destacadas de Jaipur, elegantes con sus vestidos de estilo británico, charlando sobre la última película que habían visto y sobre la ropa que vestían sus actrices favoritas. Algunas me observaban mientras trabajaba; otras bailaban al ritmo de *Rock Around the Clock* junto al gramófono; otras no se despegaban de la revista *Life* de Parvati, contemplando con admiración las fotos de Madhubala, la glamurosa estrella de cine.

Sheela Sharma había crecido con la mayoría de aquellas chicas, habían ido a los mismos colegios y a las mismas fiestas. Ella atendía a sus admiradoras en el sofá de Parvati. Radiante con un vestido de seda de color champán y zapatos a juego, era claramente la joven más hermosa de la fiesta de la henna. Era fácil imaginarla en el futuro en el papel de decana de la sociedad de Jaipur. Me permití sonreír para mí, consciente de la excelente unión que había concertado.

Radha y yo estábamos sentadas la una junto a la otra en sendos taburetes y frente a cada una había un sillón. Una por una, las chicas pasaban primero por delante de Radha para que les preparase las manos y después se sentaban delante de mí para que les aplicara la henna.

—¿Alguna ha visto a Ravi? —preguntó Sheela—. Tendría que asistir a su propia fiesta por lo menos.

Una chica contestó desde el gramófono donde estaba enseñando a otra a llevar el ritmo.

—Más le vale. He oído que va a actuar esta noche.

—¿Cómo que va a actuar?

—¿No lo sabías? La señora Singh ha contratado a la Compañía Shakesperiana y Ravi va a interpretar a Othello.

—Te toca, Sheela —dije dando unos golpecitos en el sillón

que estaba delante de Radha.

La chica ocupó su sitio frente a mi hermana. Radha y yo habíamos ensayado para ese momento. Le había puesto una ropa diferente para que Sheela no la reconociera después de lo sucedido el día del mandala. En vez del *salwaar-kameez*, ese día llevaba puesto uno de mis saris, uno de fino algodón de color azul claro con bordados en blanco. Con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, rematado con una ramita de jazmín, parecía mayor, una versión en miniatura de mí misma.

Tal como le había sugerido, Radha evitó mirar a Sheela a la cara y se concentró en masajearle las manos con aceite.

Sheela, que no se había fijado en ella, se dirigió a las asistentes.

—Yo también voy a cantar esta noche.

—¿En el escenario? —preguntó una chica.

—Quería cantar *Na Bole Na Bole,* de la película *Azaad*…

—¡Me encantó esa película!

Sheela se encogió de hombros.

—*Yar*. Pero el señor Pandey es muy anticuado. Dice que las canciones de amor son solo para el maharajá.

Como si cantara todos los días para su alteza.

Miré a Radha por el rabillo del ojo, pues sabía que le caía bien nuestro vecino, Pandey *sahib*, y no se tomaría bien que lo criticaran. Empezó a ponerse roja, pero no apartó los ojos de su tarea.

Otra de las chicas que estaba al lado del gramófono, en el que sonaba uno de los éxitos de Elvis Presley, dijo:

—Pandey *sahib* es brillante. Este año he mejorado mucho en canto gracias a él.

Sheela hizo una mueca de desprecio.

—¿A eso lo llamas cantar, Neeta?

Las otras chicas se rieron por lo bajo mientras ella se sonrojaba.

—¡Idiota! Me haces daño.

Miré sobresaltada a mi derecha. Sheela fulminó a Radha con la mirada. Mi hermana levantó los ojos brevemente, le pidió disculpas entre dientes por apretarle demasiado la mano y bajó la mirada de nuevo. Sheela pestañeó varias veces, como preguntándose de qué le sonaba la cara de aquella chica. Noté que se me aceleraba el pulso.

—Sheela —dije dando unas palmaditas en el sillón que tenía delante—. Ven a sentarte. Eres la estrella de la noche y por eso tengo en mente un diseño especial para ti.

Se oyeron exclamaciones: «¡Qué suerte, Sheela!» y «Waa! Waa!» entre las chicas.

El truco surtió efecto y consiguió desviar la atención de Sheela, que se levantó del sillón con una sonrisa de engreimiento, volcando la botella de aceite de clavo que Radha se disponía a tapar. ¿Lo habría hecho a propósito? Radha la cogió hábilmente y me miró atemorizada. ¡Habría podido estropear el sillón de terciopelo!

Le dirigí a mi hermana una sonrisa tranquilizadora y le indiqué con la cabeza que había más chicas esperando.

Mi hermana se había comportado de forma admirable. En menos de los dos meses que llevaba en Jaipur había aprendido muchas cosas que eran del todo nuevas para ella. Empezaba a sentir una chispa de esperanza: todo iba a salir bien a partir de ahora. Ravi Singh y Sheela Sharma se casarían. Samir se aseguraría de hablar bien de mí en el palacio. Hari me concedería el divorcio. Yo le pagaría al constructor lo que le debía y él terminaría la obra de mi casa. Podríamos dejar la habitación de alquiler. Y mi vida de verdadera independencia comenzaría.

Reconfortada por tales pensamientos, terminé el diseño a base de rosas de gran tamaño que le estaba haciendo a Sheela y le perfumé las manos con aceite puro de rosas para que aflorasen los sentimientos que albergaba en su corazón. Solía reservar ese preciado aceite para las novias, pero quería que esa noche Ravi se sintiera atraído por ella como una abeja por el *chameli*.

Cuando terminamos con todas las chicas, salieron al jardín a seguir con la fiesta en compañía de sus padres y el resto de los invitados, mientras que nosotras recogíamos nuestras tarteras metálicas. Desde el distribuidor que conducía a la cocina, a través de los grandes ventanales del suelo a la pared, veíamos la terraza de atrás en el entrepiso. A lo largo del borde del aterciopelado césped del jardín resplandecía la luz de las antorchas. Camareros con turbante rojo y librea blanca que portaban una bandeja de plata ofrecían bebidas y entremeses a los invitados. La luz arrancaba destellos a los

anillos de oro de los caballeros cuando alzaban su bebida servida con hielo. El *pallu* de los saris ribeteado de oro y plata caía en una cascada resplandeciente sobre el hombro de las mujeres.

Radha aminoró la marcha para contemplar la glamurosa escena. Mientras que yo ya había estado en otras celebraciones parecidas, se me ocurrió que aquella era la fiesta más elegante en la que había estado en toda su vida. No iba a pasar nada por dejar que disfrutara un poco. Dejé las tarteras en el suelo y le indiqué que hiciera lo mismo. Le rodeé los hombros con un brazo y la conduje hacia los ventanales.

—¿Ves a ese hombre de las gafas? ¿Lo reconoces? —pregunté señalando con la barbilla a los caballeros de la fiesta.

—¡Sí! De la foto. ¿Es el marido de la señora Kanta?

Asentí con la cabeza. Manu Agarwal, muy elegante con traje y corbata, charlaba con un hombre canoso tocado con un casquete Nehru[4], chaleco de lana encima de la *kurta*, atuendo común en la fiesta. Hacía buena noche y las ventanas estaban abiertas; podíamos oír lo que hablaban.

El hombre de más edad gesticulaba con la mano en la que sujetaba un vaso de whisky.

—Lo único que tienes que hacer es hablar con mi amigo, el señor Ismail, del Ministerio de Transporte. Él te dará todos los permisos y licencias para las líneas de autobús que necesites. Sin demora.

El marido de Kanta se ajustó las gafas.

—Eso complacerá al maharajá.

—*Zaroor*. Por supuesto. No tengo más que pedirlo y se llevará a cabo. Es decir… —El hombre del gorro se alisó el bigote—. ¿Habría posibilidad de que el maharajá considerase la posibilidad de ampliar la línea de autobús hasta Udaipur? Una ciudad hermosa, por si no ha estado nunca. Una inversión de, digamos, medio *lakh* prepararía el terreno para su proyecto, ya me entiende. —Bebió un sorbo de whisky mientras observaba a Manu por encima del borde del vaso.

—Soborno —murmuré al oído de Radha—. Así es como se consigue que se construyan carreteras, gasolineras, puentes, incluso cines. Antes de la independencia, ese hombre era

zapatero remendón. Es analfabeto, pero sabe de números.

Radha sonrió.

—¿Por qué no ha venido la señora Kanta con su marido, *jiji*?

Yo también me había fijado en su ausencia.

—A lo mejor ha preferido quedarse con su suegra esta noche.

Radha se rio por lo bajo.

Pasamos a la siguiente ventana. Dos mujeres regordetas ataviadas con sedas de vivos colores, ambas clientas mías, formaban un corrillo con Parvati, cuyo sari de satén de color rosa debía de haberle costado más de lo que pagaba yo por un año de alquiler. Las señoras hablaban con entusiasmo, gesticulando mucho con las manos y haciendo bailar los pendientes cada vez que movían la cabeza para asentir o negar. De tanto en tanto miraban a su alrededor para asegurarse de que nadie las oía.

—¿Que el chófer del maharajá fue a casa de ese amigo tuyo y dejó allí el Rolls-Royce de su alteza? —preguntaba Parvati sin dar crédito.

La mujer envuelta en un chal con cuentas bordadas asintió con la cabeza.

—Pero mi amigo no le había pedido el coche. No le hacía falta. Posee cuatro cines en Jodhpur. ¡No veas la de dinero que está ganando!

—Eso es porque su alteza no iba a prestarle el coche. El palacio quería darle un mensaje: paga ya —terció la otra mujer.

—¿Y qué hizo tu amigo? —preguntó Parvati.

—Le pagó al maharajá de Bikaner diez mil rupias.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Parvati.

—Los maharajás están arruinados, te lo digo yo. ¡Se gastan todo el dinero en caballos de polo, cacerías de tigres y coches caros!

Parvati, que provenía de una familia de clase alta cazadora y jugadora de polo, elevó la barbilla.

—El maharajá de Bharatpur es el único que enloqueció de verdad. Se compró veintidós Rolls-Royce. Utiliza la mayoría de ellos para transportar la basura municipal. Que es una cosa buena, ¿no os parece? —dijo.

La mujer del chal resopló con desprecio.

—Solo espero no encontrarme con el coche de nuestro maharajá en la puerta un día de estos.

Parvati se rio por lo bajo.

—Estoy segura de que su alteza es lo bastante inteligente como para huir de la quiebra. —Se le contrajeron los labios de forma repentina—. O quiere probar suerte en el Parlamento.

Las señoras soltaron una carcajada.

Radha me miró con expresión interrogante.

—La política y los negocios inmobiliarios, las dos carreras preferidas por la corona —le expliqué.

La conduje a la siguiente ventana. Contuvo la respiración. Parecía una reunión de miembros de la realeza. Era fácil identificar al maharajá de Jaipur gracias a la foto que había en casa de Kanta: el abrigo de brocado, los pantalones blancos ajustados, el tocado con gran cantidad de adornos. Se comportaba como el hombre deportista que era (el pecho henchido, las piernas clavadas con firmeza en el suelo, las pantorrillas fuertes) y ocupaba más espacio que los otros hombres que lo acompañaban, incluidos dos *nawabs*, cuyos tocados musulmanes y elaboradas chaquetas con pedrería bordada rivalizaban con los del maharajá. Samir se encontraba entre ellos, gesticulando animadamente con un vaso de whisky en la mano mientras contaba una historia, o eso parecía. Cuando terminó, el grupo prorrumpió en carcajadas.

El maharajá se dirigió a Samir, que se volvió hacia el escenario que habían montado en el césped del jardín y le hizo señas a alguien. Ravi, caracterizado como Othello, con un *dhoti* de seda de color amarillo y una corona de oro, se acercó corriendo con ligereza. Llevaba el rostro, el cuello y el torso desnudo cubierto de maquillaje de color azul oscuro. Se le marcaban los músculos pectorales al correr.

—¿Quién es ese? —me susurró Radha señalando a Ravi.

Le bajé la mano con suavidad.

—Es el hijo de Parvati y Samir, Ravi. Un Othello muy guapo, ¿no te parece?

Radha parecía feliz.

—Era la obra favorita de nuestro padre.

No me había acordado.

—*Accha.* Muy bien.

—Esa y *La fierecilla domada*. Me hacía leerlas en voz alta. Una y otra vez. Hasta que casi me las aprendí de memoria.

—¿Te gustaba?

Ella sonrió con gesto travieso.

—¡Me encantaba! —dijo en inglés imitando el acento cantarín británico de las chicas de la fiesta de la henna.

Nos echamos a reír y en ese momento Samir y Ravi miraron hacia la ventana en la que nos encontrábamos. Tiré de Radha hacia el interior de la galería.

—Tenemos que ir a limpiar las tarteras.

Al girar en la esquina, Samir entró desde el porche.

—¡Me había parecido verte aquí arriba!

Le sonreí y le presenté a Radha, que dejó las tarteras en el suelo para saludarlo llevándose las palmas a la frente en el namasté.

—Buenas tardes, *sahib*. Tiene usted una casa preciosa.

Si la recordaba de la horrible noche que llegó a mi habitación con Joyce Harris, no lo expresó. Samir se puso una mano en el pecho y las comisuras de la boca formaron un pliegue en señal de cálida bienvenida.

—¿Has venido para romperme el corazón?

Enarqué una ceja, sorprendida al ver a Samir flirtear con una chica tan joven.

—No le hagas caso, Radha.

Samir fingió ofenderse.

—Le consigo a Lakshmi una audiencia en palacio y mira cómo me trata.

Pestañeé con cara de sorpresa, sin saber si había oído bien.

—*Kya?*

—Tienes una cita con la maharaní mañana.

Radha se volvió hacia mí cubriéndose la boca con las manos.

—¡*Jiji*! ¡Con la maharaní! ¡Vamos a ver el palacio!

Le puse una mano en el hombro en parte para tranquilizarla a ella y también para tranquilizarme yo. ¡Por fin!

Samir se echó a reír y señaló el techo.

—Llevaos los platos de la cena a la azotea. Podéis ver la actuación desde allí y ya me diréis qué tal lo hace mi hijo. Se cree actor.

—¿Podemos quedarnos, *jiji*? ¡Es *Othello*! —me suplicó Radha con expresión esperanzada.

No tenía intención de quedarme, pero se había portado muy bien. Le sonreí.

—Primero a la cocina y luego la obra.

Se excusó educadamente y se alejó por el pasillo con las tarteras, intentando no salir corriendo. Sabía que se moría de ganas de contárselo todo a Malik. Hablaban de todo lo habido y por haber.

Samir siguió a Radha con los ojos.

—Una chica guapa.

Me señaló la puerta abierta de la biblioteca y entró detrás de mí.

Aquella habitación, con sus librerías empotradas llenas de libros en inglés, hindi y latín, y los sillones de cuero rojo era la favorita de Samir. La chimenea estaba encendida.

—Más buenas noticias. Gupta ha aceptado contratar a Naraya y este ha aceptado prorrogarte la factura. ¿Estás contenta?

Estaba tan emocionada que me daban ganas de abrazarlo y besarle los pies, pero me conformé con una generosa sonrisa.

—Gracias, Samir. Significa mucho para mí.

—Me alegro. —La luz del fuego se reflejó en sus ojos—. Estoy deseando ver cómo vas a manejar el encargo del palacio.

—¿Tienes alguna idea de qué es lo que perturba a la joven reina?

—Lo único que sé es que necesita que la animen. Ya lo solucionarás. Confío en ti. —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Mientras tanto…

Me tomó la mano y depositó en la palma un reloj de bolsillo de oro. Era una preciosidad, del tamaño de una nuez de betel, mucho más pequeño y delicado que los demás relojes de la época victoriana de su colección. En la tapa habían grabado una mano con una flor de loto similar a las que llevaba la diosa Lakshmi.

—Ábrelo —dijo y se cruzó de brazos.

La tapa falsa escondía la escena de una mujer india que le sostenía las manos a otra. Cuando el reloj se movía, una de las manos de la mujer subía y bajaba. Fue entonces cuando me fijé en el palito diminuto que sostenía.

Ahogué una exclamación de sorpresa.

—¿Una artista de la henna?

—*Hahn*. Una encantadora. Como tú. —Abrió la siguiente tapa, que dejaba a la vista la cara del reloj—. Esfera de esmalte blanco. Manecillas de oro. Palanca de movimiento con cojinete de diecinueve rodamientos y placas de oro.

—Una pieza exquisita —comenté mientras le devolvía el reloj.

—Pedí que lo hicieran. —Le dio la vuelta para que pudiera ver la «L» cursiva hecha con aljófares. Me puso el reloj en la mano de nuevo, me plegó los dedos sobre él y me envolvió la mano con la suya—. Para ti.

Nadie me había regalado nunca algo tan delicado. De hecho, no recordaba el último regalo que me habían hecho. Carraspeé para darle las gracias, pero no me salía la voz. Un regalo de Samir. ¿Qué diría Parvati si se enterase?

Oí el frufrú de un tejido y por el rabillo del ojo me pareció ver un destello de satén rosa. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta. ¿Había sido alguien que pasaba por el corredor en ese momento o alguien que había estado observándonos?

Intenté soltar la mano.

—Yo no sabría qué hacer con él.

—Lo mismo que el resto de la gente. Leer la hora. —Me soltó la mano—. La maharaní Indira te espera mañana a las diez de la mañana en punto.

—Es muy bonito, pero…

—Escóndelo en la enagua con el resto de las posesiones más preciadas de la familia.

EN EL INTERMEDIO, Sheela Sharma cantó una balada con voz clara y aguda que hablaba del amor devoto de una mujer. Podría haber sido el canto del cisne de Desdémona. Desde la azotea en la que estábamos Radha, Malik y yo junto al resto del personal del servicio de la casa, tenía una buena vista del

público que observaba con admiración el espectáculo y, pese a lo que el señor Pandey había dicho sobre las dificultades de enseñar a Sheela, comprobé que su trabajo había sido recompensado. Realizó una actuación impecable. Por su parte, Ravi resultó ser un Othello convincente.

Sin embargo, mi mente estaba en otra parte, planeando mi encuentro con la maharaní viuda. Pensaba en los materiales que iba a necesitar. ¿Qué le diría? ¿Qué me pondría? ¿Tenía ropa adecuada para ir al palacio? Resistí el impulso de consultar mi libreta (de todos modos, tampoco se veía mucho en la oscuridad de la azotea) y traté de recordar las citas que tendría que cambiar al día siguiente para hacer hueco a su alteza. Los nervios se me habían agarrado al estómago y casi no había tocado los crujientes pasteles de patata picante (*aloo tikki*) o el cremoso curri de espinacas y *paneer* que tenía en el plato.

Cuando bajó el telón, Ravi, que parecía inmenso en aquel cuerpo pintado de oscuro, resplandeciente bajo los focos, dio un bonito discurso. Agradeció al maharajá y a los *nawabs* que los hubieran honrado con su presencia con motivo de las festividades y acompañó sus palabras con un namasté dirigido al primero y un *salaam,* a los segundos. Ravi parecía sentirse cómodo entre los altos dignatarios, que respondieron a sus educadas palabras con un leve gesto de la cabeza.

Les hice una seña a Radha y a Malik para que llevaran sus respectivos platos al fregadero y recogieran nuestras cosas para irnos.

Fui a la cocina a preguntar por Lala. Había estado buscándola toda la tarde para ver de qué quería hablar conmigo la última vez que estuve en la casa, pero no la había visto.

La cocinera me contó que Lala y su sobrina ya no trabajaban para los Singh.

ESTABA TERMINANDO DE guardar mis cosas en la sala de dibujo cuando Malik se me acercó y se puso a mi lado.

—Jefa, *memsahib* quiere verte en la biblioteca.

Sonreí. ¡Pues claro! Parvati quería agradecerme el trabajo que había hecho con la henna. La señora había estado tan

pendiente de sus invitados que apenas nos habíamos visto en toda la velada.

Llegué a la biblioteca en la que habíamos estado Samir y yo unas horas antes. Parvati se movía de un lado para otro delante de la chimenea como si fuera una leona enjaulada. Cada vez que giraba, el sari se agitaba furioso y el *pallu* corría el riesgo de incendiarse. Estaba tiesa como una vela y sacaba el generoso pecho hacia fuera.

Cuando me vio, sus ojos relampaguearon.

—¿Cómo voy a confiar en que puedas concertar un buen matrimonio para Ravi cuando tu propia hermana anda por ahí jugueteando con él a mis espaldas?

El *bindi* rojo brillante de su frente me apuntaba con un brillo acusador.

—¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Mi hermana?

¿Mi hermana con Ravi? ¿Qué tontería era esa? ¡Radha ni siquiera conocía a su hijo!

Parvati dobló el dedo y Radha salió de las sombras. Estaba sonrojada y apretaba los labios con rabia. ¿Eran verdugones lo que tenía en la mejilla? Al mirarlo más de cerca parecían simples rayajos de pintura azul. Tenía algunos más en el brazo. El corazón empezó a retumbarme dentro del pecho.

—Radha, ¿qué ha pasado?

—No pienso permitir que el escándalo salpique a mi familia. Tengo que pensar en el futuro de mi hijo —dijo Parvati caminando de nuevo por la habitación.

Esperé a que Radha dijera algo, lo que fuera, pero tenía los ojos fijos en un punto a lo lejos, fuera de aquella habitación, igual que aquella vez en el patio de los Sharma. Era como si su mente estuviera en otra parte.

—Estaba cubierta del maquillaje de color azul oscuro de Ravi —siseó Parvati—. ¿No es obvio? ¿Qué otra cosa voy a creer?

¿Maquillaje? Repasé mentalmente lo que habíamos hecho: Radha y yo con las chicas en la sala de dibujo; ella y yo de pie delante de las ventanas de la parte trasera; cenando en la azotea y viendo la obra de teatro. Me fijé más en las marcas azules. ¿Cuándo le había dado tiempo a estar con Ravi? Tenía que haber una explicación.

—¿Qué ha dicho Ravi?

Parvati vaciló antes de contestar.

—Él no tiene nada que decir.

Sentí una presión en el pecho.

—¿Le ha preguntado?

Ella me señaló con el índice.

—Sabes tan bien como yo que los hombres no pueden controlarse. Son las mujeres las que deben mantenerse alejadas. Si tu hermana hubiera sido educada como es debido, tal vez lo sabría.

Le di un codazo en el brazo a Radha y dije en voz baja:

—Ve a lavarte la cara.

Me lanzó una mirada asesina, pero al final se fue hacia la puerta y dio un portazo cuando salió.

Tragué saliva mientras pensaba qué decir.

—Parvati-*ji*, por favor. Siéntese —dije—. Ha tenido que ser un malentendido. Radha tiene solo trece años. Es demasiado joven para…

Parvati redujo un poco la velocidad de sus pasos.

—Seguro que Ravi, que es un chico, un joven en realidad, muy maduro, no tiene ningún interés en mi hermana. Le gusta mucho Sheela. ¿Ha visto lo bien que se los veía a los dos juntos en el escenario? Van a hacer una pareja muy atractiva cuando se casen. —Le hice una seña hacia el sofá—. Por favor, *ji*.

Ella se sentó con brusquedad en el sofá de cuero al tiempo que dejaba escapar un gran suspiro.

—Si mi difunto padre estuviera aquí, sabría qué hacer. Todos lo escuchaban. Pero no puedo hacer que Samir… —La voz se le quebró. Me miró con los ojos llorosos—. ¿Qué estabais haciendo antes Samir y tú aquí dentro?

Conque era Parvati la persona que nos había visto desde la puerta de la biblioteca.

—Me estaba contando lo generosa que había sido al recomendarme en el palacio —contesté entrelazando los dedos—. Estoy en deuda con usted, de verdad. Si no fuera por la relación que tiene con la familia real… —Dejé que la implicación flotara en el aire.

Ella apartó la vista. Le estaba mintiendo y ella lo sabía, pero daba lo mismo. La verdad era menos importante que guardar las apariencias. Si ella hubiera cumplido su parte del

trato y les hubiera hablado de mí en el palacio, yo no habría tenido que recurrir a Samir. Y ella no podía admitir que no había cumplido su promesa de introducirme en el palacio, igual que yo no podía admitir que le había pedido ayuda a su marido.

Hizo un mohín, ahuecó uno de los cojines del sofá y estiró bien la seda con cuentas bordadas.

—Os he visto hablar antes… en el porche. ¿Qué podéis tener Samir y tú en común? —preguntó al tiempo que levantaba muy despacio los ojos para mirarme. Vi en ellos algo que no había visto antes: temor. Como si se preguntara qué secretos le estaría ocultando su marido. Y, posiblemente también, qué secretos le estaría ocultando yo. Lo único que sabía sobre mí era que había llegado recomendada por las esposas de los colegas de Samir en Agra.

Extendí las palmas para que viera que no tenía nada que ocultar.

—Le gusta preguntarme qué le he pintado y dónde. Siempre le digo que le corresponde a él averiguarlo.

Parvati se permitió un atisbo de sonrisa al recordar, tal vez, una tarde de pasión con su marido. Se tocó los diamantes que le colgaban de la oreja.

—¿Cómo es que no sabía que tenías una hermana?

Lo mismo que me habían preguntado Kanta y la costurera. Suspiré antes de contestar.

—Parvati-*ji*, ¿por qué habría de aburrir a mis clientas con los insignificantes detalles de mi vida? Pero ya que lo pregunta, le diré que mis padres han muerto hace poco y Radha ha venido a vivir conmigo. Ahora trabajamos juntas, aunque empezará a ir a la escuela pública el trimestre que viene.

Parvati pellizcó un hilo suelto del cojín. Como siguiera tirando, cientos de cuentas del tamaño de las semillas de amapola se desperdigarían por todo el suelo.

Sonreí con más confianza en mí misma de la que en realidad sentía.

—Estoy segura de que no ha ocurrido nada inapropiado, pero hablaré con mi hermana. —Noté que la ira de Parvati se iba enfriando poco a poco, aunque le costaba; era obvio que seguía molesta. Había llegado el momento de hacer valer mis

credenciales—. ¿Alguna vez la he defraudado en estos diez años? ¿Y qué me dice del milagro, de su Govind?

El rostro se le iluminó al oír el nombre de su hijo.

—Es importante para mí recuperar su confianza, *ji*. Ha hecho mucho por mí en todo este tiempo. Me ha puesto en contacto con la flor y nata de la sociedad.

Cerró los ojos y se presionó los párpados con los dedos. Para guardar las apariencias, tenía que ser ella la que dijera la última palabra.

—Si vuelvo a pillarlos a los dos juntos, tú y yo habremos terminado.

Con eso también me estaba advirtiendo de manera indirecta: «Aléjate de mi marido».

Sentí que la sangre me golpeaba las sienes y un poco revuelto el estómago, pero incliné la barbilla con serenidad para indicarle que no habría necesidad de que cumpliera su amenaza.

Recobrada su actitud regia, se levantó, se echó el *pallu* por los hombros y se marchó. Una vez a solas, me recosté en el sofá. La blusa se me había empapado de sudor. Me sequé la frente y el cuello con una punta del sari. No era la primera vez que veía furiosa a Parvati, pero nunca tanto como ese día, y nunca había sido yo el objeto de su furia. Me costaba creer que una simple aldeana como Radha, que no estaba a la misma altura que Sheela Sharma, pudiera haber llamado la atención de Ravi. Si es que era eso lo que había ocurrido de verdad.

Mi reputación dependía de la palabra de Parvati Singh. Sin su aprobación, se acabarían los encargos para pintar con henna, diseñar mandalas o concertar matrimonios; mis ingresos procederían únicamente de las bolsitas de hierbas anticonceptivas que le proporcionaba a Samir. E incluso aquello peligraba.

Se me había hecho un nudo en el estómago. Tenía que irme de allí sin esperar ni un minuto más.

Radha y Malik estaban esperándome en el porche de delante. Malik parecía preocupado; Radha, nerviosa. Pasé deprisa junto a ambos inspirando el aire fresco de la noche y bajé saltando los escalones de la verja delantera.

—*Jiji* —dijo Radha a mi espalda corriendo para ponerse a

mi altura—. No he hecho nada. Malik y yo salíamos de la cocina y Ravi se puso a hablar conmigo. Pregúntaselo a Malik, él te lo dirá.

Me detuve tan en seco que el chico, que estaba justo detrás, se tropezó con mi sari.

—¿Es cierto?

Asintió.

—Ravi *sahib* nos vio cuando íbamos a la cocina a dejar los platos de la cena. Nos preguntó si nos lo habíamos pasado bien. Le dijimos que su interpretación había sido muy buena. Entonces Radha… —se detuvo.

—Le dije que Othello era general, no rey, y que sería mejor que se quitara la corona.

—¡Radha!

Mi hermana me lanzó una mirada desafiante con los ojos del color de las plumas de un pavo real.

—Es la verdad. En cualquier caso, no pareció que le importara. Se rio.

—Se rio, jefa. Le dijo que haría lo que fuera con tal de que ella se convirtiera en su… ¿Cómo dijo?

—Desdémona.

—Y después él… —Malik miró a Radha vacilante.

—Continúa.

—La tocó —dijo Malik señalando el brazo de mi hermana.

—Y también el rostro —añadió ella.

Así que no había sido un accidente. Era peor de lo que imaginaba. ¿Cómo podía estar segura de que mi hermana no había incitado a Ravi con una mirada o una sonrisa? Aunque la verdad era que no la había visto coquetear con nadie. Malik y ella bromeaban, pero como lo harían los hermanos.

Empezó a dolerme la cabeza.

—Ya hablaremos más tarde.

Radha enarcó las cejas, como si no pudiera creerse lo bien que me lo había tomado. Después miró a Malik.

Sinceramente, no sabía qué hacer. Sabía que el chico me había dicho alguna mentira, pero ¿mentiría por Radha? Si lo que decían era cierto, mi hermana era inocente. Pero si era inocente, ¿cómo había llegado Parvati a una conclusión tan ridícula? No tenía ni pies ni cabeza.

Por otro lado, eran muchas las cosas que mi hermana

desconocía, de eso no había duda. Como que debía guardar las distancias con los chicos como Ravi: seguros de sí mismos, sofisticados y un poco arrogantes. Lo único que tenía que hacer era bajar la mirada, cerrar la boca y alejarse.

Cuando nos paramos para dejar a Malik en el mercado de Jhori, le dije que fuera puntual al día siguiente para ir al palacio. Unas semanas antes, saber que iba a ir al palacio lo habría puesto loco de contento, pero en aquel momento me respondió con una ligera inclinación de la cabeza. Le apretó la mano a Radha antes de alejarse.

El resto del camino, Radha se abrazó la tripa y trató de evitar los gemidos. Cuando llegamos a la casa de la señora Iyengar, llené un cazo de leche hasta la mitad y bajé a calentarlo mientras daba vueltas a los acontecimientos de la noche. Cuando la leche hirvió, subí a la habitación y la encontré sentada en la cama, doblada hacia delante. Añadí un poco de cúrcuma y de azúcar y removí.

Radha se abrazaba el vientre y se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

—*Jiji*, por favor, di algo. Lo que sea. No he hecho nada malo. No quiero volver a ser la Niña de la Mala Suerte —hipó —. No pude evitar que él me hablara o me tocara la cara. Te juro por las aguas sagradas del Ganges que yo no tuve la culpa.

—Shh —dije yo dándole el vaso—. Has comido muchos alimentos fuertes esta noche. Esto te sentará el estómago.

Radha dio un sorbo mientras seguía cubriéndose la tripa con el brazo libre.

Me senté a su lado con cuidado para que no se le cayera la leche.

—Ninguna clienta me había hablado nunca como me ha hablado Parvati Singh esta noche. Si me retira su apoyo, me arriesgo a perderlo todo… las dos nos arriesgamos a perderlo todo. ¿Entiendes lo que te digo? El resto de señoras hacen lo que ella dice. Si perdemos a Parvati, podemos despedirnos de tener un techo sobre nuestra cabeza, comida en el estómago y fino algodón con el que cubrirnos el cuerpo.

Le quité el vaso vacío de la mano y lo dejé en el suelo. Luego le tomé las manos entre las mías.

—No debería haber aceptado la invitación de Samir de

quedarnos a ver el espectáculo. Ese no es nuestro lugar. Deberíamos haber hecho nuestro trabajo y habernos ido.

Radha me miró con cara larga.

—¡No me estás escuchando! ¡Fue él quien me agarró el brazo, *jiji*! ¡Fue él quien empezó a hablar conmigo!

Yo seguí como si no hubiera dicho nada. Le acaricié la espalda moviendo la mano en círculos.

—Nadie te enseñó las cosas que hay que enseñarle a una chica de tu edad. Cuando tuviste la edad, era como si *pitaji* ya no estuviera, ¿verdad? Y *maa* estaba demasiado disgustada como para ocuparse de ti. Estabas sola. Y eso no te hizo bien. Eres mi hermana, Radha, pero en realidad no te conozco…

—¡Pregúntame lo que quieras! Te lo contaré. ¡Lo que quieras! No me has preguntado en qué mes nací. Octubre. Ni cuál es mi comida favorita. *Gajar ka halwa*. Me encantan los saris que tienen espejitos cosidos. Y me encanta que les pongan *kajal* a los bebés. Mi color favorito es el verde de las hojas del mango. Y me gusta el sabor de la guayaba antes de que madure, cuando la carne está todavía ácida y se me hace la boca agua.

Tenía razón y me dolía oírlo. No había intentado conocerla mejor. En realidad no. Acercarme mucho a ella agudizaba la sensación de culpabilidad que tenía y no quería sentirme así. No quería que me recordara el pavor que debía de haber sentido con un padre fracasado, o peor aún, borracho, y una madre que se mostraba resentida o indiferente. Mi hermana había crecido sola en Ajar por culpa de mi desobediencia. Desde que había llegado a Jaipur, me había refugiado en el trabajo, mi compañero fiel. Se me daba bien lo que hacía: me abría los brazos y yo resplandecía entre ellos. Mi hermana, que era una chica inteligente pero ingenua, valiente pero temeraria, eficiente pero irreflexiva, era mucho menos manejable.

Dejé escapar un sonoro suspiro.

—No es tan sencillo, Radha. No puedo fiarme de ti. Todavía no. No puedo en las casas de unas mujeres cuya confianza me ha costado mucho ganarme. No puedo cuando todavía tengo tantas deudas que saldar. Queda poco, Radha, para que lo tengamos todo.

—¡Te estás poniendo otra vez de su lado! Piensas que soy

la Niña de la Mala Suerte igual que…

—No, no lo hago. Te creo. No pienso que hicieras nada malo. Esa no es la cuestión. —Le limpié las mejillas con los pulgares y le alisé las cejas—. Pero no puedo dejar que nos acompañes al palacio mañana. No puedo arriesgarme a que ocurra algo como lo de esta noche.

Según lo decía, sentí alivio. Desde el episodio en casa de los Sharma, había estado tensa en cada cita a la que acudía por temor a que dijera o hiciera algo inapropiado. Si dejaba de acompañarme, podría relajarme.

—Pero, *jiji*, Malik va a ir…

—Él lleva mucho tiempo conmigo, Radha. —Le froté el delgado brazo y le peiné el grueso cabello con los dedos—. Mañana irás a casa de Kanta y le contarás por qué hemos tenido que cambiar de planes. Ella lo entenderá. Después volverás a casa directa, ¿de acuerdo? Tengo una lista de tareas para ti.

—¡Nooo!

Se apartó de mí llorando. Yo sabía lo que era ser joven e impotente. Cuando tenía quince años y mi madre me dijo que tenía que casarme con Hari, ella también había estado segura, igual que yo en ese momento, de que estaba haciendo lo correcto. Ella quería que yo esperase a los dieciocho, la edad a la que ella se había casado, pero la propuesta de matrimonio de Hari vino en el momento oportuno: el dinero no llegaba para alimentar a dos, mucho menos a tres personas, en casa de mi padre. Lloré y lloré, le supliqué que me dejara quedarme con ellos. Le prometí que comería menos, que trabajaría en la casa de alguien. Ella también lloró. Dijo que no quedaba otro remedio, que era más honrado que me casara a que trabajara como sirvienta. Así que hice lo que mis padres me pidieron y mira lo infeliz que fui. ¿Estaba causándole yo la misma infelicidad a Radha?

Me froté la frente, que me dolía como si me apretaran la cabeza en un torno.

—Dentro de unas semanas empezarás a ir a clase y se te olvidará todo esto. Estarás demasiado ocupada con tus estudios. Ya lo verás.

Ella se zafó de mí.

SEGUNDA PARTE

7

Jaipur, estado de Rajastán, India

21 de diciembre de 1955

LA MAÑANA SIGUIENTE fuimos al palacio. Era una mañana de diciembre fría y despejada, y Radha, Malik y yo íbamos envueltos en mantos de lana dentro del *tonga*, cargados con nuestras provisiones. Por mucho que había querido estar descansada y fresca para mi primer encuentro con un miembro de la realeza, no había pegado ojo; cada pocos minutos me había estado levantando para añadir alguna otra cosa al material que íbamos a llevar al palacio. No tenía la más mínima idea de qué era lo que afligía a la joven reina, por lo que había decidido llevar todas las lociones y los artículos más preciados de mi repertorio, incluidas las hojas de lima kafir que había pedido a Tailandia. Todo dependía de la impresión que causara en la maharaní mayor, la guardiana de las damas del palacio.

La Ciudad Rosa de Jaipur era un hervidero aquella mañana. Nuestro vehículo pasó junto a un cestero que estaba trenzando cañas planas. Un zapatero remendón con turbante que estaba moldeando arrabio con un martillo nos miró al pasar. Yo observé a una mujer que trenzaba caléndulas con destreza experta para formar alegres *malas* con ellas a un lado del camino.

Una mujer vestida con un sari de un vistoso color verde lima me llamó la atención. Tenía mal color, un tono amarillento enfermizo. Llevaba la cabeza descubierta y el pelo grasiento. Había visto suficientes prostitutas pobres en Agra para reconocerlas a simple vista. El sari barato que llevaba aquella mujer daba una pista clara. El hombre que estaba a su lado le rodeaba los hombros con el brazo. Parecía que la estuviera guiando —¿o tal vez llevándola a la fuerza? — a alguna parte.

Ahogué una exclamación de sorpresa.

Era Hari.

Su ropa estaba más limpia que la noche que me había entregado a Radha, pero no cabía duda de que era él.

¿Era aquella prostituta quien lo mantenía? ¿Ahora Hari se dedicaba a prostituir mujeres a cambio de comida y un techo? Volví la cabeza, asqueada, y traté de concentrarme en la tarea que me aguardaba en el palacio. No me importaba nada más.

Cuando llegamos ante las puertas de entrada, di al conductor la dirección de Kanta y le ordené que llevara allí a Radha. Mi hermana parecía pequeña y asustada en el interior del carro. Tenía los ojos hinchados, no sé si de haber estado llorando, de haberse levantado al amanecer para ayudarme a prepararlo todo o ambas cosas. Había oído los sollozos durante la noche y también sus intentos de contenerlos. Aunque seguía enfadada conmigo, me había permitido que la abrazara. Yo le había acariciado la espalda hasta que se había quedado dormida.

Cuando el *tonga* se marchó, Malik y yo nos quedamos un momento contemplando el palacio de la maharaní. Comparado con el del maharajá, con su largo y sinuoso camino de entrada bordeado de higueras sagradas e inmensos arbustos de hibisco, el de la maharaní, contiguo a la Ciudad Rosa, era sorprendentemente modesto. Las altas puertas de hierro estaban flanqueadas por elefantes de piedra con la trompa levantada. Tras las puertas había un camino de entrada circular en el que apenas cabían tres coches. Ese día solo se veía una bandera en la garita de vigilancia, lo que significaba que el maharajá se encontraba fuera de la ciudad. Cuando estaba en Jaipur, se izaba en ambos palacios una bandera adicional en el mismo mástil que medía un cuarto de este; solo él se consideraba un hombre y un cuarto.

Nos dirigimos a la garita aferrados a nuestras pesadas *tiffins*. Malik me guiñó un ojo como diciendo: «Disfruta, jefa». Yo le sonreí nerviosa mientras repasaba mentalmente la lista de material que llevaba conmigo: aceite de jazmín y clavo, tónico capilar de babchi y coco, lociones de nim y geranio, aceite de mostaza, pasta de henna con zumo de limón adicional, un abanico de cañas de vetiver, que había dejado en remojo durante toda la noche, para hacer secar la henna más rápido y perfumar el aire al mismo tiempo, una infusión

de hojas de albahaca morada, pasta blanca a base de sándalo molido para aplicárselo en la frente en caso de que le doliera la cabeza, juncos frescos, agua perfumada con jazmín y varios bocados dulces y salados creados para elevar el estado de ánimo de la maharaní o incrementar su deseo.

Un guarda con un turbante rojo y un chaleco blanco impoluto que se cerraba con botones dorados vigilaba sentado detrás de la ventanilla protegida con barrotes. Su largo bigote gris saltó de lado a lado cuando me preguntó qué me llevaba al palacio. Cuando le respondí que teníamos una cita con la maharaní, frunció el ceño y miró detrás de mí. Allí se encontraba Malik, al que evaluó de arriba abajo.

—¿Con la mayor o la joven?

Inspiré profundamente antes de responder.

—La mayor. Maharaní Indira —contesté con voz temblorosa. Si conseguía su aprobación, me contrataría para que me ocupara de cuidar a la esposa del maharajá. Si no le gustaba a su alteza, ya podíamos volvernos a casa sin abrir ni una *tiffin*.

El guarda nos pidió que esperásemos. Consulté la hora por décima vez en el reloj que me había regalado Samir; no quería llegar tarde. Al cabo de unos minutos apareció otro sirviente, que nos condujo a través de un arco y varias galerías decoradas con alfombras persas, mesas de plata y muebles donde se exponían lanzas, escudos y espadas de los rajputs. Nuestro guía avanzaba a paso ligero y nos costaba seguirle el ritmo, cargados como íbamos. Respiraba con dificultad en parte por tener que correr detrás del sirviente y también por los nervios de conocer a la maharaní. Atravesamos una columnata flanqueada por jardines exuberantes. Arbustos recortados con forma de elefante hacían cabriolas en el césped. Pavos reales vivos se paseaban con su caminar ufano entre las fuentes circulares. La madreselva, el jazmín y los guisantes de olor brotaban del interior de varias urnas de piedra. Cruzamos el pórtico de un edificio de tres plantas que supuse que serían las dependencias de las damas. La reina joven, la maharaní Latika, había intentado abolir la *purdah*, pero costaba acabar con una tradición con siglos de antigüedad y las mujeres del palacio seguían viviendo separadas de los hombres.

Pasamos por debajo de un arco con diseño de conchas pintadas con esmalte azul, verde y rojo, y ribete dorado como la cola de los pavos reales durante el cortejo. ¡Cuánto le gustaría todo aquello a Radha! Sentí un pinchazo de culpa por haberla obligado a quedarse en casa. Miré a Malik, sabía que también estaba pensando en mi hermana. Sus ojos se movían a toda velocidad a izquierda y derecha, arriba y abajo, como un volante de bádminton. Estaba recabando detalles para contárselos después.

Entramos a continuación en lo que parecía una sala de espera. Reconocí las elegantes líneas de la *chaise longue* francesa que tenía una de las damas a las que atendía. Enfrente había una hilera de sillas tapizadas con tela de damasco y una borla dorada en el extremo de cada brazo. En la mesa de café, que era casi tan grande como mi casa de una sola habitación, había un jarrón de cristal tallado con caléndulas. Las arañas de cristal lanzaban destellos desde el techo, y en las paredes se exhibía la historia de los rajputs: retratos de maharaníes anteriores con capas de armiño o ropa de montar, preparadas para ir de caza.

El sirviente nos indicó que nos sentáramos con un gesto. Golpeó con los nudillos en unas puertas dobles que lo triplicaban en altura, decorada cada una con escenas grabadas de la vida en Rajastán: el pastoreo, la ganadería, la fabricación de zapatos.

Malik me miró enarcando las cejas y dijo «pallu» moviendo los labios sin emitir sonido. Entendí lo que me quería decir y me cubrí el pelo con el extremo bordado de mi mejor sari de seda, el de color crema que me había puesto la noche anterior en la fiesta de los Singh.

Nuestro guía desapareció un instante tras la puerta, pero volvió a salir y nos sujetó la puerta invitándonos a pasar. Antes de llegar, Malik y yo habíamos quedado en que él aguardaría en la sala de espera con las provisiones mientras yo me reunía en privado con la maharaní. Sonrió de oreja a oreja y agitó la cabeza a un lado y a otro en señal de aprobación, y también para infundirme ánimos.

Pasé y la puerta se cerró tras de mí con un clic apenas audible.

Me encontré en una sala amueblada con gran belleza. Los

altos techos exhibían escenas del cortejo de Rama y Sita. Enfrente de mí había tres sofás tapizados en tela de damasco y ocupando el central se encontraba una mujer corpulenta de unos cincuenta años vestida con sedas de color verde esmeralda. La blusa llevaba estampados motivos de *boteh*. Estaba jugando al solitario sobre una mesa de caoba pulida. El pelo entrecano y abundante cortado al estilo paje le rozaba los hombros y los diamantes de su collar *kundan*.

Era la primera vez que estaba en presencia de un miembro de la realeza y sentí que me picaba la garganta. ¿Iba a ponerme a toser delante de la maharaní? Tragué saliva intentando contener las ganas de carraspear. Me ajusté el sari con manos temblorosas para que me cubriera mejor el pelo y me dirigí hacia ella con las manos juntas en señal de namasté. Cuando llegué al sofá, me incliné para tocarle primero los pies y después mi propia frente. Ella me indicó que me apartara con un breve movimiento de sus dedos enjoyados.

Acababa de sacar una carta del mazo y estaba buscando el lugar en el que colocarla hasta que, al final, decidió dejarla boca abajo en la mesa.

—Ya ves, siempre estoy buscando al rey, pero siempre me esquiva —dijo con una voz grave y rasposa.

Un agudo silbido hizo que me pusiera tiesa. Un periquito verde brillante que había en una jaula de plata muy recargada detrás del sofá giró la cabeza y me miró fijamente primero con un ojo y después con el otro. La puerta estaba abierta.

La maharaní, que aún no me había mirado, señaló con descuido la jaula.

—Este es *Madho Singh* —dijo.

Y el pájaro respondió «¡Namasté! *Bonjour! Welcome!*» seguido de otro silbido al tiempo que enrollaba la lengua negra dentro del pico rojo. Tenía un anillo irisado de color negro y rosa brillante alrededor del cuello, como si llevara un collar como su dueña. Las plumas superiores eran de color azul como el cielo de verano.

Había oído hablar de los periquitos alejandrinos, pero no había visto ninguno. Era una preciosidad.

—¿Su alteza le ha puesto al periquito el nombre del antiguo maharajá?

La mujer clavó los ojos oscuros en los míos por primera vez y enarcó una ceja.

—Por desgracia, nunca llegaron a conocerse. Mi esposo murió hace treinta y tres años y el pequeño *Madho Singh* tiene solo quince. —Me miró con frialdad de la cabeza a los pies—. Siéntese, por favor.

Me acomodé en el sofá contiguo y me estiré el sari por encima de las rodillas para calmarme.

Otro sirviente, que debía de estar esperando de pie junto a la puerta, se acercó sin hacer ruido.

—Té —ordenó la maharaní.

El hombre inclinó la cabeza y salió de la estancia. Ella sacó otra carta del mazo.

—¿Ha estado alguna vez en el Festival del Elefante?

—No he tenido el placer, alteza.

—Solía ser muy divertido. Los rajputs llegaban de todas partes para jugar al polo en sus maravillosos elefantes. Todos iban pintados de colores: los colmillos, la trompa, las patas. Hasta las uñas. —Extendió el brazo para indicar la grandiosidad de la decoración—. Antes de que la maharaní Latika se casara con mi hijastro, yo solía entregar el premio al elefante mejor decorado. Un año, en señal de agradecimiento, me regalaron al pequeño *Madho Singh*.

El periquito soltó otro chillido y gritó de nuevo:

—¡Namasté! *Bonjour! Welcome!*

La maharaní miró hacia la puerta. Estaba abierta y asomado a ella estaba Malik. Me puse tensa. ¿Cuántas veces le había dicho que esperase fuera? ¿Acaso no le había dejado lo suficientemente claro lo fundamental que era la reina anciana para nuestro futuro?

Ella lo llamó doblando el dedo como un gancho y él entró con cautela en la sala, buscando de dónde procedía aquel sonido. Agradecí haberle comprado la camisa amarilla de manga larga y los pantalones blancos el día que Parvati me habló por primera vez de la cita en el palacio. Esa misma mañana, Malik había llegado a mi casa y le había lavado y engrasado el pelo con aceite y también le había frotado el cuello y las orejas hasta que se le habían puesto rojas. Por una vez llevaba unas sandalias de su número.

La maharaní lo estudió con detenimiento mientras él

examinaba el pájaro sin prestarle atención a la mujer.

—¿Te gustaría saludar a mi precioso periquito?

Madho Singh alzó el vuelo desde su percha y fue a posarse en el respaldo del sofá de la maharaní.

—Precioso —repitió el ave con gracia.

Malik le hizo al pájaro el saludo musulmán de *salaam* con elegancia.

—Buenos días —dijo con su mejor inglés sin apartar la vista del periquito ni un solo momento.

—¡Namasté! *Bonjour! Welcome!* —repitió el animal.

Malik sonrió.

—Pájaro listo.

—Pájaro listo —repitió el periquito.

La maharaní, que había estado observando a Malik todo el tiempo con interés, le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

Malik pareció tener que pensarlo un momento. Primero miró al techo y después bajó la cabeza de nuevo y miró a la reina.

—Prefiero tener ocho.

Las comisuras de los labios pintados de la mujer se estremecieron levemente y a continuación dibujaron una generosa sonrisa.

—Qué encanto.

La carcajada comenzó en su pecho y ascendió hasta su garganta, haciendo que las pulseras tintinearan y los pliegues de su sari se agitaran con un frufrú. La maharaní apartó la mirada de Malik y me miró a mí.

—¿Es suyo?

Yo negué con la cabeza. Y ella volvió a mirar a Malik.

—Joven, ¿cuál es tu dulce favorito?

—¿Cuál es tu dulce favorito? —imitó el periquito.

Malik frunció el rostro y volvió a mirar el techo.

—*Rabri* —contestó.

—¡Maravilloso! Tendremos que pedirle al chef que lo prepare ahora mismo —dijo ella.

Me puse colorada y me senté al borde del sofá.

—Alteza, hemos venido a cumplir sus deseos, no a que cumpláis los nuestros.

Preparar el *rabri* era tedioso y llevaba mucho tiempo, ya

que había que cocer la leche a fuego bajo durante dos horas hasta que se evaporase toda el agua y quedase solo la leche condensada. ¡Era una impertinencia pedirle algo así al palacio!

La maharaní abrió los ojos de forma desmesurada.

—Pero sería un gran placer para *Madho Singh*. ¿Verdad que sí?

El pájaro pestañeó.

—Me encantan los dulces.

Malik me lanzó una mirada con una sonrisilla, como preguntándome a qué estábamos jugando y si podía participar él también.

—Alteza, se tarda mucho en hacer el *rabri*… —protesté.

—Exacto. —Se volvió hacia la puerta y entró otro sirviente distinto. Le ordenó que llevara a Malik a la cocina y que no regresaran hasta que el chico hubiera comido todo el *rabri* que quisiera—. Asegúrate de que el chef no lo manda a alguna de las otras cocinas. Y llévate también a *Madho Singh*. —Y volviéndose después hacia mí, dijo—: Le encantan los dulces.

Malik abrió los ojos como platos y se giró para mirarme. Yo levanté un hombro levemente. ¿Quién era yo para discutir con la maharaní? Como si hubiera entendido a la perfección a su dueña, el periquito alzó el vuelo desde el diván y fue a posarse en el hombro del sirviente con su librea blanca.

—Me encantan los dulces —repitió *Madho Singh* mientras Malik se dirigía hacia la puerta detrás de él y el sirviente.

Me volví hacia la reina, que trataba de reprimir la risa sin conseguirlo.

—El chef es odioso —comentó—. Nunca le da a la comida el sabor que me gusta. Era el favorito de mi difunto esposo y le sienta mal tener que servirme a mí ahora. Se pondrá furioso cuando se entere de que tiene que aplicarse sobre los fogones para alimentar una boca más.

Sentía que se me relajaban los hombros. Igual que las otras damas a las que atendía, las maharaníes habían elaborado sus propias reglas de juego.

La maharaní sacó un seis de diamantes y lo puso encima del siete de tréboles.

—Entonces… conoce a Parvati Singh. Su padre y mi

madre eran primos. —Me miró con una sonrisa que la favorecía—. Pero es a su esposo a quien encuentro irresistible. Tal vez sea porque Samir es quien envía siempre los regalos más oportunos. ¿Lo sabía?

—No lo sabía, alteza —respondí perpleja.

—Pues debería —dijo ella con expresión reservada—. Creo que es usted su proveedora.

No podía estar hablando de sus bolsitas de infusión. ¡Imposible!

—Jamás había tenido el pelo tan fuerte y denso —dijo sacudiendo la cabeza, lo que hizo que el pelo se moviera con elegancia a un lado y otro.

Samir me compraba todos los meses una caja de mi aceite de babchi para el pelo, pero yo había dado por hecho que sería para alguna de sus amantes.

Sonreí.

—Lo tiene muy bien, alteza.

—Así que cuando Samir dice que es usted capaz de hacer milagros, lo creo. —Me dirigió una mirada astuta antes de añadir—: Y usted, ¿cree que es capaz de obrar milagros?

—Tengo esa reputación.

—Deje que le vea la cabeza.

Vacilé un instante, sorprendida por la petición, pero cuando me indicó con el dedo que me quitara el *pallu*, me descubrí la cabeza. Me estudió con sus ojos oscuros el pelo recién lavado y embadurnado de aceite, la ramita de jazmín que me había puesto en el moño, las orejas desnudas. Giró el dedo varias veces y me di la vuelta para que pudiera verme por detrás. Cuando di la vuelta completa, la maharaní asintió con la cabeza una vez.

—Me gustan las cabezas bien formadas —dijo.

Un sirviente entró con un servicio de té de plata. La decoración de la porcelana era similar a la de Parvati. En una fuente con el borde dorado había unas pastas de té finas como el papel con pistachos cortados en láminas y espigas de lavanda en el centro. El té se sirvió. La maharaní indicó con un golpecito de la uña que quería que le pusiera la taza al lado de sus cartas, pero no tomó la taza.

—A mi difunto esposo le gustaba mucho el té. Hubo épocas en las que llegó a tomar cinco o seis tazas colmadas de

azúcar al día. Tanto azúcar debería haber hecho de él un hombre dulce. —Hizo una pausa—. Pero no.

No me esperaba aquella franqueza, pero, curiosamente, me resultaba agradable. A lo mejor todos los miembros de la familia real eran unos excéntricos, razoné, y, por una vez, me recosté sobre el respaldo del sofá. Me tomé relajadamente el té, que estaba cremoso, dulce y aromatizado con canela y cardamomo.

—Fue egoísta hasta el final —continuó su alteza—. Dio sesenta y cinco hijos a sus concubinas porque, bueno, ¿a quién le importan los ilegítimos? A sus cinco esposas, entre las que me incluyo, se aseguró de no darnos ninguno. ¿Y sabe por qué? —Sujetaba una carta entre los dedos índice y medio como quien sujeta un cigarrillo, esperando respuesta.

Incliné la cabeza con educación.

—Su astrólogo le aconsejó que no se fiara de sus herederos de sangre. Así que en vez de tener un hijo legítimo, adoptó a un chico de una familia rajput, que es ahora nuestro maharajá. —Colocó la carta sobre la mesa boca abajo—. Vivo en un palacio con un maharajá que no es mi hijo biológico y una maharaní que es una nuera postiza.

No era la primera vez que oía que un palacio indio adoptaba a un príncipe heredero siguiendo el consejo de un astrólogo. En algunas familias reales era una práctica común.

Tocó la taza con la palma brevemente, pero la dejó en la mesa.

—El maharajá actual ama a su tercera esposa. Latika es muy elegante, posee una cara educación y es inteligente. El hijo que le dio debería haber sido el príncipe heredero.

Tapó una reina con la jota que había cogido del mazo.

—El único problema es que él también ha seguido el consejo de su astrólogo, que le advirtió que su hijo biológico lo obligaría a abdicar. Por eso lo ha mandado a un internado en Inglaterra, pero en vez de decírselo él a su mujer, se lo ha encargado a su secretario. La maharaní Latika lleva sin comer ni dormir desde que se llevaron a su hijo. Se niega a hablar. No se levanta de la cama.

Negó con la cabeza.

—Solo tiene ocho años, la misma edad que prefiere tener su ayudante. Pero no le está permitido verlo.

Entendía el trauma que experimentaban las madres cuando perdían a sus hijos por culpa de la fiebre o la desnutrición. Lo había visto muchas veces cuando trabajaba con mi suegra. Pero que te arrebaten a tu hijo sin que lo sepas debe de ser otro tipo de tortura.

La maharaní Indira había llegado ya al final del mazo de cartas.

—Los ciudadanos de Jaipur tal vez piensen que las maharaníes tenemos poder, pero no podría estar más lejos de la verdad.

Tomó el montón de las cartas desechadas y empezó a levantarlas una a una.

—Y ahora es cuando entra usted en escena, Lakshmi Shastri. Si bien la joven reina no es mi nuera de verdad, es responsabilidad mía. Hay que subirle el ánimo para que pueda retomar sus funciones de reina. Y tiene que volver a ser una esposa sana para el maharajá. —Enarcó una ceja—. No le queda más remedio que aceptar su destino y el de su hijo. *Che sera, sera.* —Dejó de mover las manos—. Al menos ha podido experimentar la maternidad.

La mujer que estaba sentada delante de mí también había conocido la pena. De no haber resultado indecoroso, le habría dado uno de los dulces con anacardo que llevaba en mi bolsa, que había preparado esa misma mañana con cardamomo para aliviar la tristeza.

Esperé un momento.

—¿En qué puedo servirle, alteza?

—Haga que la maharaní Latika vuelva a sentirse una mujer completa. Alivie su pena. Samir prácticamente me ha garantizado que puede hacerlo.

La confianza que Samir tenía en mí era alentadora. Pero la idea de fracasar con aquella mujer noble, una figura pública de su talla, me provocó un escalofrío.

Me humedecí los labios antes de contestar.

—Alteza, curarse lleva tiempo. Igual que mis cuidados. Tengo que ver antes a la maharaní Latika para determinar cómo puedo ayudarla y cuánto tiempo podría tardar. Me honra que el señor Singh tenga tanta fe en mí, pero le pido que me permita evaluar la situación antes.

Ella me observó detenidamente con mirada severa. Yo la

miré a los ojos y esperé.

Al cabo de unos minutos, recogió las cartas de la mesa como si hubiera tomado una decisión.

—Evalúela —me ordenó con aquella voz severa— y vuelva a verme cuando termine.

Sentí alivio al saber que mi tarea iba a consistir en aliviar las penas de una mujer, algo que había hecho muchas veces antes. El éxito sería dulce, llevaría mi reputación más allá de los muros de la ciudad. El fracaso, sin embargo, sería un golpe fatal. Mi negocio no se recuperaría nunca de semejante humillación. Tendría que utilizar todas las hierbas del repertorio de mi suegra para curar a la joven reina.

A pesar del té, sentía la boca seca.

—Será un placer, alteza.

Satisfecha, la maharaní asintió con la cabeza una vez. Miró al sirviente, que se acercó a nosotras.

—Lleva a la señora Shastri a ver a su alteza. —Volvió a tocar su taza de té y le dijo—: ¡Y dile al chef que no vuelva a servirme el té frío! ¿Cómo se atreve a hacerle algo así a una maharaní?

Me levanté del sofá con las piernas temblorosas y me incliné para tocarle los pies.

CUANDO ERA NIÑA y mi padre tenía demasiada resaca para dar clase, mi madre mostraba su preocupación en voz alta: «¿Qué vamos a comer cuando se quede sin trabajo? ¿Libros?». Yo buscaba refugio ante su ansiedad en la choza del viejo señor Munchi, pintando en aquellas hojas de higuera. Dibujar el *chunni* de la lechera o las diminutas plumas de un miná me ayudaba a evadirme. Me calmaba. Después, cuando Hari me recriminaba que no le había dado hijos, volví a buscar refugio en mi arte, pero entonces dibujaba en mi cabeza, imaginando que tenía un pincel en la mano, aun cuando me pegaba puñetazos en el estómago o me daba patadas en la espalda. Concentrarme en los detalles, como en la mariquita que me subía por el brazo o el motivo de cachemir de mi sari, e ignorar todo lo demás, alejaba la ansiedad, el dolor y la preocupación.

En ese momento, en el palacio, mientras me conducían a

las habitaciones de la joven maharaní, ocupé la mente en estudiar los diseños de los esmaltes que rodeaban el marco de las puertas, las celosías que enmarcaban las ventanas, los mosaicos que decoraban los suelos y las paredes de mármol, las historias tejidas en la seda de las alfombras. Siglos antes, los príncipes de Jaipur habían hecho acudir a los mejores escultores, tintoreros, joyeros, pintores y tejedores de tierras lejanas —Persia, Egipto, África, Turquía— para que mostraran su talento. Cuando llegué al dormitorio de la maharaní Latika, había conseguido reducir la ansiedad; mi mente estaba más calmada.

A la izquierda de la puerta, había un gurú sentado con las piernas cruzadas sobre una esterilla, balanceándose hacia delante y hacia atrás mientras pasaba una sarta de cuentas entre los dedos. Un *bindi* naranja de polvo de cúrcuma subía desde la frente hasta el comienzo del cabello. Los pliegues de la túnica blanca se juntaban sobre su considerable estómago. Delante de él una columna de humo de un cono de incienso se elevaba perezosamente hacia el cielo.

La maharaní Latika descansaba en su cama con dosel sobre varias almohadas de satén de color crema. Tres damas de compañía con sari de seda la atendían. La que le peinaba el cabello era, sin duda, la que se encargaba del vestuario de la reina. Otra la abanicaba y la tercera le leía en voz alta un libro de poesía. Reconocí el poema de Rabindranath Tagore. «¿Oscura? Por oscura que sea, yo he visto sus oscuros ojos de gacela.» Las damas levantaron la vista en cuanto entré en la habitación, pero continuaron con su tarea. Junté las manos en un namasté y me acerqué a la cama. Toqué el aire sobre los pies de la reina y me llevé toda la energía de los celos hacia la frente, pero sus ojos apáticos estaban perdidos en la distancia, como si no me hubiera visto. Saludé a las damas con las manos y ellas respondieron con un gesto de asentimiento. No sé si era deliberado o no, pero la habitación estaba a oscuras, de manera que pedí al sirviente que colocara mis bolsas junto a la ventana, donde pudiera ver mejor. Miré a mi alrededor en busca de un taburete bajo y el sirviente me acercó uno tapizado. Saqué los productos que iba a necesitar y después me lavé las manos con el agua limpia de jazmín que llevaba en uno de mis recipientes. A continuación

me las embadurné de aceite. Levanté con cuidado la mano de la reina. Tenía la piel seca y fría al tacto. Se removió ligeramente. Vi por el rabillo del ojo que giraba la cabeza hacia mí y, aunque antes había evitado mirarla directamente a los ojos, en ese momento lo hice. Había oído hablar de su belleza, que había cautivado al maharajá nada más verla. Sus ojos, redondos y luminosos, oscuros en el centro como la caoba, estaban desnudos, incapaces de ocultar su inmensa tristeza. La sensible piel de alrededor de los párpados tenía un tono más oscuro que el del resto de la cara, como si estuviera abrasada. Su alteza no llevaba joyas. El polvo rojo bermellón que ascendía por la raya del pelo era su único adorno. Se lo habría puesto alguna de las damas.

Bajó la vista hacia su mano, la que yo sostenía. Separó los dedos y los contempló como si fuera la primera vez que los veía. Las uñas estaban bien cuidadas, recortadas con forma redondeada y la cutícula retirada hacia atrás. Dejó escapar un largo suspiro y volvió a su retiro interior. Ya podía empezar con mi trabajo.

Una mañana después de irme a vivir con Hari y su madre, vi tres huevos de color malva rosáceo cerca de donde lavaba la ropa a la orilla del río. Oí un chillido —¡cuic-cuic-a-yu! ¡cuic-cuic-a-yu!— y vi debajo de un arbusto una hembra de bulbul con las mejillas rojas que me miraba moviendo la cabeza a un lado y a otro. Estaba un poco inclinada y arrastraba el ala. Volví corriendo a casa a buscar a mi suegra, que dijo que debía de haberse herido antes de poder subir volando al nido para poner los huevos.

De vuelta en casa, mi suegra preparó un emplasto para inmovilizarle el ala. Tardó dos semanas en curarse, tras lo cual me dijo que la soltara en el lugar en el que la había encontrado. Así lo hice. El ave buscó en vano sus huevos, que hacía tiempo que habían desaparecido; no había podido salvarlos. Tampoco podía devolver a la maharaní a su hijo, pero, con el tiempo, podía hacer que su herida se curase.

Comencé a masajearle las manos y los pies para que fuera acostumbrándose al contacto. Llevaba mucho tiempo con mis clientes y habían terminado confiando en mí, pero la maharaní Latika no me conocía, no parecía reconocer siquiera mi presencia, así que iba a ser complicado que se relajara

conmigo como hacía con la dama que se ocupaba de su ropa. Con la mezcla que había creado esa misma mañana —aceites de sésamo y coco y extractos de hojas de brahmi y tomillo— le acaricié la zona entre el pulgar y el índice. Le froté también el punto donde se tomaba el pulso en la muñeca. Le trabajé asimismo el arco del pie, presionando en el valle que se formaba entre el gordo y el segundo dedo, para aliviar la tensión. La dama que leía lo hacía con un ritmo hipnótico.

Pasado un rato, sentí que los huesos de la reina comenzaban a aflojarse y oí que su respiración se hacía más profunda. Seguí masajeándole los brazos y las piernas, y de nuevo las manos y los pies con mis aceites durante toda la hora siguiente. Le estiré los tendones, le relajé las extremidades, le abrí los meridianos. Si los músculos oponían resistencia, buscaba los puntos de presión para aliviar la tensión. Me concentré en transferirle mi energía en todo momento. Lo demás pasó a un segundo plano.

Cuando sentí que le pesaban los brazos, me aventuré a mirarla. Se había quedado dormida. No aguantaría mucho, pero para ser la primera visita, era suficiente.

Recogí mis cosas y un sirviente me acompañó por diferentes pasillos hasta una habitación hecha de cristal, llena por completo de orquídeas. El ambiente era húmedo, la temperatura mucho más cálida que la del palacio, donde había aire acondicionado. Noté que se me formaba una fina capa de sudor sobre el labio superior.

La maharaní mayor estaba eliminando las hojas muertas de una planta con unas tijeritas de plata. Se le había formado una medialuna de sudor en la blusa de seda debajo de las axilas.

—Cuanto antes se recupere Latika —dijo sin volverse—, antes podré volver a ocuparme de mis pequeñas. —Tomó de una mesa cercana un vaso que contenía un líquido transparente con hielos y lo agitó—. Gin-tonic. ¿Le apetece uno, señora Shastri?

Me sentí tentada, pero nunca había tomado alcohol.

—No, gracias.

Me miró sonriendo.

—¿Está segura? Los británicos nos dejaron algunas cosas y esta es, con mucho, la más agradable. —Bebió un sorbo—. Y

además mantiene a raya la malaria.

Pasó a la siguiente planta y comenzó a dar la vuelta a las hojas para inspeccionarlas. Satisfecha, tomó otro sorbo de su cóctel.

—Venga a conocer a mis pequeñas.

Me acerqué.

Señaló una flor amarilla con rayas verdes y las hojas extendidas como si fueran alas a ambos lados del cuerpo, decoradas con puntitos negros.

—Esta se llama sandalia de Venus, pero yo la llamo *titli* porque parece una mariposa. Y a este ejemplar azul de orquídea vanda lo llamo *Sita*. —Le acarició el pétalo suavemente con el dedo. El invernadero parecía la enfermería de la maharaní en más de un sentido—. Se dice que la diosa Sita se ponía orquídeas azules en el pelo cuando se exilió. Es una especie inusual.

La maharaní cruzó el invernadero y rozó con los dedos las diminutas flores rosas, unas veinte en total, que brotaban de un mismo tallo.

—Esta fue un regalo de la princesa de Tailandia. Iba a ponerle el nombre de mi difunto esposo hasta que la princesa me dijo que no había conseguido que el tallo creciera, así que pensé que en eso no se parecía a él. —Soltó una carcajada grave y gutural, divertida con su propio chiste verde. La maharaní viuda parecía haber encontrado un refugio dentro de los reducidos confines. Los pobres no eran los únicos que vivían encarcelados por su propia casta.

—Tengo un secreto para hacer que crezca cualquier cosa. —Vertió unas gotas de su bebida en la base de la planta y me miró de soslayo con una sonrisa conspiratoria cuando me miró de soslayo—. *Chup-chup*.

Me reí sin poder contenerme.

—Dígame, señora Shastri, ¿cuándo podré volver a dedicarme a tiempo completo a mis orquídeas? —me preguntó la maharaní tras beber otro sorbo.

Había estado dándole vueltas mientras me ocupaba de la reina más joven.

—Alteza, le pido que entienda que para que mis atenciones puedan ayudarla, la maharaní Latika tiene que confiar en mí. Si pudiera trabajar con ella todos los días

durante dos o tres semanas, creo que veríamos un progreso.

—¿Ha habido algún progreso hoy?

—Eso creo. He empezado ya a preparar un diseño de henna que iré ampliando cada día. Cuando lo complete, creo que su alteza se sentirá mucho mejor.

La reina asintió y frunció los labios.

—¿Qué coste tendrá esa resucitación?

Entrelacé las manos delante de mí por encima del sari.

—Lo que usted estime apropiado, alteza.

La reina mayor me echó un vistazo rápido.

—Quiero que cada mañana cuando termine con su alteza, me haga un informe de la situación. Si ve que progresa, continuaremos; si no, probaremos con otra cosa. Cuando salga hoy, dele esto al administrador. —Me entregó un trozo de papel—. Le pagará quinientas rupias cada día que venga.

Pensé que iba a desmayarme. En una hora había ganado lo mismo que en una semana llena de citas para la henna. ¡En dos semanas tendría siete mil rupias! La humedad era asfixiante y tenía la frente mojada de sudor. Tenía que salir de allí.

—Gracias, alteza.

Me despidió con un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza y se giró para continuar inspeccionando la planta que tenía delante. Cuando salí del invernadero, la oí decir:

—Te estás marchitando otra vez, *Winston*. ¿Es que no te presto suficiente atención, cariño mío?

MALIK ESTABA ESPERÁNDOME en la verja del palacio. Se me acercó corriendo para ayudarme con las tarteras.

—Estás muy sonriente, jefa. ¿Ha sido un éxito?

—Podría decirse que sí. —Sonreí—. ¿Qué tal con el chef? ¿Lo has pasado bien con él?

—Si te digo la verdad, jefa, no me van mucho los dulces, excepto los caramelos de tamarindo. Pero a *Madho Singh* le encantan. Ese pájaro se ha comido casi todo mi *rabri*. Lo mismo se pone malo esta noche.

Sujetaba las tarteras por el asa, balanceándolas mientras nos dirigíamos a la siguiente calle para tomar un *rickshaw* normal y corriente. Negué con la cabeza. ¿De qué servía

reprenderlo?

—¿Y qué has estado haciendo todo este tiempo con el chef?

—No me he quedado mucho rato en la cocina. He salido a hacer mis recados, recoger pedidos y hacer entregas.

Me detuve en seco.

—¡Malik! ¿Has desobedecido las órdenes de su alteza a propósito?

Se volvió y me miró. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—No te preocupes, jefa. Cuando el sirviente le dijo que tenía que prepararme el *rabri*, el chef me miró como si quisiera cortarme en dos con el cuchillo. —Silbó a un *rickshaw* que pasaba—. Así que pensé: ¿Cómo podría contentarlo como hago con mi jefa cada día? —Se rio cuando vio que enarcaba las cejas—. Así que le pregunté cuánto pagaban en el palacio por el aceite para cocinar. Cuando me lo contó, exclamé: *Baap re baap!* Menudo robo.

Cerré los ojos. ¿Qué andaba tramando Malik?

—Relájate, jefa. —Gesticuló con la mano como si estuviera enroscando una bombilla—. No ha pasado nada. Le conseguiré aceite por mucho menos dinero que esos caraduras que cobran de más al palacio y el chef se guardará la diferencia. —Señaló uno de los recipientes que llevaba en la mano—. Se ha puesto tan contento que me ha prometido que me preparará algo especial cada día, tanto si lo pido como si no. Hoy me ha hecho *puris* y *choles*. ¡Mañana, *bhaji*! Radha y tú no tendréis que cocinar más.

Se adelantó para cargar nuestras cosas en el carro y yo seguí caminando a paso lento, realmente impresionada con mi joven amigo.

LA NOTICIA DE que estaba yendo al palacio se extendió como *ghee* sobre *chapatti* caliente. Bastó con que el vendedor de mangos nos viera a las puertas del palacio para que se lo dijera a su mujer, que se lo contó a su vecino, que se lo dijo a su cuñado, que se lo dijo a su médico, que se lo contó a la lavandera, que planchaba la ropa para una de las damas a las que yo hacía la henna. En menos que canta un gallo nuevos clientes solicitaban mis servicios para cada celebración y

ceremonia: fiestas de compromiso, séptimo mes de embarazo, cumpleaños del bebé, bebé come su primera comida sólida, primer corte de pelo, llegada a la edad adulta de un chico, estreno de casa nueva, aniversario de Hanuman, ceremonia de fuego en honor de la diosa Durga, la Gran Noche de Shiva, un ascenso laboral, aceptación en la universidad, ceremonia para pedir que el viaje sea seguro, ceremonia para pedir que la llegada se realice sin contratiempos. En la India no escaseaban los ritos y los rituales, y nos mantenía ocupados a los tres de la mañana a la noche. Radha preparaba la pasta de henna y me ayudaba a cocinar los bocados especiales para mis clientas. Yo atendía a la maharaní por las mañanas y a mis otras clientas por las tardes. Malik cruzaba la ciudad de punta a punta entregando mis cremas, aceites y lociones, cuyas ventas se habían triplicado. Estábamos teniendo una buena racha; debería haberla disfrutado más, pero no podía, no podría hacerlo hasta que la maharaní Latika retomara sus obligaciones reales.

Muchas de nuestras nuevas clientas estaban ávidas de cotilleos.

¿La maharaní Latika es tan hermosa como dicen?

¡Cuéntanos cómo son esos sofás para diez personas!

¿Es cierto que tienen unas urnas de plata en el palacio tan altas como un hombre?

¿Sirven la comida en el comedor?

Ni siquiera las damas con las que llevaba años trabajando podían evitar hacerme alguna que otra pregunta:

¿Todos los saris de la maharaní son de París? ¿Cómo son los estampados de georgette?

Mis clientas favoritas, como la señora Patel, que no se dejaba impresionar por las riquezas o los títulos, se mostraban indiferentes. La señora Patel era una mujer tranquila y callada, de sesenta y tantos años, que se ocupaba de la contabilidad del hotel de su marido.

—Espero que estés descansando, Lakshmi. Épocas como esta pueden resultar muy inquietantes —me dijo un día y a continuación seguimos en un cómodo silencio.

Malik se mostraba discreto. Le había aconsejado que no respondiera a las preguntas de los vigilantes de la entrada de las casas, los sirvientes y los conductores de carros. Podía

describir los cuadros con escenas de las maharaníes en salidas de caza a las familias rajputs, pero no a las brahmanes (vegetarianas). Podía hablar sobre los jardines fragantes, pero no podía revelar detalles sobre el sistema de cañerías que había en el aseo de los reyes (demasiado vulgar). Podía decir que la banda del palacio contaba con cuarenta músicos, pero no podía comentar que cada uno de los tres chefs —uno bengalí, otro rajastaní y otro británico— cocinaba en su propia cocina y tenía sus propios ayudantes de cocina (demasiado ostentoso).

Radha hacía sus tareas sin apenas decir palabra. Cuando terminaba, se iba a casa de Kanta. Como aún no había empezado las clases, le había sugerido que fuera a su casa a leerle. Y a mí me había parecido una idea espléndida. Cuando llegaba a casa tarde, creía que tendría ganas de contarme qué había hecho durante el día; yo estaba deseando que así fuera, pero se tumbaba en la cama de espaldas a mí y leía algún libro que Kanta le había dejado.

Yo le preguntaba qué estaba leyendo. Ella respondía con sequedad.

—Un libro.

Si le preguntaba de qué libro se trataba, ella decía:

—No lo conocerías.

—Prueba —respondía yo.

—Una novela de una de las hermanas Brontë —decía ella.

Sabía perfectamente que estaba familiarizada con las tres. ¿Acaso no nos había criado el mismo padre que nos había enseñado a leer en inglés en voz alta a la edad de tres años? Puede que solo pudiéramos intentar pronunciar las palabras sin conocer su significado, pero sus métodos nos introdujeron en la literatura a una edad temprana.

No podía creer que siguiera enfadada conmigo por no poder ir al palacio. Era exasperante. Yo era la hermana mayor, la que ganaba el dinero que nos mantenía. Yo imponía las normas y ella debería obedecer sin cuestionarlas, como haría una buena hermana pequeña. Pero enterré la rabia. Con el tiempo lo superaría. Con el tiempo aprendería a aceptar lo que no podía cambiar.

Mírame: aquí me tenéis. Solo hace falta mirarme a mí.

EN LA SIGUIENTE cita que tuve con la señora Sharma, me felicitó por haber empezado a trabajar en el palacio. Envalentonada, le dije que quería hablar de la propuesta de matrimonio de Sheela y Ravi. (Samir ya había empezado las negociaciones de un acuerdo para realizar una oferta conjunta para ganar el contrato del palacio Rambagh con el señor Sharma, de manera que era natural que sacara el tema.) Incapaz de ocultar la sonrisa que le elevaba el lunar que tenía en la mejilla, la señora Sharma jugó su baza y me propuso un acuerdo. En lugar de contribuir con una dote, la familia Sharma quería construir la casa para la pareja si la unión seguía adelante. Sheela prefería no vivir con la familia de su futuro esposo, como dictaba la costumbre.

—Una familia rechazó la petición y tuvimos que declinar su proposición —dijo.

Yo entendía por qué las familias de Jaipur consideraban inadmisible la petición de Sheela; vivir con la familia política era la norma. Incluso Kanta y Manu, que eran modernos y occidentalizados, vivían con la madre viuda de Manu. Parvati pelearía como una tigresa por que su primogénito viviera con ella. Argumentaría que había sitio de sobra en la mansión Singh; Ravi y Sheela podrían tener su propia ala.

Si quería conseguir la comisión por concertar el matrimonio, y quería, tenía que encontrar una solución que satisficiera a ambas partes. Una molestia, de eso no cabía duda, pero estaba muy cerca de cerrar el trato. No pensaba rendirme. Entre familias menos adineradas, el valor de la dote solía ser el punto de conflicto: cuánto dinero, cuánto oro, cuántos saris de seda. Pero los Singh y los Sharma no iban a ponerse a regatear; satisfacer sus exigencias requería delicadeza, creatividad y una buena dosis de suerte.

UNA SEMANA DESPUÉS de que empezara a ir al palacio a diario, fui un día a ver a Kanta. Radha ya estaba allí, sentada en un sillón, marcando con el dedo la página del libro que debían de estar leyendo juntas.

Kanta se levantó de un salto del sofá, ansiosa por compartir sus noticias.

—¡Lakshmi, me muero de ganas de contártelo! —Sus ojos bailaban alegremente—. ¡Estoy embarazada! —Me abrazó—. Y todo te lo debo a ti y a tu henna mágica y a tus fabulosos diseños, y estoy segura de que les pones algo provocativo a esos dulces que preparas.

Sonreí.

—¡Es maravilloso, Kanta! —Me volví hacia Radha—. ¿Lo has oído?

Ella enarcó las cejas y contestó con aire de superioridad:

—Kanta ya me lo había dicho.

—*Saasuji* lo sabía antes que yo —continuó Kanta—. Empecé a tener náuseas cada vez que abría un libro. Dijo que a ella le había pasado lo mismo cuando estaba embarazada de Manu. ¡Quién se lo iba a imaginar! ¡Mi suegra y yo al final vamos a tener algo en común además de mi marido!

Su felicidad era tan contagiosa que empecé a reírme yo también.

Kanta rodeó los hombros a Radha.

—Por eso ha sido maravilloso que viniera a leerme. ¡Yo ya no puedo hacerlo! —dijo con otra carcajada.

Fuimos a la habitación de Kanta y se quitó el sari.

—*Saasuji* cree que el bebé puede ver lo que me pongo. Si la hace feliz verme vestida con sari, bien. —Se tendió en el diván—. Vamos a hacer otro mandala de bebé en la tripa para pedir que sea un chico guapo como Manu.

Mi hermana nos había seguido y se sentó en la cama, como si estuviera en su casa.

—Radha, sigue leyendo mientras Lakshmi hace su magia.

Más contenta de obedecer las órdenes de Kanta que las mías, sonrió con engreimiento y abrió el libro por la página en la que lo había dejado. Miré la cubierta. *Daisy Miller*. No lo había leído, pero otras clientas habían hablado de él. La novela trataba de una adolescente estadounidense que viaja a Europa. Qué generosa era Kanta por ayudar a Radha a mejorar su inglés y su conocimiento del mundo. Le estaba muy agradecida por que tuviera tiempo para mi hermana cuando yo no lo tenía. Estaba tan ocupada todos los días que era un alivio poder despreocuparme de ella.

—¡Ay, Lakshmi! Mañana voy a llevar a Radha a ver esa película estadounidense de la que te hablé. *Con faldas y a lo*

loco. ¡La protagonista es Marilyn Monroe! —siguió diciendo Kanta alegremente, su voz tan cantarina como el trino de un suimanga cingalés—. Y el mes que viene vuelven a poner *El señor y la señora 55* después del tremendo éxito que tuvo la primera vez. Iremos a verla también. No te importa, ¿verdad, Lakshmi?

¿Cómo iba a negarme con lo generosa que estaba siendo al cuidar de mi hermana por mí? Miré a Radha, que esperaba ansiosa mi respuesta, aunque fingiera indiferencia. Tuve una vaga sensación de incomodidad, pero dije:

—Por supuesto que no. Te va a venir muy bien, Radha.

Ella me dedicó una leve sonrisa.

Mi hermana necesitaba una amiga y Kanta también. Permitirles que pasaran más tiempo juntas era mi manera de pedirle a Radha que me perdonara por pasar tan poco tiempo con ella. O eso me decía a mí misma.

8

5 de enero de 1956

DURANTE MI SEGUNDA semana con la maharaní Latika noté un cambio. Cuando llegué, la joven reina me miró directamente a los ojos. El círculo oscuro que le rodeaba los párpados se había aclarado y parecía alerta. Ya no tenía los ojos enrojecidos. Le toqué los pies y le pregunté cómo se encontraba. No respondió, sino que continuó examinándome con sus grandes ojos.

—¡Su alteza durmió seis horas seguidas anoche! —dijo la dama de compañía que le leía en voz alta.

No pude ocultar mi alegría emocionada. Abrí un recipiente con rodajas de limón confitado que había preparado la noche anterior.

—¿Quiere eso decir que es el momento oportuno para una celebración? —pregunté. Mi suegra me había enseñado que las mujeres que habían experimentado una pérdida profunda necesitaban remedios a base de frutas y esencias de flores. El limón proporcionaba energía y facilitaba el fuego de la digestión; la fruta confitada aumentaría el apetito de la maharaní.

—¿Me permite, alteza?

La maharaní enarcó las cejas y miró a sus damas en busca de consejo.

La primera de ellas le indicó a un sirviente que llevara el recipiente a la cocina. La comida que se preparaba fuera del palacio era sospechosa y uno de los ayudantes de cocina lo probaba antes de que la maharaní lo comiera. Si todo salía bien ese día, en poco tiempo podría servirle un cremoso *rasmalai*, unas natillas caseras hechas con azúcar, cardamomo y pétalos de rosa. La maharaní tenía las mejillas hundidas después de semanas de no comer más que un *dal* diluido como si fuera agua. Esperaba corregir el desequilibrio del *vata* dándole alimentos que estimularan el hambre. Cuando

pudiéramos pasar a texturas más pesadas, como las natillas, y a las especias, como el cardamomo, la depresión se aliviaría más deprisa.

Ese día su alteza mostró interés en la henna y miró mientras dibujaba. Cada día añadía elementos nuevos al diseño. Empecé pintándole las uñas, la punta de los dedos y las muñecas con henna sólida. Hice lo mismo con los dedos y la planta de los pies. Otro día dibujé unas ramas entrelazadas en cada dedo de la mano y del pie. Al día siguiente, continué con un complejo diseño de hojas en el dorso de las manos y el puente de los pies. En ese momento estaba dibujando puntitos alrededor de cada hoja. Tenía la intención de cubrir de henna hasta el último milímetro de piel de las manos y los pies. Cuanta más aplicara, más se le relajarían el cuerpo y la mente gracias a las propiedades calmantes de la pasta y podría descansar.

Cuando el sirviente regresó con los limones confitados, dispuestos en una fuente de porcelana de color azul, la dama de compañía la tomó y se la ofreció a la joven reina. Su alteza vaciló antes de aceptar una rodaja. Todos los ojos estaban puestos en ella. Incluso el gurú levantó la vista de su oración y frunció los labios como si pudiera chupar el dulce.

La maharaní probó un trocito, lo masticó y se lo tragó. Cerró los ojos y se comió otro trozo. La tensión que había en la sala se relajó; todos los presentes bajamos los hombros y dejamos escapar un suspiro.

La dama de compañía retomó la lectura. «Cuando las nubes de tormenta retumban en el cielo y descargan las aguas de junio, el húmedo viento del este cubre el fuego haciendo sonar la gaita entre los bambúes. Brotan de repente miríadas de flores, aparecen por todas partes y bailan sobre la hierba con desenfrenado regocijo.»

EL DÍA SIGUIENTE su alteza llevaba un sari de seda de color berenjena. Sus damas le habían dibujado un *bindi* del mismo color en la frente. Unas flores verdes y doradas bordadas a mano decoraban el bajo de la blusa, y su pelo resplandecía gracias al aceite de babchi y coco que le había dejado en el tocador el día anterior. En el último minuto había decidido

añadirle una gota de menta y su aroma perfumaba el aire junto con el incienso de sándalo del gurú.

Las damas y yo intercambiamos una sonrisa.

—Buenos días.

Todas nos volvimos a mirar a su alteza, que era la que había pronunciado el saludo. Brotó de su garganta como un graznido; llevaba un mes sin hablar. Carraspeó y uno de sus sirvientes llegó corriendo con un vaso de agua.

—Buenos días —repitió la maharaní después de beber unos sorbos.

Tenía la voz áspera. Se llevó una mano al pecho y cerró los ojos. Pensé que iba a echarse a llorar, pero entonces una tímida sonrisa se dibujó lentamente en su rostro. Abrió los ojos y se dio unos golpecitos en el pecho. Trataba de esbozar una pequeña risa, como si el sonido de su áspera voz le pareciera gracioso.

—*Hai* Bhagwan. Sí que hace buen día, alteza —dijo el gurú.

AQUELLA TARDE, DESPUÉS de pasar por el cuarto de baño que la señora Iyengar tenía en el patio, subía las escaleras hacia nuestra habitación cuando oí que Radha y Malik hablaban dentro. La puerta estaba entreabierta. Como Radha casi no me hablaba últimamente, las conversaciones que mantenía con el chico eran la única forma de saber qué estaba pasando en su vida. Me detuve en el descansillo a escuchar.

—Marilyn es muy diferente a las mujeres indias, Malik —decía con tono soñador—. Su piel es tan blanca como las flores de *champa* y tiene el cabello esponjoso, como el algodón de azúcar que venden en el cine.

—Gopal dice que se pone una ropa tan ajustada que no puede dejar de mirarle los pechos. Parecen dos montañas en la pantalla del cine —dijo Malik.

—Tu amigo es un poco descarado.

Cuanto más tiempo pasaba mi hermana con Kanta, más arrogante se volvía su forma de hablar, como si estuviera probándose la sofisticación de la ciudad a ver si le quedaba bien. Costaba creer que fuera la misma chica con la enagua polvorienta, las uñas sucias y el pelo revuelto que había

conocido tres meses antes. Me ponía un poco nerviosa lo rápido que estaba cambiando. ¿Estaría creciendo demasiado deprisa? Por otro lado, ¿acaso no me henchía de orgullo cuando la veía con su elegante conjunto de *salwaar-kameez* y su pelo brillante recogido en un pulcro moño? Mi propia escultura a lo Pigmalión.

—¿Es una película divertida? —preguntó Malik.

—Creo que sí. La señora Kanta me explicó los trozos que no entendía. La señorita Monroe tiene una sonrisa perfecta. —Pausa—. ¿Crees que los estadounidenses tienen más dientes que nosotros?

—No lo sé. A lo mejor es solo que sonríen más.

—Hmm. Desde luego tienen mejores dientes que los *angreji*.

—¡Todo el mundo tiene mejores dientes que los ingleses!

Se rieron.

Tras otra pausa, Radha dijo:

—Es la mejor película en color que he visto.

—Creía que me habías dicho que era la primera película que habías visto.

—*Arré!* No hace falta que te acuerdes de todo lo que te digo.

Malik se rio por lo bajo.

—Aunque también puede ser que sus dientes parezcan más blancos porque lleva los labios pintados de rojo —continuó Radha pensativa.

Pasó un rato en el que solo se oía el tintineo de los cacharros de acero inoxidable hasta que Malik volvió a decir:

—¿El pintalabios sabe a algo, Radha?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Te he visto. Cuando estaba haciendo mis recados. Estabas en los campos de polo del club Jaipur. Tenías los labios pintados.

—¿Me estabas espiando? —preguntó Radha con voz aguda.

—¡Ay! —se quejó Malik porque mi hermana debía de haberle pellizcado la oreja—. ¡No! ¡Tengo demasiado que hacer para espiarte!

Después de una pausa, Radha dijo:

—La señora Kanta quería que lo probara. Suele dejar que

me pruebe sus cosas.

Sentí una presión en el pecho. ¿Kanta estaba animando a una niña de trece años a que se pintara los labios?

—¿Sabes lo que dice Gopal del pintalabios, Radha? Que las chicas de Bombay han nacido para llevarlo. Les ahorra tiempo cuando se convierten en estrellas de cine.

Oí la carcajada gutural de Malik y la risa profunda de Radha. Parecía feliz.

El club Jaipur era donde la élite jugaba al polo y al tenis, y tomaban cócteles en el porche. No era la clase de lugar al que me invitarían. Kanta y Manu eran miembros, pero no iban casi nunca porque Manu no jugaba al polo ni al tenis. Si ella hubiera llevado a mi hermana, me lo habría comentado, seguro. No quería tener que enfrentarme con Kanta por consentir a mi hermana demasiado; sería desagradecido y mezquino por mi parte. Parecería que tenía celos de lo feliz que le hacía a mi hermana.

Pero yo no quería que Radha se obsesionara solo con las cosas superficiales. Deseaba que tuviera la mejor educación que pudiera darle. Era demasiado albergar la esperanza de que pudiera estudiar fuera como Kanta, pero sí que podría contratar a un tutor que complementara sus estudios en la escuela pública y la ayudara a aprobar los difíciles exámenes que tendría que hacer para entrar en la universidad pública.

Inspiré profundamente. Las clases comenzaban la semana siguiente y Radha tendría la cabeza llena de ecuaciones matemáticas y teorías científicas en vez de la marca de pasta dental que usaba Marilyn Monroe.

AL CABO DE dos semanas de tratamiento, la maharaní había empezado a recuperar el color en las mejillas. Ese día su dama de compañía encargada del vestuario había elegido para ella un sari de georgette rojo con hilos de plata entretejidos. El tono rubí de pintalabios se complementaba a la perfección con su pelo negro, que llevaba peinado como una estrella de cine. Le habían puesto un *maang tikka* de plata sobre el pelo con raya central que terminaba en la frente con un rubí en forma de lágrima. La transformación era asombrosa. No se parecía en absoluto a la reina deprimida

que había conocido dos semanas antes; aquella mujer irradiaba salud y bienestar. Los bocados especiales que le daba, así como los aceites con los que le realizaba masajes, habían hecho maravillas con su estado de ánimo.

Era hora de dar el toque final a mi diseño de henna. En el centro de la palma izquierda, dibujé su nombre en hindi: Latika, y en la derecha, el nombre de su hijo: Madhup. Cuando le levanté las manos para que lo viera, ahogó una exclamación.

—Cuando piense en su hijo, alteza, lo único que tendrá que hacer será juntar las palmas y estará cerca de él.

Sabía que era arriesgado; recordarle al hijo que había perdido podía tener el resultado opuesto al que buscaba, desencadenar otro episodio depresivo. Pero en las dos semanas que había estado dispensándole cuidados había notado la fuerza de sus músculos, la determinación de sus tendones, el ímpetu de la sangre que le corría por las venas. Era una mujer que siempre miraría al futuro a pesar de los contratiempos y yo había puesto en marcha la curación que necesitaba para hacerlo.

Los ojos se le humedecieron y una lágrima se deslizó por su mejilla. Una de las damas de compañía le secó el rostro con un pañuelo bordado.

—Lakshmi —dijo. Desde que había vuelto a hablar, su voz sonaba más fuerte.

No sabía que supiera mi nombre.

—¿Alteza?

—Gracias.

El escozor que sentí en los ojos era de alivio, y también de orgullo, por haber sido capaz de encontrar en mi repertorio el mejor tratamiento para serenar su alma destrozada. No me veía capaz de responder, así que bajé los ojos e incliné la cabeza levemente en señal de agradecimiento.

—La maharaní Indira dice que tienes una hermana menor.

Me sorprendió que las dos reinas hablaran entre sí y más aún que supieran detalles de mi vida privada.

—Así es —dije, asintiendo con la cabeza—. Se llama Radha. Tiene trece años.

—¿Va a la escuela?

—La semana que viene empezará a asistir a la escuela

pública que hay cerca de nuestra casa.

La maharaní me miró y carraspeó.

—¿Considerarías la posibilidad de que asistiera a mi escuela?

Por un momento se me olvidaron los modales y me quedé mirándola fijamente. La escuela para chicas de la maharaní era la escuela más prestigiosa de todo Rajastán. La había fundado con el objetivo de formar a las jóvenes en el arte del buen gusto y la independencia. Mis clientas podían permitirse llevar allí a sus hijas, pero aun con la mejoría que habían experimentado mis negocios, jamás ganaría el dinero suficiente para pagar la matrícula.

Como si me estuviera leyendo la mente, su alteza hizo un gesto con la mano y dijo:

—No tienes que preocuparte por el dinero.

Yo seguía mirándola fijamente. Una plaza en la escuela de la maharaní significaba que Radha tendría un futuro aún mejor que el que yo había imaginado. Significaba que podría estudiar en el extranjero, igual que Kanta, y ver mundo, algo que yo solo había soñado. ¡Un día antes no se me habría ocurrido que fuera posible siquiera!

La reina se miró las palmas y las juntó en la señal de namasté, pero se detuvo justo a tiempo para no emborronar la henna húmeda.

—Te estoy muy agradecida por lo que has hecho por mí.

La emoción me embargaba. Y también el alivio. Lo que me había parecido una tarea abrumadora había dado frutos. Bajé la cabeza y le devolví el saludo.

Cuando recuperé la voz, dije:

—Que siempre vista de rojo, alteza.

No pronuncié la parte final de la bendición: Y que sus hijos perpetúen el nombre de su marido. Su único hijo, Madhup, jamás sería príncipe heredero y, dada la situación, habría sido más amable desearle que no se quedara viuda nunca.

LA MAHARANÍ VIUDA me mandó llamar para que le diera el parte diario. Un sirviente me condujo a la sala en la que nos habíamos entrevistado la primera vez, solo que en esa ocasión

estaba sentada delante de una mesa de cartas en compañía de otras tres damas elegantes y enjoyadas. Parecía que estaban en medio de una partida de *bridge*. Saludé llevándome las manos a la frente en namasté primero en dirección a la reina y luego a sus acompañantes.

Madho Singh silbó y chilló.

—¡Namasté! *Bonjour! Welcome!* —Y salió volando de la jaula para posarse en lo alto del respaldo de la silla de su dueña.

La maharaní le dijo a la mujer que tenía enfrente:

—Nalani, hace unos meses conociste a Helen Keller en Bombay, pero la mujer que de verdad obra milagros está a tu derecha.

La tal Nalani me estudió por encima de sus gafas de medialuna.

—¿Es eso cierto?

Su alteza revisó sus cartas antes de decir:

—Señoras, os presento a Lakshmi Shastri, que ha sacado a la joven maharaní del pozo de la tristeza.

Sonreí.

—Es un placer serle útil, alteza —respondí.

—Creo que das una fiesta para el ministro francés de economía el mes que viene, Gori. ¡Sería un detalle que Lakshmi le hiciera la henna en las manos a su esposa! Y, Anu, ¿no estás a punto de celebrar la llegada de tu tercer nieto? Lakshmi es la persona ideal para dibujarte un mandala. Hará su magia y en un abrir y cerrar de ojos serás abuela otra vez.

—Eso sí que sería un milagro —dijo Anu riéndose.

La maharaní me sonrió con benevolencia. Yo le agradecí sus elogios llevándome las manos a la frente.

Ella volvió a sus cartas.

—Me gustaría que siguiera atendiendo a Latika varias veces a la semana durante el próximo mes. Seguro que recaerá cuando el maharajá le permita hablar con su hijo de nuevo y le vendrá bien tu ayuda.

Y con eso, su alteza me hizo un pequeño gesto de asentimiento y dio por terminado el encuentro.

Cuando ya me dirigía a la puerta, la oí decir:

—Señoras, me ha correspondido en suerte inaugurar las ceremonias del Festival del Desierto la próxima semana. Esta

vez me acompañarás tú, Gori. ¿Por qué me toca siempre a mí hacer de juez en el concurso de bigotes?

—Ya sabes lo que dicen, cuanto más largo el bigote, más largo el *lingam*.

Las carcajadas me acompañaron al salir y a lo largo de todo el pasillo.

MALIK Y YO nos dirigíamos a nuestra siguiente cita a bordo de un *tonga*. Iba poniéndolo al día del nuevo trabajo que íbamos a hacer para las amigas de la maharaní Indira cuando el carro se detuvo de golpe. El caballo retrocedió y relinchó. Cogí a Malik del brazo con una mano y el toldo con la otra para evitar que nos cayéramos. ¿Con qué nos habíamos topado? ¿Un bache? ¿Una piedra? ¿Un perro callejero? Entonces vi a Hari. Estaba a nuestra derecha, sujetando un palo de madera que había encajado entre las ruedas de nuestro carro. El conductor gesticulaba enloquecido mientras lo insultaba a gritos. Los motoristas que iban detrás de nosotros empezaron a pitar. La gente se volvió a mirar. Hasta el ternero blanco que comía la monda de una patata junto a la carretera dejó de masticar y nos miró.

Malik me tiró del brazo.

—Vámonos.

Agarró nuestras tarteras y se bajó de un salto, pero yo no podía moverme. Malik le lanzó unas rupias al conductor y me sacó a rastras del carro y me empujó dentro de un callejón. Sentía que las extremidades me pesaban, como si estuviera nadando en aceite. ¿De verdad iba a estar atada a Hari durante siete vidas?

Lejos de la vista de la gente, Malik se volvió y soltó las tarteras, pero no dejó de agarrarme el brazo.

Hari se acercó y dejó caer el palo en el suelo de tierra.

Malik escupió en el suelo.

—¿Es que no puedes acordar una cita como las demás personas?

Hari no le hizo caso y me dijo:

—No estás nunca en casa. Te necesito.

—¿Dinero?

—Sí, pero…

—Pensé que habías encontrado a otra que te ayudara con eso.

Él frunció el ceño y me miró con gesto de confusión.

—La bailarina. ¿También te has gastado todo su dinero?

—Ah, ella —dijo él haciendo un gesto con la mano—. Ella… —se calló y negó con la cabeza—. Mira, necesito que me ayudes con un asunto. —Se hizo a un lado. Detrás de él había una niña más pequeña y más menuda que Malik. Llevaba un vestido sucio y harapiento. Iba descalza. Tenía la nariz llena de mocos. Hari la giró suavemente hacia mí y entonces vi el corte que tenía en la pantorrilla derecha. Le salía pus.

—Le he puesto uno de los emplastos de madre, pero la infección ha empeorado —explicó.

Observé la herida más de cerca, pero sin aproximarme del todo.

—¿Quién es esta niña? —pregunté y después lo miré sorprendida—. ¿Y qué sabes tú de emplastos?

Él suspiró.

—Cuando te fuiste, mi madre necesitaba ayuda. Al principio no quería hacerlo, pero cuando enfermó, me suplicó que atendiera a las mujeres que acudían a verla. Me enseñó lo mismo que te enseñó a ti. —Se humedeció los labios agrietados—. La gente también necesita ayuda aquí, en Jaipur. —Le sacó el dedo de la boca a la niña con dulzura—. Es la hija de una de las *nautchs*.

Yo sabía que, trece años atrás, Hari habría hecho o dicho lo que fuera con tal de obtener lo que quería. Hubo un tiempo, durante el primer año de matrimonio, en que creía todo lo que me decía. Un día llegaba con unas flores conocidas como bolsa del pastor que se había encontrado a la orilla del río. («Mira, Lakshmi. Tienen forma de corazón, perfectas para ti.») Otro día se presentaba con unas semillas secas de *rudraksha*. («¡Quedarán muy bien en un collar!».) Cosas como esas me ablandaban el corazón. Más tarde me enteré de que la bolsa del pastor había salido de las provisiones de mi suegra, la utilizaba para tratar la malaria, y que el gurú que pasaba por nuestra aldea se había olvidado sus cuentas de oración, hechas con las preciadas semillas azules. No me dejaría engañar de nuevo.

—¿Cuánto quieres esta vez, Hari?

—¿Es que no lo ves? Necesita…

—He dicho que cuánto.

—Es una niña, Lakshmi.

—Ya te he dado cientos de rupias. ¿Sabes cuánto tiempo tuve que trabajar para conseguirlas? ¿Cuánto?

Él movió la mandíbula a un lado y a otro. Sus manos se tensaron sobre los hombros de la niña y ella levantó la cabeza hacia él. Hari me miró negando con la cabeza, como si lo hubiera decepcionado.

Sentí una punzada de culpabilidad. Si decía la verdad, estaba mal por mi parte no ayudar a la niña. Parecía que me necesitaba. Aunque me costara creer que Hari había cambiado hasta el punto de continuar con la labor de *saasuji*, tenía que hacer algo por la pequeña. Sabía que mi suegra la habría ayudado.

Miré a Malik y me soltó el brazo. Me acerqué a la niña y me agaché para examinar la herida. Era un corte profundo. La piel que rodeaba la herida estaba moteada de rojo, rosa y morado. Había visto a la madre de Hari utilizar un hilo desinfectado y una aguja muy fina para limpiar la piel, pero yo no lo había hecho nunca. Supongo que podría haber intentado hacer lo mismo con aquella niña, pero no estaba segura. No quería que la herida empeorase; me preocupaba que pudiera perder la pierna.

—Necesita puntos —dije—. Y desinfectante. Y después hay que cubrirle la herida.

Hari se rio por lo bajo, una risa sin alegría.

—Ahora que trabajas para el palacio, ¿esto es demasiado poco para que lo hagas tú personalmente?

Sentí que me ardía la cara. Llevaba una década ayudando a los ricos a aliviar dolencias de menores, emocionales en su mayor parte. Si me hubiera quedado con Hari, no cabía duda de que *saasuji* me habría enseñado aquellos procedimientos más complejos que solo ella llevaba a cabo. Me estremecí al imaginar a mi suegra mirándome con la consternación con la que me miraba su hijo en ese momento.

Hari sabía que había tocado un tema espinoso.

—Incluso Radha se mueve en círculos finos ahora. —Pero antes de que pudiera contestarle, añadió—: ¿Cuánto te ha

dado el administrador del palacio?

Miré de nuevo a aquella pobre niña. Una niña inocente. Ella no tenía la culpa de ser pobre. Tomé mil rupias de lo que me había pagado el administrador y se las di a Hari.

—Tienes que llevarla al hospital ahora mismo. Y comprar medicinas.

Cuando alargó la mano para aceptar el dinero, eché la mía hacia atrás.

—El divorcio, Hari. Ese es mi precio.

Él entrecerró los ojos y se encogió de hombros, como si le diera lo mismo. Dejé que se llevara el dinero y vi que se lo guardaba en el bolsillo.

—Enviaré a Malik con los papeles —dije.

Nos miramos un buen rato hasta que, al final, asintió.

Cogió a la niña de la mano y salieron del callejón. La niña se giró y me miró antes de doblar la esquina.

—*Hai Ram* —dije. No había llegado a tener en mi poder el dinero para sentir que era de verdad. Ahora me faltaba más dinero aún para el constructor.

—*Goonda!* —dijo Malik.

Tal vez fuera mala persona. Tal vez no. Había pasado mucho tiempo desde que conocí a Hari. ¿Habría cambiado? Estaba escéptica.

Puse las manos encima de los hombros de Malik y lo obligué a que mirara.

—Dime que tú nunca serás un matón. Prométemelo.

No respondió. Recogió las tarteras y echó a andar.

LLEGUÉ A CASA más pronto de lo habitual. Ver a Hari me había puesto nerviosa, pero intenté no pensar en ello. Me concentré en las noticias que tenía para Radha. La escuela para chicas de la maharaní. ¡Qué contenta se pondría cuando supiera que iba a leer a Shakespeare con las jóvenes que formaban la élite de Jaipur!

La vi junto a la lumbre desde la verja de entrada de la casa. Estaba echando harina de trigo integral de un saco en una fuente de metal. Se movía con agilidad tamizando la harina y retirando las piedrecitas. Seguía mostrándose brusca conmigo; a veces hacía un escueto movimiento con la cabeza

cuando me veía, otras, me ignoraba por completo y se ponía a leer alguna de las novelas de Kanta. Pero las cosas iban a cambiar. Sobre todo ahora que podía ofrecerle lo que ninguna de las dos habría esperado, algo aún mejor que lo que pudiera ofrecerle Kanta.

Me acerqué a ella y la saludé.

Mi hermana me miró, pero no dijo nada. Pasó la harina de la fuente a una cazuela donde había *ghee* derretido. El aire se llenó con el rico aroma de la mantequilla derretida mezclada con la harina.

Me agaché a su lado. Por primera vez se me ocurrió pensar que nadie le había hecho agujeros en las orejas cuando era niña. Seguro que nuestros padres no podían permitirse unos pendientes de oro. Yo me encargaría de que se los hicieran y de que se pusiera unos pequeños aros de oro.

—Me gustaría que me acompañaras la próxima vez que vaya al palacio, Radha.

Mi hermana pestañeó sorprendida, pero siguió removiendo la harina. Esperé a ver qué me decía. No dijo nada.

—Has sido muy cuidadosa en tu trabajo. Mueles la henna más fina que yo…

—No puedo.

—¿No puedes qué?

—Acompañarte al palacio.

—Claro que puedes. Kanta no pondrá objeción a que no vayas una tarde…

—Se pasa todo el día encerrada en su casa —dijo con rotundidad—. Su *saas* es una mujer difícil. —Empezó a echar azúcar en la cazuela caliente—. Me necesita.

Oí lo que no dijo: Tú no.

Me sentí dolida. ¿Cómo podía aquella chica, que se había pasado toda la noche llorando dos semanas antes al decirle que no podía venir con Malik y conmigo al palacio, actuar como si le diera igual? ¿A lo mejor había elegido un mal momento para decírselo? Debería haber esperado a que terminara de cocinar. Desde el incendio aquella vez al poco de llegar en la lumbre de la señora Iyengar se había mostrado especialmente cuidadosa.

Tomé el cuenco con el cardamomo molido con la

intención de añadirlo a la cazuela.

Radha me agarró la muñeca.

—Aún no.

Dejé el cuenco en su sitio avergonzada. No debería haberme entrometido. A ella le salían los *laddus* mucho mejor que a mí.

Dio la vuelta a la espátula llena de harina. Se estaba dorando a la perfección.

El silencio entre las dos se alargó.

—Tengo una sorpresa para ti. La maharaní Latika te ofrece una beca en su escuela. ¡Imagínatelo, Radha! En vez de ir a la escuela pública, irás a una privada. A la que van todas las chicas que había en la fiesta de Parvati. Y empieza la semana que viene.

Dejó de remover la harina.

—¿Radha?

—Se lo contaré mañana a la señora Kanta cuando vaya. Le agradará saberlo.

A lo mejor estaba demasiado cansada para entender lo que significaba. ¿La habría forzado demasiado?

—Tendrás que hacer un examen de acceso, pero sé que lo aprobarás sin problema. Ya sabes mucho sobre libros, Radha, y tu inglés es tan bueno…

—Iré si es lo que quieres.

—Pensé que te agradaría…

Ella levantó los ojos y me miró sin vacilar.

—¿Quieres que te dé las gracias? Está bien. Gracias. Y ahora tengo que terminar estos dulces o te enfadarás conmigo por no hacer mis tareas.

Pestañeé. Mi hermana, la que me admiraba, la que me había llamado «jiji» por primera vez tres meses atrás, se comportaba como si ya no le importara lo más mínimo lo que dijera o hiciera por ella. ¿Debería alegrarme que se estuviera apartando de mí, que estuviera ganando independencia y tomando sus propias decisiones? Pues no me alegraba. Echaba de menos a la otra Radha, la que se abrazaba a mí en la cama, la que lloraba de forma desconsolada y me hablaba de cómo era su vida con nuestros padres en Ajar.

Me levanté despacio y me alisé el sari. Observé cómo añadía los clavos. Cuando conseguí hablar sin que me

temblara la voz, le dije:

—Si cambias de opinión sobre lo de ir al palacio…

—No lo haré. Déjame aquí las tarteras. Las fregaré antes de subir —dijo al tiempo que cogía el cardamomo. Su tono recortado puso fin a nuestra conversación.

9

12 de febrero

LA ESCUELA PARA chicas de la maharaní estaba formada por tres edificios horizontales de dos plantas cada uno. Aguardé en la acera de enfrente, observando la hilera de coches que atravesaban las puertas, avanzaban por el camino de entrada adoquinado y rodeaban un patio circular para salir de nuevo a la calle. Los chóferes con su camisa caqui y sus pantalones de pinzas sujetaban la puerta abierta para llevar a sus jóvenes *memsahibs* a comer a casa. Algunas alumnas iban caminando a buscar la comida a alguno de los puestos de comida que había cerca. Las que estaban internas en la escuela comían en la cafetería del centro.

Las niñas más pequeñas, las que tenían entre ocho y doce años, vestían falda de color azul claro y camisa de manga corta con una banda roja. Las alumnas de la edad de Radha y más mayores llevaban *kameez* azul, *salwaar* blanco y un *chunni* marrón. Todas las chicas llevaban puesta una chaqueta marrón. Febrero en Jaipur es un mes frío. Había oído que la propia maharaní se había ocupado de todos los detalles de su escuela, desde el uniforme y la selección de la directora, la señorita Genevieve (que había sido su tutora en el internado suizo al que ella había asistido), hasta el menú de la comida (nada de alimentos fritos, mucha verdura y fruta, nada de azúcar).

Era la primera semana de Radha en la escuela y estaba esperándola para llevarla a comer. Con todo lo que estaba ocurriendo, casi no la había visto y no habíamos hablado de si le gustaba o qué tal eran las clases. Se me alegró el corazón cuando la vi bajar saltando los escalones del edificio principal. Tenía la tez rosada. El uniforme era elegante y pulcro. Esa mañana, cuando me ofrecí a llevarla en el *rickshaw* en el que íbamos Malik y yo, había arrugado la nariz. Me había dicho que no quería oler al sudor del

conductor ni arrugarse la ropa.

Cuando llegó al último escalón, Sheela Sharma pasó por delante, lo que la obligó a parar en seco. Sin pedirle disculpas, Sheela se metió en el asiento trasero del sedán de su familia. Radha apretó los labios.

Contuve la respiración.

Observé con alivio que mi hermana retomó su camino hacia la garita del guarda para firmar la salida para comer. El hombre tardó lo suyo en buscar el nombre en la lista. Parecía nerviosa, no dejaba de mirar hacia la calle y se mordía el labio.

La llamé y ella se volvió, sorprendida. No parecía alegrarse de verme, lo que, para entonces, había empezado a aceptar. No llevaba tarteras ni bolsas, solo un bolso de mano.

Echó un nuevo vistazo a la calle y hundió los hombros.

—¡Qué elegante estás con tu uniforme! —dije alegremente.

Ella se miró la ropa un poco avergonzada, como si hubiera visto que tenía una mancha.

Enlacé uno de sus delgados brazos con el mío y la conduje hacia un puesto de *chaat* que había en el otro extremo de la calle.

—Pensé que estaría bien venir a buscarte para llevarte a comer. —Me detuve a colocarle bien el largo *chunni* para que le cayera sobre los hombros por igual—. ¿Qué tal es la escuela?

—Está bien.

—Vamos. —La tomé otra vez del brazo y seguimos caminando—. Es la primera escuela de la ciudad a la que vas, no se parece a la choza de padre. Digo yo que habrá cosas que te sorprendan. ¿Has hecho alguna amiga ya?

Ella agitó la cabeza a un lado y otro y se encogió de hombros. Sí. No. Tal vez.

Dos chicas con un uniforme idéntico al suyo nos adelantaron y se dieron la vuelta para sonreír a mi hermana, pero ella estaba distraída y no les devolvió el saludo.

Le apreté el brazo.

—Tiene que ser maravilloso. Cuántas experiencias nuevas. —Estudié con ojo experto la mercancía del puesto: *samosas, choles, pakoras, dal batti*—. ¿Te apetece *sev puri*? Se tarda

mucho en preparar en casa y aquí podemos pedirlos y comerlos calientes. —La miré esperando su confirmación.

Ella enarcó las cejas.

—A ti no te gusta la comida callejera.

Tenía razón, pero le dije que quería hacer una excepción. Ella asintió levemente con la cabeza y nos sentamos en una mesita que había delante del puesto.

—Háblame de tus profesores.

Radha siguió con el dedo una ranura en la madera de la mesa y suspiró.

—La profesora de hindi es pequeña y delgada, y tiene caspa en el pelo. No te gustaría saber cómo se limpia el cuello.

—¡Radha! ¿Crees que es forma de hablar de las personas que te enseñan a leer y escribir?

Ella me miró a los ojos como preguntando: «¿Has venido hasta aquí para reñirme?».

Le puse una mano encima de la suya.

—*Pitaji* estaría orgulloso de ti.

—A él le habría parecido bien la escuela pública.

Era verdad que nuestro padre era de los que defendían la educación gratuita para todas las castas, pero ¡estábamos hablando de la posibilidad de estudiar en la escuela de la maharaní, los contactos que podría hacer, las oportunidades! Incluso él estaría emocionado.

Nos sirvieron el té en unos vasitos de cristal y el *puri* de patata y *chutney* envuelto en papel de periódico. Tenía que estar muy enfadada, porque dio un bocado bien grande. Automáticamente, le puse una mano en el brazo para recordarle que comiera como una señorita. Miró a su alrededor para comprobar si alguna chica de su clase me había visto corregirla y me hizo desear no haberlo hecho.

Bebí un sorbo de té.

—¿Y qué me dices del resto de los profesores?

—En Historia tenemos a la señora Channa. Es mezquina. Una chica de mi clase estaba hablando con su amiga. A la señora Channa no le gustó y obligó a Sonia a agacharse con los brazos debajo de las rodillas y agarrarse las orejas. Como si fuera un gallo.

Algunos castigos escolares no cambiaban. Fruncí los

labios.

—Parece que quería dar ejemplo.

Radha se encogió de hombros, como si le diera lo mismo. Pensé en lo feliz que la veía siempre cuando estaba con Malik o Kanta. ¿Por qué no podía ser igual conmigo?

Saqué de mi bolso una delgada caja de piel de cabritilla.

—Como te gusta tanto leer, se me ha ocurrido que a lo mejor te gustaría probar a escribir. Esto te será útil

Se quedó mirando la funda un momento y después me miró a mí. Se me pasó por la cabeza que lo mismo era la primera vez que le hacían un regalo. Se limpió la grasa de las manos con el pañuelo del colegio. Después abrió despacio el paquete y sacó la pluma de color naranja veteado que imitaba el mármol de la base de terciopelo azul de la caja con mucho cuidado, como si le diera miedo romperla. Acarició el cuerpo de la pluma y desenroscó la capucha. Estudió el grabado del plumín dorado: *Wilson 1st Quality Fine*.

Radha casi esbozó una sonrisa, pero, de repente, pestañeó. Guardó la pluma en su caja y la cerró.

—No hacía falta.

—¿No te gusta? —pregunté anonadada.

—Si la pierdo, te enfadarás. —Otro reproche.

Dio otro bocado grande de su plato como retándome a corregirle sus modales en la mesa.

Apreté los labios. Empujé la caja hacia ella.

—Es tuya, *choti behen*. —Las palabras que significaban «hermana pequeña» me salieron solas. No lo había planeado. Estaba acostumbrada a que Malik la llamara así porque se sentía protector con ella, como si fuera su hermano mayor. Pero era la primera vez que yo la llamaba así.

Radha dejó de masticar y tragó con dificultad.

—Gracias, *jiji*.

Terminó rápidamente lo que le quedaba de *puri* y dijo que tenía que volver para avanzar con la lectura antes de la siguiente clase.

—Podría haberlo terminado esta mañana, pero tenía que molerte la henna.

—Radha, si va a afectar a tus deberes de clase, no hace falta que me prepares la henna. Puedo hacerlo yo.

—¿Nos vamos? —Parecía impaciente y se levantó de golpe

del taburete.

Cuando llegamos a la puerta de la escuela, firmó la entrada en la garita del guarda y cruzó el patio. Subió las escaleras y desapareció en el edificio principal. No se despidió siquiera.

Crucé la calle absorta en mis pensamientos. Al principio no quería ir a la escuela de la maharaní y ahora estaba ansiosa por volver antes de comer para estudiar y hacerlo bien en clase. Era una chica impredecible.

—Ojalá pudiera traer a mi hija a una escuela como esa.

Di un respingo. El constructor, Naraya, se me había acercado por detrás. Estaba demasiado cerca para mi gusto, hurgándose los dientes con un palillo. Era un hombre corpulento con una barriga prominente y el *kurta* que llevaba era voluminoso, lo que hacía que pareciera aún más grande.

Me aparté de él.

—Me ha asustado, señor Naraya.

—¿Ah, sí? Mis disculpas, señora Shastri. —Aunque me miraba con calma, su tono de voz era amenazante—. ¿Se ha fijado en que hemos instalado ese sistema de cañerías occidental tan moderno que le gustaba? Lamentablemente, nos hemos quedado sin dinero y no hemos podido poner el inodoro. Ni las persianas de lamas en las ventanas. —Sacó un papel del *kurta* y se me acercó de nuevo—. No ha pagado la factura. —Me llegó el olor de los *beedis* baratos que fumaba y el curri que había tomado para comer.

Fui a coger el papel, pero él lo retiró.

—Como es natural, he tenido que duplicarlo.

¿Cómo? Samir me había dicho que me había conseguido una prórroga de dos meses. Le quité la factura de las manos y leí lo que ponía.

—¿Diez mil rupias? ¿Y qué pasa con…?

—¿La prórroga? Los dos meses se cumplieron… —se rascó el cuello— hace dos días. La cifra se dobla si no paga. Lo dice el contrato.

Había estado tan preocupada con el palacio y nuestros nuevos clientes, los preparativos para la escuela de Radha y, por supuesto, trabajando sin parar que se me había olvidado apuntarlo en mi libreta.

—Ya le concedí otros dos meses adicionales. —Se hurgó

con el palillo—. Si no me paga hoy, puedo tomar posesión. También lo dice el contrato. Y mi hija recién casada y su esposo necesitan una casa.

Hai Ram! No tenía el dinero. La mayoría de lo que había ganado en el palacio lo había invertido en comprar suministros para los tratamientos de la maharaní Latika (Parvati aún no me había pagado mi comisión por el acuerdo matrimonial), el uniforme y los libros de Radha, el suplemento en el alquiler que me cobraba la señora Iyengar por mi hermana y, por supuesto, Hari. Naraya no había instalado el retrete a propósito. Sin inodoro, no podía entrar a vivir.

Intenté sonreír, pero lo que me salió fue una mueca.

—Necesito un poco más de tiempo.

Su rostro mofletudo como el de Buda parecía amable, pero su tono era siniestro.

—La dote de mi hija no puede esperar o dará a luz antes de la boda.

Enarqué las cejas.

—¿Está embarazada?

Mostró sus dientes sucios, como si lo que acababa de decir fuera un chiste.

—Ya la eché de casa una vez, pero mi hermana me suplicó que dejara que volviera. Al final he encontrado a un tontaina que se ocupe de ella. Pero dentro de nada empezará a notársele.

—¿El novio no lo sabe?

El hombre soltó una carcajada tan sonora que se le movió la barriga debajo de la ropa.

—¿Acaso estoy loco?

Retrocedí.

—No tiene buen aspecto, señora Shastri. ¿Por qué no la acompaño a donde sea que guarde su dinero?

Agarré el bolso con fuerza, como si llevara el dinero ahí dentro.

—No. Me reuniré con usted a las tres de la tarde a la entrada del mercado de Jhori. Llevaré su dinero.

Me señaló con el palillo y dijo:

—¿Ve lo fácil que ha sido?

NO ME QUEDABA más remedio que acudir a Samir. Ya se había ofrecido a hacerme un préstamo antes, sabía que se lo podía permitir, pero no me gustaba tener que pedírselo. Por muy decidida que estuviera a tener mi propia casa y cumplir mi sueño de independencia, detestaba la idea de endeudarme, más aún si contraía la deuda con un amigo. En especial si ese amigo era Samir. Nuestro acuerdo se limitaba estrictamente a las bolsitas de hierbas; después de la fiesta de Parvati, prefería evitar relacionarme con él.

Miré la hora en mi reloj de bolsillo: la una y media. A esa hora, a menos que estuviera comiendo con un cliente, Samir estaría en su oficina.

Paré un *rickshaw*.

Cuando llegué al edificio con sus altas columnas blancas, perdí el valor. Tenía las manos frías y húmedas. Quería dar media vuelta. Pero ¿de dónde iba a sacar el dinero si no? ¿De un banco? ¿Cuándo le habían prestado dinero a una mujer sin esposo?

De repente me asaltó un pensamiento escalofriante: ¿En qué me diferenciaba yo de Hari, pidiendo dinero, pidiendo más tiempo?

Bajé del carro antes de que pudiera cambiar de idea.

—VAYA SORPRESA —DIJO Samir indicándome la silla que había delante de su mesa. Su despacho, rodeado de paredes de cristal, ocupaba un lateral del amplio espacio diáfano en el que cinco delineantes trabajaban en sus respectivas mesas—. ¿Té?

Negué con la cabeza.

—Es un asunto urgente. Si no, no habría venido. —Me humedecí los labios—. La factura del constructor. Ha vencido la fecha de pago.

Él no vaciló.

—¿Cuánto?

Le entregué la factura.

—Te lo devolveré con intereses.

Samir silbó cuando leyó el importe y me miró. Se acercó a la caja fuerte que tenía detrás, marcó la combinación para

abrirla y sacó un fajo de billetes. Los metió en un sobre, me lo entregó y volvió a sentarse.

Yo quería disculparme. «Lo siento, Samir. Creía que podía hacerlo yo sola.» Aguardé un poco más en la silla.

—¿Quieres que firme… un recibo?

Se le formaron unas arruguitas en la comisura de los ojos, aunque intentaba contener la sonrisa. Se levantó.

Hora de irme, pensé. Le di las gracias con un asentimiento de cabeza y salí rápidamente del despacho con el grueso sobre en la mano. Me permití un suspiro de alivio. Samir me había puesto fácil pedirle el dinero.

Estuve a punto de chocar con Parvati cuando salía del edificio.

Me quedé de piedra. Por una vez no fui capaz de encontrar un tema de conversación. No se me ocurrió ninguna mentira que justificara mi presencia allí.

En diciembre, en la fiesta, Parvati me había advertido de forma velada que me mantuviera lejos de su marido. Y allí estaba yo, en la puerta de su oficina. Sentí que me ponía roja. «No es lo que piensas —quise decir—. No es lo que parece.» ¿No era eso lo que Radha había dicho cuando Parvati vio que tenía maquillaje azul en la piel?

Parvati se fijó en el sobre que llevaba en la mano. Enarcó exageradamente las cejas.

Junté las manos, el sobre aún en una de ellas, para saludarla.

—Samir *sahib*… me hizo un pedido… He venido a entregarlo… Es para unos clientes —balbucí.

Era verdad en parte. Me compraba el tónico capilar para la maharaní Indira una vez al mes. Solo que no lo había hecho ese día. Con las prisas, no se me ocurrió nada más.

Tenía que reunirme con el constructor en una hora. ¡No podía permitirme perder mi casa! Salí corriendo en un estado de absoluta agitación para coger un *rickshaw*.

El día siguiente recibí una nota de Parvati para decirme que cancelaba nuestra próxima cita.

TERCERA PARTE

10

Jaipur, estado de Rajastán, India

15 de marzo

EN MARZO NUESTRO negocio de la henna había crecido tanto que tuve que dejar a algunas clientas nuevas en lista de espera. Los tres trabajábamos contra reloj. Radha preparaba la pasta antes de irse a clase. Malik y yo empaquetábamos las tarteras y recorríamos Jaipur para cumplir con las citas. Radha iba a casa de Kanta después de clase y cuando volvía a nuestra habitación por la tarde, me ayudaba a cocinar los bocados que les llevaba a mis clientas. Estábamos exhaustos al final del día y hablábamos lo justo.

«¿Has comprado las limas para el tónico capilar? ¿Qué tal los deberes de matemáticas?»

«¿Nos han devuelto el dinero por el aceite de babchi que estaba rancio?»

Casi me habían terminado la casa de Rajnagar. Con el préstamo de Samir había saldado la deuda con Naraya y había contratado a otro constructor para que terminara el retrete. Seguía sin haber electricidad, pero podríamos arreglárnoslas con unos faroles. Estábamos a punto de mudarnos.

Una mañana, antes de que empezara a hacer calor, bajaba por la escalera con las tarteras para nuestra primera cita del día. Radha y Malik habían bajado antes que yo. Cuando llegué a la verja del patio, los oí hablar.

—No, eras tú. Te vi tan bien como te estoy viendo ahora.

Era Malik y parecía que estuviera hablando con alguien mucho más pequeño que él, alguien que no entendía lo que le estaban diciendo.

—¿Y qué si era yo? No tengo que darte explicaciones, Malik.

—¿Quién ha dicho que lo hagas? Solo te pido que tengas cuidado, *accha.*

Últimamente, discutían todo el rato como dos hermanos que estuvieran irritables. Yo lo achacaba al exceso de trabajo y la falta de sueño.

Crucé la verja.

—¿Cuidado con qué?

Radha lanzó una mirada a Malik y se fue a clase.

Malik rehuyó mi mirada y en su lugar dijo:

—Ahora mismo vuelvo. Se me han olvidado los abanicos de vetiver.

IBA A VER a la maharaní Latika una vez a la semana, más para ayudarla a relajarse que a recuperarse. El luto de la joven reina casi había llegado a su fin. Cada día estaba más involucrada en el funcionamiento diario de su escuela.

Un día, cuando Malik y yo llegábamos, vimos salir del palacio un elegante Bentley negro.

La maharaní Latika se asomó a la ventanilla. Llevaba gafas de sol y un pañuelo blanco de gasa. Una de sus damas de compañía iba en el asiento del copiloto.

—¡Esperaba encontrarme contigo! —Separó los labios en una sonrisa amplia y resplandeciente—. Siento tener que cancelar la cita de hoy. El administrador te la pagará igualmente. He decidido que hoy iré a enseñar a las chicas a bailar el foxtrot. ¿Por qué no vienes conmigo a ver a tu hermana?

No sabía qué hacer. Me encantaría ver a Radha bailar como una señorita, pero ¿querría ella verme a mí? ¿O pensaría que estaba espiándola?

Decliné con educación la invitación. Decidí hacerle una visita a Kanta en su lugar. Quería ver qué tal iba el embarazo y, en realidad, también quería hablar con ella sobre Radha. Aunque me repetía una y otra vez que algún día mi hermana dejaría de estar enfadada conmigo, no acababa de convencerme. Kanta, que estaba más próxima a Radha en edad, sabría mejor que yo cómo manejar la situación.

KANTA ESTABA DESCANSANDO en el sofá de su sala de estar, escuchando la radio. Se alegró de verme y pidió que nos

sirvieran té. Me dijo que había manchado un poco y que su médico le había aconsejado que pasara el resto del embarazo tumbada boca abajo. Se bajó el sari por un hombro y me mostró el vientre, presumiendo con orgullo del pequeño abultamiento.

—No te rías de mí, Lakshmi, pero ¡he empezado a practicar *puja* con *saasuji*! —Se rio por lo bajo al ver mi cara —. Haré lo que sea necesario para transmitir la buena suerte a mi bebé.

Sonreí y levanté las manos en señal de rendición.

Su sirviente, Baju, entró con la bandeja, moviendo de forma espasmódica el bigote, seguido de cerca por la madre de Manu, la suegra de Kanta, que iba quejándose de que el *lassi* que le había preparado estaba demasiado denso. Baju me dio una taza de té, y a ella, un vaso de leche de rosas y un plato con alubias.

—Para la buena suerte —dijo su suegra haciendo un gesto hacia el plato.

Baju salió mascullando entre dientes.

La mujer se acomodó para quedarse allí con nosotras y me contó que, sin su ayuda, Kanta no sabría cómo criar a su bebé.

—¡Ni siquiera sabía que hay que tomar leche de rosas para que los niños tengan las mejillas sonrosadas!

Kanta ocultó la sonrisa detrás de su vaso.

Después de un rato, la mujer se fue diciendo que no quería que Baju le pusiera demasiado picante al *subji*.

—El exceso de calor enfada al bebé —sentenció.

Cuando ya no nos oía, dejé mi taza en la mesa. Me sentía rara hablando de Radha con mi amiga, avergonzada por no ser capaz de entender y manejar a mi propia hermana.

—Kanta… Radha y tú… sois íntimas. Esperaba que pudieras ayudarme a encontrar la…

No me dio tiempo a terminar la frase cuando Radha irrumpió en la sala seguida por Malik, la suegra de Kanta y Baju. Llevaba puesto el uniforme del colegio y se cubría el ojo con la mano izquierda. Parecía triste.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no estás en la escuela? —pregunté levantándome del sofá.

Radha se detuvo en seco. No esperaba encontrarme allí.

Bajó la mano. Tenía el ojo hinchado y amoratado.

Ahogué una exclamación al verla.

—*Hai Ram!* —exclamó Kanta desde el sofá.

—¿Estás herida en algún otro sitio? —Le puse las manos en los hombros mientras la examinaba—. Baju, tráeme hielo.

—¿Llamo a la policía? —preguntó la suegra de Kanta.

—¡No! —exclamó mi hermana en voz demasiado alta, apretando los puños.

—¡Radha! —la reñí por hablarle así a una persona mayor.

Baju volvió con una bolsa de hielo. Presioné el ojo morado con ella, pero Radha me lo arrancó de las manos y se ocupó ella misma. Se alejó un poco y se dejó caer en un sillón, sujetándose la bolsa contra el ojo—. ¡Ha sido esa estúpida de Sheela Sharma!

Sentí que el corazón me daba un vuelco. ¿Y ahora qué?

—¿Te ha robado algo? —preguntó la suegra de Kanta y a continuación se dirigió a su nuera—: Ya te dije que esa chica de los Sharma no tiene modales. ¡No es más que una *goonda*!

Kanta no dijo nada. Tenía los ojos como platos.

—No me ha robado nada. Me ha dado un codazo cuando bailábamos el foxtrot —explicó Radha con impaciencia.

—¿Foxtrot? —repitió *saasuji* con su marcado acento cuando hablaba inglés. Su tono implicaba que los bailes occidentales eran peor ofensa que un robo—. ¿Ves lo que enseñan en esa escuela? Costumbres extranjeras, en absoluto adecuadas para las chicas de Rajastán —espetó con desdén.

—*Baap re baap, Saasuji!* —dijo Kanta y a continuación se volvió hacia Radha—: ¿Te ha pasado en el colegio? ¿Ha sido un accidente?

—Sí y no. —Radha fijó la mirada en la alfombra—. La maharaní nos puso por parejas. Y a mí me tocó con Sheela. No dejaba de decirme que jamás aprendería a bailar porque tengo los pies demasiado grandes. Y después me dio un codazo en el ojo y dijo: *Kala kaloota baingan loota.* Tienes la piel tan oscura como una berenjena.

Kanta me miró.

—Deberíamos llamar a la señora Sharma.

Radha dio un manotazo con la mano libre en el brazo del sillón que nos hizo saltar a todos.

—¡No! No soy una chivata. Es solo que… yo no me he

criado en una casa grande y bonita como la suya. No encajo con nadie allí. Soy patosa. No llevo la ropa adecuada. No tengo los zapatos adecuados. Soy diferente y lo saben.

Me dirigió una mirada nerviosa y vio mi expresión de sorpresa. No me había contado que se sentía desplazada. A mí no se me había ocurrido que aquellas chicas privilegiadas pudieran tomarla con ella.

Kanta frunció el ceño.

—¿Por eso te ha hecho Sheela esto? ¿Porque no eres como ella?

Radha me miró por el rabillo del ojo y con una vocecilla dijo:

—A lo mejor se acuerda de que una vez intenté tirarle piedras.

Kanta me miró para que lo corroborase.

Yo negué con la cabeza.

—Aquello fue una tontería. Nadie resultó herido.

—¡Estupendo que nadie saliera herido! Las chicas no deberían tirarse piedras —dijo Kanta.

—La cabeza. —Radha se apretó la frente con la mano libre.

Kanta lanzó a Baju, que estaba en la puerta escuchando, una mirada fulminante.

—¿Qué haces aquí todavía, estúpido? Ve a buscar agua y una aspirina.

El bigote del hombre se agitó en un espasmo, como ocurría cuando se sentía ofendido, y salió de la sala.

—Bueno, esto tiene fácil solución. —Kanta se acercó a la mesita que había junto al sofá y cogió el teléfono. Antes de que pudiera detenerla, estaba diciéndole a su sastre que al día siguiente iría al taller con Radha para que le tomaran medidas para unos vestidos de estilo inglés. Después llamó a su peluquera y concertó una cita para que le hicieran un elegante corte de estilo paje.

Cuando colgó, estaba sonriendo. Nos miró primero a Radha y después a mí.

—No me riñas, Lakshmi. Es importante que una chica moderna tenga un aspecto… moderno, eso es todo.

Radha se levantó de un salto y le echó los brazos al cuello a Kanta.

Yo miré hacia otro lado. Ella siempre sabía qué decir y qué hacer para alegrar a mi hermana, mientras que yo estaba completamente perdida.

11

20 de abril de 1956

NO ME ENTUSIASMABA la idea de celebrar una ceremonia de inauguración de mi nueva casa, pero Malik no dejaba de insistir y, al final, cedí. No me sorprendía que al chico le gustaran tanto los rituales hindúes del *Griha Pravesh*, la ceremonia habitual que se llevaba a cabo a la hora de inaugurar una casa. Muchos musulmanes, la mayoría de los cuales llevaban ya muchos siglos viviendo en la India y habían decidido quedarse tras la partición del país, practicaban las costumbres hindúes tanto como las suyas propias. Al fin y al cabo, las celebraciones eran ocasiones felices en las que no se excluía a nadie.

A la entrada de mi casa nueva en Rajnagar, Malik había plantado dos postes de bambú y había colgado una guirnalda de hojas de mango entre ellos. Tradicionalmente, simbolizaban la fertilidad, pero teniendo en cuenta que yo no veía niños en mi futuro dadas las circunstancias, me hacían sentir un poco incómoda. Aun así, me emocionaba poder decir que aquella era mi casa. Puede que fuera eso lo que Malik, que me conocía casi tan bien como yo misma, quería que yo celebrase. Las paredes eran mías. Las ventanas, el suelo de mosaico, la tierra del patio. Me sentía dueña incluso de las estrellas que brillaban sobre el tejado.

Malik también había insistido en que le pidiera a un *pandit* que purificase la casa en la ceremonia de inauguración. Si no llevábamos todas nuestras pertenencias a la casa en la fecha que el sacerdote considerase propicia (que resultó ser el 20 de abril), atraeríamos la mala suerte.

—Encontraré un *pandit* barato barato, jefa —me prometió.

—Y yo prepararé la comida —añadió Radha. Mi hermana estaba ansiosa por abandonar la casa de la señora Iyengar. Cuando llegó a Jaipur seis meses atrás, se conformaba con dormir en el suelo de piedra de mi habitación, pero cuanto

más tiempo pasaba en casa de Kanta y en el colegio, menos le gustaba nuestro humilde alojamiento.

Radha y Malik embalaron todas sus pertenencias en dos baúles metálicos y un montón de bolsas de plástico y fundas para la ropa. Frotaron los cristales de las ventanas de nuestro nuevo hogar con papel de periódico, quitaron el polvo a las estanterías empotradas, abrillantaron el suelo de terrazo hasta que podías verte reflejado en él y barrieron el patio. Extendieron sábanas y mantas en el suelo de tierra comprimida del patio para que se sentaran nuestros invitados. Nadie podía entrar en la casa hasta que la hubieran purificado.

Fiel a su palabra, Malik dio con un sacerdote que nos cobró veinte rupias por la purificación, un hombre calvo y menudo con unos brazos y unas piernas escuálidos que sobresalían de sus ropajes de color azafrán como si fuera peladuras de patata. Llevaba unas gafas tan gruesas como las botellas de agua de colores que vendían en los puestos callejeros. Me pregunté si todos los sacerdotes se parecían a Gandhi o era Gandhi el que se parecía a todos los sacerdotes. Como seguía sin poder permitirme poner persianas de lamas en las ventanas, requisito imprescindible en el *Griha Pravesh,* el sacerdote no quería llevar a cabo la ceremonia de purificación, por lo que Malik había tenido que añadir cinco rupias más a la tarifa para convencerlo.

Los ayudantes empezaron a descargar sus enseres para la ceremonia: una estatuilla de Ganesh, varias fuentes de plata, tres cuencos de plata, incienso de sándalo, flores recién cortadas, rojas, por supuesto, para atraer la buena suerte, cogidas de algún parque por el camino, como hacían muchas mujeres cuando iban al templo por la mañana; hojas de alcanforero, una vela roja, hilo de algodón rojo, semillas de sésamo, grano de trigo integral, un cuenco de arcilla con una pasta hecha con polvo de cinabrio y agua, un cuenco de plata con *ghee*, cascabeles y un rosario de plata atado con un hilo rojo.

Malik añadió los dulces que había comprado esa misma mañana en la tienda de la esquina.

El sacerdote comenzó levantando un altar al dios Ganesh. De vez en cuando, consultaba un libro de plegarias muy

gastado, aunque parecía saberse las palabras de memoria. «El colmillo que sostiene representa el servicio; la vara nos conduce por nuestro camino; la soga nos recuerda aquello a lo que estamos unidos; aquellos que se ganan su favor reciben sus bendiciones.»

Los invitados empezaban a llegar. Como la tradición mandaba regalar una caja de dulces a todos los vecinos, fueran conocidos o no, Malik había dejado una en la puerta de cada uno. Fueron los primeros en llegar, curiosos por conocernos y ver con sus propios ojos cómo era por dentro la casa nueva de la calle.

Radha y yo nos alegramos de recibir al señor y la señora Pandey, vecinos de cuando vivíamos en casa de la señora Iyengar. Sospechaba que, igual que me ocurría a mí, mi hermana se había quedado prendada del guapo profesor de música de Sheela Sharma.

Los señores Iyengar también acudieron. Mi antigua casera fingió examinar el edificio y arrugó la nariz chata.

—Con un patio, una casa tan pequeña como esta es más tolerable.

El reproche me hizo sonreír. No iba a dejar que nada arruinara mi buen humor.

No había comentado nada de la celebración a mis clientas. No habría sido apropiado invitarlas a mi casa, mucho más humilde que las suyas. Pero Radha debió de decirle algo a Kanta, porque vi que se levantaba de un salto para salir a recibir a Kanta y a Manu, y los hizo entrar en el patio. Pensé con una punzada de envidia que Radha nunca mostraba ese entusiasmo cuando yo entraba en una habitación. Me recordó que las diferencias entre las dos se habían agravado desde que había empezado a asistir a la escuela de la maharaní.

Kanta parecía alegre a pesar de las ojeras. Manu la ayudó a sentarse en una manta. Le pregunté cómo se encontraba, pues hacía varias semanas que no nos veíamos. No se había sentido bien para continuar con nuestras citas.

—Aparte de leer y moverme en algún tipo de vehículo, y ambas cosas me gusta que sean rápidas, todo bien. ¡Ah, y también tengo problemas para dormir y comer! —dijo con una carcajada.

Mientras los invitados se ponían cómodos y conversaban

en voz baja entre ellos, el sacerdote comenzó a echar las hojas de alcanforero en el cuenco con *ghee*. Después acercó una cerilla y se produjo una llama. Sin dejar de repetir *Om Ganapati Namah*, señaló el cono de incienso y uno de sus ayudantes lo encendió. La inesperada combinación del alcanfor ardiendo en el cuenco, el *ghee* y el sándalo tenía un olor almizclado, dulce, amargo e intenso, todo al mismo tiempo, los aromas de ceremonias pasadas, tiempo atrás olvidadas.

Me acordé de mi matrimonio, del ritual apresurado, del *pandit* quejándose de que con la tarifa que le proponían ni siquiera podía comprar *ghee*. No hubo ceremonia de las *churas* en la que mis tíos me llenaban los brazos de pulseras y me daban dinero, porque no tenía tíos. *Pitaji* tenía que esforzarse para mantenerse en pie, el blanco de los ojos amarillo y surcado de venitas rojas por efecto de la bebida. *Maa* espantaba las moscas de las exiguas fuentes de arroz *pilao, samosas, subjis* y dulces.

Yo no había dejado de llorar en ningún momento detrás de mi sari rojo nupcial, sorprendida por que aún me quedaran lágrimas después de los cinco días que había pasado discutiendo con mi madre: ¿Mi madre no me necesitaba para enseñar en la escuela cuando mi padre no estaba en condiciones? ¿Tan mayor se era a los quince años como para seguir en la casa de los padres? ¿Quién tostaría y molería los garbanzos cuando yo no estuviera? ¿Quién iría a buscar agua al pozo?

Mi madre se había mostrado afable pero firme. La habían educado para obedecer a sus padres y a su marido, no para desafiar, cuestionar o contradecir. Me dijo que los libros de mi padre me habían llenado la cabeza de ideas necias; que me habían inculcado la creencia absurda de que podía tomar mis propias decisiones. Como hija, mi tarea consistía en casarme con el hombre que mis padres eligieran para mí, tal como había hecho ella. Tenía tan poco poder como yo para cambiar aquella tradición antigua. Además, no había dinero para seguir manteniéndome.

Yo le había mirado el cuello donde antes colgaba una cadena de oro, cuya marca sería un recordatorio eterno de todo lo que había sacrificado, y había sabido que era cierto.

Pero también sabía que en cuanto me casara, me convertiría en una *jaaya*: mi marido nacería en mi vientre en la forma de nuestros futuros hijos. Y en cuanto tuviera hijos, dejaría de ser «yo» o «mi» para ser «nosotros» y «ellos». Le había rogado muchas veces a la diosa Lakshmi, a la que debía mi nombre, que escuchara mis plegarias: «¡Tengo hambre del conocimiento de los tres swaraswatis! Déjame conocer mundo antes de encerrarme en una vida pequeña». Pero, como siempre, la diosa había alzado las manos en una delicada disculpa: «Así han sido siempre las cosas».

Habría sido mucho más alegre compartir la ceremonia de inauguración con mis padres. Los habría sentado en el lugar de honor, delante del sacerdote, y les habría presentado a mis invitados, les habría dado el rico dulce que había preparado con mis propias manos y refrescado con abanicos de vetiver…

El sonido de roce de prendas a mi lado me hizo volver a la ceremonia. Radha se tapaba la nariz con el *chunni* como si la fragancia del altar fuera demasiado fuerte para ella. Se levantó y cruzó el patio en dirección al servicio. Era la tercera vez que iba en la última hora.

Malik fue a su encuentro cuando volvía, le susurró algo al oído y salió corriendo al *mutki* a por un vaso de agua. Estábamos solo en abril, pero mi hermana se abanicaba como si hiciera un calor insoportable. Malik le dio el vaso. Ella bebió y palideció. Me sentí culpable. Hacer el equipaje, limpiar, las clases, el trabajo para el negocio de la henna… había sido demasiado.

Cuando regresó a su asiento, me fijé en que se había lavado la cara, porque tenía húmedo el cabello en la frente y las mejillas sonrosadas. No se parecía en nada a la chica cubierta de polvo y con las mejillas hundidas que había llegado a Jaipur seis meses atrás. Se movía con más seguridad. El corte de pelo a lo paje le favorecía a su rostro ovalado. El acento del pueblo se le notaba menos. Había dejado de repetir las palabras cuando quería enfatizar. El otro día había utilizado una palabra… ¿Cómo era? *Antediluviano*, y había tenido que pedirle que me explicara lo que significaba. Estaba orgullosa de ella, de lo rápido que entendía las cosas.

El sacerdote echó las semillas de sésamo y de trigo integral, y la pasta roja en el fuego para apagarlo. Las volutas

de humo ascendieron hacia el cielo abierto. Envolvió el recipiente con unas hojas de plátano y se giró para entregármelo. Pero yo le hice un gesto a Radha con la cabeza. Sabía que le gustaría ser la portadora. Se mordió el labio inferior y sonrió con timidez mientras levantaba el cuenco y lo sostenía por encima de la cabeza. Después se levantó con cuidado y entró en la casa vacía para desinfectarla y purificarla.

Llevaba uno de los vestidos que Kanta había mandado hacer para ella, uno de fina gasa con un corpiño ceñido al cuerpo. «Es una copia exacta del que llevaba Madhubala en *El señor y la señora 55*. Le pedí al sastre que le cosiera unas cadenas de oro en la cintura, igual que las del vestido de la película», le había dicho Kanta.

El vestido le apretaba mucho el pecho. Hacía muecas de vez en cuando, como si le quedara demasiado ajustado. Las caderas, estrechas como las de un chico cuando llegó, se mecían al caminar. Vi la cara de los invitados y comprobé, atónita, que los hombres se fijaban en ella y seguían el movimiento de su trasero con los ojos. ¡Solo tenía trece años! Pero cuando me giré para mirarla, tuve que admitir que parecía mucho mayor.

Observé a los hombres santos recorrer en círculo tres veces la estancia principal y el patio sujetando el hilo rojo, comenzando por el lado más oriental, mientras el sacerdote rociaba con agua bendita la zona. Después depositó un cuenco de arcilla lleno de granos y flores rojas en el pozo que Malik había cavado en el rincón sudoriental del patio. Ahora que habíamos alimentado a los dioses y les habíamos rogado que salvaguardaran la casa y nos protegiera de los malos espíritus, la vivienda y sus habitantes estábamos a salvo de todo mal.

HASTA QUE NO se completaba la ceremonia de inauguración, la casa no podía albergar nuestras posesiones, de manera que el conductor del carro tirado por un camello en el que las habíamos cargado se había quedado esperando en la puerta pacientemente. Cuando se marcharon los invitados, los amigos de Malik, a los que también habíamos invitado al

festejo, metieron los enseres en la casa. Le dije que parecía cansado y que debería irse a casa, que Radha y yo nos ocuparíamos de limpiar. Contento por lo bien que había salido la ceremonia (el *pandit* se había quedado tres horas), se fue con sus amigos y se llevó los dulces que habían sobrado.

Estaba ansiosa por instalarme en mi nuevo hogar, así que me puse a desembalar el primer baúl y a colocar la ropa en las estanterías encastradas. Le pedí a Radha que se ocupara de la cocina. Estaba doblada sobre el otro baúl, pero de repente se dio media vuelta y salió a todo correr. La oí vomitar en el cuarto de baño. Cuando volvió, le pregunté si le había sentado mal algo que había comido.

Ella negó con la cabeza y fue hacia el *charpoy*.

—Voy a tumbarme unos minutos…

Se quedó dormida en cuestión de segundos.

Pobrecilla. Había estado tan atareada en los últimos días que se dormía cenando muchas veces. Decidí terminar yo de colocar toda la ropa. Cuando terminé, saqué del baúl cazuelas y platos, tazas y vasos de acero inoxidable, y empecé a colocarlo todo en la cocina. Los demás artículos sueltos que llenaban varias bolsas tendrían que esperar al día siguiente. Miré a mi alrededor, satisfecha.

Radha no se había movido. Me acerqué a la cama dispuesta en un rincón de la habitación y la observé mientras dormía. El vestido de Madhubala le ceñía las caderas redondeadas. Tenía el pelo brillante por el aceite de coco. Su piel resplandecía. No parecía que estuviera enferma; se la veía tranquila, contenta. A lo mejor le iría bien un poco de agua con jengibre y miel. Hacía maravillas con las mujeres que tenían náuseas en los primeros meses de embarazo.

La idea comenzó como un cosquilleo en la oreja, descendió por la garganta y se anidó en la espina dorsal. Radha tenía náuseas. Sus pechos estaban sensibles. Siempre se sentía cansada. Me acordé de que me había dicho que ya había empezado a menstruar. ¿Estaría embarazada?

¿Con quién había estado? Iba a una escuela de chicas…, no conocía a ningún chico. Malik era demasiado joven. Estaba Manu, el marido de Kanta, pero no me entraba en la cabeza que hubiera podido aprovecharse de ella. ¿El señor Iyengar? ¿Baju? ¿Quién?

La respuesta irrumpió como un toro de quinientos kilos.

LLEGUÉ AL MERCADO de la Ciudad Rosa. Apestaba a aceite de cocinar rancio, verdura podrida y humo de los tubos de escape.

Malik esperaba sentado en un murete enfrente de su puesto de comida favorito fumando un Red & White con sus amigos (los cigarrillos ingleses eran más caros que los *beedis* indios, y desde que trabajaba en el palacio, sus gustos se habían refinado).

Estaba contándoles a sus amigos el plato que el chef le había preparado la última vez, pero cuando me vio, dejó la frase a medias.

Debía de parecer un guepardo merodeando en busca de presas: salvaje y peligroso. Se me había soltado parte del moño; llevaba el sari arrugado después de pasarme el día desembalando, agachándome y doblándome para colocar las cosas; tenía los ojos rojos de rabia.

Malik se bajó del murete y le dio su cigarrillo casi terminado a uno de sus amigos.

—¿Jefa?

—¿Puedes llevarme a ver a Hari?

ZIGZAGUEAMOS ENTRE LAS callejuelas estrechas. Malik se detenía de vez en cuando en algunos de los puestos para preguntar si habían visto a Hari. Los tenderos de los puestos de té y sus clientes se quedaban mirándome y yo me quedaba mirándolos a ellos. Pasamos a toda prisa junto a una mujer en el mercado de los refugiados que tenía un puesto en el lateral de la calle. Estaba sentada en una sábana de algodón con sus herramientas para reparar calzado dispuestas ordenadamente delante de ella. Me miró las sandalias y dijo:

—Se le van a soltar las tiras, *ji*.

Llegamos a un edificio anodino que una década antes habían enlucido con yeso de color rosa, como todos los demás. El primer piso lo ocupaban tiendas de diversos artículos. En una de ellas, un hombre parcheaba la cámara de una rueda. En otra, un sastre regateaba con un cliente

mientras sus dos ayudantes cosían a la débil luz de una bombilla, inclinados sobre sendas máquinas de coser minúsculas. En la siguiente vendían *lassi*. Varios hombres haraganeaban delante de ella, charlando y riéndose, y tiraban sin cuidado los vasos de arcilla vacíos en la cuneta.

Malik se metió en un pasaje oscuro. Lo seguí. Subimos las escaleras hasta un descansillo estrecho y mal iluminado. Malik se movía sin hacer ruido, asomando la cabeza por la puerta de cada habitación, hasta que se detuvo. Se giró y me hizo un gesto de asentimiento.

En el interior dos hombres jóvenes jugaban a las cartas en el suelo de madera. Levantaron la cabeza cuando entré. No había ventanas y el olor era nauseabundo. Las paredes tenían una superficie irregular y llena de desconchones. El único mueble de la sala era un *charpoy* en el que dormía un tercer hombre. Hari. Las cuerdas de la base estaban tan dadas de sí que su cuerpo se quedaba a escasos centímetros del tosco suelo.

Sentí un agudo dolor en el pecho y me lancé sobre él, soltando toda la rabia que no había sido capaz de reunir el día que lo vi en Jaipur. Le clavé los puños en los brazos, le abofeteé las orejas, le golpeé los hombros. Si hubiera podido partirle el cráneo con mis propias manos, lo habría hecho.

Hari se protegió la cabeza con los brazos, se puso boca arriba y gritó:

—*Arré!*

—*Maderchod!* —chillé—. *Salla kutta!*

Insultos que solo les había oído decir a los hombres.

Los otros se quedaron inmóviles. Malik les gritó que se largaran y se puso a gesticular con los brazos como si estuviera espantando a las palomas. Los dos se levantaron y salieron por la puerta, dejando las cartas encima de la mesa. Se giraron para mirar, pero Malik se lanzó hacia ellos. Salió justo detrás y cerró la puerta tras de sí.

Hari se las arregló para darse la vuelta y sentarse. Intentó agarrarme de los brazos, pero la rabia me había dado la fuerza de Shiva. Me zafé de él y lo abofeteé una y otra vez con la mano abierta.

Chillaba a voz en cuello; me daba igual lo que pensaran de mí los vecinos o los bebedores de *lassi* de abajo.

—¡Es una niña! ¡Es como tu hermana! ¿Le harías algo así a una hermana? ¡Cabrón! ¡Cerdo! ¡Eres un miserable!

Hari se levantó a trompicones de la cama y perdió el equilibrio, haciendo que volcara la estructura. Caminó hacia atrás hasta chocar contra la pared. Yo seguí dándole patadas, golpes, puñetazos. Sentía que me dolían las manos y miré a mi alrededor buscando algo con lo que pudiera golpearlo. En ese momento, Hari se irguió, me agarró y me inmovilizó contra la pared.

—¡Para! —gritó sujetándome los brazos a los costados—. ¿Es que te has vuelto loca? —Vi el terror en sus ojos—. ¿Qué bicho te ha picado?

Le sangraba la frente y habían empezado a salirle moratones rosados en la frente y las mejillas.

Me sujetaba tan fuerte que no conseguía soltarme por mucho que lo intentaba. Los dos jadeábamos como dos perros peleándose por un trozo de carne. Le escupí antes de que pudiera apartarse y la baba le resbaló por la mejilla.

Me dio una bofetada tan fuerte que me mordí por dentro de la mejilla y noté el sabor a sangre.

—*Buss!* —gruñó—. Ya basta.

No podía soportar imaginarme el cuerpo de Radha contra el de él, cubriéndola con su sudor apestoso. Radha, que solo tenía trece años. Todavía era una niña, apenas sabía lo que los hombres esperaban de las mujeres. Y yo era la responsable. Si me hubiera quedado con él, como habría hecho una buena esposa, él jamás habría intentado nada con mi hermana. No la habría mancillado. Y ahora llevaba un bebé suyo en el vientre.

Resbalé por la pared hasta el suelo. Doblé las rodillas contra el pecho y apoyé la barbilla en ella, las rodeé con los brazos y me balanceé hacia delante y hacia atrás. Cerré los ojos. Lloré a moco tendido. ¡Cómo podía haber destrozado de esa manera mi vida, la de mis padres, la de mi hermana! Si no hubiera sido tan egoísta, aquello no habría ocurrido. No habría deshonrado a mi hermana. Mi suegra no habría muerto sin que yo pudiera consolarla. Mis padres no habrían vivido una humillación. ¿Y todo para qué? ¿Para llevar una vida independiente? ¡Qué egoísta había sido!

Malik abrió la puerta y se quedó en el umbral; parecía

pequeño y asustado.

—¿Jefa?

Al ver que no respondía, vino corriendo hacia mí y me sacudió los hombros.

—Jefa. Soy yo —dijo una y otra vez hasta que abrí los ojos y vi lo aterrado que estaba. Su fanfarronería había desaparecido y tenía los hombros encogidos de miedo. ¿Por qué había dejado que me acompañara a aquel lugar miserable?

—Por favor —susurré—. Vete a casa.

Sus ojos se endurecieron y negó con la cabeza. Abandonó la habitación y cerró tras de sí. Debería haber sabido que no me abandonaría tan fácilmente como había hecho yo con mi familia. Se quedaría conmigo toda la noche si hiciera falta.

Hari levantó el *charpoy* y se sentó sin dejar de mirarme con expresión cautelosa.

—¿A qué has venido?

Tenía sangre en la frente. El pelo le había crecido y le caía de forma irregular sobre las orejas. También se había dejado barba, una mata de pelo ralo que le cubría la cara a rodales y le daba un aire a nómada cachemir. Vestía ropa barata pero limpia y unas sandalias nuevas.

¿Quién de los dos tenía más culpa de lo que estaba a punto de preguntarle?

—¿Desde cuándo te acuestas con Radha?

Él se sentó más erguido y abrió los ojos como platos.

—¿Qué te hace pensar que lo hago?

—¿Desde cuándo?

—Yo nunca… ¡Es una niña!

—Te creí cuando te vi con aquella niña. Pensé que ayudabas a esas mujeres. Pero era mentira. ¡Y sigues mintiendo!

—¡Yo no he tocado nunca a tu hermana! —Apartó la vista y se frotó las manos—. Ella se ofreció, pero…

—¿Que se ofreció?

El labio inferior se le estaba poniendo morado; se lo tocó suavemente con la lengua.

—Cuando fue a verme, a mi aldea, me dijo que me daría dinero si la traía a Jaipur a buscarte. No la creí. Así que me dijo que me dejaría que hiciera lo que quisiera con ella. —

Alzó la barbilla desafiante—. Podría haberlo hecho, pero no lo hice. Nunca lo haría.

—¿Y cómo se ha quedado embarazada entonces?

Se quedó boquiabierto, incrédulo.

—Dentro de nada empezará a notársele.

Él negó con la cabeza.

—¡No!

—¡Sí!

Se levantó y se acercó a mí, se agachó y me sujetó los brazos.

—Lakshmi, no he sido yo.

Si mintiera, se taparía la cicatriz de la barbilla.

Traté de hacer memoria: la primera vez que la vi con aquella trenza despeinada; esperándome en casa con *dal batti* y *subji*; en el patio, regando las camelias y el jazmín como le había prometido a la señora Iyengar; jugando a las tabas con Malik en el suelo de nuestra habitación.

Mis recuerdos se volvían borrosos en torno a la época en la que empecé a trabajar en el palacio. En aquellos días nos veíamos durante breves períodos. Si no estaba en el colegio o en casa de Kanta, ¿adónde iba?

Fruncí el ceño.

—Tenía moratones cuando la vi la primera vez.

Hari regresó a la cama y se sentó. Se puso el dedo en la frente, que en esos momentos sangraba bastante. Hizo una mueca de dolor.

—No vinimos en tren. Utilicé tu dinero para saldar deudas. Hicimos el viaje en varios camiones y carretas de granjeros. —Tragó saliva—. Una noche íbamos en un camión que transportaba ovejas. Cuando el conductor paró para hacer sus necesidades, yo aproveché y bajé también. Al volver al camión, estaba intentando… —Hari me miró, pero desvió rápidamente la vista—. Pero lo detuve. No ocurrió nada. Radha estaba bien.

Me tapé los ojos con la mano. Todo había sido por mi culpa. Oí a los hombres que charlaban y se reían fuera.

Ninguno dijo nada durante un buen rato. Hari fue el que tomó la palabra de nuevo.

—¿Te desharás de su bebé como hiciste con los nuestros? —preguntó.

Bajé la mano y lo miré.

—¿Qué?

—Te deshiciste de nuestros hijos. ¿Por qué? —preguntó con los labios temblorosos.

Yo tragué saliva.

—¿Qué hijos?

Se le llenaron de lágrimas los ojos.

—*Maa* sabía lo que hacías. —Juntó las manos—. ¿Cómo pudiste?

—No sabes lo que dices.

—Nuestros hijos eran dones de Bhagaván[5].

Me contuve para no gritar. «¿Dones de Dios?»

Todos los días me tomaba los tónicos, cocimientos, semillas y brebajes que mi *saas* me daba para aumentar la fertilidad. Pero cuando mi marido y ella dormían, yo me preparaba la infusión que había impedido que me quedara embarazada en los dos años que duró nuestro matrimonio. En cuanto notaba sensibilidad en el pecho y me costaba comer, me tomaba la infusión de corteza de raíz de algodón de mi suegra. Respiraba aliviada cuando me bajaba el período, porque sabía que había interrumpido el embarazo.

Su madre fue la que me abrió los ojos. ¿Cómo podía explicárselo?

Día tras día trabajaba con ella sanando a las mujeres, muchas de ellas niñas aún, de veinte años o menos, con el cuerpo debilitado por tantos partos, muchos de ellos en malas condiciones. Vivían con la preocupación constante de cómo alimentar a su prole y rezaban por que sus maridos llegaran demasiado cansados del trabajo para que no les dieran más quebraderos de cabeza. Un día, *saasuji* me enseñó a preparar la infusión anticonceptiva. Y me di cuenta de que la corteza de raíz de algodón podía cambiar la vida de las mujeres: les daba la posibilidad de elegir por sí mismas.

Eso era lo que yo quería: una vida que pudiera llenarme de una manera que los hijos no podrían. A partir de aquel día hice acopio de todo el conocimiento que mi suegra compartía conmigo. «Como si fuera el rodillo que da forma a una bola de *chapatti*.» De la noche a la mañana mi mundo se llenó de posibilidades.

Hari se levantó y empezó a caminar de un lado para otro.

—Pensé que me habías abandonado por otro hombre. Pensé… todo tipo de cosas. Me preocupaba que te hubieran hecho daño. Que pudieras estar tirada en una cuneta. Que estuvieras enferma o herida. Te busqué por todas partes. No podía dormir. No podía trabajar. Y *maa*… —Me miró con el dolor reflejado en los ojos—. No volvió a ser la misma desde que te marchaste.

Cerré los ojos. Veía a mi suegra como si estuviera en aquella habitación con nosotros, pulcra y limpia con su sari de viuda y sus gafas redondas. Siempre amable, siempre cariñosa. «Lo siento, *saasuji*.»

Me limpié los ojos y la nariz con brusquedad.

—No te la merecías —le dije.

De repente, se le incendiaron los ojos.

—Mi madre siempre estuvo de tu parte. Cuando nos dimos cuenta de que te habías marchado para siempre, fue a echar mano y vio que te habías llevado el dinero que guardaba en su tarro y sus hierbas. Pensé que se enfadaría, pero dijo: «Shabash». Bien hecho. Creyó que no la había oído felicitarte, pero sí lo oí. ¡Mi madre te escogió a ti!

Sus lágrimas eran auténticas. Se las limpió con ambas manos.

Jamás se me había ocurrido que su madre esperara que yo me llevara el dinero y lo usara. Jamás hablamos de las palizas que Hari me daba por no darle hijos. Rara vez me golpeaba en la cara y el sari me cubría los moratones del resto del cuerpo. En ese momento me acordé de que siempre que llegaba una mujer con el rostro hinchado, ella siempre insistía en que yo preparase el emplasto. ¿Acaso me había estado enseñando a curarme a mí misma?

—Me molías a golpes y me dejabas tirada en el suelo cada vez que me bajaba el período. —Aún recordaba lo asustada que estaba—. Pensé que un día llegarías demasiado lejos.

Él hizo una mueca de dolor.

—He… he intentado enmendar lo que hice.

Aquello sí que era una sorpresa.

—¿Cómo? ¿Siguiéndome por toda la ciudad para pedirme dinero?

Empezó a hablar, pero se detuvo. Se tocó la frente con cuidado y notó el chichón.

—Ayudo a mujeres que necesitan ayuda.

—¿Trabajadoras del sexo?

Percibió mi escepticismo y negó con la cabeza.

—No me crees. No importa. Yo tampoco lo habría hecho hace diez años. Pero… cuando te fuiste, mi madre me enseñó lo mismo que te había enseñado a ti. Y comprendí, por fin, por qué aquellas mujeres acudían a ella en busca de ayuda. Era la única esperanza que les quedaba.

Mi rostro tuvo que delatar mi sorpresa y suspiró.

—Mira, sabía lo de las bolsitas de hierbas. Me enfadaba que se privara a esos hombres de sus hijos. Luego tú empezaste a ayudarla. Y una noche te vi beber la infusión, pero tú no diste cuenta. Me puse… furioso… y me… avergonzó que tú no quisieras tener hijos conmigo. Después te fuiste y mi madre cayó enferma.

Calló y se pasó la mano por los ojos.

—Una mujer llegó a casa preguntando por ella. Estaba… sangrando por el útero. —Apartó la mirada—. Su marido le había metido el… el palo de la escoba por ahí porque ella se había reído de un chiste que había contado otro hombre. Había perdido mucha sangre…, estaba medio muerta. Mi madre me dijo lo que tenía que hacer, qué hierbas recoger y cómo aliviarle el dolor a aquella mujer.

Se me aceleró la respiración. Podía ver la escena que acababa de describir. Había visto casos similares cuando trabajaba con su madre. La urgencia. El llanto quejumbroso de las mujeres. Las brutales heridas.

Hari se frotó las manos.

—Revivió. Pero después tuvo una infección. Hice todo lo que me dijo mi madre, pero la mujer murió de todas formas. —Tragó saliva—. Tenía solo dieciséis años, Lakshmi. Me acordé de ti. No quería, pero pensé en el daño que te había hecho. En todas las veces… Y… sentí vergüenza de mí mismo. Poco a poco empecé a ayudar a mi madre. Todas esas mujeres. Esos niños. Vi mucho dolor, mucha miseria, mucha hambre. —Se pasó la mano por el pelo.

Apoyé la cabeza contra la pared. No quería creerlo. Cerré los ojos para percibir en su voz si decía la verdad.

—Cuando llegué la primera vez, fui directamente al distrito del sexo. Me sentía solo. Sobre todo cuando me di

cuenta de que Radha no me había dicho la verdad sobre lo que había en tu carta.

Abrí los ojos perpleja.

—Cuando me negué a ayudarla a venir a Jaipur, me enseñó tu carta y me dijo que le habías escrito para decirle que querías volver a verme. Me alegré mucho.

Enarqué las cejas tanto por lo absurdo de la idea como por la insolencia de mi hermana. Debió de engañarlo para que fuera a buscarme. Confiaba en la posibilidad de que Hari fuera analfabeto.

—Terminó encontrando la manera de que hiciera lo que ella quería. —Negó con la cabeza como si no pudiera creer que se había dejado engañar por una niña—. En cualquier caso, cuando llegué al distrito del sexo, encontré a muchas mujeres que necesitaban ayuda, el tipo de ayuda que *maa* proporcionaba. La clase de ayuda que ahora presto yo. Utilizo tu dinero para hacer lo que puedo. Pero necesito más, medicinas de verdad. Para las heridas que las hierbas ya no pueden curar. —Parecía que hablaba en serio—. Algunas sufren heridas cuando están… atendiendo a los hombres. Huesos rotos. Algunas tienen infecciones recurrentes en sus… partes íntimas.

—¿Por qué no me habías dicho todo esto antes?

—Lo intenté. Pero no me habrías creído y… —Bajó la vista al suelo—. No te culpo. Yo… —Se frotó las manos—. Ahora entiendo muchas cosas que antes no entendía.

Sentí una presión en el pecho. Hari se estaba esforzando. Estaba enmendando sus errores. Estaba continuando con la labor de su madre de una manera que yo no había sido capaz. Su madre estaría orgullosa. No podía perdonar al Hari joven, el que se creía mi dueño, el que me dejó cicatrices para siempre. Yo había cambiado, me había hecho más fuerte. ¿Tanto me costaba creer que él también había cambiado, que se había ablandado? ¿No podía hacer las paces con el Hari actual, el que habría recibido las bendiciones de su madre? Me acordé de la niñita de la herida en la pierna y de lo que hice para que él se desentendiera de ella. *Saasuji* no habría estado muy orgullosa de mí.

—La niña del otro día… ¿qué tal tiene la pierna? —pregunté.

—Bien. Le pusieron puntos en el hospital.

Asentí con la cabeza.

Apoyé las palmas en la pared para levantarme. Sentía los huesos débiles, como si llevara días, semanas incluso, caminando.

Hari miró cómo me sujetaba el pelo detrás de las orejas. Sonrió.

—Me había fijado en ti mucho antes de que nos casáramos.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Caminaba varios kilómetros desde mi aldea para ver a las mujeres mientras lavaban la ropa y escuchar sus chismorreos. Hacía tiempo que mi padre había muerto y mi madre estaba ocupada atendiendo a las mujeres. Te veía a veces en la orilla opuesta, cuando ibas al horno de la aldea a tostar guisantes. Siempre parecía que te habían encomendado la más importante de las misiones. Tan joven y tan seria. —Sonrió—. Le dije a mi madre que cuando llegara el momento solo querría estar contigo. Me acompañó una vez al río. Te observamos desde lejos. Al final, me cogió la mano y me dio unas palmaditas. «Sí, *bheta*, sí.»

«Demasiado poco —pensé, negando con la cabeza—. Demasiado tarde.»

—Pretendo cumplir mi promesa, Lakshmi. La que le hice a mi madre. Estoy ayudando. Si tuviera… —Empezó a andar de un lado a otro—. Necesitamos medicinas para los niños que tienen fiebre. Y varias bailarinas están a punto de dar a luz.

Me estaba diciendo la verdad, lo había visto con mis propios ojos, pero mi monedero no era un pozo sin fondo. Yo también tenía deudas que saldar.

Se abrió la puerta y entró Malik. Tenía la oreja roja de haber estado apoyado contra la puerta tratando de escuchar.

—Jefa, sé cómo podemos ayudarlo —dijo.

LA LUZ DE la farola iluminaba el interior de la casa. Vi a Radha hecha un ovillo en la cama, los baúles metálicos con nuestras cosas y un batiburrillo de bolsas llenas de adornos y artículos diversos. Busqué a tientas, sin importarme demasiado el ruido que pudiera hacer, entre nuestros enseres, deseando tener el

dinero necesario para instalar la electricidad.

—¿*Jiji*?

—Cerillas. ¿Dónde las has puesto?

Volqué una bolsa y todo el contenido se desperdigó. Hierbas envueltas en paquetes de papel de periódico, cucharas, palillos de dientes. El libro con las leyendas de Krishna que Radha había traído consigo.

Mi hermana se incorporó y se apoyó en un codo.

—¿Qué hora es?

—¡Cerillas! ¿Se me olvidó apuntarlas la semana pasada en la lista de las cosas que tiene que comprar Malik?

Se levantó y miró en la bolsa de plástico que había junto a la puerta.

—Toma.

Bostezó.

Cogí la caja de cerillas. Me temblaban los dedos cuando encendí una. Vacié el contenido de otra de las bolsas y examiné la etiqueta de las botellas y los paquetes.

—¿Y ahora qué buscas? —preguntó frotándose los ojos.

Dejé lo que estaba haciendo y la fulminé con la mirada.

Ella pestañeó, ya totalmente despierta.

Se me había soltado el moño y el pelo enredado me caía sobre la cara. Tenía el sari húmedo y olía a vómito; había devuelto media docena de veces en el camino a casa.

Me empezó a escocer el dedo y sacudí la cerilla para apagar la llama.

—He ido a ver a Hari.

El blanco de los ojos de Radha resplandecía en la oscuridad.

—¿Por qué?

—Radha, yo no sabía que…

Temía empezar a llorar otra vez. Hasta ese momento había estado en cuclillas, pero me levanté y le busqué las manos. Ella dio un respingo y retrocedió en la oscuridad.

—Siéntate —dije indicándole la cama—. Por favor.

Ella se sentó con cautela en el borde del *charpoy*. Movía las manos en el regazo sin saber qué hacer con ellas. Me arrodillé en el suelo delante de ella.

—¡Radha, tú no tienes la culpa de lo que te han hecho! Si lo hubiera sabido… Si hubiera sabido que *maa* tuvo otra hija

después de mí, que tenía una hermana, que estabas sola…, yo no me habría ido. Habría…

No estaba segura de lo que habría hecho.

Radha frunció el ceño.

—Creo que te ofreciste a Hari… Es horrible. Y es culpa mía. Por favor, perdóname.

Me senté a su lado. Ella cambió de postura y se apartó de mí, asustada.

—Se suponía que tenía que protegerte. No lo he hecho. He dejado que ocurriera. Él…

—*Jiji*, me estás asustando. —Parecía que iba a echarse a llorar—. ¿De qué hablas?

Bajé la vista hacia su vientre. Ella me siguió la mirada por su vestido arrugado con el ceño fruncido y luego levantó la vista de nuevo. ¿No lo sabía? Pues claro que no lo sabía. ¡Era una niña!

—¿Tienes sensibilidad en los pechos?

Radha enarcó las cejas.

—¿Tienes que ir a orinar cada poco rato? ¿Tienes náuseas?

Se le descolgó un poco la boca

—¿Cuánto hace de tu última regla?

Ella miró por encima de mí, hacia el suelo, respirando por la boca. Se miró el vientre. Entonces se le suavizó la mirada, como si se hubiera acordado de algo agradable.

—Deja que yo me encargue, Radha. Si no estás de más de cuatro meses, es seguro hacerlo. Deja que busque la corteza de raíz de algodón—. Me recogí el pelo en un moño bajo y me levanté—. ¿Te acuerdas de la señora Harris? ¿La que bebió la infusión que le preparé? —Hizo una mueca—. ¡Pero ahora está bien! Y tú también lo estarás. Quienquiera que te haya hecho esto… Dime que no ha sido el señor Pandey.

Ella negó con la cabeza y se alisó la tela arrugada sobre los muslos.

No era capaz de descifrar su expresión. Debía de estar en estado de *shock*.

—Intenta recordar dónde pusimos la corteza.

—*Jiji*.

—¿En la bolsa de cuadros escoceses tal vez? —Fui a buscarla y vacié el contenido en el suelo abarrotado.

—*Jiji*.

Necesitaba más luz. ¿Dónde había dejado las cerillas? Me puse a cuatro patas a buscar entre todo aquel desorden. Aparté un montón de libros. Una bobina de hilo cayó al suelo.

—¿Y si me quedo con el bebé?

Me quedé mirando cómo se desenrollaba la bobina sobre el suelo de terrazo. ¿Qué acababa de decir?

No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude moverme. Me giré hacia ella muy despacio.

Radha se mordía el labio y me rehuía la mirada.

—No tienes que quedarte con él —respondí—. ¿Es que no has aprendido nada de mí?

Ella bajó la barbilla y se miró el regazo. Notaba la huidiza punzada de culpabilidad. Lo había hecho voluntariamente. Había dejado que un hombre la tocara ahí, puede que más de una vez. Ella lo deseaba. Mientras yo trabajaba. Viviendo conmigo en mi casa. ¡Qué estúpida había sido!

Y yo compadeciéndome de ella. Diciéndome que necesitaba tiempo para perdonarme. Que terminaría por entenderlo. Que apreciaría lo que estaba haciendo para las dos: un hogar, *chapatti* en la mesa para que no pasara hambre, la escuela de la maharaní y la posibilidad de una vida mejor de lo que ninguna de las dos habría imaginado.

Me levanté y alargué las manos hacia ella. La agarré de la falda sin pensarlo. Ella se agachó e intentó echar a correr. La enganché del pelo y tiré. Gritó. Le di una bofetada. Tropezó y se cayó.

Sentí que el corazón se me paraba. La vi toser y escupir. Se había quedado despatarrada en medio de todo el revoltijo que había en el suelo, las piernas dobladas a un lado. Le sangraba el labio y tenía una mueca de dolor.

Me quedé de pie sobre ella.

—¿Qué te ha hecho ese *devdas* tuyo? ¿Te ha prometido amor eterno?

—¡Para!

—¿Te ha dado regalos?

—¡No fue así!

—¿O acaso te ofreciste a él a cambio de otra cosa, como hiciste con Hari?

Se le puso la cara roja.

—¿Qué opción tenía? Tenía que encontrarte y no podía hacerlo yo sola. ¿Y qué si lo utilicé para llegar hasta Jaipur? ¡Tú elegiste una manera de escapar y yo otra! Yo no te he culpado de nada, ¿por qué tú a mí sí?

—Lo que te haya dicho tu novio no es verdad. Y si crees que va a reconocer al…

—¡Lo hará!

—¿Cómo has podido ser tan estúpida? Escúchame, Radha. ¡Ese niño no tiene futuro!

—¡Sí que lo tiene!

—Sé cómo funciona el mundo, Radha. Tú no. ¡Si crees que el padre se casará contigo, olvídate!

Bajó la cabeza. Estaba llorando.

—Él me quiere.

Me limpié las manos en el sari y me dirigí al hornillo en el que había puesto un cazo con agua para preparar el té a la mañana siguiente. Miré a mi alrededor buscando alguna cerilla que hubiera caído al suelo. La cogí, raspé la punta contra la encimera y la acerqué al quemador. La luz azul iluminó la habitación.

—Ven y ayúdame, Radha —dije tratando de convencerla con buenas palabras, como había hecho miles de veces cuando mis clientas estaban de mal humor. Agarré el mango del cazo con ambas manos para que no viera lo mucho que temblaba—. Mañana todo puede ser como antes. Podemos volver a la normalidad.

Pero mi voz trémula contradecía mis palabras.

—Te preocupa lo que puedan pensar tus señoras.

Me puse rígida.

—Tus respetables *memsahibs* que no saben a lo que te dedicas fuera de sus salitas de dibujo —dijo con desdén—. Cómo te deshaces de los bebés.

Hablaba en un tono muy diferente, sus palabras se clavaban como una daga.

Me volví hacia ella.

—¿Qué dirían si supieran que tú te deshiciste de tus propios bebés?

Debió de ver mi gesto apesadumbrado.

—Hari me lo contó. Y después de lo que le pasó a Joyce Harris, me lo imaginé. Lo que tú habías hecho para no

tenerlos.

Me costaba respirar.

—¡Esto no tiene nada que ver conmigo! Esto… esto tiene que ver contigo. ¡Tienes trece años! Eres una chica con la oportunidad de hacer mucho más, ser mucho más…

—¡Estás hablando de ti, no de mí! Yo no soy como tú.

Me puse la mano en el pecho.

—No, estamos hablando de ti, una chica embarazada y sin marido —repliqué casi sin voz.

Ella levantó la barbilla.

—Nos casaremos.

Estaba muy agitada. Se engañaba a sí misma. Me sujeté al borde de la encimera para no caer.

—Mañana a estas horas ni siquiera te acordarás de haberte tomado la infusión, Radha. Estarás entera y limpia. Mañana empezaremos de nuevo.

—No me estás escuchando. ¡Nunca lo haces! Se lo diré al padre y nos casaremos. Tendremos a nuestro bebé.

—¿Y qué harás si se niega, Radha? ¿Qué harás entonces, eh? Piénsalo. ¿Quién vestirá a ese niño y le dará de comer cuando vuelvas a clase?

Abrió los ojos como platos en su rostro con forma de corazón. Era increíble dada la situación, pero no se le había ocurrido pensar en ello.

—No volveré a clase. Trabajaré. Como tú.

Negué con la cabeza.

—¿Crees que es así de fácil? Esta casa me ha llevado trece años de duro trabajo y mucho «Sí, *ji*», «No, *ji*», «Como quiera, *ji*». Tú no tendrás que hacerlo nunca si vas a esa escuela. Tienes muchos años por delante para tener hijos cuando termines tu formación. Escúchame, Radha, por favor. La escuela de la maharaní es un premio, no es nada fácil entrar, y tú vas gratis. Puedes ser mucho más que una artista de la henna. Mucho más que yo. Puedes hacer con tu vida algo que merezca la pena.

El agua ya había empezado a hervir.

—Ayúdame a buscar la corteza de raíz de algodón, por favor —añadí.

—Él me dice que yo no soy más que mano de obra barata para ti —dijo con voz temblorosa—. Que tu negocio despegó

cuando yo llegué. Tú misma me has dicho que ahora tienes más citas para la henna. Si es cierto eso, ¿por qué no confías en mi capacidad de pensar por mí misma?

Se colocó delante de mí, su cara a escasos centímetros de la mía. La sangre que le había salido del labio brillaba.

—No confiaste en mí en la fiesta y no confías ahora —continuó—. Da igual lo que me esfuerce o lo que haga. ¡Nunca confiarás en mí!

Su tono de voz, su amargura más que sus palabras, fue peor que cualquier insulto por parte de mis clientas. ¡Qué había hecho yo por aquella chica sino darle un techo, comida y ropa! Mi corazón se cerró sobre sí mismo como una concha.

—Vas a beberte hasta la última gota de esto antes de que amanezca —le dije señalándola con un dedo.

—No lo haré. ¡Te demostraré que te equivocas!

Salió corriendo rápido sin mirar atrás. La tela de su vestido me rozó el brazo cuando pasó a mi lado. Intenté retenerla, pero tenía la sensación de estar moviéndome bajo el agua y lo único que conseguí fue rasgar el delicado tejido. Oí el golpeteo de sus pies descalzos sobre el suelo del patio y desapareció.

Vi el destello azul del hornillo, oí el borboteo del agua. Ya no me hacía falta. Apagué el quemador.

Crucé la habitación y me tendí en el *charpoy*. Debían de ser más de las tres de la mañana.

El día debería haber terminado con una celebración, lleno de esperanzas de futuro, y en su lugar sentía un vacío tan grande y hondo como el Ganges.

Sin mis padres presentes para ver lo mucho que había trabajado para llegar hasta allí, el esfuerzo para construir aquella casa se me antojaba inútil. En vez de ellos, Radha había llegado a mi vida para que me ocupara de ella y también había arruinado su futuro.

¿Adónde habría ido a esas horas de la noche? No se le ocurriría presentarse en casa de su amante, ¿no? ¿Quién sería? Si no era el lechero, ni el señor Iyengar ni el señor Pandey, ¿quién podía ser?

En la escuela solo había profesoras. No sería aquel viejo guarda desdentado de la entrada, ¿verdad? ¡Imposible!

De repente se me ocurrió algo: ¿Samir? Se había fijado en

su belleza. Pero… no. Radha no era su tipo: no era viuda y era demasiado joven.

Adondequiera que fuera, tendría que ir a pie. Todo el mundo, y eso incluía a los conductores de *tongas* y *rickshaws*, estaría en la cama. No tenía dinero para tomar un tren ni un autobús. ¿Dormiría en la calle como habían hecho Hari y ella cuando llegaron a Jaipur? No iría a ver a Hari, ¿no?

Kanta lo sabría. Tendría que llamarla por teléfono. Pero ¿cómo? Cuando vivía en casa de la señora Iyengar, utilizaba su teléfono con su permiso, claro, pero no podía permitirme poner una línea en mi casa. La oficina postal, en la que a veces había pagado una buena cantidad para poder usarlo, estaba cerrada.

Si Radha no estaba en casa a la mañana siguiente, pediría a Malik que le llevara una nota a Kanta. Suspiré. Otro motivo de vergüenza. Las chicas de buena familia no se fugaban de casa, que es lo que probablemente habrían dicho de mí los chismosos de la aldea cuando me fugué.

LLEGÓ LA MAÑANA y seguía sin saber nada de Radha. No había dormido en toda la noche. No dejaba de imaginármela en las calles, sola. Me veía a mí misma con su edad, demasiado tímida para mirar a los chicos o a los hombres, y mucho más para hablar con ellos. Mi madre se había asegurado: «Los hombres se comen incluso la fruta verde si se la ponen delante». ¿En qué momento había dejado mi hermana de prestar atención a esas advertencias? ¿O tan desanimada estaba mi madre por mi deserción como para enseñarle a Radha lo que me había enseñado a mí? Tal vez pensara que, como sus consejos no habían conseguido que cumpliera con mi obligación, tampoco le servirían a mi hermana.

Intenté imaginar un pasado en el que me hubiera quedado con Hari, hubiéramos tenido hijos y hubiera visto a Radha crecer con ellos. ¿Tan malo habría sido? Ella habría vivido sana y salva. No habría terminado en una ciudad desconocida y plagada de hombres lujuriosos en cada esquina.

Cuando Malik llegó al amanecer para empezar el trabajo, le pedí que fuera a casa de Kanta. Yo me quedé preparando las tarteras que íbamos a necesitar ese día. Menos de una

hora después, oí que un coche se detenía delante de la puerta. Baju iba al volante. Salió a abrir la puerta de atrás. Malik bajó y ayudó a Kanta a bajar.

Tardé un segundo en salir por la puerta y acercarme a la cancela.

—¡Lakshmi! —gritó Kanta nada más verme. Estaba pálida.

El corazón me latía a cien por hora. «Bhagaván, te lo suplico. ¡Que no le haya pasado nada a Radha! ¡No dejes que le ocurra nada!»

—Está en mi casa. Está bien. ¡Pero soy la peor protectora que puede tener! ¿Cómo no lo sabía o al menos…?

En cuanto oí que estaba bien, me relajé. Radha estaba bien.

Kanta hablaba lo bastante alto como para llamar la atención de mi vecina, que había salido a la puerta y fingía regar un joven limonero escuálido que tenía en el patio.

—¡Kanta! —la corté con brusquedad—. Pasa a tomar el té.

La mujer cerró la boca, sumisa, y dejó que Malik y yo la acompañásemos al interior. Baju regresó al coche.

No había hecho más que cerrar la puerta cuando Kanta se echó a llorar sujetándose el vientre con los brazos.

—¡Si hubiera sabido la influencia que estaba teniendo en ella! Pero pensé que mostrarle las costumbres occidentales la prepararía mejor, ya sabes, para la vida moderna, la feminidad. ¡Me pareció que podía ser educativo! Estaba admirada de mi forma de pensar tan atrevida! Pensé que a ti también te agradaría. Jamás… No se me ocurrió…

Encendí una lamparilla de queroseno con dedos temblorosos.

—¿Qué te ha contado?

—Todo. —Empezó a respirar con dificultad, como si de repente le faltara el aire—. Es terrible.

Me di cuenta de que había estado un buen rato llorando. Tenía los ojos hinchados y la piel cetrina. La tomé por los hombros y la ayudé a sentarse en el *charpoy*. Yo me senté a su lado.

Malik llenó un vaso de agua del *mutki* y se lo dio. A continuación fue al hornillo a calentar agua para el té.

Olía a la mezcla rancia de los aromas de la ceremonia de inauguración del día anterior, pero no me atrevía a abrir las

ventanas porque no quería que nos oyeran los vecinos. Kanta exhalaba un aroma aún más opresivo, el del miedo.

—Ella… Yo… ¡Ay, Bhavagán! ¿Por dónde empiezo? —Se puso la mano en la frente—. Esas novelas mías, las inglesas que me lee. Yo pensé que le servirían para mejorar su inglés, que le enseñarían cosas de otros mundos y así podría superar a esas esnobs del colegio. ¡Y las películas que la llevé a ver! ¡Ay, Dios! No sabía que confundiría la historia de un libro o una película con su propia vida.

Cerré los ojos. La imaginación de Radha, encerrada bajo llave seis meses antes, se había abierto. Sin unos padres que pusieran freno a sus sueños románticos, su imaginación la había llevado a convertir la ficción en realidad.

Kanta era mayor que mi hermana y debería haber sabido que eso podía pasar, pero a fin de cuentas era yo la responsable de mi hermana. ¿Qué clase de tutora había sido?

Kanta seguía recriminándose.

—Todo eso sobre el amor y el romance. Está bien para las chicas inglesas, pero no para las indias. —Hablaba como su suegra—. Debería haberme dado cuenta de lo joven e impresionable que es. Se lo toma todo en serio, lo absorbe como una esponja. Y aprende muy rápido. Me halagaba ser su mentora. Nos lo pasábamos bien…

Me di la vuelta. No podía dejar que viera que me estaba desmoronando. Contemplé el mapa de mi vida dibujado en el suelo mientras las lágrimas me nublaban la visión. El patrón cambió. Las formas se transformaron en algo que ya no reconocía.

Kanta se atragantó con otro sollozo.

—¡Ay, Lakshmi! No puedo creer que nuestra Radha esté embarazada. No me ha dicho quién es el padre. Quiere que estés delante cuando lo haga.

Radha quería confesarlo en público. Como las lluvias del monzón, tan violentas que desgastan los frisos de nuestros templos, mi hermana estaba a punto de destruir la fortaleza que yo había construido. No había duda: la vida que me había diseñado estaba a punto de cambiar. Los planes que con tanto cuidado había organizado estaban a punto de desbaratarse. La habitación empezó a dar vueltas. Perdí el equilibrio y me agarré al alféizar de la ventana para no caer.

Malik vino corriendo a sujetarme, pero Kanta llegó antes. Me ayudó a tumbarme en el suelo.

—¡Yo le llené la cabeza de tonterías! Con todos esos libros, películas y revistas, todas esas ideas mías. ¡El embarazo me ha vuelto completamente loca! Es la única explicación que le encuentro. Yo creía que estaba haciendo algo bueno. Y va a ser Radha la que pague el pato. Y tú, Lakshmi.

Se puso a llorar con más fuerza y me pregunté distraídamente si mis vecinos pensarían que había muerto alguien de la familia.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

Me rodeó el cuello con los brazos, empapándome el pecho con sus lágrimas cálidas, pero yo estaba totalmente exhausta, aniquilada. No podía consolarla.

12

21 de abril

KANTA Y YO estábamos sentadas en el sofá de su sala de dibujo. Radha estaba de pie delante de las dos, como si estuviera ante un tribunal de la inquisición. Llevaba un vestido que le había dejado Kanta; el vestido de Madhubala había terminado destrozado.

Mi hermana miró con nerviosismo la alfombra, luego a nosotras, luego las fotos de Gandhi y la diosa que Kanta había descubierto recientemente, Swaraswati, que colgaban de la pared.

—Vamos, *bheti* —la animó Kanta.

Radha se humedeció el corte del labio, la herida que yo le había hecho la noche anterior.

—Pasaba al lado del club Jaipur todos los días cuando venía hacia aquí desde la escuela. Ya sabéis, el del campo de polo que está en un lateral de la carretera.

Iba a decir algo, pero Kanta me detuvo poniéndome una mano en el brazo.

Radha se mordió la mejilla por dentro.

—Lo había visto jugar al polo en las vacaciones y un día me vio él a mí. Llevaba su caballo a los establos. Se detuvo y empezamos a hablar. Me dijo que estaba ensayando una obra de Shakespeare en el colegio. Y le pregunté si podía ensayar con él. Y lo hicimos. A veces media hora, a veces una.

Me aferré al cordoncillo del asiento del sofá tratando de contener la impaciencia.

—Y un día me dijo que me parecía a Madhubala. —Se sonrojó y miró para otro lado—. Dijo que nunca había visto una chica más guapa y que le encantaría poder estar siempre conmigo. Que pensaba en mí todo el día. —Mi hermana me lanzó una mirada rápida y bajó la vista al suelo—. Fue como en las películas.

Kanta gimió. El corazón me latía con fuerza.

Radha dobló las manos delante de sí.

—Me gustaba. Me pidió disculpas por lo que ocurrió en la fiesta en las vacaciones. Por cómo me habló su madre. Le dije que me había metido en un lío bien grande contigo, *jiji*.

La habitación se me vino encima. No veía lo que me rodeaba.

—Dijo que estabas celosa de mí. —Me miró con los ojos entornados—. Porque tú no tenías a nadie en tu vida y yo sí.

Sentí como si una corriente fría me recorriera por dentro. La voz de Radha sonaba apagada, lejana.

Hablaba de Ravi Singh.

CUANDO RECOBRÉ EL conocimiento, tenía la cabeza en el regazo de Kanta, que me presionaba la frente con el borde de mi sari. Estaba frío. Entonces me di cuenta de por qué: había puesto hielo dentro. Radha estaba en un sillón enfrente de mí, frotando la tapicería con nerviosismo.

Intenté incorporarme, pero la cabeza me daba vueltas. Kanta me obligó a tumbarme de nuevo con suavidad. Contemplé el lento movimiento del ventilador del techo. Aún estaba mareada después de saber que Ravi Singh era el padre del hijo de mi hermana.

—¿Tenía que ser precisamente el hijo de Parvati? ¿No había más chicos?

Radha parecía asustada y desafiante al mismo tiempo. Miró a Kanta en busca de apoyo.

—Por eso quería que estuvieras tú, Kanta. Sabía que ella no lo entendería, pero tú sí lo entiendes, ¿verdad?

Kanta frunció el ceño con preocupación. Abrió la boca para decir algo, pero no salió nada. Apartó la vista.

—Haz que lo comprenda, por favor —suplicaba mi hermana—. Él me quiere. Se preocupa por mí. Quiere este hijo tanto como yo…

¡Por todos los dioses! Hasta ese momento había tenido la esperanza de que pudiéramos mantener el asunto en secreto si la convencía para que se tomara las hierbas.

—¿Sabe lo del bebé? ¿Ya?

Radha me contestó como si estuviera hablando con una cría.

—No lo sabe… aún, pero cuando se lo cuente, se alegrará mucho. Me dijo que soy la única chica que le ha importado.

—¡Eso es ridículo! ¡Tiene diecisiete años! ¡Y tú trece! —repliqué yo.

Radha entornó los ojos.

—Me dijiste que cuando empezara a tener el período, me convertiría en una mujer.

—¡Pero no me refería a que estuvieras preparada para tener hijos!

—Las chicas de nuestra aldea tienen hijos a los trece años. ¿Por qué yo no? Forman una familia antes de los veinte. Yo no tuve una familia de verdad. *Maa* estaba triste todo el día, y *pitaji*, borracho. Y tú… tú abandonaste a Hari y ¡sabe Dios dónde estuviste hasta que te encontré!

Al oír el nombre de Hari, miré a Kanta con gesto de impotencia. Cuando se presentó en mi casa por la mañana, le hablé de Hari, de las palizas, se lo conté todo. Le conté más de lo que le había contado a nadie sobre mi vida. Aunque el relato la había disgustado, lo aceptó sin juzgarme.

—Ravi y yo nos casaremos en cuanto se entere de que espero un bebé. ¡Es hijo suyo! —insistía Radha hipando.

—Lakshmi —susurró Kanta tapándose la boca con la mano —, ¿qué pasará cuando Parvati se entere?

Era justo lo que yo había estado pensando.

Radha me miró y luego miró a Kanta.

—¿Por qué te preocupa su madre? Ravi es el padre. ¡Él es el único que importa aquí!

No me había dado cuenta de lo ingenua que era Radha, la vida fantástica que se había creado. Qué poco entendía sus sentimientos. Qué poco quería entenderlos.

No quería tener que hablarle de las cosas en las que debía haber pensado. Como el amor. ¿Cómo sabías cuándo estabas enamorada? ¿Qué se sentía? ¿Qué sabía yo del amor? Nunca lo había experimentado. Odiaba tener que admitir que no podría haber respondido a sus preguntas. Había esperado que lo hubiera hecho Kanta.

Me senté en el sofá con cuidado. Me dolían las sienes.

—Radha, lo siento. Es culpa mía. Debería haber hablado más contigo… Pero tienes que escucharme. No puedes casarte con Ravi Singh.

—No, no, no. ¡No voy a escucharte! —Lloraba en serio y tenía la boca torcida en una mueca—. Primero me dices que no puedo ir al palacio. Después me metes en una escuela en la que se burlan de mi pelo, de mi acento, de lo que me pongo. ¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué tú puedes hacer todo lo que quieres en la vida, pero yo tengo que hacer lo que tú me dices que haga?

Sabía que estaba enfadada porque no la había dejado ir al palacio, pero creía que ya lo habíamos dejado atrás. Ahora tenía ropa de estilo Bombay. Un corte de pelo elegante. Estaba aprendiendo bailes occidentales y a organizar un té inglés para ocho, cosas que yo no habría sabido enseñarle.

Puede que fuera el desconcierto que vio en mi cara lo que hizo que se levantara de un salto del sillón y viniera a sentarse a mi lado en el sofá. Me agarró las manos. Tenía las suyas húmedas de secarse las lágrimas.

—*Jiji*, ¿Ravi no es todo lo que querrías en un marido para mí? Es guapo como una estrella de cine. Es educado. Tiene talento.

Se parecía a la lista que yo misma había elaborado cuando propuse una chica para Ravi.

«Qué necia eres» quería gritar, pero en su lugar dije sin alzar la voz:

—Radha, Parvati Singh jamás dejaría que su hijo se casara contigo. No permitirá que se case con nadie hasta que no termine la universidad.

Ella me apretó las manos más fuerte.

—Kanta dice que el amor florece en los lugares más inesperados —dijo apelando a la complicidad de mi amiga—. ¿Acaso no amaba el señor Rochester a Jane Eyre aunque no tuviera dinero? ¡Y qué me dices de lady Chatterley! A pesar de su riqueza, ella amaba a un guardabosques pobre. Y tú, Kanta, te casaste con Manu por amor, no por dinero. ¿Por qué es imposible creer que Ravi y yo podamos casarnos por amor?

Kanta cerró los ojos horrorizada.

—*Hai Ram!*

Suspiré.

—Porque Parvati Singh no permitirá que se case por amor —contesté.

Radha me soltó las manos.

—No te importan mis sentimientos. Ni los de Ravi —me espetó con rabia.

Ya había oído suficiente.

—Díselo, Kanta.

—Si hubiera sabido…

—¡Díselo!

Kanta arrugó los labios en una mueca de tristeza. Miró a Radha.

—*Bheti*, haría lo que fuera para ahorrarte el sufrimiento, pero cuando Sheela Sharma cumpla dieciocho, se casará con Ravi Singh. Los Sharma lo anunciaron en una cena para celebrarlo hace dos noches.

Mi hermana parecía aturdida. Buscó detrás de sí y al encontrar el sillón, se dejó caer en él.

—Manu y yo estábamos presentes. Ravi también estaba —continuó Kanta.

—¡Pero… me dijo que sus padres no acordarían su matrimonio sin preguntarle!

—Se lo preguntaron —contestó Kanta— y él estuvo de acuerdo.

Los ojos de Radha se llenaron de lágrimas.

—¿De verdad te dijo que se casaría contigo, *bheti*? —preguntó Kanta con suavidad.

Mi hermana se había encerrado en sí misma. Parecía tan perdida que quería consolarla, pero sabía que no me dejaría.

—Ravi no es la persona que crees —dije con todo el cuidado que pude.

—Solo lo dices para hacerme daño. Como siempre. Nunca quisiste que te encontrara. Nunca quisiste que me fuera a vivir contigo. —Volvió los ojos enrojecidos hacia Kanta—. ¡Por eso quiero tener una familia! Ella no es mi familia. En realidad no lo es. ¡No lo es para las cosas que importan! ¡Manu y tú sois más familia para mí que ella!

Sus palabras me cayeron encima como un martillo. Mi amiga me miró con comprensión.

Nadie dijo nada durante un rato. Al final, Kanta suspiró y se levantó. Fue a sentarse en el brazo del sillón y le levantó la barbilla con dos dedos.

—Haz caso a Lakshmi. Ella es tu *jiji*. Ha hecho todo lo que ha podido para que tuvieras un buen futuro, el mejor posible.

No puedes hablarle como lo haces. En mi casa no.

La miré con gratitud. Me había defendido como no lo había hecho nadie. Después me volví hacia mi hermana.

—Radha, yo concerté el matrimonio. Lo hice para…

—¿Tú me has hecho esto?

—Yo no te he hecho nada. Ni siquiera sabía que estabas…

Radha pestañeó.

—¡Esperad! ¡Faltan años para que se casen! ¡Pueden cambiar mucho las cosas! Y esas señoras te escuchan… A lo mejor podrías hablar con la madre de Ravi, *jiji*…

Estaba tan desesperada por cambiar su futuro como yo a los quince años.

Negué con la cabeza.

—Parvati tenía planeado el futuro de su hijo antes de que le saliera el primer diente. Ocurrió lo mismo con Samir y con ella, y con muchas otras generaciones de la familia Singh.

Kanta ahogó una exclamación.

—¿Y si… y si no reclama la paternidad?

—Radha no tiene por qué tenerlo.

—¡No! ¡No le haré daño a este bebé! ¡Puedes hacer lo que quieras con esas mujeres, pero no lo harás conmigo!

Me volví hacia mi amiga.

—Kanta, no me digas que no has conocido a ninguna mujer que haya abortado. Que se enamorase y no tuviera cuidado con lo que podía pasar. ¿Qué me dices de la universidad, cuando estabas en Inglaterra?

Kanta se tapó la boca con la mano y me miró fijamente para terminar clavando la mirada en el suelo.

Radha esperó implorando con la mirada a mi amiga que se pusiera de su lado. El ruido del ventilador se magnificó en el silencio. Al final, Kanta le apretó el hombro con suavidad y asintió.

—Después terminaron casándose, con otro en muchos casos. Y tuvieron otros hijos.

Radha no hacía otra cosa que negar con la cabeza.

—¡No!

—Lakshmi está haciendo lo correcto.

Pero no era eso lo que Radha quería oír. Cerró los ojos con fuerza. Sabía lo que estaría pensando: «Mi hermana no ha hecho más que regañarme e impedir que haga lo que quiero».

Kanta posó la mano en su mejilla húmeda.

—No pongas esa cara. Eres demasiado bonita. Lakshmi me ha contado que no sabía de tu existencia hasta hace seis meses. Se quedó de piedra cuando apareciste, pero jamás se le pasó por la cabeza rechazarte.

»Mírame, Radha. Tu hermana tiene un gran sentido de la responsabilidad y la admiro por ello. Puede que estés disgustada con ella, pero te ha acogido bajo su techo. Te ha llevado a una escuela excelente. Te has convertido en una mujer tan sofisticada que es fácil olvidar que solo tienes trece años. —Kanta le tiró del vestido—. Lakshmi no ha tenido una vida fácil. —Me miró antes de continuar—. Entiendo por qué abandonó a su marido. También quiero que sepas que no te juzgo ni la juzgo a ella por lo ocurrido. Ha intentado enseñarte cómo funciona el mundo. Es dura, la he visto contigo. Pero esa es su responsabilidad como hermana mayor. Mientras que yo —suspiró— solo me he comportado como una tía muy traviesa.

Radha se sentó más erguida y apretó los puños.

—¡Pero a mí me ha gustado tener una tía! ¡Nadie podría haberlo hecho mejor!

—Te quiero mucho —contestó ella—, pero yo no soy una hermana mayor responsable. Te he hecho leer todos esos libros cuando no estabas preparada para ello. —Hizo una mueca—. Sigo sin poder creer lo desconsiderada que he sido. Me aburría y quería compañía, y tú eras una compañía espléndida.

—¡Me encantan esos libros! —protestó Radha—. ¿Dónde habría tenido la oportunidad de leerlos? —Desvió la mirada hacia mí—. Ella no está nunca conmigo. ¡Lo único que hace es trabajar!

Cada una de sus acusaciones era como una bofetada.

—Tiene que trabajar para comer. —Kanta le tomó la mano —. Y darte de comer a ti. Y a Malik. Es muy valiente y tenaz. Os parecéis mucho, ¿sabes?

¿Que nos parecíamos? Jamás se me había ocurrido que tuviéramos en común nada más allá del color de los ojos.

—Yo soy afortunada —continuó—. Nunca he tenido que trabajar para ganarme la vida. Nunca he tenido que preocuparme por el dinero. Mi padre sigue ayudándonos

cuando el salario de funcionario de Manu se nos queda corto. Mi situación es muy distinta de la vuestra. —Suspiró—. Por mucho que quisiera que la vuestra fuera diferente, no lo es. Debéis pensar en el dinero: en cómo pagar el alquiler, de dónde sacar lo suficiente para comprar unos zapatos nuevos o comida. Y eso es lo que ha hecho siempre tu hermana. Yo acepto la responsabilidad de lo que he hecho, Radha. Tu hermana no tiene la culpa. Y tú tampoco.

Radha soltó la mano de Kanta.

—¿*Jiji* concierta el matrimonio de Ravi con otra y ahora me dices tú que me deshaga de mi bebé?

Kanta se reclinó en su asiento.

—Quiero que tengas una buena vida, Radha. —Le acarició la espalda con suavidad—. Todas estamos de tu parte. Pero eres demasiado joven para ser madre. Apenas has empezado a vivir, *bheti*. Puedes hacer muchas más cosas en la vida. Cada vez son más las mujeres…

—¡Calla! —sollozó. Apretó los ojos, lo que hizo que le cayeran más lágrimas. Tenía las mejillas rojas.

Kanta se levantó. Estaba cansada.

—Dejémoslo de momento, Lakshmi.

El ventilador perdió velocidad hasta que se paró por completo.

— ¡Por el amor de Dios! —masculló Kanta—. Nos hemos quedado sin electricidad tres veces hoy. Estamos en abril y ya hace un calor horrible. —Se secó el sudor del cuello con el sari—. Ya se nos ocurrirá algo. Pero de momento esto tiene que quedar entre nosotros: tú, yo, Radha y Manu —dijo mirándome—. Radha, puedes quedarte con nosotros hasta que encontremos una solución.

No miró a nadie cuando dijo esto último, probablemente para ahorrarnos la vergüenza de reconocer la brecha enorme que se había abierto entre las dos.

Kanta se echó el *pallu* por los hombros y lo remetió por la cinturilla de la enagua.

—Un té nos ayudará a calmar los ánimos.

Recordé la fiesta de los Singh en la que había empezado todo. En la que Ravi y Radha se habían conocido. En la que Samir me dijo que tenía una cita en el palacio. Recordé las esperanzas que tenía al empezar la velada. Radha y yo

acabaríamos entendiéndonos, como hermanas. Estaba aprendiendo cómo funcionaban las cosas en la ciudad. Y yo la estaba ayudando. Pero la noche terminó de una manera muy diferente, con recriminaciones y sentimientos heridos.

No quería té. Lo que necesitaba era aclarar las ideas. Me inventé una excusa para irme y no me pasó desapercibido el alivio en el rostro de Kanta.

13

LE HABÍA PEDIDO a Malik que cancelara nuestras citas del día. No tenía que ir a ninguna parte, así que salí de la casa de Kanta y eché a andar. Estuve caminando durante horas. Sin destino. Solo podía pensar. En todos mis fallos. Había fracasado como esposa; como hija; como hermana; ni siquiera había conseguido acabar mi casa. El patio era de tierra; la verja trasera estaba a medio hacer. La cama seguía deshilachándose. Lo único que siempre había querido era tener un trabajo que me permitiera ganarme la vida yo sola. ¿Qué iba a pasar con eso ahora?

Imaginé las repercusiones que iba a tener el embarazo de Radha. Los cotilleos a mis espaldas. Los rumores que empezaban entre los sirvientes y se extendían como la pólvora hasta llegar a oídos de sus señoras, mis clientas. Las miradas nerviosas, el desprecio apenas disimulado, las acusaciones sin ambages. No podría ir con la cabeza alta. Incluso los tenderos del mercado de los refugiados podrían negarse a atenderme. Con cada hora que pasaba me sentía más impotente, preguntándome cómo iba a devolver a Samir el préstamo si mis clientas me daban de lado.

A la hora de la cena estaba en Gulab Nagar, el distrito del sexo. Al igual que en Agra, había locales para todos los gustos y todos los bolsillos. Primero estaban las chabolas cochambrosas. Prostitutas despeinadas y con enaguas hechas en casa apoyadas en las paredes o sentadas en sillas delante del portal: chicas de las aldeas de diez o doce años, fugadas o huérfanas, o las dos cosas, dos o tres rupias por preguntar. Tal vez fuera allí donde pasaba Hari los días. Ayudando a aquellas niñas de una forma que yo no había sido capaz.

Después de las chabolas venían los bungalós más aparentes, aunque se caían a trozos de viejos y abandonados que estaban. Las mujeres eran un poco más mayores, con los

ojos pintados de kohl, curtidas. Cobraban veinte o treinta rupias la noche. Se me quedaron mirando al pasar —mi ropa, mi pelo, mis sandalias— y se dieron la vuelta. Otra con buenas intenciones que iba por allí a salvarlas a ellas y a sus hijos.

Lejos de tal cosa, pensaba yo, cuando vi a una chiquilla muy maquillada delante de un bungaló rojo. Su sari naranja barato no podía ocultar su abultada barriga. Cuando me acerqué, se dio la vuelta y entró en un portal. ¿Era… no podía ser… la sobrina de Lala? Estaba viendo cosas raras, pero me hizo que me preguntara qué habría sido de las dos sirvientas que había despedido Parvati.

No tardé en llegar al otro extremo del distrito, a las casas de las cortesanas ricas, muchas de ellas musulmanas. Como mis viejas amigas, Hazi y Nasreen, aquellas mujeres estaban versadas en las antiguas artes de la música, la poesía y la danza. Atendían solo a *nawabs*, miembros de la realeza y hombres de negocios ricos. Nunca abrían hasta el anochecer y jamás al público. Una sola noche con ellas costaría mil rupias. Ellas no habrían requerido la ayuda de alguien como Hari; ellas podían permitirse médicos y especialistas. También podían permitirse comprar mis aceites capilares, mis cremas para aclarar la tez y, por supuesto, mis bolsitas de infusión, que Malik les entregaba cada mes.

Seguí andando. Media hora más tarde llegué al distrito europeo, llamado así por los franceses, alemanes y escandinavos que vivían junto a indios adinerados. Si no estaba en su oficina o en el club Jaipur, podría encontrar a Samir allí. Puede que ese hubiera sido mi destino todo el tiempo.

Busqué el bungaló blanco bien cuidado. Era un edificio demasiado pequeño para requerir una garita con vigilante. Entré en un pequeño patio bordeado de rosas de color magenta. Su aroma embriagador era más fuerte a esa hora de la noche.

Los escalones que conducían al porche eran amplios y elegantes. Cuando llamé, oí que se abrían los postigos de una ventana en la planta superior. Retrocedí y miré hacia arriba. Una joven muy guapa con un sari de georgette abrió la ventana de la primera planta. Sonreí y junté las manos a

modo de saludo.

Ella dudó un momento.

—Ahora mismo bajo.

No tardó en abrir la puerta. Era la amante de Samir, Geeta.

Todas las mujeres de Samir tenían características comunes. Eran viudas de cierta edad, bien peinadas y vestidas. Mujeres que se empolvaban la cara.

A él le habría parecido insulso un jardín con una única variedad de flor, por lo que aquellas mujeres también diferían en altura, tamaño del pecho, en la forma de la nariz o la curva de los labios. Geeta, una viuda de treinta y pocos años, tenía unos ojos grandes como nueces de areca. Su naricilla y su delicada boca, bonitas pero no fuera de lo común, llamaban la atención aún más que sus ojos. Tenía un libro en una mano.

—Siento molestarla a esta hora —dije.

Ella miró hacia la calle en ambas direcciones.

—Pase —ofreció abriendo la puerta un poco más.

—Tengo que hablar con Samir *sahib* —dije.

—Déjemelo a mí.

Creía que había ido a llevarle una bolsita de infusión.

—No he venido por eso. —Sonreí—. Tengo que hablar con él.

Ella guardó silencio un momento antes de responder.

—No está aquí.

—¿Va a venir hoy?

Nueva pausa.

—Más tarde.

—¿Puedo esperar?

La mujer dejó el libro en una consola que había en la entrada. ¿Era un suspiro lo que acababa de oír?

—Claro. Sígame —dijo indicándome una sala de dibujo.

Nada más entrar en la sala, sentí que iba a desmayarme. La sangre se me subió a la cabeza. Me dolían las piernas. Me sujeté en el marco de la puerta.

Geeta me agarró del brazo.

—*Hai Ram!* —exclamó. Parecía preocupada—. ¿Está usted bien?

Me di cuenta de que no había comido nada en todo el día

y de que me había desmayado en casa de Kanta. Me toqué el chichón de la frente.

—Me tomaría un zumo. *Nimbu pani* si tiene. —Me acomodé en una poltrona tipo *bergère*.

—Por supuesto.

Sonreí en señal de agradecimiento y apoyé la cabeza en el respaldo.

Había un reloj en la repisa de la chimenea. Oía el tictac, que después se convirtió en una suave vibración. Estaba esmaltado en color verde esmeralda y era mucho más delicado que los relojes ingleses que les gustaban a muchas de mis clientas.

—Es francés —dijo Geeta dejando un vaso con limonada dulce en la mesa que tenía a mi lado—. Mi difunto marido era francófilo. Lo inglés nunca era lo bastante bueno para Jitesh. Al final demostró que tenía razón.

Cuando sonrió, se le dibujaron unos hoyuelos encantadores y descubrí qué era lo que había atraído a Samir. Se sentó en el sofá.

Probé un sorbo y luego me tragué el resto de una vez. No había sido consciente de la sed que tenía.

—¿Otro vaso? —preguntó mientras se levantaba, pero negué con la cabeza.

—No, gracias. Estoy un poco… Si no es mucha molestia… ¿puedo tumbarme un rato, *ji*?

—¿Está enferma? —preguntó quitándome el vaso de la mano—. Puedo llamar a alguien si quiere.

—*Nahee-nahee*. Trabajo mucho… y se me ha olvidado comer hoy.

Vi que aquello no le parecía bien, pero me llevó al piso de arriba, a la que debía de ser la habitación de invitados. No había fotos, ni cuadros ni libros. Las paredes eran de color amarillo pálido. El mobiliario, consistente en una estrecha cama con un elaborado cabecero y un tocador, era de estilo imperio. Me tumbé en la cama y cerré los ojos. Al contrario que la base de cuerdas de yute de mi cama, el colchón de plumas se adaptó a mi cuerpo y me quedé dormida.

ME DESPERTÓ UN clic. Abrí los ojos y vi a Samir cerrando la

puerta. Se sentó a mi lado en la cama y me puso una mano en el brazo. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás herida?

Yo no sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. La habitación estaba oscura. ¿Estaría soñando?

—¿Qué hora es?

Estaba un poco atontada, no estaba despierta del todo, y volví a cerrar los ojos.

Se giró para consultar su reloj de bolsillo a la luz de la lámpara de la mesilla.

—Las doce y cuarto.

Suspiré.

—¿Qué es eso tan grave?

Abrí los ojos, aunque con reticencia. Samir me apartó el pelo de la frente para examinar el chichón. Su rostro estaba a pocos centímetros del mío. Vi el cerco de color cobre que rodeaba sus iris y el centro de color verde oliva. ¡Qué pestañas tan largas tenía! Y también me fijé en las arruguitas de las comisuras de los ojos, más marcadas en ese momento porque tenía el ceño fruncido. Alargué el brazo y lo alisé con los dedos, pero no los aparté después. Le acaricié la mejilla; tenía la piel suave excepto en la zona de las patillas. Le bordeé el labio inferior con el pulgar.

Él me observaba con una sonrisa perpleja.

Le devolví la sonrisa. Siempre hacía que me sintiera segura a su lado. Era la persona que siempre me ofrecía ayuda y consuelo, la que hacía desaparecer todos los problemas. Como cuando el dueño del terreno de Rajnagar no quería vender a una mujer y Samir intervino y lo convenció. O cuando me prestó el dinero para comprar mis hierbas cuando llegué a Jaipur. Siempre estaba de mi lado.

Le separé los labios con el pulgar y noté la humedad de su boca. Sin dejar de mirarme, Samir me lamió el pulgar. Contuve la respiración y él aprovechó para cerrar los labios en torno a mi dedo y lo chupó. Se me tensó el vientre. Bajé la mano y la apoyé contra su pecho y sentí el latido regular de su corazón. Llevaba desabrochados los dos botones superiores de la camisa. Introduje los dedos por la abertura y le recorrí el torso con las uñas; el corazón se le aceleró.

Se inclinó sobre mí y me rozó con los labios el escote

profundo de mi blusa. Mis pechos se inflamaron. Arqueé la espalda. Subió la temperatura de mi piel.

Lo besé. Él respondió.

Le saqué la camisa de los pantalones y le clavé las uñas en los músculos de la espalda. Él me desabrochó la blusa y metió un dedo bajo el elástico del sujetador y lo siguió hasta que dio con el broche en la espalda.

Noté su lengua cálida y húmeda sobre mis pezones y la descarga eléctrica entre las piernas. Me vibraba todo el cuerpo: la carne blanda de la axila, la zona del ombligo, la sensible cara interna de los muslos. Empujé a Samir para que se sentara. Le saqué la camisa por la cabeza y le besé los pezones. Gimió. «Así que esto es lo que se siente. Esto es lo que ella siente.»

Rodamos entre las sábanas y me puse a horcajadas encima de él. Le bajé la bragueta y lo acaricié. Gimió de nuevo y me buscó los labios. Me besó apasionadamente, explorando con la lengua el interior de mi boca, mi lengua, mi cuello, debajo de mis pechos. Soltó el cordón que me ceñía la enagua, de modo que los pliegues se deshicieron y mi sari se abrió a nuestro alrededor. Del interior salieron mi libreta, mi monedero y mi reloj de bolsillo. Samir los barrió fuera de la cama. Se quitó los pantalones. Me sujetó con los muslos. Comí con ansia de su boca, lo mordisqueé e inspiré su aliento de cardamomo. Samir hizo que me tumbara de lado para pegarse a mi cuerpo por detrás, su abdomen contra mis nalgas, y me rozó con los labios el lóbulo de la oreja y el hombro al tiempo que me acariciaba con la mano la cálida piel entre las piernas y me mecía hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, como el agua que lame la orilla. Cuando entró en mi cuerpo, ya no podía pensar en nada, solo sentir el placer. Ya no me sentía el cuerpo ni la cama. Lo sentía todo y nada al mismo tiempo.

ME DESPERTÉ SOBRESALTADA, sin saber que había vuelto a quedarme dormida. Samir estaba vistiéndose.

Durante la última hora había cerrado mi mente a todo excepto al deseo. Aún no le había dicho lo que había ido a decirle.

Cuando vio que lo miraba, sonrió y me tiró de los brazos para levantarme. Me ayudó a ponerme la enagua y el sujetador. Enganchó los ojetes que cerraban la blusa.

¿Cambiaría nuestra relación cuando le contara lo que tenía que contarle? ¿Por dónde empezar?

Tomó el sari, arrugado, lo frunció y empezó a meterlo por dentro de la cinturilla de la enagua. Sus movimientos eran seguros, precisos, como si lo hubiera hecho mil veces, que sin duda lo había hecho. Me echó el *pallu* sobre el hombro y retrocedió un paso para observar el resultado.

Sonrió y se inclinó para besarme, pero yo lo detuve apoyando la palma en su pecho.

—Samir.

Él ladeó la cabeza confuso.

—Tengo algo que…

Enarcó las cejas. Como pasaban los segundos y yo no decía nada, buscó la cajetilla de tabaco en el bolsillo del pantalón y encendió un cigarrillo. Lo vi dar una calada y expulsar el humo. A continuación se sentó en la cama y separó los brazos en un gesto que decía que era todo oídos.

Carraspeé.

—Tu hijo y mi hermana… han estado… —Miré las sábanas revueltas y él me siguió la mirada—. Han estado juntos… como nosotros.

Miró la cama y luego me miró a mí con los ojos entornados. Esbozó una sonrisa vacilante; pensaba que estaba de broma.

—Se conocieron el día de la fiesta. —Apreté los labios—. Está embarazada.

—¿Qué dices? ¿Quién?

—Mi hermana, Radha, está embarazada.

—¿Cómo que embarazada?

—Radha está embarazada. Ravi es el padre.

—Tu hermana tiene solo…

—Trece años.

—Pero… ¿cómo sabes que es de Ravi?

Era una pregunta razonable, aunque me daba rabia que me la hiciera.

Radha se había mostrado tan reservada que yo también se lo había preguntado. Pero al ver cómo resplandecía su rostro

cuando hablaba del chico, se despejaron todas mis dudas. Pero aun así. Una cosa era que yo dudara de mi hermana y otra que lo hiciera Samir.

—Yo la creo. Pero tendrías que preguntarle a tu hijo.

—¡No, no, no, no, no! —Se levantó negando con la cabeza y me señaló con el cigarrillo—. Ya hemos tenido problemas antes con chicas del servicio.

Chicas del servicio. Las palabras se quedaron flotando en el aire. ¿Esa era la opinión que tenía de Radha? ¿La opinión que tenía de mí?

«Ya hemos tenido problemas antes con chicas del servicio.» ¿Entonces no era la primera vez?

Las palabras se me amontonaron en la lengua antes de pronunciarlas en voz alta.

—¿Por eso se deshizo Parvati de la sobrina de Lala? ¿Y de Lala?

Él me miró de reojo y apartó rápidamente la vista.

Por todos los dioses. Estaba furiosa.

—¿Así es como os ocupáis de vuestros problemas? ¿Apartándolos de la vista? Mientras tu hijo sigue haciendo… ¡Y pensar que al principio no quise creer a Radha! Pero me estaba diciendo la verdad. Yo…

—Eres tú la que has dejado que ocurriera. —Frunció el ceño—. Es tu hermana.

Se dio media vuelta y miró la alfombra mientras fumaba.

—¿No puedes deshacerte del bebé? Al fin y al cabo para eso te pagamos. Para que te ocupes de esas cosas.

Una hora antes había imaginado que Samir acudiría en mi ayuda. Había supuesto que buscaríamos juntos una solución. ¡Qué estúpida había sido! Era evidente que yo había sido la primera en sugerir la interrupción del embarazo. Pero oírlo en boca de Samir me pareció cruel. ¿Le habría parecido lo mismo a mi hermana cuando lo dije yo?

Me miré las manos y me froté las palmas.

—Le he ofrecido mis hierbas, pero dice que no. Cree que Ravi va a casarse con ella.

—¡Qué tontería! Él sabe a la perfección cómo son las cosas.

—¿Que lo sabe? —Lo miré con el ceño fruncido—. Lo que hace el rey, lo repiten los súbditos.

Nada más pronunciar el proverbio, me di cuenta de que era totalmente cierto. Samir también había tenido problemas con las chicas del servicio.

Me rehuyó la mirada. Se le cayó la ceniza del cigarrillo en la camisa, pero no se dio cuenta. Señaló la cama.

—Entonces, ¿lo has hecho por eso? —preguntó señalando hacia la cama.

—¿A qué te refieres?

—¡A lo de antes!

—¡No! —Me froté las sienes—. ¿Crees que sería capaz de venir a casa de tu amante para eso…? ¿Con qué fin? ¿Que convencieras a Ravi para que se casara con mi hermana? ¿Pagarme por mi silencio?

Samir bajó la mirada y soltó el aire que estaba conteniendo.

—Lakshmi, esto es un duro golpe. Yo… El matrimonio está fuera de toda discusión.

Eso era lo que yo le había dicho a Radha. Me senté despacio en la banqueta que había delante del tocador.

—¿Has hablado con Ravi?

Lo miré.

—Creo que eso te corresponde hacerlo a ti.

Samir se rascó el cuello.

—¿Dónde está tu hermana ahora?

—Con unos amigos.

La tensión de su rostro se relajó un poco. Apagó la colilla en el cenicero de cristal de la mesilla.

—Los Sharma…

Los Sharma. Qué ironía. Había conseguido cerrar el acuerdo de matrimonio sugiriendo una solución que les había parecido bien a todos. Samir diseñaría una casa separada de la residencia principal de los Singh para Sheela y Ravi. El señor Sharma la construiría. Sin embargo, mientras yo tramaba y planeaba, Ravi y mi hermana andaban… ¿Cómo podía criticar a Samir por culparme cuando yo misma lo hacía?

Samir encendió otro cigarrillo e inhaló profundamente. Se sentó en la cama otra vez mientras me miraba.

—Está bien. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Radha no accederá a abortar, pero puede que acepte

entregarlo en adopción. Un orfanato está fuera de discusión. Tú y yo sabemos que esos sitios son poco mejor que una cárcel.

Eran muy pocas las familias indias que adoptaban. La mayoría de los niños permanecían en centros de acogida hasta que alcanzaban la mayoría de edad. Podría ser diferente si a las parejas no les avergonzara admitir que no podían tener hijos.

—Pero hay una familia para la que la adopción es una manera de salvar las apariencias y no quedar mal. —Junté las manos y me las llevé a los labios—. El palacio está buscando un príncipe heredero para adoptarlo.

—¿Te refieres…?

—El maharajá ha enviado a su hijo biológico a Inglaterra porque su astrólogo le dijo que debía adoptar al futuro rey. El bebé de Radha sería el candidato perfecto para la adopción porque un hijo de Ravi tendrá sangre real del lado de Parvati. Allí lo cuidarán, lo enviarán a los mejores colegios, lo tendrá todo. Un orfanato no puede aportarle nada. ¿No quieres tú también esa vida, y no la otra, para el hijo de tu hijo?

Hizo una mueca.

—La maharaní Indira te aprecia mucho, Samir. Confía en ti. Mencionárselo con disimulo es mejor incluso que hablarlo directamente con el maharajá. Hará como que la idea se le ha ocurrido a ella.

—Ravi es mi hijo. Lo que me pides lo expondrá a…

—Y también es el padre del hijo de Radha —dije fulminándolo con la mirada. No tenía intención de levantar la voz.

La rabia hizo que se le hincharan los orificios nasales, aunque no podría decir con seguridad si su enfado iba dirigido a mí, a Ravi o a la situación en general.

—Yo también quiero que el asunto quede en secreto, Samir. Pero tenemos que hacer un análisis de sangre que confirme la paternidad y el linaje de Ravi. Y así sabrás que Radha dice la verdad.

Me volví en el taburete y lo miré mientras me trenzaba el pelo frente al espejo del tocador. Sabía que estaba pensando en los Sharma, en si podría ocultarles el secreto y en el daño que sufriría el nombre de lo Singh de no hacerlo.

Y en el contrato con el palacio Rambagh. Si sus clientes, o los miembros del club, se enteraban del hijo ilegítimo, su forma de vida y su estatus en la sociedad correrían peligro. Samir era mi amigo y mi cliente desde hacía diez años. Siempre relajado y divertido. Verlo me subía el ánimo. Y, sin embargo, en ese momento dudé de que lo conociera realmente. ¿Sería ese, el hombre que me devolvía el espejo, el verdadero Samir, más preocupado por su estatus social que por las lecciones que pudiera estar enseñando, o dejando de hacerlo, a su hijo?

Se aclaró la garganta.

—Si no accede a abortar, ¿qué te hace pensar que estará de acuerdo con entregar a su hijo en adopción?

—Puede que no lo esté —contesté encogiéndome de hombros—. Pero como su tutora legal, puedo obligarla. —Lo miré a los ojos a través del espejo—. Y lo haré.

Me recogí el pelo en un moño en lo alto de la cabeza y empecé a sujetarlo con las horquillas.

Él fumaba.

—En el palacio son muy cuidadosos con las adopciones. Todos los tutores legales tienen que firmar el contrato. Tendré que decírselo a Parvati.

Oír su nombre hizo que se me resbalara la horquilla y que me arañara el cuero cabelludo. Carraspeé antes de decir:

—Haz lo que debas.

Separó mucho los dedos de las manos.

—Por culpa del be…

Se detuvo. Era evidente por la mueca que le afeaba la boca que la mera palabra le desagradaba.

—Tendremos que enviar a Ravi a Inglaterra antes de lo que pensábamos. Cuanto más lejos del escándalo, mejor. Sería muy fácil que este único error empañase el resto de su vida.

—¿Y qué hay de la reputación de Radha? —le espeté—. ¿Acaso no va a empañar el resto de su vida?

La sangre me hervía en las venas. Me desagradaba mucho aquel Samir, que no tenía para nada en cuenta el futuro de mi hermana.

Lo lamentó de inmediato. Quería que las mujeres de su vida lo amaran, lo adoraran, lo respetaran.

—Lo… lo siento, Lakshmi. Ha sido un mazazo. No tenía ni

idea de que los dos… Está claro que es joven, tu hermana, quiero decir…

Extendió el brazo como si pretendiera consolarme tal vez, pero yo lo aparté furiosa. Se quedó boquiabierto y me miró como si lo hubiera abofeteado.

Me levanté de la banqueta. El odio, hacia él y también hacia mí, me consumía. ¡Cómo podía haberme tomado tan a la ligera la infidelidad, por su parte y la de sus amigos, permitiendo que engañaran a sus mujeres! ¡Durante diez años! Los había ayudado a deshacerse de los bebés de sus amantes con la facilidad con la que se sacudían una mota de polvo del pantalón. Y yo lo había justificado al tomármelo con una transacción económica. Para mí, cada venta había significado una nueva capa de yeso en la pared o una nueva sección del suelo de terrazo de mi casa. Cuando las bolsitas eran para las cortesanas, al menos, lo hacía para mujeres que se ganaban la vida con su cuerpo y no podían permitirse parar por estar embarazadas.

Sentí como un sarpullido en la piel. Recordé los sitios en los que Samir me había tocado, besado, acariciado, y me estremecí. De repente quería alejarme de él todo lo posible. Busqué mi libreta y mi monedero, y me los guardé en la enagua.

—Mira, sé que no ha estado bien por mi… Lakshmi, por favor, no te vayas así…

Jamás podría volver a mirarlo sin sentir asco y vergüenza. No podía soportar estar en la misma habitación. Fui hacia la puerta.

Él me siguió.

—¿Y si… y si es una niña?

No tenía una respuesta. Seguí caminando.

Dudaba que siguiera sufriendo por lo que había ocurrido mucho más tiempo. Sacudiría la cabeza y su vida continuaría como hasta entonces. La próxima vez que fuera a visitar a la maharaní, ella lo recibiría con una sonrisa y él la conquistaría con una broma y una botella de aceite de babchi. Ravi, que ya había dado muestras de seguir por el mismo camino que su padre, seguiría acostándose con chicas demasiado inocentes como para saber que no eran nada para él.

Salí de la habitación y me asusté cuando Geeta emergió de entre las sombras delante de mí. Me había olvidado por completo de ella y de las sábanas que habíamos manchado Samir y yo en su casa. Estaba tan cerca de mí que le veía las pestañas, húmedas y apelmazadas.

—No vuelva por aquí nunca más —dijo con voz temblorosa. Era una orden.

—Descuide —respondí yo.

La rodeé, seguí por el pasillo y salí a la calle en mitad de la noche.

14

28 de abril

SABÍA QUE KANTA no aprobaba mi negocio de las bolsitas de corteza de raíz de algodón y que, en el fondo de su corazón, quería que Radha tuviera a su hijo. Además, se sentía responsable por la situación en la que se encontraba y quería ayudar llevándosela de la ciudad hasta que diera a luz.

Así que no protesté cuando me preguntó si podía llevarla a Shimla, a donde iba todos los veranos para escapar del calor y el polvo de Jaipur. Ese año había decidido marcharse a principios de mayo, mucho antes de lo que tenía previsto.

La semana siguiente me llegaron dos cartas.

2 de mayo de 1956

Lakshmi:

La maharaní Indira se reunirá contigo. Le he mencionado una posibilidad de adopción, pero te dejo a ti los detalles. Si está de acuerdo, el palacio pedirá que un médico lleve el control del embarazo y se asegurará de que la salud de la madre no se vea comprometida en ningún momento. Me dijiste que la señora Kanta Agarwal pretendía irse a Shimla con Radha para que diera a luz allí, y se me ha ocurrido que Kumar podría actuar en representación del médico del palacio mientras esté allí. ¿Estarías de acuerdo? El médico ya le ha sacado sangre a Ravi. La del bebé tiene que coincidir.

He hecho algunas llamadas en nombre de mi hijo. Esta semana viaja a Inglaterra. Terminará sus estudios en Eton.

Samir

La segunda carta era de Hari. Era una sentencia firme de divorcio que le había enviado. La había firmado. Se la enseñé a Malik.

—No volverá a molestarte, jefa —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Me he ocupado de ello.

No quiso decir nada más.

DELANTE DE LA puerta de la sala de la maharaní Indira, Malik me señaló el sari para recordarme que me cubriera la cabeza. Y después me pellizcó las mejillas, algo que me pilló totalmente por sorpresa.

—Para que tengan color —dijo.

Sabía que la reunión con la maharaní me ponía muy nerviosa y trataba de infundirme ánimos a su manera. Yo sabía que tenía los ojos hinchados y que tenía ojeras. Llevaba una semana durmiendo muy mal, muerta de preocupación por lo que pudiera decidir la reina sobre el bebé de Radha. Llevaba una semana sin aplicarme aceite en el pelo y no había manera de domarlo.

Me metí la mano en la enagua por enésima vez buscando el reloj de bolsillo antes de recordar que debía de estar en algún rincón de la casa, pero no había sido capaz de encontrarlo.

El sirviente me indicó que entrara. La maharaní Indira me esperaba en el mismo sofá y en la misma postura de la primera vez. La maharaní Latika se había recuperado por completo y ya no requería mis servicios en el palacio. Hacía varias semanas que no veía a ninguna de las dos.

Igual que la vez anterior, la maharaní estaba jugando al solitario, las cartas dispuestas en filas sobre la mesa baja de caoba. En esa ocasión llevaba un sari de color amarillo caléndula de seda y blusa a juego con unas pequeñas hojas de distintos tamaños en color topo. En el cuello un collar de perlas de cinco vueltas que se abrochaba en el centro con la amatista más grande que había visto nunca.

Madho Singh estaba en su jaula, emitiendo ruiditos sordos que sonaban como si estuviera mascullando. Tenía la puerta abierta.

Saludé a la maharaní con un namasté y me incliné para tocarle los pies. Ella me indicó el sofá contiguo. Ese día le estaban yendo mejor las cartas. Tenía casi todas boca arriba, en filas ordenadas, una buena señal.

—*Madho Singh* se ha portado muy mal todo el día. Nos ha estado robando las cartas en la partida de bridge —dijo. Y a continuación lo miró y añadió—: *Badmash*.

El periquito se paseaba de un lado para otro en su columpio con la cabeza gacha.

—Pájaro malo.

Parecía triste y alargaba cada sílaba como para enfatizar su profundo arrepentimiento.

La maharaní me miró, pero ladeó la cabeza en dirección al pájaro.

—Es tan peculiar como el hombre del que toma el nombre. En la coronación del rey Eduardo, mi difunto marido insistió en llevar agua del Ganges para no tener que bañarse en esa «inmunda agua inglesa», palabras textuales. —Puso un diez de tréboles encima de una jota—. Para terminar de empeorar las cosas, llevó el agua en unas urnas de plata ridículas. Yo sabía que los ingleses iban a burlarse de él, pero ¿me escuchó?

Dirigió una mirada hosca al periquito.

—Pájaro malo —repitió *Madho Singh,* como si también hubiera sido el responsable de esa idiotez.

La maharaní se volvió hacia mí.

—No tiene buen aspecto, querida —dijo con lo que me pareció compasión sincera—. Tiene que cuidarse más.

—Estoy bien, alteza, solo un poco cansada.

Había un cuenco de cristal con pistachos salados en la mesa a la derecha de las cartas. La maharaní seleccionó unos cuantos y los hizo rodar en la palma, echó la cabeza hacia atrás y se metió uno en la boca con pericia. Masticó mientras me observaba. Al menos ella sí parecía descansada y fresca. Había oído que acababa de regresar de París.

—Ha concluido con éxito una enorme proeza en un breve período de tiempo, señora Shastri. El maharajá está impresionado. Latika se ha recuperado y está llena de energía y de ganas de hacer cosas. Sale casi a diario a ejercer sus tareas reales en ceremonias oficiales, besar bebés o cortar el lazo en diversas inauguraciones. Y yo… —se echó otro pistacho a la boca y lo masticó— soy libre como un *oiseau*.

Se rio por lo bajo.

—Me alegra haber sido de utilidad.

—Antes de que Samir me sugiriera sus servicios, su alteza estaba pensando en enviar a Latika a Austria a ver a un especialista. ¡Habría sido vergonzoso! Estoy segura de que

convendrá conmigo en que es mejor que las familias laven los trapos sucios en casa.

«Y que lo diga», pensé, pero me callé.

Un sirviente entró con el té y lo sirvió. En las visitas anteriores, la maharaní esperaba a que se le enfriara el té, pero en esa ocasión dio un sorbo en cuanto lo sirvieron. No había comido nada y mi cuerpo aceptó de buena gana la bebida, infusionada con vainilla y azafrán.

—Y así llegamos a otro caso de trapos sucios. Samir Singh me ha hablado de cierto bebé concebido fuera del matrimonio que nacerá en octubre. Un bebé con sangre real. Que podríamos considerar adoptar como príncipe heredero.

Esperó un momento antes de continuar.

—Cuando le he preguntado que cómo podíamos estar seguros de su linaje, me ha asegurado que un análisis de sangre lo demostrará. Pero al pedirle más detalles, me ha dicho que hablara con usted, querida. Y dígame, ¿por qué continúa intercediendo por una mujer de la que solo sabemos que es una artista de la henna?

Sentí que el calor me subía por el cuello.

—Empiezo a pensar que es posible que su talento vaya más allá de su arte —continuó, bajando la vista de un modo significativo hacia mi estómago.

Dejé la taza y el plato en la mesa.

—El bebé no es mío, alteza. Es de mi hermana pequeña, que es menor de edad. Yo soy su tutora legal. Por culpa de mi negligencia, estuvo con el hijo mayor de los Singh, Ravi, sin supervisión.

—Ah.

—El bebé tendrá sangre rajput y finos rasgos, alteza. Todos los tutores implicados están de acuerdo.

La maharaní sacó un delicado pañuelo de entre los pliegues de su sari y se limpió los restos de sal de los dedos. Cuando terminó, el pañuelo desapareció de nuevo entre los pliegues de tela.

—Entiendo —dijo tomando la taza.

—Usted conoce bien a los Singh. Conoce su pasado y su pedigrí, alteza —dije—. Los Shastri pertenecen a la casta brahmán. Mi hermana, Radha, asiste a la escuela de la maharaní gracias a una generosa beca concedida por la

maharaní Latika.

—¿Y qué tal le va?

—Primera de la clase, alteza.

La reina suspiró.

—Una pena.

No estaba segura de a qué se refería.

—¿Alteza?

—Tenía la esperanza de que fuera usted la madre. —Sonrió y se encogió de hombros de un modo encantador—. Muy bien. Ya lo he hablado con su alteza. Como Samir es su favorito, el maharajá ha consultado a sus consejeros y ha aceptado el acuerdo, a falta de lo que resultara de esta entrevista y del test de paternidad, por supuesto.

Solté un largo y lento suspiro.

Empujó a un lado la taza de té y su platillo, y llamó al sirviente que se había quedado esperando discretamente. Depositó una bandeja de plata delante de ella. Además de un taco de papeles y una pluma, en la bandeja había un cuenco de plata con un líquido rojo dorado, una cucharilla también de plata y dos servilletas de tela.

La maharaní sacó del escote las gafas de medialuna. En cuanto se las puso, su aspecto se tornó más severo, lo que creo que era intencionado. Antes de entregarme los papeles, los examinó brevemente, aunque yo sabía que debía de haberlos estudiado a conciencia, línea por línea, antes de la reunión.

Jamás había visto los documentos de adopción de la familia real y tampoco había esperado verlos nunca. El contrato contenía frases como «las relaciones legales del niño», «cesión permanente de la responsabilidad parental» o «acceso prohibido a la familia biológica». Una cláusula en la página tres especificaba los atributos físicos obligatorios: peso, altura y longitud al nacer, frecuencia cardíaca y, por supuesto, el sexo del bebé, que tenía que ser hombre. Samir había preguntado qué ocurriría si Radha daba a luz una niña. Sabía que ni él ni yo teníamos la respuesta, pero me negaba a pensar en ello. Puede que hubiera sido poco previsor por mi parte, pero sabía que Samir tampoco quería pensar en la posibilidad y por eso había dejado el tema estar.

Había una cláusula larga que especificaba el papel que

tendría el médico del palacio. En particular tenía que certificar que los órganos sexuales del bebé estuvieran sanos y que su identidad genital no fuera ambigua. Era consciente de que esto último era para evitar un futuro hijo *hijra* o intersexual en la familia real.

En la página cuatro se dejaba claro que si alguna de las condiciones anteriores no cubría las expectativas del palacio, el contrato se declararía nulo y la familia real quedaría exonerada de cualquier responsabilidad y obligación económica, y las obligaciones se especificaban en la página seis.

Además del coste del parto, la madre biológica o su tutor recibirían treinta mil rupias. Se me nubló la vista al ver la cantidad. Treinta mil rupias. En la vida se me había ocurrido que fueran a ofrecernos semejante compensación. Treinta mil rupias bastaban para pagar la educación universitaria de Radha; podría estudiar en el extranjero. Seguí leyendo: si el contrato se cancelara por cualquier motivo, yo, como tutora legal, tendría que pagar las facturas hospitalarias. Me mordí el labio. No iba a entrar a valorar la posibilidad por la simple razón de que no podía permitírmelo.

—Debo preguntárselo, señora Shastri. —Las gafas se le habían caído hasta la mitad de la nariz. Me indicó los documentos con un gesto—. ¿Duda de que el contrato que le presentamos sea justo?

Sentía un sudor frío en la frente, pero resistí la tentación de secármela con el sari. Estaba haciendo lo mejor para Radha, pero la entrega del bebé se convertía en algo real al verlo por escrito en un documento formal.

—Perdóneme, alteza —dije con toda la humildad que pude—, es que nunca había tenido la responsabilidad de firmar unos documentos tan importantes. Confío en que no se ofenda por querer dedicar a los detalles la atención que merecen.

—Como desee.

Empezó una nueva mano de solitario mientras yo leía.

PARA CUANDO TERMINÉ, la maharaní había empezado la tercera mano. Ordené el taco de papeles y los posé sobre la mesa, con

todos los bordes perfectamente alineados. Hacía rato ya que se habían llevado el servicio de té. La maharaní reunió todas las cartas en un solo mazo.

—¿Satisfecha? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, gracias.

Se ajustó las gafas, destapó la pluma y estampó rápidamente su firma en los tres lugares designados. A continuación me entregó la pluma. Las dos primeras firmas fluyeron con facilidad, como si estuviera dibujando con henna y no firmando un documento que influiría tremendamente en el tipo de persona en la que se convertiría aquel bebé, el tipo de vida que llevaría y el destino que lo esperaba.

Sobre la última línea de firma, sin embargo, mi mano, acostumbrada a deslizarse con suavidad por la piel, vaciló. En vez del alivio que pensé que sentiría, se apoderó de mí la ansiedad: estaba a punto de entregar una vida, un ser vivo, como cuando regalaba los saris viejos a las mujeres que pedían limosna en Choti Chuppar.

Iba a entregar al bebé de Radha para siempre. No conocería a su madre. Lo educarían en el palacio, lejos de cualquier familiar directo. El hijo de Radha, mi sobrino, estaría al cargo de dos reinas, cada una con motivos para tener celos de él. La maharaní Latika no lo perdonaría por haber desplazado a su propio hijo y la maharaní Indira se vería obligada, una vez más, a aceptar en la familia a un niño que no era de su propia sangre. Cuando se despertara por una pesadilla, su madre no estaría allí para tranquilizarlo y ayudarlo a dormirse de nuevo con caricias, no le diría cosas dulces al oído, no le cantaría nanas como hacía mi padre.

Cuando intentara dar sus primeros pasos y se cayera, su verdadera madre no lo colmaría de besos ni le acariciaría la mejilla. En sustitución tendría abnegadas amas de cría, niñeras e institutrices. Teníamos que confiar, pero no había garantía de nada.

¿Cómo podía haberme parecido una solución tan lógica una semana antes?

Hacía fresco en la habitación; oía el suave zumbido del aire acondicionado. Y aun así yo estaba sudando. La ligera incomodidad en las sienes no tardaría en tornarse en dolor de cabeza. Cuando me pasé la lengua por la boca, sentí los labios

ásperos como la arena.

—¿Podría tomar un vaso de agua, alteza?

Era una impertinencia pedirlo, pero no podría continuar si no bebía.

La maharaní me observó con curiosidad, pero pidió el agua. El sirviente llenó un vaso de una jarra y me lo dio. Por alguna razón, mientras bebía me acordé de la noche en que le había contado a Samir lo del bebé. La mirada de terror, rabia y vergüenza que vi en sus ojos. Pensé en los orfanatos y en los niños con los ojos solitarios y la boca apretada. Criarse en un palacio sería mejor que eso, sin duda. No nos quedaba otra opción a ninguno. Antes de que cambiara de opinión, garabateé mi nombre y aparté los documentos.

La maharaní se quitó las gafas y dio unas palmaditas en el cojín que tenía al lado.

—Acérquese, señora Shastri. Vamos a sellar el contrato. —Giró levemente la cabeza a un lado para incluir al periquito —. Tú también puedes acompañarnos.

El tono de su voz indicaba que había perdonado a *Madho Singh.* El pájaro salió volando de la jaula y aterrizó en la mesita.

Su alteza tomó una cucharada del líquido rojo dorado y se sirvió en la palma de la mano, la acercó a los labios y sorbió con destreza. *Madho Singh* ladeó la cabeza para observar. Estaba expectante, nervioso, saltando sobre un pie y sobre el otro. Supuse que habría presenciado muchas otras ceremonias como esa.

La reina se limpió la mano con una servilleta limpia, se sirvió otra cucharada en la palma y me la tendió.

—Beba —ordenó.

Yo obedecí y sorbí ruidosamente y con muy poca elegancia de su mano. El líquido no olía a nada y sabía dulce. Enarqué las cejas sin atreverme a preguntar.

—Opio líquido —dijo con una sonrisa y un brillo malicioso en los ojos—. Si es lo bastante bueno para que los maharajás lo usen para sellar un trato, es bueno para nosotras.

Le dio una cucharadita más pequeña a *Madho Singh,* que se lamió el pico con la lengua negra cuando se lo terminó. Agitó las alas y chilló:

—¡Namasté! *Bonjour! Welcome!*

Sentí que una extraña calma se apoderaba de mí y que se me pasaba el dolor de cabeza.

—Una cosa más —dijo la reina reclinándose sobre los cojines.

—¿Sí?

—Un hombre llamado Hari Shastri.

El corazón me dio un vuelco y estaba segura de que no se debía al opio.

—El chef me ha hablado de un primo hermano suyo, que se apellida Shastri, un alma caritativa por lo que he entendido. Se dedica a ayudar a las mujeres de Gulab Nagar, lo que es un alivio, porque no podemos reunir médicos suficientes para atenderlas a todas. A petición del chef, en realidad me lo ha suplicado, he aceptado contribuir económicamente a la labor del señor Shastri. Todo el mundo tiene derecho a ganarse la vida, *n'est-ce pas*? —Sonrió—. Y de repente el chef ha aprendido a condimentar la comida justo como a mí me gusta. ¡Un buen negocio!

Así que ese era el plan que Malik mantenía celosamente en secreto. Había sobornado al chef del palacio, supuse que con la promesa de suministrarle productos a un precio menor, para que convenciera a la maharaní para que ayudara a Hari y evitar que siguiera pidiéndomelo a mí.

La reina frunció los labios.

—Shastri no es un nombre muy habitual en Rajastán. ¿No será pariente suyo por casualidad?

La miré a los ojos y no pestañeé al responder:

—No, alteza.

Ella me observó detenidamente un momento antes de decir:

—Lo que yo pensaba.

15

6 de mayo

DECIDIMOS QUE KANTA se encargaría de contarle a Radha lo del contrato de adopción. Me sentí aliviada cuando me enteré de que mi hermana se había mostrado conforme. Si se lo hubiera dicho yo, dudo que me hubiera escuchado. Kanta y yo también acordamos no decirle que sería la familia real de Jaipur la que lo adoptaría. Me preocupaba que se dedicara a merodear por los alrededores del palacio para verlo si se enteraba. Samir me había dicho que antes de que Radha se marchara a Shimla, la había visto en la entrada de su casa con la esperanza de ver a Ravi.

6 de mayo de 1956

Estimado señor Kumar:

Una vez más nos encontramos colaborando en circunstancias difíciles. Tal vez recuerde la conversación que mantuvimos el pasado mes de diciembre, en otra situación complicada, cuando me preguntó si mis hierbas tenían algún beneficio medicinal. Parece que ahora mi hermana necesita más la medicina que practica usted que la que practico yo.

El señor Singh me ha dicho que va a representar al médico del palacio en Shimla y que controlará el avance del embarazo de mi hermana e informará a la familia real. Me gustaría hablar con usted en persona en vez de hacerlo por carta, pero espero que esté presente durante el parto. Sé que entiende lo delicada que es la situación y la necesidad de que se mantenga en secreto, incluso, o especialmente, con Radha. Prefiero no decirle quién va a adoptar a su hijo hasta que no sea absolutamente necesario, o a menos que lo sea.

Radha tiene trece años. No ha tenido viruela, sarampión ni paperas. No es alérgica a ningún medicamento ni hierba, pero tiene debilidad por los fritos; tal vez pueda convencerla de que el bebé no tiene por qué sentir la misma debilidad. Le gusta mucho dormir, puede tener la seguridad de que descansará lo necesario durante el embarazo. Es una chica alegre por lo general y tiene una mente inquieta y curiosa. Le encanta leer, una costumbre que ha contribuido a desarrollar su imaginación, pero también le ha

proporcionado unas ideas un tanto frívolas.

Recibirá esta carta cuando Radha llegue a Shimla. La acompaña mi querida amiga Kanta Agarwal, que está deseando conocerlo y recibir también sus excelentes cuidados. El bebé de Kanta nacerá un mes antes que el de mi hermana, una alegre circunstancia, y las dos están muy unidas, algo que me tranquiliza. Kanta conoce las estribaciones de los Himalayas y Shimla, ya que solía ir con su familia en vacaciones para disfrutar del aire fresco de las montañas y alejarse del polvo de Jaipur, que le provoca asma. Manu Agarwal, su marido, irá de visita cada pocas semanas.

Le estoy muy agradecida, doctor Kumar, por tratar a Radha como si fuera su propia hermana. Estoy en deuda con usted.

Hasta que volvamos a vernos, no dude en contactar conmigo si tiene alguna pregunta vía correo postal o a través del teléfono del señor Singh.

Atentamente,
Lakshmi Shastri

16

23 de julio

REVISÉ EL CORREO. Otra carta de Kanta. Otra del doctor Kumar, que cada vez eran más largas y frecuentes. Seguía sin tener noticias de Radha, aunque no perdía la esperanza. Para mi sorpresa, la echaba de menos. Echaba de menos verla, sentada en la cama con las piernas cruzadas, leyendo *Jane Eyre* con el ceño fruncido de lo concentrada que estaba. O preparando *laddus* en el fuego mientras charlaba alegremente con Malik. Quería decirle muchas cosas. La señora Patel tiene un nuevo cachorro de pastor alemán. La señora Pandey ha encontrado trabajo vendiendo máquinas de coser.

Lo irónico del tema era que Radha era quien escribía las cartas que Kanta me enviaba cada semana; mi amiga se mareaba cuando se ponía a escribir. Así que cuando las leía, me imaginaba a mi amiga dictándole desde el diván a toda velocidad, entre risas, mientras que Radha se esforzaba en seguir el ritmo. Casi me convencía de que la carta era de mi hermana.

18 de julio de 1956

Querida Lakshmi:

¡Llevaría a Radha al paseo de Shimla con más frecuencia si no se gastara todo mi dinero! Quiero que aprenda a apreciar la hermosa arquitectura de estilo Tudor que nos rodea, pero la atraen las cosas de bebé como la hierba a un conejo. Ayer llegó con un *topa* himachal tan grande que será este el que lleve al bebé y no al revés. (¡Se está riendo!)

Gracias a Bhagaván que se me ha pasado un poco la alergia al polvo, como me pasa cuando vengo a Shimla. Si me hubiera quedado el verano en Jaipur, no habría podido respirar. El médico del hospital Lady Reading, el doctor Kumar (un hombre maravilloso, como dijiste), dice que debo tomármelo con calma porque todavía me sale alguna mancha. Así que mientras Radha anda por ahí trepando por los montes como una cabra, yo tengo que quedarme en el sofá como un oso del Himalaya. ¡Y empiezo a parecerme a uno con toda la leche de rosas que tomo!

Te alegraría ver lo rosadas que tiene tu hermana las mejillas (se sonroja mientras lo escribe). Incluso se le ha aclarado la piel. La semana pasada, el doctor Kumar dijo que su bebé es un todoterreno en el campo de críquet; se le va a dar bien batear y lanzar. Radha pensó que eso explicaba lo que hace dentro de su barriga por las noches y no la deja dormir. Espero haber hecho bien al traerme el tomo de la *Anatomía de Gray* para que vea cómo se van desarrollando nuestros bebés dentro de nuestro cuerpo. Si no te parece bien, lo guardaré. Cada pocos días, Radha llega con un montón de libros que saca de la biblioteca bajo el brazo. La mayoría son ejemplares que se dejaron aquí los ingleses. Su inglés es muy bueno y cada vez veo más cerca de cumplirse tu predicción de que, algún día, Radha será escritora o profesora.

Bueno, Uma acaba de traernos nuestra leche de rosas (no le digas a mi suegra que al final me gusta esta cosa), así que es hora de que me vaya a la cama. Radha también te dice adiós.

Con cariño,
Kanta

P. D.: Baju le dictó una nota a un escriba y me pide que le mande un pasaje para venir a Shimla. Amenaza con dejar el trabajo porque *saasuji* se está volviéndolo loco de remate. ¿Lo ves? ¡No soy la única que quiere escapar de sus garras!

Le di la carta a Malik y abrí el otro sobre.

17 de julio de 1956

Mi querida señora Shastri:

En sus cartas menciona usted lo mucho que le gusta leer a Radha. ¡No exageraba! El martes pasado me la encontré cuando salía de la biblioteca cargada con una bolsa en la que debía llevar la mitad de los libros que cabían en ella y se mostró ansiosa por mostrarme. Si no recuerdo mal, llevaba un libro de poemas de Elizabeth Barrett Browning, los *Cuentos de Canterbury*, el *Frankenstein* de Mary Shelley y las *Fábulas* de Thurber. ¡Me quedé maravillado con sus ecléctico gustos! Soy consciente de que no soy más que un médico a sueldo, un cuidador temporal de su hermana, no cualificado para hacer recomendaciones fuera del entorno médico, pero confío en que me permita una sugerencia: póngale un profesor particular. Radha muestra una habilidad inusual para entender los conceptos literarios y puede hablar sobre los poetas isabelinos con los mejores. Sería una burla que se retrasara en los estudios por su desafortunada situación.

Como ya le he dicho repetidas veces en mis cartas, estoy muy interesado en aprender las terapias homeopáticas en las que está usted tan versada. (A lo mejor no está de más pedirle disculpas atrasadas; me refiero a la corteza de raíz de algodón.) Es preocupante que los habitantes de los Himalayas confíen únicamente

en los remedios populares cuando podrían buscar tratamiento médico en el hospital Lady Reading. Ayer vi en el paseo a un niño gaddi con un caso de dermatitis aguda, y su madre me dijo que le estaba tratando con polvo de hojas de albahaca morada. Era evidente que no le estaba haciendo nada. Se negó a probar un ungüento antiséptico que le sugerí, incluso me ofrecí a llevárselo personalmente al día siguiente. Tal vez tenga una recomendación herbal que pueda servirme. Le agradecería mucho su opinión.

Puede estar tranquila de que el embarazo de su hermana progresa de forma adecuada. Está muy sana, hace mucho ejercicio y come bien. Es un placer cuidarla. Estoy ansioso por recibir su próxima carta y sus sugerencias para tender puentes entre la medicina del viejo y el nuevo mundo.

Su amigo,
Doctor Jay Kumar

P. D.: Gracias por enviarme el emplasto de mostaza. Mi tos se ha suavizado mucho. Sin embargo, tenía el pecho que parecía que lo hubieran mojado en huevos batidos para rebozar en la sartén.

Tomé nota mentalmente de decirle en la próxima carta que mezclara polvo de nim con agua de rosas, que formaba una pomada antiséptica con un olor dulce, una cura que las mujeres de las montañas preferirían al ungüento de olor medicinal que él les proponía.

Rogué que los dos bebés nacieran sanos mientras guardaba la carta en su sobre. Pese a mi escepticismo, había empezado a confiar algo más en los dioses.

Oí el timbre de una bicicleta fuera. Salí a la puerta y el mensajero de los Singh me entregó un paquete pequeño envuelto en papel marrón.

Era de Samir. Se me cayó el alma a los pies. Había intentado verme en varias ocasiones. Me había enviado notas. Incluso había ido a mi casa, pero yo no le había permitido entrar, así que me había hablado a través de la puerta; me había pedido disculpas por lo que me había dicho aquella noche en casa de Geeta. Quería que todo volviera a ser como antes. Puede que quisiera tenerme en su cama otra vez. O tal vez quisiera más bolsitas de hierbas. Ya no me interesaba saberlo.

Abrí el paquete. Era una caja con una pluma idéntica a la que le había regalado yo a Radha cuando empezó a ir a la escuela. Dentro estaba la misma pluma de color naranja

veteado que imitaba el mármol. *Wilson 1st Quality Fine.*

¿Cómo había llegado a las manos de Samir la pluma de Radha?

Miré dentro del paquete, pero no había ninguna nota.

La tibia reacción de Radha al recibir el regalo me había dolido. «Si la pierdo, te enfadarás.» ¿Al final era verdad que la había perdido y Samir la había encontrado?

Entonces lo entendí.

Debió de regalársela a Ravi cuando aún se veían en secreto. Pero entonces, ¿por qué se la había devuelto? ¿O lo habría obligado Parvati?

O puede que cuando se enteró de que estaba embarazada, Radha le pidiera al guarda de los Singh que se la entregara a Ravi con la esperanza de que volvieran a verse. Y Samir la había devuelto sin enseñársela a Ravi.

Fuera como fuera, su rechazo debía de haber herido los sentimientos de mi hermana. Me dio mucha pena.

—Ay, Radha —susurré.

LA SEMANA SIGUIENTE borré el nombre de la señora Gupta de mi libreta.

Malik estaba delante de mi mesa de las hierbas, en mi casa de Rajnagar, jugueteando con una canica.

—Me ha dicho que ahora la henna le da alergia —me explicó.

Me quedé mirándolo sin dar crédito.

—¿Qué? ¡La señora Gupta es clienta fiel desde hace seis años! Le hice la henna a su hija cuando se casó ¡y cuando tuvo a su hijo! —Fruncí el ceño—. Mi henna no le ha dado alergia a nadie.

Malik se encogió de hombros. Había crecido quince centímetros en los últimos seis meses y su coronilla me llegaba a la barbilla. Ya no parecía que tuviera ocho años, como le había dicho a la maharaní Indira. Yo le habría echado diez. Como él tampoco lo sabía, ahora decía que tenía nueve. En cualquier caso, tenía que cortarle el pelo y comprarle ropa.

—¿Y la señora Abdul? El cumpleaños de su hija es dentro de poco.

—Dice que lo lamenta —respondió él. Lanzó la canica por el suelo de la habitación y salió corriendo tras ella.

—¿Por qué?

—No lo ha dicho. —Se mordió el interior de la mejilla—. Y la señora Chandralal se va a Europa todo el verano, así que tampoco podrás contar con ella.

—¿Todo el verano? —suspiré—. Eso son cinco cancelaciones esta semana.

Solía tener menos trabajo con la henna en los meses de junio y julio, porque muchas de mis clientas cambiaban el infernal desierto por las montañas del norte o iban a visitar a los parientes que vivían en el extranjero. Pero remontábamos en agosto. ¿Cómo es que no me estaban pidiendo cita para la ceremonia del *rakhi*? Las mujeres se decoraban las manos ese día para atar una pulsera en la muñeca de sus hermanos. En otoño solía estar ocupada haciendo mandalas para los festivales de Dussehra y Bagapanchaka, pero hasta la fecha solo tenía dos reservas. Y tampoco tenía a nadie para el Diwali, el Festival de las Luces, cuando normalmente tenía la agenda llena durante dos semanas enteras.

Perder a Parvati como clienta no me había sorprendido. No había vuelto a saber nada de ella desde el día que me la encontré en la puerta de la oficina de Samir. Sabía que cuando este le contara lo que había ocurrido entre Radha y Ravi no volvería a contar con mis servicios. Pero confiaba en su discreción; dadas sus conexiones políticas, tenía mucho que perder si el escándalo salía a la luz.

Pero ¿por qué las clientas de muchos años, las que competían por los pocos huecos libres que me quedaban en la agenda, estaban cancelando o directamente no me pedían cita? Las curiosas, que solo querían enterarse de la vida de la maharaní Latika, no contaban. Siempre había sabido que dejarían de venir cuando se pasara la novedad. Era un lujo caro.

Miré a Malik desconcertada.

Lanzó la canica al aire y la atrapó.

—A ver qué puedo averiguar.

LA SEÑORA PATEL seguía siéndome fiel. No había cancelado ni

una cita. La artritis le había desfigurado las manos y confiaba en que yo pudiera ocultarlo un poco con la henna. Era la única muestra de vanidad que tenía. Y le encantaban los *laddus* de judías mungo y las *pakoras* de repollo que le daba para aliviar el dolor de las articulaciones.

Ese día estaba dibujándole una flor de loto en el centro de la palma cuando, de repente, carraspeó.

—¿Va todo bien, Lakshmi?

—Sí, *ji*. Gracias por preguntar.

—¿No tienes… problemas de dinero?

¿Aparte de por el descenso de ingresos?, ¿de las clientas que cancelaban citas todos los días con excusas ridículas?, ¿de que le debiera a Samir diez mil rupias, el doble de lo que le debía en un principio?, ¿y de que Parvati no me hubiera pagado aún mi comisión por concertar el matrimonio de su hijo? Me dieron ganas de reírme, pero me contuve, pues habría dado la sensación de que estaba loca.

—¿Por qué lo pregunta?

—Una, bueno… se oyen cosas.

Parecía avergonzada y miró al pastor alemán que estaba tendido a sus pies, el perro del que le había hablado a Radha.

El corazón se me aceleró. Le dibujé unas hojas de albahaca morada alrededor de los dedos.

—¿Cosas?

—Los rumores se extienden con facilidad.

Estaba totalmente alerta.

—¿Y qué es lo que ha oído, *ji*? —pregunté mientras dibujaba un tercer ojo en el dorso de cada mano para mayor seguridad.

—Te acusan de robar —respondió ella en un susurro para que no la oyeran los sirvientes.

Erguí la espalda y la miré con más calma de la que sentía.

—¿Quién me acusa?

—Se lo he oído decir a mi cocinera, por lo que puede que la información no sea fiable. La gente dice que le han desaparecido unas pulseras de oro a la señora Prasad. Y también un sari bordado con hilos de plata.

¿Quién haría correr esos rumores? Ninguno era cierto, pero poco les importaba eso a los chismosos.

—Un collar desapareció después de tu visita en casa de la

señora Chandralal. Eso es lo que ha oído mi guarda.

Fruncí el ceño.

—Llevo diez años trabajando con todas esas mujeres. ¿Por qué, de repente, iba a empezar a robarles? No me hace falta robar… Tengo mi propia casa.

La mujer bajó la cabeza y se miró las manos.

—Pues…

—Por favor.

—También se oyen habladurías sobre eso… ¿Cómo puedes permitirte una casa a menos que les estés robando a otros? —Puso la mano que aún no le había pintado sobre la mía. Tenía la piel fría. O eso, o es que mi piel ardía. Me aparté—. Lakshmi, quiero que sepas que yo no creo una palabra, pero pensé que debías saber lo que van diciendo por ahí.

Si la señora Patel había oído esos rumores a sus sirvientes, mis otras clientas también lo habrían hecho. ¿Cuánto tiempo llevaban circulando?

En el fondo de mi corazón tenía miedo. El pastor alemán lo percibió y giró la cabeza hacia mí.

—¿Por qué? ¿Por qué dicen mentiras?

—La señora Sharma sabe más que yo, estoy segura. Siempre lo sabe todo. Yo no voy al club tan a menudo como ella.

Me miró con compasión.

Le tomé la mano que casi había terminado de pintar. Intenté sujetar el cono con firmeza, pero era incapaz.

—Basta por hoy —dijo la mujer con voz tranquila—. Ve a ver a la señora Sharma. —Sacó cincuenta rupias del sari y me las tendió.

—Pero no hemos terminado.

—Ya lo harás la próxima vez. Considéralo un pago por adelantado.

Su intención era buena, pero aquel acto de caridad me dio rabia. Guardé mis cosas rápidamente. El perro se levantó.

—La próxima vez —dije evitando mirarla a la cara—, correrá de mi cuenta por no haber terminado hoy.

No acepté el dinero. No sé si me despedí siquiera antes de irme.

El perro ladró como diciendo adiós.

EL GUARDA QUE había en la entrada de la casa de los Sharma era un exmilitar, muy elegante con su chaqueta caqui y su *dhoti* blanco. Me saludó con educación. Cuando le dije que iba a hablar sobre el Festival Teej con la señora, se peinó ambos extremos del bigote con el dedo índice como decidiendo si dejarme pasar o no. Al final, asintió con la cabeza.

La señora Sharma tenía muchas nueras y sobrinas que estaban ansiosas por que llegara el Teej, en agosto. Era una fiesta para las mujeres, que conmemoraba el reencuentro de Shiva y su esposa después de haber estado cien años separados. Se suponía que el Teej proporcionaba la felicidad conyugal. Con mi experiencia, me mostraba escéptica, pero disfrutaba del evento porque tenía lugar al comienzo de la estación del monzón, que era cuando las plantas de las que tanto dependía se atiborraban de nutrientes que les daban la fuerza necesaria para producir las propiedades sanadoras que luego yo trasladaba a mis lociones y cremas. Y la fiesta anual que organizaba la señora Sharma con motivo de la fiesta del Teej —una celebración alegre en la que todas las mujeres de la familia contaban historias, reían, bromeaban, cantaban y bailaban mientras yo les decoraba las manos con henna— era siempre un feliz acontecimiento. La señora Sharma obsequiaba a cada una con un sari de seda y pulseras de cristal a juego. Cada año, su cocinera se superaba creando delicias más exóticas y exigentes que el año anterior.

Como solo quedaban tres semanas para la fiesta, me sorprendía, aunque no me preocupaba demasiado, que la señora Sharma no hubiera concertado su cita habitual. Sabiendo que tenía una casa grande de la que ocuparse y que había estado muy ocupada con la fiesta de compromiso de Sheela, la había apuntado de manera provisional. Pero después de lo que me había contado la señora Patel, me preguntaba si no habría otro motivo para que no me hubiera llamado.

Según subía los escalones del porche, sentí que se me ponía la carne de gallina, a pesar de que el sol estival era insoportable. Me ardía el cuero cabelludo.

Al llegar a la puerta, la chica del servicio, que

normalmente me saludaba con una sonrisa, subió las cejas tanto que se le juntaron con el pelo. Estaba claro que ella también había oído los rumores. Me pidió que esperase —algo extraño ya de por sí— y salió corriendo por el pasillo. La oí murmurar con la señora Sharma y después volvió a salir y me indicó la sala de dibujo con la cabeza.

La señora Sharma estaba sentada en su escritorio, una pieza sólida con cajones y tiradores de latón. Me miró cuando me oyó entrar. El sol que se colaba por la ventana arrancó un destello a sus gafas de montura dorada.

—Ah, Lakshmi, me alegro de que hayas venido. No tardo nada en terminar de escribir esta carta para mi hijo. —Siguió con su tarea—. Dice que Londres es caro y que necesita más dinero. ¿Quién sabe en qué se lo estará gastando? —Dobló el fino aerograma de papel azul—. Como no le responda rápido, se pondrá nervioso por no poder ir a tomarse una Coca-Cola con sus amigos.

Chupó el extremo del aerograma para pegar los lados. Luego se quitó las gafas y las guardó en el cinturón de plata, en el que también guardaba las llaves de los armarios, los joyeros, la alacena y las puertas exteriores.

Saqué un pañuelo de la enagua y me sequé el sudor de la frente. Había ido corriendo casi desde la casa de la señora Patel, con el corazón en un puño. Justo cuando me moría por una bebida fría, la chica del servicio entró con una bandeja y dos vasos de *aam panna*. Dejó la bebida de mango en la mesa del té y cerró la puerta.

La señora Sharma se sentó en el sofá a mi lado y me ofreció un vaso.

—Está siendo uno de los veranos más calurosos de la historia, ¿no te parece?

Echó la cabeza hacia atrás y se bebió el contenido agridulce de una sentada. Ese día iba vestida también con un sari de *khadi* y se secó el sudor del labio superior con el *pallu* rígido. El ventilador de techo empujaba el aire caliente hacia abajo y empujó hacia mí el aroma de los polvos de talco y el sudor. Por qué un constructor como el señor Sharma descuidaba las comodidades de su propia familia cuando en todas las casas adineradas hacía tiempo que habían instalado aparatos de aire acondicionado era un misterio.

Como si me leyera la mente, la señora Sharma sonrió, mostrando sus dientes grandes y torcidos.

—Sudar es bueno para el cuerpo dice siempre el señor Sharma. Ayuda a eliminar toxinas.

Sonreí educadamente y bebí, preguntándome cómo sacar la conversación y temerosa de hacerlo.

—Aun así, estoy deseando que llegue el monzón —dijo secándose el cuello.

—Sí —contesté consciente de que me estaba dando la señal para entrar—. Queda poco para el Teej.

La señora Sharma sonrió. Se limpió la boca con los dedos y miró a los tres perros de porcelana encadenados entre sí con sendas cadenas de oro que había en la mesa. El más grande, la madre obviamente, con las pestañas pintadas y los labios rojos, miraba con coquetería a la señora Sharma, mientras que sus cachorros la miraban a ella.

La mujer tomó la palabra sin dejar de mirar la escena.

—El Teej es un buen momento para nosotros. Ahora que todos los sobrinos están casados y preparando el matrimonio de Sheela gracias a ti.

Había siempre un momento antes de pintar el punto final sobre la piel de una mujer que me resultaba significativo en cierto modo. No volvería a repetir ese diseño en particular y al cabo de unas semanas desaparecería por completo. Sentí que aquel momento con la señora Sharma era conclusivo y efímero de una forma similar.

Me estremecí y dejé la bebida en la mesa, temerosa de que mis dientes chocaran contra el cristal.

—¿Qué dirías —comenzó la señora Sharma— si te dijera que el mandala que creaste para el *sangeet* de Sheela no fue adecuado?

Me costó disimular la sorpresa. Mientras les hacía las manos a las cuñadas de la señora Sharma, varias me habían comentado que el diseño les había parecido muy original y hermoso.

—¿Puedo preguntar qué es concretamente lo que no le pareció satisfactorio?

—Puede que no fuera lo bastante tradicional. Deberías haber empleado más polvo de color. —Encogió sus anchos hombros, como si las razones fueran irrelevantes.

¿Me estaba pidiendo que criticara mi propio trabajo?

—Pero, señora Sharma, usted me pidió que hiciera algo similar a mis diseños con henna. Me especificó que quería un tipo de mandala distinto.

Ella frunció los labios y se limpió el sudor con el sari.

—Sí que lo hice. ¿Y si te digo que la henna era de segunda categoría?

Rememoré aquella noche. ¿La pasta tenía grumos? No, utilicé la que había preparado Radha, esa que tenía textura sedosa. Todos los productos que había utilizado ese día eran de primera y la mezcla la había preparado Radha personalmente. ¿Habría dicho o hecho Malik alguna cosa que hubiera molestado a las clientas? Él nunca había hecho nada que estuviera fuera de lugar… Pero me acordé de que él apenas había tomado parte en el mandala porque nada más empezar, Sheela ordenó que se fuera. Alguien había tenido que ver a Radha cuando intentó tirarle piedras. Pero hacía ocho meses de eso; me habría enterado a través de la red de sirvientes mucho antes.

—Como sabe, superviso mi trabajo con mucho cuidado, señora Sharma. El nivel de calidad que marco es muy exigente. ¿Se… se ha quejado alguna de las damas?

La señora Sharma suspiró. Apoyó una mano en cada muslo y puso los brazos en jarras, como si fuera a levantarse.

—Has dicho exactamente lo que pensé que podrías decir, Lakshmi. ¿Por qué habrías de decir otra cosa? Tú no has hecho nada malo. Y a mí no se me da bien mentir. Si me hubiera inventado algo, te habrías dado cuenta de inmediato.

Se levantó, se dirigió con decisión a su escritorio y abrió uno de los cajones con una llave que llevaba en el cinturón. Regresó y me tendió un sobre con un extremo abultado. Oí el tintineo de las monedas.

—Toma —dijo—. Acéptalo, por favor. —Se acercó de nuevo al sofá y se sentó pesadamente—. A Parvati no le dio tiempo a entregártelo antes de irse al extranjero a pasar el verano. Ha sido una negligencia por mi parte no habértelo dado antes.

No cabía duda de que Parvati había ido a Inglaterra para evitar que Ravi regresara a Jaipur.

El nombre y la dirección de Singh Architects estaban

impresos en la esquina superior izquierda. No constaba dirección de destino.

—Me pidió que estuviera delante cuando lo abrieras —dijo abochornada. Miraba fijamente los perros de porcelana —. Es la comisión por concertar el matrimonio.

Rompí el sello. Dentro había monedas de una rupia. Las conté. ¿¿Diez rupias?? Sentí la irrefrenable necesidad de dar la vuelta al sobre como si fuera un calcetín, agitarlo para asegurarme de que no había nada más. Lo rasgué para abrirlo del todo.

Estaba vacío.

Bajé la barbilla hasta tocar el torso y cerré los ojos para calmar el zumbido que me explotaba en la cabeza. La intención de Parvati era desacreditarme delante de la señora Sharma. Sabía que ese insulto sería mil veces más vergonzoso.

—Parvati me pidió otra cosa… —dijo, pero no terminó la frase. Tomó el vaso para beber, pero entonces se dio cuenta de que estaba vacío. Lo dejó en la mesa, reticente, y me miró. No era una mirada severa.

—Lamento perderte, Lakshmi. Artistas como tú no se encuentran fácilmente y tú has prestado un buen servicio a mi familia.

Quería ofrecerme consuelo, lo percibía en su voz. Parecía que incluso el lunar de la mejilla estaba más alto, como si también él quisiera darme ánimos.

—Pero Parvati afirma que has estado robando. Y aunque yo no la creo, jamás se me pasaría por la cabeza, debo ponerme de su lado. Estoy segura de que lo entiendes. Cuando Sheela y Ravi se casen, los Singh pasarán a formar parte de nuestra familia. Y esté de acuerdo con ella o no, mis manos están atadas a las suyas ahora.

¡Parvati! Yo la había atendido. La había mimado. La había adulado. La había agasajado. Había tratado el tema del embarazo de Radha con toda la delicadeza que me había sido posible en beneficio de ambas familias. ¿Y después de todo eso ella iba contando mentiras sobre mí? En represalia por el disparate cometido por mi hermana, y por Ravi, ¡no lo olvidemos! Su hijo tenía mucha más culpa porque era mayor. Pero Parvati cargaba contra mí.

¡Qué injusto era todo! Intenté contener las lágrimas, pero

no pude. «He trabajado mucho —quería decirle—. He seguido sus normas. Me he tragado sus insultos. He ignorado sus desaires. He evitado las manos sueltas de sus maridos. ¿No he recibido ya bastante castigo?». En ese momento, sentada frente a aquella mujer buena y sensata, deseé lo que más odiaba en el mundo: compasión. Es más, me odié por desearlo. Me odié por mi debilidad, que me resultó tan desagradable como la autocompasión de Joyce Harris el día que fui a llevarle las bolsitas de hierbas.

¡Y todo por Radha! Mi vida no había vuelto a ser igual desde que ella apareció. Había sido mi monzón particular, destrozando a su paso los años de confianza que todas aquellas señoras habían depositado en mí, arruinando una reputación que me había llevado mucho tiempo construir. De no haber sido por ella, no habría tenido que arrastrarme, en silencio, ante la señora Sharma. Pero lo tenía merecido. Había cometido el primer pecado, abandonar al marido junto al que debería haber permanecido durante siete vidas.

La señora Sharma me observaba con preocupación. Tenía que irme de allí o le estropearía la tapicería con las lágrimas.

Carraspeé y me presioné los párpados con la yema de los dedos. Cuando me levanté, lo único que fui capaz de decir fue:

—Bueno.

Sus últimas palabras fueron:

—Te deseo suerte, *bheti*.

17

28 de agosto

EL MES DE agosto siguió su lento curso, abrasador, tórrido, implacable. Abrí el libro de citas y pasé las páginas en blanco. El día quince, el día de la independencia del país, había pasado y sin una sola reserva.

Cada semana me hacían más cancelaciones que peticiones de cita. Cuando antes solía atender a seis o siete señoras al día, ahora atendía a una y con suerte. Las pocas clientas que tenía me pagaban menos, sin preguntar, y yo lo aceptaba sin quejarme.

Había guardado la última carta del doctor Kumar en mi libreta. La saqué y, por tercera vez, traté de terminar de leerla.

17 de agosto de 1956

Mi querida señora Shastri:

Respeto sus deseos en lo que respecta a Radha. No le he dicho que el palacio va a adoptar a su bebé, pero me gustaría ahondar sobre el tema con usted, pues soy consciente de que puede que no tengamos oportunidad antes del nacimiento.

Radha se quedará en observación en el hospital una semana después del parto. Sin embargo, mantenerla alejada del bebé durante ese período puede ser complicado. Ha desarrollado un fuerte vínculo con la vida que lleva dentro y no deja de hablar del bebé. No estoy seguro de que se haya resignado a que van a adoptar a su hijo. Entiende la situación desde un punto de vista intelectual, pero desde el lado emocional creo que no lo ha aceptado.

Su amiga, la señora Agarwal, me ha asegurado que Radha entiende la situación y cree que las hormonas son las responsables del apego tan fuerte que siente su hermana hacia el bebé. Yo no tengo otra explicación mejor, de modo que por el momento me fiaré de la suya…

Cada vez que llegaba a ese punto de la carta, me detenía. Radha había accedido a la adopción; no me permitiría pensar otra cosa. Criarían a su bebé en el palacio. Cobraríamos

treinta mil rupias, que nos salvarían la vida y nos servirían para costear la educación de mi hermana. El bebé estaría sano y sería un niño. Lo sería, porque no quería hablar con el doctor Kumar de ninguna otra posibilidad.

EL MONZÓN, QUE llegaba a principios de septiembre, normalmente lo hacía acompañado de un sentimiento de alivio. «Arrastra lo viejo, recibe lo nuevo.» Ese año, cuando llegaron las lluvias, solo sentía miedo. Como no tenía que ir a ninguna parte, mi casa se había convertido en una prisión y todo lo que me rodeaba era la prueba evidente de mis fracasos. El agua formaba un charco en el suelo de tierra del patio donde había planeado plantar mi jardín de hierbas medicinales. Rebotaba contra el tejadillo de paja seca que se suponía que protegería las plantas jóvenes. Chorreaba de la pila de ladrillos que había comprado para construir el muro trasero. Ya no me importaba tener que echar a los cerdos del vecino que se habían instalado en mi patio.

La mayoría de los días me pasaba horas delante de la encimera preparando aceites y lociones que nadie iba a utilizar. El ritmo de la mano del mortero me hipnotizaba y, al igual que la lluvia constante, me calmaba. Daba vueltas y pensaba en lo que tendría que haber hecho de otra manera. Debería haber estado más pendiente de Radha, a quien se suponía que debía proteger. Debería haberme contenido y no haberme acostado con un hombre como Samir, que utilizaba a las mujeres con tanta crueldad como su hijo. Debería haberle exigido a Parvati que me pagara por adelantado por un acuerdo matrimonial mucho más inteligente que lo que habría podido conseguir una casamentera del montón.

Después de estar con la señora Sharma, había considerado por un momento la posibilidad de enfrentarme a Parvati. Durante una década había sido su esclava, había surcado sus estados de ánimo, de inferior a superior. La idea de plantarle cara se me antojaba una tarea hercúlea. En ese momento vi a mi padre, desmoralizado y sintiéndose inferior cuando se vio obligado a hacer frente a los Raj británicos. Los ingleses siempre habían tenido la sartén por el mango y en un momento determinado mi padre sintió que no tenía energía

para seguir peleando. Optó por la salida cobarde: una botella de *sharab* cada noche al principio que luego se convirtió en dos o tres al día.

Yo también estaba tomando la salida cobarde: en vez de plantarle cara en persona, hablaba con Parvati en mi cabeza. «¡Es responsabilidad tuya, no mía, controlar a tu hijo! ¡Fíjate en el brillante acuerdo que he concertado para tu familia! ¡Y tú me lo pagas destrozándome el negocio!»

La única opción que me quedaba si no era responder contándole a todo Jaipur que su hijo había seducido a mi hermana de trece años, pero no habría servido de nada. Yo habría salido peor parada aún, como un criminal vengativo. Aun en el caso de que las señoras me creyeran, se verían obligadas a ponerse del lado de Parvati, pues era una de las suyas. Si sus hijos se encontraran en una situación parecida, cosa que no era improbable, necesitarían su apoyo.

Malik venía a verme todos los días, aunque no tuviéramos trabajo, para comprobar que comía. Ese día llegó con una tartera llena de albóndigas con curri y me las puso debajo de la nariz.

—¿No quieres la *kofta*? El chef les ha puesto extra de comino.

Su lucrativo negocio de vender al chef del palacio las provisiones que necesitaba a un precio más bajo le proporcionaba comida de cinco estrellas.

No dije nada. Me sequé el sudor del cuello con mi viejo sari y seguí moliendo.

—Jefa, por favor.

Le dije a Malik que no tenía apetito.

Él me movió el hombro, pero yo lo aparté.

—¡Ya te lo he dicho! No me apetece comer.

—Jefa…

Me volví hacia él enfadada.

Él señaló la puerta con la barbilla. Seguí su mirada.

Parvati Singh estaba en el umbral, con un bolso colgado de un brazo y un paraguas chorreante al lado. Ni en sueños habría imaginado que pondría el pie en mi casa. Solté la mano del mortero, que siguió dando vueltas hasta que se detuvo.

—¿Puedo pasar? —preguntó con tono frío.

Vi a Malik dirigirse hacia la puerta y plantarse delante de ella, como si fuera a derribarla. Parvati se vio obligada a retroceder en el pasillo para dejarle paso.

—Los zapatos —dijo él.

Pensé que se negaría, pero se inclinó y se quitó las sandalias húmedas.

Cuando ya estuvo fuera, Malik se puso sus *chappals* y, con la cabeza bien alta, salió a la calle. No llevaba paraguas; nunca le había molestado el agua de las lluvias cálidas.

Parvati se tomó un momento y después entró, recobrado su porte majestuoso, como si estuviera en su casa y no en la mía. Cerró la puerta y se quedó allí de pie. La vi inspeccionar la estancia: la mesa mellada en la que preparaba las lociones, el *charpoy* con la base destensada, los recipientes baqueteados, las mantas dobladas y descoloridas, el armario con las puertas desniveladas que le había comprado a un vecino. Me dio vergüenza ver mis posesiones a través de sus ojos.

—Hmmm —dijo—, esperaba… —Dejó la frase en el aire.

Dio un paso hacia mí y yo retrocedí uno por instinto.

Se detuvo.

Dejó el bolso en la encimera y cogió las cerillas que había junto a la lamparilla.

—Esperaba que fueras tú la que viniera a verme a mí —dijo mientras encendía la lámpara y subía la llama.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de la oscuridad que había en el interior. Me quedé quieta, insegura.

—Antes siempre confiabas en mí. ¿Te acuerdas? —Apagó la cerilla de un soplido—. Cuando llegaste a Jaipur y quisiste que te introdujeran en la alta sociedad. Y lo mismo después con el palacio. Eres una mujer ambiciosa. No te guardo rencor por ello, ya lo sabes.

La miré. No sabría decir si estaba sonriendo o frunciendo el ceño.

—Ahora que tu negocio se está viniendo abajo, pensé que al menos acudirías a mí para…

¡No podía creer lo que estaba oyendo! Apreté los puños y la rabia ascendió por mi pecho.

—Mi negocio se está viniendo abajo por tu culpa. ¿Y quieres que te suplique que dejes de difundir mentiras sobre

mí?

Entornó los ojos y torció el gesto en una mueca de asco muy parecida a la de Sheela Sharma.

—¿Se te ha ocurrido pensar por un momento que no haya sido yo la que empezó a extender los rumores?

Debió de ver mi sorpresa en el rostro.

—Lo que no quiere decir que no contribuyera a avivar las llamas —continuó—. Pensé que al menos una parte de tu clientela consideraría las acusaciones demasiado ridículas como para tragárselas. Me equivoqué. La gente es más crédula y menos compasiva de lo que pensamos, ¿no te parece?

Metió la mano en el bolso y sacó un objeto. Lo deslizó sobre la encimera hacia mí hasta que estiró el brazo por completo. Y apartó la mano de nuevo.

El reloj de bolsillo que Samir me había regalado.

Me llevé la mano a la enagua en un acto reflejo. No estaba allí, claro. Hacía mucho que no lo veía, y tampoco lo había necesitado para consultar la hora porque no tenía que llegar a ninguna parte. Las imágenes me vinieron a la mente de forma espontánea: los labios de Samir, sus manos, nuestro torso desnudo la noche que estuvimos en casa de Geeta. No me acordé de recoger el reloj cuando me fui.

Mi coraje se evaporó y me puse roja.

Parvati negó con la cabeza decepcionada.

—Geeta vino a verme hace varios meses. La última de Samir. —Su sonrisa se convirtió en una mueca—. ¿Te imaginas lo humillante que resulta que la amante de tu marido acuda a ti en busca de consuelo para quejarse de que le ha sido infiel?

Cerré los ojos. Quería olvidar que aquella noche había existido.

Empezó a caminar de un lado para otro, inquieta, igual que aquella vez delante del fuego durante la fiesta que dio en su casa. Se frotó los nudillos de una mano contra los de la otra. De repente se detuvo a mirar el diseño del suelo y ladeó la cabeza.

—Hmm.

Se volvió hacia mí y asintió una vez como si hubiera reconocido el dibujo.

—Samir necesita que lo amen —dijo caminando de un lado para otro de nuevo—. Necesita que lo adoren. Es típico en hombres como él. Lo entiendo. Me adapto a él.

¿Trataba de convencerme a mí o a sí misma?

—La cuestión aquí es que tú me has traicionado, Lakshmi. Yo confiaba en ti. En mi casa. Y con mi marido. Me aseguraste que no había nada entre vosotros.

«Fue solo una vez. Me mantuve firme durante diez años. No tengo intención de repetirlo.» Nada de lo que dijera cambiaría las cosas.

Parvati se detuvo delante de su bolso. Sacó una pesada bolsa y la depositó sobre la encimera. El contenido tintineaba, lo que me confirmó que estaba llena de monedas.

—Vamos a hacer lo siguiente —continuó mirando la bolsa —. Te daré la comisión por el acuerdo matrimonial. En plata, nada menos. —Vaciló—. Te lo debo.

No iba a darme las gracias.

Cuando alargué la mano hacia el dinero, añadió:

—Diez mil rupias. Más de lo que habíamos acordado.

Me sonrió y por un brevísimo instante imaginé que iba a ofrecerme algo más: disculpas, perdón, comprensión, respeto. Me sorprendía y también me confundía darme cuenta de lo mucho que quería congraciarme con ella. Pensé en mi padre y en mis compatriotas, en lo que sentirían por los británicos tras la independencia. Acostumbrados a la sumisión, se sentían más cómodos volviendo a ese papel, por humillante que fuera, justo como yo me sentía en ese momento.

—¿Y? —pregunté con un hilo de voz.

—Y diré a todo el mundo que los rumores son falsos. Incluso volveré a contar contigo con regularidad como antes. Te ayudaré a concertar más matrimonios. Eso es lo que quieres, ¿no?

Tosí. Era demasiado bueno para ser verdad.

—¿A qué precio?

—Te mantendrás alejada de Samir. Geeta me contó lo del negocio al que lo arrastraste, ese de las bolsitas de hierbas. ¿Cómo has podido, Lakshmi?

Se estremeció.

Noté el sabor de la bilis amarga y caliente en la boca. Parvati creía que yo lo había arrastrado a él a vender mis

hierbas. No tenía la menor idea de que él me había convencido para venir a Jaipur y venderlas en la ciudad.

—¿Entonces has hablado con Samir? —pregunté en voz baja.

Ella carraspeó, como si le doliera hablar de ello. No lo había hecho.

Miré la bolsa del dinero, suficiente para devolverle a Samir el préstamo que me había hecho. Podía aceptar las condiciones y en poco tiempo volvería a tener el libro de citas lleno. Las privilegiadas y poderosas me abrirían nuevamente las puertas de sus majestuosos hogares, me invitarían a sentarme en sus divanes y a tomar su cremoso té.

Oí la voz de mi madre: «cuando la reputación se daña, casi nunca se recupera». Tenía razón. Cuando los empleadores de mi padre lo señalaron como problemático por su participación en el movimiento independentista, su reputación no se recuperó. Quedó marcado para siempre.

Mi prestigio como artista de la henna conocida estaba empañado, lo estaría para siempre. Aunque Parvati cumpliera su promesa, el escándalo del robo me envolvería como el mal olor. Cuando entrara en su casa, las señoras vigilarían todos mis movimientos y no tardarían en culparme en cuanto perdieran una pulsera o faltara dinero del monedero de la *memsahib*. ¿Y qué haría entonces? ¿Suplicarle a Parvati que las convenciera de lo contrario y así cada vez que ocurriera?

En ese momento me di cuenta de que mientras estuviera en deuda con ella, Parvati sería mi dueña, que era precisamente lo que ella quería.

Podía aceptar y mantener mi negocio; mancillado, pero seguiría teniéndolo. Igual que le había ocurrido a mi padre, que mantuvo el trabajo de profesor, pero lo enviaron a la pequeña y olvidada aldea de Ajar.

Qué degradante tuvo que ser para él cada minuto del día, arreglándoselas con libros desfasados, sin material escolar ni posibilidad de escapar.

Enderecé los hombros y empujé la bolsa con el dinero hacia ella.

—Quédate tu dinero. A cambio no les diré a las damas de la alta sociedad de Jaipur la cantidad de hijos bastardos de tu marido que he impedido que llegaran al mundo.

Su rostro se contrajo en una mueca. Levantó el brazo y lo dejó caer sobre mi hombro, pero antes de que pudiera golpearme, la agarré por el antebrazo. Nos miramos a los ojos. Entonces la vi de verdad, con el rostro enrojecido, los ojos húmedos y una mirada enloquecida. Tenía que haberle costado un esfuerzo titánico mantener la calma durante la última media hora.

—A lo mejor quieres guardarte unas cuantas bolsitas de hierbas para tus hijos —añadí—. Mi hermana no ha sido la primera y dudo que sea la última.

Le empujé el brazo lejos de mí.

Le costó mantener la postura erguida. Sus ojos ardían de odio y vergüenza. El delineador negro se le había corrido por las mejillas con las lágrimas. Moqueaba. Tenía una mancha de pintalabios rosa en un lado de la boca. Se frotó el brazo donde le había quedado la marca de mi mano.

Pensé que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Nos quedamos oyendo el golpeteo de la lluvia en el tejado. Vi que recogía la bolsa de las monedas y la guardaba de nuevo en el bolso. Por un segundo, pese a lo absurdo, pensé en arrebatársela. ¡Eran diez mil rupias!

Entonces hizo algo que no le había visto hacer nunca: se limpió la cara con el *pallu*, sin importarle que se le corriera el maquillaje o que se estropeara su delicado sari. Tenía la cara manchada de negro, rojo y rosa. Miró el reloj de bolsillo, que seguía en la encimera. Se dio media vuelta.

En la puerta, se apoyó contra el marco mientras se ponía las sandalias. Antes de marcharse, miró hacia fuera y dijo:

—Al final se cansa de todas vosotras.

Esperé con todos los músculos en tensión. Al cabo de un rato, me acerqué a la ventana. Estaba en mitad de la calle, empapada. Se le había olvidado el paraguas. El sari, completamente calado, se le pegaba al sinuoso cuerpo dejando a la vista cada redondez y cada abombamiento. El recogido se le había deshecho y el pelo mojado le caía en ondas por la espalda. No se dio ni cuenta. Como tampoco oyó al conductor del *tonga* que se detuvo para ofrecerse a llevarla. La parte de mí que estaba acostumbrada a servir, a agradar y suavizar, quería salir corriendo detrás a llevarle el paraguas. Me contuve. La vi caminar tambaleándose y resbalando por la

calle hasta que desapareció.

Me quedé junto a la ventana un buen rato. Pensé en lo que acababa de rechazar por unos minutos de rabia legítima. Me había acostado con su marido. Había preparado infusiones anticonceptivas para él. No tenía derecho a presentarme como modelo de moralidad.

Por el rabillo del ojo vi llegar al cartero desde la otra punta de la calle. Venía a mi casa como la paloma mensajera.

Salí a la verja de la entrada sin importarme la lluvia. Agarré el telegrama que me llevaba sin darle tiempo a decir lo que era.

Era de Radha.

No decía más que: Ven. Ya. Kanta te necesita.

CUARTA PARTE

18

Shimla, Estribaciones de los Himalayas, India

2 de septiembre

—CADA VEZ QUE cierro los ojos veo el sari de Kanta chorreando sangre —dijo Radha sollozando contra mi cuello —. El doctor Kumar dijo que el bebé había dejado de respirar. Hace días. Su cuerpo estaba intentando eliminarlo, pero ella intentó impedirlo.

Le acaricié el brazo. Estábamos sentadas en la cama del hospital que había al lado de la de Kanta. Radha había engordado y no solo en la zona media. Tenía los brazos más rollizos y la cara más redondeada. Estaba muy cambiada. Ya no era la niña que había llegado a Jaipur el noviembre del año anterior.

—Has hecho bien en llamar al doctor Kumar de inmediato. Podría haber muerto de septicemia —le susurré contra el pelo.

Dos sondas intravenosas salían del brazo de Kanta y conectaban con sendas botellas colgadas boca abajo en soporte por encima de su cabeza. La barriga prominente que había esperado encontrar, ya que estaba en el noveno mes, había desaparecido. Kanta parecía pequeña y frágil debajo de las mantas. Manu dormía en otra habitación, en una cama vacía. Había conducido toda la noche para llegar a Shimla.

Radha hipó. Le entregué mi pañuelo y se sonó la nariz.

Nada más verme se había puesto a gritar como una niña:

—¡*Jiji*!

Yo la había abrazado sin dudar, todo lo estrechamente que me permitía su abultada barriga. Estaba temblando.

—No pasa nada, todo va a salir bien.

El doctor Kumar, que había sido quien me había conducido hasta donde se encontraba mi hermana, me había dicho que le había dado un calmante la noche anterior, cuando llegó con Kanta al hospital.

—Este lugar me asusta —decía Radha—. Todas esas enfermeras con la cara tan seria y esas cofias rígidas, que se llaman «hermana» aunque no lo son. Mi bebé debe de pensar que el mundo huele a medicina. —Se sorbió la nariz—. He ido al templo Jakhu a rezar a Krishna todos los días, *jiji*. Le pedía que pudiéramos poner nombre a nuestros bebés en una ceremonia conjunta. Que comieran su primer arroz en la misma fiesta. Que compartieran juguetes. Sé que se suponía que no debía hacerlo, pero no podía evitar imaginar que los dos crecerían juntos. —Radha se acurrucó contra mi cuello y me mojó el sari con sus lágrimas.

A eso se refería el doctor Kumar en sus cartas. El bebé se había convertido en un ser real para mi hermana; la separación iba a ser insoportable. Pero me mordí la lengua. No recordaba ya la última vez que Radha me había necesitado tanto. No quería alejarla.

Emitió un sonido ahogado y la aparté un poco para ver qué le ocurría. Me miraba con expresión atónita. Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Se agarró la barriga y de sus labios salió un grito ensordecedor.

IGUAL QUE LA primera vez que nos vimos, el doctor Kumar observó varios objetos de la sala de espera —la mesa metálica, las sillas de cuero, la fotografía descolorida de *lady* Reading— antes de detenerse sobre mí.

—Tres kilos doscientos gramos. Es pequeño, pero está sano. Es un niño. Radha se encuentra bien. Va a necesitar tiempo para recuperarse de los puntos.

Me tapé la boca con las dos manos y suspiré aliviada. ¡Estaba bien! ¡Mi hermana pequeña estaba bien! Contuve el deseo de abrazar al médico. Para mi sorpresa, estaba orgullosa y maravillada. «¡Radha tiene un hijo!» Nada más pensarlo, deseché la idea. ¿En qué estaba pensando? ¡El bebé le pertenecía al palacio!

Dejé caer las manos.

—¿Dónde está el bebé ahora?

—Las enfermeras están limpiándolo. Después lo llevarán al nido, como usted indicó.

Asentí con la cabeza.

—¿Y Kanta? ¿Cómo se encuentra?

El hombre desvió la mirada hacia la tela de batik con un elefante y su jinete pintados que estaba colgada en la pared detrás de mí.

—No ha sufrido daños en ningún órgano. Y estamos tratando la infección. Hay algo… No quería decírselo, pero la señora Agarwal insistió. —Se miró las manos—. No podrá tener hijos. Su cuerpo ha sufrido un traumatismo severo.

«Ay, Kanta.» Me puse la mano en el pecho para calmar el latido del corazón.

—A lo mejor su medicina es mejor, al fin y al cabo, doctor Kumar. Ninguna de mis hierbas ha conseguido que el bebé llegara a término.

—Dudo que hubiera podido quedarse embarazada sin su ayuda.

Una enfermera entró en la habitación y le entregó al doctor una taza de té. Me la ofreció y le pidió otra a la mujer.

—Tómeselo usted, señora Shastri. Por favor. Tiene aspecto de no haber dormido.

Acepté la bebida de buena gana.

—La altitud no me va bien. Y esa tortuosa carretera hasta llegar aquí arriba… Ahora entiendo por qué la gente viene en tren.

—Me alegra que haya podido venir —dijo mirándose los zapatos— sana y salva.

La enfermera llegó con otra taza humeante para él. Tenía ojeras; él también llevaba despierto toda la noche.

—Quiero enseñarle algo —dijo el doctor Kumar.

Me condujo por un pasillo hasta unas puertas dobles que daban a un jardín. Allí arriba, en las montañas, estábamos más cerca del sol; la luz era tan brillante que me hacía daño a los ojos. Tuve que esperar un momento a que se adaptaran y, entornándolos, conseguí ver las rosas, los hibiscos azules y la buganvilla naranja que nos rodeaba.

Varios pacientes arrebujados en sus chales paseaban por los senderos con la ayuda de familiares o enfermeras aquella mañana de principios de septiembre.

Kumar señaló con la mano en la que sostenía la taza.

—¿Qué le parece?

Después de los acontecimientos de las últimas veinticuatro

horas, casi no me tenía en pie. Pero ver aquel jardín floreciente me revivió un poco.

—Es maravilloso.

—Le hace bien a los pacientes, pero yo creo que puede ser beneficioso en muchos otros aspectos.

Soplaba una brisa fresca que me enfrió los brazos y las piernas. Bebí un sorbo de té para entrar en calor. El doctor Kumar dejó su taza en un banco, se quitó la bata blanca y me la echó sobre los hombros. Conservaba la calidez de su cuerpo y olía a hierbabuena, antiséptico y lima.

—Como le he contado en mis cartas… he empezado a ver que los remedios herbales de las gentes de las montañas tienen cabida en la medicina moderna. Si sus emplastos y pociones caseros no funcionaran, bueno, no seguirían utilizándolos. —Hablaba como si las ideas se le presentaran en forma de ráfagas breves y desconectadas—. Estoy convencido de que debemos aprender de sus métodos. Y practicar nuestra medicina a la vez. Las dos cosas. He… Me gustaría poner a prueba mi teoría. —Agachó la cabeza—. Y esperaba que usted pudiera ayudarme.

—¿Yo?

—Podría decirnos qué plantar, qué hierbas y arbustos son más adecuados para este jardín. El polvo de nim le ha ido muy bien a mi joven paciente. Le ha aclarado la piel por completo… ¿Por qué no podríamos cultivar plantas como esas aquí?

Sus ojos grises centelleaban de emoción.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente.

La taza que sostenía en la mano tintineó, aunque no sabría decir si era por los nervios, el agotamiento o la emoción. Desde hacía mucho tiempo soñaba con tener un huerto donde pudiera cultivar albahaca morada y nim, almendros y geranios, melones amargos y diferentes especies de crocus a gran escala. Había tenido al alcance de la mano la oportunidad de llevarlo a cabo, en mi propio jardín, para desvanecerse de repente.

—Como sabe vivo en Jaipur —respondí con una sonrisa.

—Le pediré consejo por correo, como hemos estado haciendo. Mire, vi cómo ayudó a… la señora Harris. Le

resultaron más beneficiosas las compresas herbales que la inyección que yo le suministré. No he podido quitármelo de la cabeza. Y el emplasto de mostaza que me suavizó la tos… ¡asombroso!

Cambió el peso de un pie al otro sobre los adoquines del camino.

—Pienso que la nueva India puede que no esté preparada para abandonar sus antiguas costumbres. Y que tal vez sea lo mejor. —Me miró el hombro—. Piénselo de todos modos. —Dirigió ahora la mirada hacia su taza—. Confieso que me decepcionaría mucho que… dijera que no.

Una enfermera de aspecto taciturno tocada con un griñón blanco que le rodeaba el rostro lo llamó. Estaba junto a las dobles puertas, señalando el reloj que llevaba prendido del hábito.

—Pacientes —dijo él con una tímida sonrisa—. Tal vez podríamos seguir conversando cuando termine mi ronda…

—Aquí estaré.

—Puedo pedir que pongan un catre para usted en la habitación de Radha. Debe de estar cansada.

Le di las gracias.

Él asintió y se dirigió hacia la enfermera que seguía esperándolo. De pronto se giró sobre los talones y señaló la bata blanca. Se había sonrojado.

—¿Me permite? —preguntó—. A menos que tenga usted intención de pasar consulta.

Me reí y le devolví la bata. Su aroma se me había impregnado en el sari y cuando eché a andar de nuevo, imaginé que lo tenía a mi lado, explicándome los planes que tenía para el jardín.

RADHA ESTABA DORMIDA en su cama del hospital. Me maravillaba pensar en el milagro de aquella chica, familiar y desconocida al mismo tiempo, que había aparecido en mi vida hacía menos de un año. Sentía que la conocía de siempre y, al mismo tiempo, que no sabía nada de ella.

Kanta continuaba en su cama frente a la de Radha igual que antes, solo que se había despertado y miraba el techo con el rostro apagado.

Busqué el bote de aceite de lavanda y menta que llevaba en mi bolsa y me acerqué a la cama. Le tomé la mano libre (la que no tenía la sonda intravenosa), le besé el dorso y me la llevé al pecho. Había envejecido varios años en el corto espacio de cinco meses. Tenía la piel cetrina y se le marcaban mucho las arrugas que le enmarcaban la boca. Su cabello había perdido lustre como si a él también se le hubiera agotado la vida.

Apoyé la frente en la suya y me quedé así.

Los ojos hundidos se le llenaron de lágrimas.

—He tenido mucho cuidado —dijo esforzándose por que le salieran las palabras.

Vertí una gota del aceite en el dedo índice y lo extendí por la frente y las sienes para que se calmara.

—Ya lo sé.

No había nada más que decir. Kanta ya no tendría más oportunidades.

—Habría sido feliz de que hubiera sido niña. ¿Por qué no podría haber sido niña? A lo mejor sí habría sobrevivido.

No sabía por qué pensaba tal cosa, si es que lo pensaba de verdad, pero estaba de duelo. Le habría encantado reescribir la historia de los últimos dos días con un final distinto. A todos nos habría gustado.

—Lo sé —dije—. Fíjate lo buena que has sido con Radha.

Se permitió una pequeña sonrisa.

—No es que lo haya hecho precisamente bien. Se extravió cuando estaba bajo mi cuidado.

—Y el mío. Pero ella te quiere tanto como siempre.

—También te quiere a ti, ¿sabes?

Ladeé la cabeza.

—No me ha escrito ni una sola carta en cinco meses, ni una.

—Tú no has venido a verla.

—Es demasiado testaruda.

—Igual que tú, amiga mía.

Me enderecé. Tenía razón. Yo también podría haber dado el primer paso.

—He visto a Manu en el jardín antes —dije mirando por la ventana.

—Le he dicho que saliera. No nos hace bien a ninguno

estar tristes los dos juntos. —Me buscó la mirada—. Estaba deseando conocer a nuestro hijo.

—Shh.

Le masajeé el entrecejo.

—Manu me ha dicho que Radha ha tenido un niño.

Nos miramos las dos en silencio.

—Seguro que es precioso.

No quería hablar de ello en ese momento. Kanta estaba sufriendo mucho. En su lugar hice algo impropio de mí. Le cogí unos mechones de pelo y me los puse sobre el labio como si fuera un bigote, exagerando el frunce de los labios como hacía su sirviente, Baju.

—Señora —dije haciendo una imitación perfecta de su acento de pueblo—, ¡me he escapado! Le he quitado dinero del monedero a su *saas* para venir. Por favor, no se lo diga. Me mandará a prisión.

Sonrió entre las lágrimas y me puso la mano en la cabeza para bendecirme, un gesto reservado a los ancianos y los hombres santos.

CUANDO KANTA SE quedó dormida, fui al nido.

El bebé de Radha tenía todos los dedos de los pies y las manos, dos piernas, dos brazos. Era precioso. Tenía la piel de un color delicioso, el del té con leche. Incluso tenía una abundante mata de pelo negro. Le acaricié la mejilla suave y los tobillos regordetes. Sentía una atracción magnética hacia él. Teníamos la misma sangre. Teníamos los ojos del color del mar. Posiblemente hubiéramos sido de la misma familia en una vida anterior.

—¿Cómo es que usted no tiene hijos?

Me volví y me encontré con el doctor Kumar, que acababa de entrar en la habitación. No estaba segura de cómo responder.

El hombre miraba el *pallu* de mi sari, la frente arrugada de preocupación.

—Lo siento. Ha sido una impertinencia preguntárselo.

Contemplé al bebé dormido. Movía los ojitos muy deprisa bajo los párpados sonrosados. Llevaba en el mundo una hora. No se me ocurría qué podría estar soñando. Abrió un puño

diminuto y volvió a cerrarlo, como si estuviera sacándole el jugo a un mango.

—No tengo marido, doctor.

—Entonces no está…, perdone, creía que era señora Shastri.

«Estoy divorciada.» Ya era oficial, pero las palabras no me salían.

—Estuve casada —dije—. Hace mucho.

Me preguntaba si Jay Kumar sabría lo mío con Samir. Pero cuando lo miré a la cara, los ojos caídos en los extremos, pensé que no.

Sonreí.

—Estoy segura de que tendrá usted familia.

—La tenía. Es decir, cuando era niño. —Extendió la mano con la palma hacia abajo para indicar la altura—. Padres. Ningún hermano. Mis padres… murieron en un accidente de coche cuando yo era joven…

Su bata almidonada crujió cuando se quitó el estetoscopio del cuello y enrolló el tubo de plástico sobre las dos patas metálicas con cuidado.

—Lo lamento.

—No importa, fue hace mucho. Aún llevaba pantalones cortos. Mi difunta tía me crio. Pagó mi educación.

Una enfermera entró a comprobar cómo se encontraban sus pequeños pacientes. El bebé de Radha estaba en una cuna en un rincón, separado del resto de los recién nacidos. Al contrario que en las otras cunas, en la suya no había tarjeta con el nombre de la familia. Pero estaba limpia y el niño tenía las mejillas sonrosadas y dormía tranquilamente. Era evidente que estaba recibiendo los mejores cuidados.

—¿Cómo terminó usted en Shimla, doctor Kumar?

—Internado. El colegio Bishop Cotton para chicos. Luego Oxford. Allí conocí a Samir.

Me di cuenta en ese momento de que se me había olvidado enviar un telegrama a Samir para decirle que el bebé había nacido.

—¿Ha informado al palacio?

—Yo me ocupo —contestó él—. No he tenido tiempo para rellenar toda la documentación. Son diez o veinte páginas de anotaciones minuciosas. Tenemos que medirle cada uña. Y

otras partes del cuerpo.

Se rio entre dientes y me miró con picardía.

Yo también me reí.

Comprobó su reloj con otro que había apoyado en una pared.

—Es hora de ir a la clínica. ¿Quiere acompañarme? Me gustaría que conociera a unas personas.

—¿Ahora?

—No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

El bebé emitió un gritito poco entusiasta y pataleó. Nos giramos para mirarlo.

—Estamos de acuerdo en que Radha no debe tener contacto con el niño, ¿verdad?

Él levantó las palmas en señal de rendición.

—Las hermanas están al tanto. Saben lo que tienen que hacer.

LA PEQUEÑA CLÍNICA estaba en la primera planta. Tenía las paredes pintadas de verde pasta de dientes. La mitad de las sillas estaban ocupadas por residentes locales: mujeres con blusas deslumbrantes, enaguas de los colores de las flores silvestres de las montañas, pañuelos en el cuello adornados con orquídeas; hombres con túnicas de lana y chaquetas de colores apagados, la cabeza protegida del frío con un *topa* pahari.

El doctor se acercó a la guapa enfermera que estaba detrás del mostrador de la recepción.

—¿Cuántos tenemos hoy, hermana?

—Catorce.

Sonrió y se le formó un hoyuelo en la barbilla.

—El doble de los que teníamos antes.

Me guio hacia el interior de la consulta abarrotada y me indicó una silla.

—Mi consulta, aunque valga poco.

Tenía la mesa llena de pilas de papeles, blocs de recetas, un tintero. Un libro de texto médico abierto descansaba sobre el último número de la revista *Time*. En la pared había una foto de Gandhi rodeado por los líderes del Congreso Nacional Indio. El paisaje de fondo era familiar: Shimla en plena época

de floración.

El doctor Kumar se sentó detrás del escritorio. Sus ojos estaban inquietos otra vez.

—Abrimos esta consulta hace un año. Para atender a las tribus de la montaña. Vienen pacientes desde muchos kilómetros a la redonda para que los traten en este hospital. Acaudalados como la señora Agarwal. Y, por supuesto, como Radha, cuyos gastos están cubiertos desde el palacio. Pero nadie, absolutamente nadie, se ocupaba de la gente que lleva viviendo aquí… siglos. —Me dirigió una mirada tímida y añadió—: El remedio para la piel que me dio para el niño. Eso es lo que ha empezado a empujar a los pacientes a venir. Hoy tenemos más que ningún día.

Sonreí.

—Me atribuye usted un mérito excesivo.

Se puso serio y dijo:

—Pues yo creo que no le he atribuido el suficiente.

La enfermera asomó la cabeza por la puerta.

—Estamos listas, doctor.

Él se levantó.

—Deje que se lo muestre.

Una cortina de arpillera de color pardo separaba la sala de espera del consultorio. Una enfermera ayudaba a una mujer embarazada a subirse a la camilla. El doctor me presentó como especialista en remedios herbales y le hizo varias preguntas en una mezcla de hindi y el dialecto local. Compartió conmigo el diagnóstico y cuando yo no entendía algún término médico, me lo explicaba en lenguaje para legos en la materia. Yo también hacía preguntas, que él traducía. Seguimos la misma tónica de trabajo con cinco pacientes. En cuatro de cinco casos, pude recomendar un remedio de hierbas en sustitución a la medicina occidental.

Para la embarazada que tenía problemas graves de indigestión sugerí melón amargo cocido con ajo; aceite de nim para una abuela que tenía las manos deformadas por la artritis; asafétida, algo que podría comprarle a cualquier verdulero, mezclada con agua para calmar los cólicos infantiles; hojas de nabo y fresas para un pastor que prefería mis recomendaciones dietéticas a que le extirparan el bocio.

Dieron las once en el reloj

El doctor comprobó su reloj de pulsera.

—Radha ya debe de estar despierta.

¡Qué rápido se me había pasado la hora! Había estado tan ocupada con los pacientes que no me había acordado de Radha, ni del bebé, ni de Kanta. No tenía hambre ni sed.

El doctor se rio.

—Le ha gustado, ¿a que sí? La he estado observando. ¡Diga que trabajará con nosotros, por favor! La señora Agarwal me dijo que el trabajo le vendría bien…

Se detuvo cuando vio mi expresión.

¡Kanta le había hablado de mis problemas! Le había contado que había perdido mi negocio, que no tenía ni un céntimo. ¿Sentiría lástima de mí? ¿Por eso se estaba tomando tantas molestias?

Apreté la mandíbula.

—Doctor, no busco compasión.

—No, quería decir… Yo solo le estaba sugiriendo… Lo que trato de decir es que… su conocimiento nos vendría muy bien. Ya ha visto que la necesitamos. Nadie puede hacerlo como usted. La he visto. La necesito. —Se pasó los dedos por el pelo. Cuando los retiró, lo tenía todo revuelto, mechones rizados en todas direcciones.

—Pero yo solo conozco las hierbas de Rajastán y Uttar Pradesh. Desconozco las plantas que se cultivan aquí, a esta altitud y con este clima.

Me estudió el rostro.

—He sido muy chapucero, señora Shastri. La medicina no paga muy bien, pero… tendría remuneración. Estamos solicitando fondos. Le pido consejo profesional. Piense en todas las personas a las que podría ayudar.

Era verdad que los pacientes de la clínica se habían mostrado aliviados al saber que no tendrían que tomarse ningún medicamento de olor raro. La embarazada me había tocado la muñeca en señal de agradecimiento antes de marcharse. Contando el tiempo que había estado con mi suegra, tenía quince años de experiencia con hierbas y sustancias naturales que había ido refinando y mejorando. Podría ser útil a otras personas además de a mis señoras de la alta sociedad. (¡Mis señoras! Como si me quedara alguna.)

Aun así, no estaba preparada para tomar una decisión.

Tenía que considerar las opciones. Tenía el dinero del palacio por el bebé, lo que me daba un poco de tiempo.

—¿Puedo pensármelo?

—Solo si la respuesta es sí.

Sonrió y el hoyuelo de la barbilla se hizo más profundo.

19

3 de septiembre

EL BEBÉ TENÍA un día. Radha me había suplicado durante horas hasta que accedí a que lo viera.

—Al menos tendríamos que cubrirlo con pasta de sándalo para garantizar su salud, *jiji* —había propuesto.

Yo había dicho que no.

—Un recién nacido tiene que recibir la bendición de un pandit. ¿Y un *tikka* de ceniza en la frente?

Yo había dicho que no.

En ese momento, Radha estaba en la cama del hospital con su bebé en brazos, el mismo al que había intentado impedir que se acercara. Estábamos solos. Manu y Kanta estaban dando un paseo por el jardín.

Radha aspiró el aroma de la cabeza del niño, perfumada con polvos de talco. Le tocó todos los deditos, del tamaño de granos de pimienta. Sus labios tenían la textura sedosa de los pétalos de las caléndulas y se abrían ansiosos cuando los acariciaba. Le besó las plantas descubiertas, de un suave rosa empolvado y cubiertas de líneas. Cualquiera diría que había caminado kilómetros y kilómetros para llegar hasta ahí.

—¿No puedo darle de comer al menos?

Aparté la vista. Sabía que tenía los pechos llenos. Si no estuviera en la misma habitación, lo habría puesto a mamar hasta que la vaciara.

—Tiene que acostumbrarse al biberón. Es lo que le dará su familia adoptiva —respondí.

En ese momento, el bebé abrió los ojos y trató de mantenerlos abiertos, pero los puso en blanco y volvió a cerrarlos. Radha me miró con sus ojos azules redondos y grandes como canicas.

—¡*Jiji*, son azules! ¡Tiene los ojos azules! Como nosotras. Como *maa*. ¡Estamos dentro de él!

Giré la cabeza y carraspeé.

—¿Estás segura del *kajal*?

Era la única concesión que había hecho: podíamos aplicarle la pasta negra para protegerlo del mal de ojo. Era una vieja superstición, pero Radha creía en ella firmemente y supongo que yo también, en otro tiempo.

—¡Por supuesto! Necesita protección frente al mal de ojo.

Abrí un recipiente que había llevado conmigo y busqué la lata de *kajal*. Había hecho una mezcla de hollín, sándalo y aceite de ricino para formar una fina pasta que muchas mujeres usaban como delineador de ojos. Metí el meñique en la pasta. Mientras Radha lo sostenía, yo le separé el párpado inferior del globo ocular y dibujé una delgada línea en el borde. Luego puse tres puntitos en cada sien y otros tres en la planta de cada pie.

—Se quitará cuando las enfermeras lo bañen —dije mientras tapaba la lata de nuevo.

—Pero los dioses nos han visto ponérselo. Lo que significa que estará a salvo. —El bebé se aferraba al pulgar de Radha con los deditos—. ¿Quieres cogerlo en brazos?

Me estaba secando las manos con la toalla y fingí que no la había oído. Por la ventana vi el cielo: el halo plateado, las nubes que planeaban sobre nosotros, el horizonte verde de los cedros, los pinos, los rododendros.

—¿*Jiji*?

—Está sano. Su familia estará feliz.

Radha apretó los labios. Mi respuesta la había enfadado.

El bebé hacía ruidos mientras chupaba el dedo de su madre.

—Casi no lo has mirado.

Quería que admitiera que yo también lo quería. Que veía rasgos de nosotras en él. Si lo hacía, luego no sería capaz de pedirle que lo entregara.

—Ya lo veo.

—Entonces míralo en mis brazos.

—No. —Apreté la mandíbula.

Nos miramos en silencio.

—No voy a darlo en adopción.

¿Qué?

—Solo lo dije porque pensé que cambiarías de opinión cuando naciera…

—¿Cambiar de opinión? No podemos…

—He cambiado de opinión —dijo—. Es mi bebé.

El corazón empezó a latirme con tanta fuerza que pensé que se me iba a salir del pecho. ¡Lo habíamos acordado hacía meses! Kanta me había asegurado que Radha estaba dispuesta a dar a su hijo en adopción.

—Radha, este niño ya le pertenece a otra familia… legalmente. Existe un acuerdo.

—Es mi hijo. Es uno de nuestra familia. ¿De verdad podrías separarte de tu propia familia?

Ya lo había hecho.

—¡Otra familia está esperando para criarlo!

El bebé bostezó y nos mostró sus encías sonrosadas. Radha se lo cambió de brazo. Entornó los ojos.

—¿Por qué no admites que odias a los niños?

—¿Qué? —dije pestañeando.

—Te he visto con niños pequeños, en casa de tus señoras. Siempre eres amable y les haces muchos cumplidos. «Qué niña tan guapa, señora Seth; se parece mucho a usted; tiene usted un verdadero Einstein en la familia, señora Khanna.» Pero luego te das media vuelta y sigues con lo tuyo sin volver a fijarte. Nunca miras a las mujeres que van con un carrito de bebé por el mercado. Yo sí. Quiero ver si es una niña o un niño. Si tiene el pelo liso o rizado. Tú pasas de largo.

»Y los niños que piden por la calle. Les das una moneda sin mirarlos siquiera, como si fueran fantasmas. Yo sí los veo. Hablo con ellos. Son personas, *jiji*. Este bebé es una persona. Es de nuestra sangre. Mira estos ojos. Son como los de *maa*. Y las orejas son como las de *pitaji*. ¿Es que no significa nada para ti?

El niño empezó a inquietarse.

—¡Por Dios! Y como la familia significa tanto para ti has destrozado la única que te quedaba, ¿no? —le espeté. Notaba cómo me latía la vena de la sien—. Yo también soy tu familia, Radha. Soy de tu sangre. ¿Qué pasa conmigo? He cuidado de ti. Te di la posibilidad de ir a la mejor escuela. ¡Y tú me lo pagas quedándote embarazada!

—¡No lo hice para hacerte daño!

—He pasado trece años construyéndome una vida. Ahora mi libro de citas está vacío, todas las páginas… Nada.

El bebé se removía y abría y cerraba los puños.

—Pero yo lo amaba… amo a Ravi —dijo como si eso lo solucionase todo.

—¿Me hablas de amor? —dije elevando la voz—. Esto no es una de esas películas estadounidenses tuyas en las que la heroína hace lo que le da la gana. Y tú no eres Marilyn Monroe. —No podía parar—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no disponemos de los medios para dar a este niño lo que merece? No formamos parte del equipo de polo y sus esposas por mucho que lo desees. No podemos permitirnos tomarnos un día libre de trabajo mientras ellos se van de viaje por Europa un mes. Los sastres, los verduleros, los zapateros remendones van a su casa, no vienen a la nuestra. Ojalá fuera diferente, pero no lo es. Nunca lo será. —Estaba demasiado enfangada ya para parar—. ¿Dices que no quieres ser la Niña de la Mala Suerte? ¡Paséate con este bebé por la ciudad y lo serás para siempre! Nadie querrá acercarse a ti o a él.

Los ojos de Radha relucían como las canicas que Malik lanzaba por el suelo.

—¡Te odio! ¡Aléjate de mí! —gritó.

El bebé empezó a chillar. Radha lo mecía de lado a lado, pero los brazos le temblaban y lo único que conseguía era asustar más al pequeño. Se había puesto rojo de gritar.

El doctor Kumar abrió la puerta y entró seguido por la enfermera de gesto agrio con el reloj prendido al hábito.

Me miró, luego a Radha, luego al bebé y de nuevo a mí.

—¿Va todo bien?

Me limpié la comisura de la boca, donde se me había acumulado la saliva. No podía mirarlo porque me daba vergüenza. Lo que le había dicho a mi hermana sobre la Niña de la Mala Suerte era una crueldad de la que no sabía que era capaz. Me aclaré la garganta.

—Por favor, llévese al bebé.

—¡No! —gritó Radha—. ¡Quiero darle de comer!

Los gritos del bebé eran ensordecedores.

Me costó, pero conseguí adoptar el tono de voz suave que siempre empleaba con mis señoras.

—Doctor, por favor.

Él suspiró. Se volvió despacio hacia la enfermera y le hizo

un gesto de asentimiento con la cabeza. La mujer nos miró con patente desaprobación y se lo llevó rápidamente de la habitación.

El doctor se frotó los ojos.

—Radha…

—Doctor Kumar, se lo suplico. Por favor. Deje que me quede con el bebé.

Me avergonzaba que le estuviera suplicando.

—Esa decisión no está en mi poder.

—¡Cuidaré de él, lo prometo! Encontraré la manera.

—Tu hermana es tu tutora legal hasta que seas mayor de edad. Debes hacer lo que ella diga.

Radha se tapó los oídos y sacudió la cabeza.

—¡Pero es mi bebé! ¿Es que yo no tengo nada que decir?

Miré al doctor, que se frotaba la mandíbula y parecía preocupado.

Él dio un paso hacia mí. Me puso la mano en el hombro y la dejó allí un momento. Me resultó tranquilizador, como si quisiera decirme: «ánimo, todo saldrá bien». Luego se marchó y cerró la puerta tras de sí.

Con la cara mojada y roja de rabia, Radha explotó.

—¡Tienes que controlarlo todo! Si le doy de comer a mi propio hijo; con quién puedo estar; cómo debo hablar; qué debo comer. ¿Va a ser siempre así? ¿Cuándo vas a dejar de dirigir mi vida? ¡Me las he arreglado muy bien durante trece años! ¡Trece! Era como si estuviera sola. *Pitaji* siempre borracho. Con *maa* apenas se podía contar para nada. ¡Encontré la manera de llegar hasta ti aunque estabas a cientos de kilómetros! ¿Sabes lo difícil que fue?

Se miró el camisón de hospital, húmedo porque le salía leche.

—Quiero una familia, *jiji*. Es lo que siempre he querido. Por eso hice ese viaje tan largo para encontrarte. Este bebé es mi familia. Quiere mi leche. ¿No has visto cómo me miraba? Le hablaba cuando estaba dentro de mi barriga. Conoce mi voz. Me conoce a mí. Sé que me necesita.

Claro que la conocía. La había tenido para él solo durante ocho meses. Eso lo entendía. Y sí, la ternura que me inspiraba el bebé y lo fuerte que eran mis sentimientos hacia él me sorprendía. Por eso quería hacer lo mejor para ambos. ¿Es

que no podía entenderlo? ¿Cómo no era capaz de encontrar una frase que le hiciera entender que era por su bien? Mi hermana me exasperaba y, a veces, me intimidaba, pero haría lo que fuera para que tuviera una vida mejor, más fácil.

Se cruzó de brazos, pero nada más hacerlo lo lamentó; le dolían los pechos.

Estaban llenos de leche porque yo no le había permitido que alimentara al bebé. Era como si ella lo necesitara a él tanto como él a ella. Pero yo había visto cosas que Radha desconocía: mujeres desesperadas que le suplicaban a mi suegra que las ayudara a deshacerse de su carga. Donde mi hermana veía alegría, yo veía dificultades; donde ella veía amor, yo veía responsabilidad, obligación. ¿Podría ser las dos caras de una misma moneda? Acaso no había experimentado yo también lo que era el amor y la obligación, la alegría y la exasperación desde que había aparecido en mi vida?

Me levanté.

—Te he traído una cosa.

Saqué dos termos de mi bolsa, desenrosqué la tapa de uno y vertí el líquido.

—Bébete esto. Está amargo, pero te calmará el dolor que sientes en los pechos.

Ella arrugó la nariz.

—Por favor.

—¿Qué lleva?

Me quitó la taza y la olió.

—Raíz de bardana. Barbasco. Un poco de raíz de diente de león. Hará que baje la inflamación.

Bebió un sorbo y me miró mientras vertía el líquido del otro termo en una taza. Metí dos tiras de tela de franela en el líquido hasta que se empaparon por completo.

—Ábrete el camisón.

Dejó la taza en una mesita y se secó los ojos con el dorso de la mano. Se desabrochó el camisón y me mostró el pecho. El tamaño de los pezones se había doblado desde que llegó a Jaipur. Se sonrojó de vergüenza, pero yo hice como que no me había dado cuenta. Le puse una compresa en cada pecho con mucho cuidado.

Radha soltó un suspiro y cerró los ojos.

—¿Jengibre?

—Y aceite de camomila también. Y flor de caléndula.

Se le relajó el rostro e inspiró profundamente.

Esa era mi forma de mostrar mi amor, la que me había enseñado mi suegra. No con palabras o caricias, sino a través de la sanación.

Fuera cantaba una curruca y nos volvimos a mirar. La vimos pasar junto a la ventana.

—Kanta también tiene los pechos llenos de leche.

Suspiré.

—Le he ofrecido el remedio a ella también, pero no lo ha querido. Quiere sentir el dolor. Creo que es su forma de despedirse del bebé. Se le endurecerán y le dolerán un tiempo, pero, al final, la leche se secará.

Se le llenaron de lágrimas los ojos otra vez.

—Me siento muy culpable porque mi bebé esté vivo.

—Tú no tienes la culpa.

—Vino a Shimla por mí, lejos de su marido. Y mira lo que ha pasado.

—Este hospital está mejor equipado que el de Jaipur. El clima de aquí le va mejor a su asma. Además, ella quería estar aquí contigo.

La curruca regresó con su pareja y los dos se posaron en un rododendro cerca de la ventana. El macho hacía guardia mientras la hembra se rascaba bajo las plumas con el pico.

—Siempre podrá volver a intentarlo, ¿no?

Alguien tenía que decírselo.

—El doctor Kumar dice que no lo cree factible.

—Oh.

Nos quedamos mirando a la curruca hembra cuando se giró hacia nosotras. O nos miraba, o estaba mirando su propio reflejo en el cristal.

—Yo quería que Kanta fuera mi *jiji*, ya lo sabes.

Me dolió oírlo, pero no puedo decir que me sorprendiera.

—Pero el día que envié el telegrama, no podría haberme alegrado más de que fueras tú mi hermana.

La miré a los ojos y ella no rehuyó mi mirada.

—Sabía que tú harías lo que había que hacer.

Sentí que algo en mi interior cedía. Dependía de mí para que estuviera allí con ella, aunque estuviera enfadada y me dijera que me odiaba. Le estiré la colcha, rasposa de tantos

lavados y planchados. Ella puso la mano en el regazo. Yo se la tomé y ella me lo permitió.

—¿Cómo está Malik?

—Ocupado. Hace algunas entregas particulares, tónicos capilares, ese tipo de cosas. No deja de pasarse por casa. Cree que necesito compañía.

—¿Y la necesitas?

Me encogí de hombros. Le cambié las compresas por otras recién empapadas. Por la forma de soltar el aire, entendí que el dolor le estaba disminuyendo y, con ello, la necesidad de que el niño mamara.

—¿Has dicho antes que las señoras ya no quieren que les hagas la henna?

Creía que Kanta se lo había dicho.

—No se fían de mí. Creen que he robado.

Ella enarcó las cejas.

—¡Pero eso es ridículo! ¿Por qué piensan tal cosa?

—Son unas chismosas.

Y todo era mentira.

Le quité las compresas frías. Radha se cerró el camisón, absorta en sus pensamientos.

Miré más allá de la cama, por la ventana. Unas nubes negras habían tapado el sol. Vi mi reflejo en el cristal. Tenía ojeras y líneas de expresión a ambos lados de la boca. Las luces fluorescentes delataban la presencia de unas cuantas canas y unas arrugas más marcadas en la frente. Tenía la espalda ligeramente encorvada. Estaba haciéndome mayor. Me miré las manos. Ya no estaban suaves; la piel parecía un sendero cuajado de surcos profundos y venas gruesas.

El doctor Kumar entró y se detuvo, vacilante, como si se diera cuenta de que había interrumpido un momento íntimo.

—¿Todo bien? —Y a continuación miró a Radha—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor —contestó y le contó lo de las compresas que le había puesto en los pezones.

—Es usted una mujer muy talentosa, señora Shastri —comentó.

Cuando se dio cuenta de que se había quedado mirándome fijamente, se dirigió de nuevo a Radha, miró la cama vacía de Kanta y luego el taco de papeles que llevaba en la mano.

—Necesito su firma.

Ah. Los formularios oficiales que certificaban el nacimiento del que sería el príncipe heredero. Me levanté para cogerlos, pero las piernas me temblaban y volví a sentarme.

—¿Podría dejarnos solas un momento, doctor?

Él asintió y salió.

Radha sonrió.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Él —contestó señalando con la barbilla hacia la puerta por la que había salido el doctor Kumar—. Siempre me decía que mi bebé iba a ser un todoterreno y tiene unas piernecitas fuertes.

Claro que Radha había pensado en el futuro de su hijo. Sería jugador de críquet. Lanzador estrella. ¿Querría desayunar *kicheri* o *aloo tikki*? Era posible que tuviera el pelo liso como ella o rizado como el del padre.

—¿*Jiji*? —preguntó con timidez—. ¿Podremos volver a ver al bebé? Te prometo que no montaré otra escena.

Hice ademán de levantarme de la cama, pero Radha me agarró la mano con una fuerza que me sorprendió. Me apretó los dedos. Tenía la mano tibia y algo húmeda. Me senté de nuevo.

—*Jiji*, sé que te pillé por sorpresa cuando llegué. Yo tendría cuatro o cinco años, estaba removiendo la leche para hacer yogur cuando llegó el cartero con una carta tuya. *Maa* echó un vistazo al sobre y lo tiró a la lumbre. Le pregunté por qué no la había abierto y se encogió de hombros y dijo: «Es de alguien que murió en mi corazón hace mucho tiempo».

»Me preguntaba quién sería esa persona. Después de aquel día, empecé a prestar más atención a lo que decían los chismosos y así me enteré de que *maa* se refería a ti. Yo pensaba en lo valiente y lo fuerte que debías de ser para dejarlo todo atrás. Y luego te conocí. Eras tal y como te había imaginado. Elegante. Hermosa. Divertida. Me sentí orgullosa. Eras capaz de hacer muchas cosas. Te quise nada más verte. Comprende que había tenido mucho tiempo para imaginarte.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Nadie me había dicho nunca que me quería. Sabía que mis padres me querían, pero nunca me lo decían. A su manera, Hari también me había

querido, o pensaba que me quería, pero el suyo no había sido un amor desinteresado. Él quería ser mi dueño, que formara parte de él. Y Samir tampoco me quería, lo que quería era tenerme en su cama.

—Yo quiero tener hijos. Quiero terminar agotada cada día después de cocer leche para preparar *kheer,* jugar a la rayuela con ellos, ponerles cúrcuma en las heridas, escuchar sus historias inventadas y enseñarles a leer el *Ramayana* y a capturar luciérnagas. Y no te imaginas lo mucho que me entristece pensar que no podré hacerlo con este niño.

Su insistencia estaba desgastando mis defensas. ¿Y si estaba siendo corta de miras? A lo mejor podríamos criar juntas a aquel precioso niño. Radha podría ir a clase mientras yo me ocupaba de él. No podría. Tenía que trabajar mucho para saldar mi deuda con Samir. Y pensándolo bien, en ninguna escuela de Jaipur aceptarían a una chica con un bebé. No podría completar su educación. Con un hijo ilegítimo a cuestas, seríamos parias, nos apartarían de la sociedad y de todas las celebraciones, bodas y funerales, no nos permitirían ganarnos la vida siquiera. Nadie querría que le hiciera la henna, le pintara un mandala o concertara un matrimonio. ¡No tendríamos para comer! Lo cogiera por donde lo cogiera, era imposible que nos quedásemos con el bebé.

Miré por la ventana. El sol asomaba entre las nubes. Minivets escarlata se bañaban en la fuente del jardín con pequeños movimientos nerviosos de la cabeza en una salpicadura furtiva de plumas.

Vi a Kanta y a Manu sentados en un banco del jardín, las rodillas tapadas con una manta. Ella tenía la cabeza apoyada en el hombro de él y los ojos cerrados.

Kanta ansiaba desesperadamente ser madre. Y habría sido una madre maravillosa. Era simpática, divertida, generosa. Tenía a Manu, a su suegra y a Baju para ayudarla con la casa. Y podía permitirse contratar a una *ayah* para el bebé. Ojalá pudiera llevarse a casa al niño de Radha. Lo querría como si fuera suyo.

Noté que se me aceleraba el pulso.

Manu y ella tenían los medios, el tiempo y la energía para dar al bebé un buen hogar.

¡Era absurdo pensar semejante cosa! Había firmado un contrato…

A menos que…

Empecé a notar que se formaban gotas de sudor al comienzo del cuero cabelludo.

—Radha —susurré. En cuanto lo dijera en voz alta, no podría retirarlo.

Me giré para mirarla. Me repetía que sabía lo que estaba haciendo. Si seguía adelante con ello y la familia real descubría la verdad, podrían denunciarme por incumplimiento de contrato, tendría que pagar cuantiosas multas y puede que hasta terminar en la cárcel.

—¿Sí?

Tuvo que ver mi cara de emoción.

¡Estaba a punto de renunciar a treinta mil rupias y un futuro seguro para Radha! Pero el bebé tendría un hogar mucho más feliz.

Señalé la ventana con la barbilla. Kanta y Manu se habían levantado del banco. Caminaban hasta el lado más alejado del hospital, donde estaba el nido.

—Kanta no pudo llegar a tener a su hijo en brazos. Por eso le encanta ir al nido a coger al tuyo.

Radha enarcó las cejas y miró por la ventana.

—Le canta. Y parece que a él le gusta —continué.

Mi hermana sonrió.

—Se inventaba toda clase de cancioncillas absurdas cuando nuestros bebés estaban en nuestra barriga. Igual que hacía *pitaji*.

—Si Kanta criara a tu bebé… —La miré. El corazón me latía a toda velocidad—. ¿Tú crees que le leería a Shakespeare o las leyendas de Krishna?

Vi el destello en sus ojos.

Le tomé las manos.

—¿Le daría cosas dulces o saladas?

Radha entreabrió los labios.

—Le encantan mis *laddus* —dijo en un susurro.

—¿Y su suegra le daría leche de rosas también?

—Hasta que se pusiera rosa —respondió Radha con ojos esperanzados.

Sonreí y apoyé la frente en la suya.

—¿Y Kanta no lo querría con toda su alma?

Mi *choti behen*, mi hermana pequeña, asintió despacio y me aferró las manos.

—Pero, *jiji*, ¿y qué pasa con la familia que quería adoptar a mi hijo?

—Déjamelo a mí.

KANTA TENÍA LA vista perdida en algún punto por detrás de mí, como si me hubiera vuelto transparente. Me pregunté por un momento si me habría oído. Entonces dijo:

—Pero, Lakshmi, ¿y qué pasa con el contrato con el pala…?

—Yo me ocuparé. —Radha seguía sin saber que el palacio era la familia adoptiva. Y ahora ya no tendría que decírselo.

Vi el debate interno en el rostro de mi amiga: quería que fuera cierto, pero no se atrevía a pensar en su buena suerte.

Aturdido, Manu preguntó a Radha:

—¿Estás segura?

—Lo trataréis como si fuera vuestro.

Lo decía en serio. Solo yo me fijé en cómo se aferraba a las sábanas, en lo blancos que tenía los nudillos de apretar. Hasta ese momento, los demás habían tomado las decisiones por ella; esa la estaba tomando ella sola, la más difícil de su corta vida.

—Tenías razón, *jiji*. No puedo ocuparme de él, ni en Jaipur, ni en Ajar ni en Shimla. Pero tú sí puedes, Kanta, y tú, Manu.

La pareja estaba tan emocionada que no podía ocultar su alegría; contestaban al mismo tiempo, se pisaban las palabras. Me tapé la boca con las manos, feliz por ellos.

—Le daremos lo mejor…

—Ya es de la familia…

—Sé que le gustan los anacardos salados…

—Pero esperaremos a que le salgan los dientes, claro…

Si hubiera sabido lo que Kanta iba a decir a continuación, se lo habría impedido, le habría dicho que se estaba adelantando… el tipo de gesto que se hacía con el corazón, no con la cabeza. Pero Radha aceptó el ofrecimiento y asintió con la cabeza: no volvería a la escuela. Se quedaría con Kanta

para ser la *ayah* del bebé.

Kanta y Manu se lanzaron sobre mi hermana para abrazarla, riendo y llorando los tres, secándose las lágrimas mutuamente.

EL DOCTOR KUMAR estaba detrás de su mesa con la pluma en la mano cuando entré en su despacho.

—He pensado en su oferta. Lo asesoraré de forma profesional, doctor.

Él dejó la pluma y trató de disimular su alegría, sin mucho éxito.

—¡Fantástico! Es absolutamente…

—Pero hay un cambio de planes.

—¿Un cambio?

Me preparé para su reacción.

—El señor y la señora Agarwal van a adoptar al bebé de Radha.

Me miró confuso.

—No… No lo entiendo. El palacio…

—Esperaba que pudiera usted… Los papeles que tiene que enviarles…

El hombre se puso las manos en las sienes y se quedó mirando la mesa.

—Señora Shastri, ¿puedo preguntarle qué…?

—Tengo que conocer los motivos por los que el palacio rechazaría al bebé. Motivos médicos.

Se sabía el contrato de memoria, pero él conocería la terminología apropiada.

Deslizó las manos desde las sienes hasta las mejillas y las dejó ahí, estirándose la piel como si fuera un payaso. De repente, se levantó y fue a la puerta para comprobar que nadie nos oía, aunque yo me había asegurado de cerrar después de entrar.

—¿Se da cuenta de que me está pidiendo que haga…?

—Lo correcto.

Volvió a su asiento y puso una mano encima de la otra. Cogió la pluma, enroscó la caperuza y empezó a dar golpecitos con ella en el papel que tenía delante, manchándose la mano con lo que hubiera estado escribiendo.

—¿Ha sido decisión de Radha?

—Sí.

Fijó la mirada en la librería que había detrás de mí.

—Le dije que esto podría pasar. Antes de que el bebé naciera, podríamos haber cancelado el contrato. Ahora es demasiado tarde.

—¿No se ha dado cuenta de que a veces el camino equivocado termina convirtiéndose en el correcto? El bebé estará mejor con una mujer que lo quiera que en un palacio rodeado de desconocidos. La familia real puede adoptar otro bebé de la casta chatria con el linaje adecuado.

Era difícil leer la expresión de Jay Kumar. Sus ojos eran como perlas grises con el borde exterior luminiscente. Se mordió el labio inferior y después despegó su cuerpo larguirucho de la silla y empezó a andar de un lado para otro, frotándose la mandíbula con la mano manchada de tinta.

—Doctor Kumar, por favor —dije.

Volvió a sentarse, tomó la carta que estaba escribiendo y se dio cuenta de que la había emborronado. Suspiró y rompió la hoja por la mitad. A continuación hojeó el taco de papeles que tenía a la izquierda y sacó una hoja; vi que era un formulario oficial con el sello del palacio. Quitó la caperuza a la pluma, me dirigió un vistazo rápido y corrigió con cuidado un número.

—El corazón de un recién nacido late entre cien y ciento veinte pulsaciones por minuto —explicó—. Sin embargo, cuando el corazón crece, el ritmo cardíaco se ralentiza.

Arrancó una hoja limpia de su bloc. La pluma se deslizó por el papel y llenó la página en menos de dos minutos. Levantó la carta terminada, sopló para que se secara la tinta y me la entregó.

3 de septiembre de 1956

Estimado doctor Ram:

El 2 de septiembre de 1956, a las 6.20 de la mañana, la paciente que dejó a mi cuidado dio a luz un niño que pesó tres kilos. Si bien no parecía que hubiera defectos físicos, las estadísticas vitales han revelado un ritmo cardíaco de 84 ppm. Como sabe usted bien, la cardiomiopatía hipertrófica o hipertrofia septal asimétrica se da en casos como este, si no ahora, en un futuro, cuando el miocardio se ve comprometido.

Atribuyo la complicación al nacimiento prematuro, ya que el bebé se ha adelantado tres semanas. Desearía tener mejores noticias. La señora Shastri se pondrá en contacto con usted para disolver el contrato.

Transmita mis más sinceras condolencias al palacio. Le agradezco inmensamente su confianza en mí para llevar a cabo tan privilegiada y providencial tarea.

Atentamente,
Doctor Jay Kumar

La leí dos veces. Nadie quedaba mal: ni la familia real, ni el doctor Kumar ni los Singh. Pero ¿quién pagaría las facturas médicas? No quería pensar en ello en ese momento. Cada cosa a su tiempo.

Leí la carta una tercera vez. Entonces se me ocurrió que Jay Kumar estaba dejando pasar la oportunidad de hacerse famoso. Habría sido el médico que había asistido en el parto del príncipe heredero de Jaipur.

Lo miré.

—Lo siento.

Él me devolvió la mirada.

—La señora Agarwal será una buena madre. Muy buena —dijo.

Deslizó la carta y el formulario por encima de la mesa. Lo único que faltaba era mi firma. Me entregó la pluma.

20

Jaipur, estado de Rajastán, India

15 de octubre

ME QUEDÉ DOS semanas en Shimla. A mi regreso a Jaipur a finales de septiembre, me sentía más feliz, más ligera de lo que me había sentido en mucho tiempo. En Shimla había trabajado con personas que me necesitaban, que valoraban lo que podía ofrecerles. La gente de los Himalayas había recibido mis sugerencias con los brazos abiertos, como el suelo reseco recibe la lluvia. Algunos pacientes habían ido a la consulta del doctor Kumar con flores silvestres y platos caseros para darme las gracias. Desde que trabajaba con mi suegra no había vuelto a experimentar la alegría de sanar a los demás.

Ver a Kanta y a Manu con el bebé también me había levantado el ánimo. Eran unos padres abnegados, ansiosos por cuidar de su primer, y ahora único, hijo. Había buscado señales de celos en Radha, pero parecía contenta de compartir a su bebé con sus amigos. Llegarían a Jaipur en una semana y Radha se quedaría a vivir con ellos.

Sin embargo, me bastaron unos pocos días en Jaipur para devolverme a la realidad de mi vida. Después de trece años de duro trabajo, estaba justo donde había empezado, igual de pobre que con diecisiete años. Ya no recibiríamos las treinta mil rupias por la adopción. Había rechazado la comisión envenenada de Parvati por haber cerrado el acuerdo matrimonial. No tenía dinero para devolver a Samir el préstamo ni para pagar las facturas del hospital. Mis saris estaban descoloridos de tanto lavarlos; no tenía dinero para ropa nueva. Iba a pie a atender las pocas citas que tenía (algunas clientas como la señora Patel se habían mantenido fieles) para ahorrarme el dinero de los *rickshaws*.

Podría haberles pedido dinero a Kanta y a Manu, pero habría sido como pedirles que me pagaran el niño que habían

adoptado. La idea me parecía repulsiva.

Tenía otras deudas. El vendedor de aceite de nim al que debía varios cientos de rupias se presentó en mi casa a reclamarlas. Seis meses antes, le habría dicho que lo hablara con Malik. Ese día le enseñé las manos vacías. Echó un vistazo a mi casa, mis enseres viejos, mi blusa desgastada. Me di cuenta de que le sorprendía lo bajo que había caído.

Me observó y se detuvo en mi pecho hasta que sentí la necesidad de cubrirme cruzando los brazos.

El hombre resopló y se tragó la flema.

—Hace la henna a las mujeres, ¿no es así?

Yo asentí con la cabeza.

—Puede hacérsela a mi mujer a cambio del dinero que me debe.

Cuando llegué a su casa, el vendedor dijo que su mujer estaba esperando en el dormitorio. Me dirigí hacia allí y el hombre me agarró de un brazo.

Me puse rígida.

—Quiero que le decore los pechos.

Me quedé mirándolo. Desde la época en Agra con las chicas nadie me había pedido que decorase otra parte del cuerpo que no fueran las manos o los pies, con la excepción del vientre de Kanta, que había sido idea mía.

No podía negarme. No tenía otra manera de pagarle. Entré en la habitación y cerré la puerta. La mujer del vendedor, una mujer delgada de piel tan oscura como la cáscara de un coco, me esperaba en el suelo, con el pelo cubierto por el *pallu*. Como estábamos solas, le sugerí que estaría más cómoda si se descubría la cabeza; ella me sonrió con timidez, pero se negó y se ocultó aún más debajo del sari.

Me sorprendió cuando me dijo:

—Está más delgada.

Me había visto en tiempos mejores, cuando iba a comprar a la tienda de su marido en compañía de Malik.

Había dejado de dar explicaciones sobre mi pérdida de peso. Cuando alguien me preguntaba o se fijaba, me limitaba a encogerme de hombros. Casi todos los días, Malik llegaba con platos que le había preparado el chef del palacio, pero yo solo tomaba unos trocitos porque había perdido el apetito.

Le pedí que se quitara la blusa. Había criado a tres hijos y

tenía los pechos caídos. Aproveché el dibujo para ocultar las marcas lo mejor que pude. Había terminado de decorar un pecho cuando oí que la puerta se abría con un crujido. Levanté el cono y me volví. El vendedor de aceites estaba en la puerta, hurgándose los dientes inferiores con un palillo.

Enarqué una ceja a modo de pregunta.

—Continúe —ordenó entrando en la habitación. Cerró la puerta. Su mujer se retrajo aún más debajo del sari.

—Mi trabajo con las señoras es privado. Puede verlo cuando termine.

—Es usted la que me debe dinero, ¿recuerda?

Bajé la vista y volví a lo que estaba haciendo.

—¿Puede pintar una cara? ¿En sus pechos?

Ignoré su petición y mojé el cono en la pasta.

—Estoy pintando una espiral de capullos de flor, una bendición infinita de buena suerte para su hogar.

—Cualquier otra imagen también me servirá —dijo suavizando la voz de una manera que me produjo un escalofrío. Podía ver la expresión libidinosa en su cara.

—¿Como por ejemplo?

—Su cara.

¡Qué sinvergüenza! Sabía lo desesperada que estaba y por eso se atrevía. Me había insultado no solo a mí, sino también a la madre de sus hijos. Que pudiera deshonrarla o avergonzarla no le importaba lo más mínimo; ella era de su propiedad. Sentí asco, el mismo que había sentido en la casa del vendedor de helados unos días antes, cuando me pidió que le tiñera el pelo con henna. Como es natural, me negué. La habilidad para dibujar de la que tan orgullosa estaba no tenía ningún valor para personas como ellos.

—¿Y bien?

Me dieron ganas de tirarle algo para cerrarle la boca, pero el cono no pesaba nada y mi cuenco era demasiado valioso para mí. Lo miré a los ojos.

—No. El acuerdo era pintarle los pechos.

El hombre masticó el palillo. Al cabo de un momento dijo:

—Muy bien.

Pero no se fue. Se sentó en el suelo, detrás de mí. Cambié de posición para no tener que mirarlo, ni siquiera por el rabillo del ojo. Seguí dibujando una espiral de hojas que se

extendía hacia fuera y hacia arriba desde el pezón para que el pecho pareciera más erguido.

Tras unos minutos oí que se removía. Supe por un leve cambio de postura en la mujer que ella también lo había oído. Sentí náuseas cuando me di cuenta de que estaba metiéndose la mano dentro del *dhoti*. Percibí la vergüenza de su mujer y algo más. Resentimiento. Pero hacia mí, no hacia él.

Dejé el cono en el suelo y me levanté de un salto. Empecé a guardarlo todo en mi bolsa apresuradamente.

El hombre me agarró del brazo. Tenía la mano caliente de haber estado tocándose; me solté.

—¡No me toques!

Fui a coger mi cuenco de mezclar la henna.

—¡No has terminado!

Apreté los dientes.

—Antes me pondré a limpiar letrinas que volver a pisar esta casa.

Me quitó el cuenco de las manos y lo lanzó contra la pared.

—¿Piensas estafarme?

La pasta salpicó el suelo y las paredes. La mujer se quitó el sari de la cara y, por un momento, los tres observamos el desastre.

El cuenco de mi suegra, mi preciado cuenco, estaba hecho añicos. Podía comprar uno por unas pocas rupias en el mercado, pero ese cuenco había hecho que me sintiera cerca de ella cuando me marché.

Furiosa, le clavé el codo en las costillas y lo empujé con todas mis fuerzas contra la puerta. Su hombro chocó contra el marco y cayó al suelo. Lo había dejado sin aliento. Intenté recoger todos los trozos que pude antes de que se recuperase, los eché en la bolsa y salí a toda prisa de la casa.

Crucé la calle corriendo y me metí en el primer callejón. Una rata se escabulló hacia un lateral por el agua turbia y fétida. Me apoyé contra la pared desconchada, me doblé y vomité. El té cremoso trazó un remolino en el interior de color tabaco del pozo negro.

El recuerdo de un callejón similar se me dibujó en la mente. Yo con dieciséis años. En mi aldea. Huyendo de un Hari furioso y violento. Vomitando hasta la primera papilla.

Y allí estaba de nuevo con treinta, buscando todavía la forma de escapar. Pero ¿adónde podía ir?

—*Ji*? ¿Estás bien?

Me giré en redondo.

Lala, la antigua sirvienta de Parvati, me miraba con preocupación. Me apartó del pozo negro y tomó el extremo de su sari para limpiarme la comisura de la boca.

Le sujeté la muñeca para detenerla y me limpié con mi propio *pallu*.

—Me cuesta olvidar las viejas costumbres —dijo sonriendo —, después de haber criado a los chicos de *memsahib* durante tantos años.

Tenía la cara oscura más delgada de lo que recordaba, las mejillas hundidas. Me fijé en el sari remendado que llevaba.

—¿Adónde fuisteis después…?

No fui capaz de terminar la frase. Ya sabía por qué las habían despedido de casa de los Singh. Samir me lo había confirmado.

La mujer se pasó la lengua por los dientes.

—A casa de mi hermano primero. Es un hombre grande, constructor, y tiene medios. Pero luego se negó porque mi sobrina estaba embarazada. Al final le buscó marido.

Me acordé de que Naraya había concertado un matrimonio a toda prisa para su hija embarazada.

—¿Tu hermano se llama Naraya?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—*Hahn*. —Se los secó con el sari—. Un hombre duro donde los haya. Llamaba a su propia hija puta y perra.

Ya sabía la respuesta, pero tenía que preguntar.

—¿Y el joven Ravi…?

—Yo lo crie, pero también lo mimé demasiado. Todos lo hacíamos. Era un niño precioso. Le dije a mi sobrina que él no era para ella, pero no quiso hacerme caso.

—¿Dónde está ahora?

Las lágrimas cayeron por las mejillas arrugadas de Lala.

—Su marido la echó de casa cuando se enteró de que el hijo era de otro. Se sentó en mitad del patio y se prendió fuego. Murieron los dos, ella y el bebé.

Se me doblaron las piernas. Me habría caído si Lala no me hubiera sujetado.

—Me había enterado de lo de tus hierbas. Podrían haberla ayudado.

Me acordé de aquel día, en casa de Parvati, un año antes. Me acordé de que Lala estaba en el porche y de que noté que quería hablarme de algo, pero luego pareció acobardarse. Debería haberla buscado y haberle preguntado qué necesitaba. Es lo que mi suegra habría hecho. ¡Cuánto me había alejado de todo lo que mi suegra defendía!

La miré. Ahí estaba yo lamentándome por mi suerte cuando aquella mujer lo había dado todo, incluso su medio de vida, por cuidar de su sobrina.

—¿Y tú, Lala? ¿Cómo…?

—Lo intenté con otras señoras, pero *memsahib* se aseguró de que nadie me contratara. Ahora limpio casas. En este barrio.

Parvati le había arruinado la vida a ella también para proteger a su hijo del escándalo.

Me levanté apoyándome en Lala, mareada por el esfuerzo.

—Ojalá… Lo siento mucho…

—No podemos hacer nada contra los designios de Dios, *ji*.

Me frotó la espalda como si estuviera reconfortando a un niño.

Mi suegra no me habría regañado por mis acciones o mi inacción, más bien; ella me habría dado unas palmaditas en el brazo compasivamente, igual que estaba haciendo Lala, que era aún peor. Me daban ganas de arrancarme la piel y empezar de nuevo.

Mascullé otra disculpa y me marché a casa.

MALIK ME ALCANZÓ a un kilómetro y medio de Rajnagar. Apestaba a cigarrillos.

Me aparté. Yo también apestaba, a vómito y vergüenza.

Llevaba un trozo de mi cuenco roto en una mano. Malik lo miró.

—Te llevaré a casa —dijo.

—No tengo dinero para un *rickshaw*.

—Yo sí.

—No quiero tu dinero —le espeté y nada más hacerlo, lamenté la dureza de mi tono—. Tengo piernas.

—Yo también. Caminaremos juntos.

Malik había sido mi ayudante y mi amigo durante muchos años. Me había seguido por todo Jaipur durante un tiempo hasta que me fijé en él. Y cuando lo hice, vi a un niño flacucho, desaliñado y descalzo que me observaba con los ojos alerta. Sabía que si esperaba, él se acercaría. Cuando lo hizo, para preguntarme si podía llevarme las tarteras, habló con respeto, pero también con una confianza que se contradecía con su juventud y su cuerpo frágil. Aquel día le entregué mis tarteras igual que le di mi bolsa con mis enseres de trabajo en ese momento.

No merecía su lealtad, igual que no merecía el consuelo que había intentado darme Lala.

—Jefa.

—Ya no soy tu jefa.

—Siempre serás mi jefa —dijo con esa sonrisa fácil que tenía—. Porque eres más lista que el chef. —Empezó a andar hacia atrás para poder mirarme a la cara—. Le he dicho que los pastunes podían conseguirme los anacardos crudos más dulces, mejores que los que le echa a su curri de cordero, y más baratos. Y el muy imbécil lo ha rechazado. ¿Y sabes por qué?

No dije nada.

—Que no hace negocios con musulmanes dice, excepto conmigo, claro. Pero a ti se te dan mejor los negocios. Tú habrías aceptado el trato.

Me detuve.

—Si tan inteligente soy, ¿cómo es que no tengo ni una rupia?

—*Arré!* ¡Es culpa mía! Cuando estabas en Shimla, fanfarroneé de tu henna delante del vendedor de helados. —Escupió—. ¡Se puso henna en el pelo y les dijo a todos que se la habías puesto tú! Ahora todo Jaipur piensa que has tocado su cabeza impura.

Eso explicaba por qué el sastre y el verdulero se cruzaban de acera cuando me veían acercarme. Y por qué el lechero había dejado de traerme la leche. Cuando fui a preguntarle si se había olvidado, dijo que no aceptaba dinero de una brahmán caída en desgracia. Así que ahora tenía que ir a escondidas hasta una tienda que estaba a veinte minutos de

mi casa, tapándome la cara con el *pallu* para no llamar la atención, como si fuera una delincuente.

Malik cogió una piedra y la lanzó mirándome de reojo.

—No puedes seguir así.

Algo en su forma de decirlo rompió lo que fuera que me sostenía. Me detuve, me tapé la boca con el sari y dejé escapar un sollozo.

Malik me rodeó los hombros con el brazo y yo se lo permití.

—Jefa, sé que has trabajado mucho. Pero ¿no eras más feliz antes de construir la casa? Tu negocio iba bien. Tenías dinero en el banco. Eras libre para poder hacer lo que quisieras.

—Nunca fui libre, Malik. No más de lo que soy ahora.

—Vete de aquí.

—¿Adónde? ¿Para hacer qué?

—Lo mismo que hacías aquí. Tal vez a Nueva Deli o a Bombay. Iré contigo.

—A ti te va bien aquí.

—¿No te acabo de decir que no me gusta trabajar para idiotas, jefa?

El bueno de Malik. Cuánto lo había echado de menos.

Solté un largo suspiro.

—Empezar de nuevo no es fácil.

Malik me miró como si estuviera siendo muy paciente; era hora de usar la artillería pesada.

—¿Cuándo has dejado que eso te parase, jefa? Tienes que irte de Jaipur, no hay otra manera. A menos que se te ocurra una idea mejor.

TENÍA LA PIEL encarnada de tanto frotarme. Me picaba la piel de las axilas, la cara interna de los muslos y el cuero cabelludo por las tiras de cáscara de coco y las astillas de carbón. Me quité los restos de la piel con las palmas, haciendo muecas de dolor y rogando que aquel castigo me ayudara a sentirme menos impura. Pero daba igual cuánto frotara, seguía sintiendo la mano del vendedor de aceite en el antebrazo, su aliento detrás de mí. Y volví a empezar el ritual de limpieza.

Cuando estaba demasiado agotada para seguir frotando, me puse aceite de lavanda en la piel enrojecida. Me vestí con un sari limpio que tenía el borde deshilachado. Mientras me quitaba los enredos del pelo, me fijé en el agujero que había en la base de mi camastro y que tenía intención de arreglar desde hacía ¿cuánto?, ¿un año?, cuando el yute empezó a deshilacharse. Ahora ya era un agujero enorme y cuando dormía, a veces metía el pie entero dentro.

Un *sadhu* gritaba en la calle pidiendo comida. Dejé el peine y envolví en un periódico el *chapatti* que Malik me había llevado el día anterior. El hombre santo, cubierto con una tela color azafrán muy descolorido, esperaba apoyándose en su bastón. Había renunciado a su hogar y a los bienes materiales, y se había liberado de su ego, algo que yo no había tenido el valor de hacer.

Cuando le ofrecí la comida, me devolvió una bendición en un dialecto que no entendí. Pero no aceptó mi regalo. Se quedó allí de pie, mirándome.

Vi en sus ojos lo que él veía: una mujer joven, con el pelo mojado que le caía en mechones apelmazados como serpientes, el delgado sari. Los brazos y el cuello enrojecidos de frotar hasta que me había hecho sangre. Debí de darle tanta lástima que él, que tenía muy poco, se negaba a aceptar la comida que le ofrecía.

Le puse el *chapatti* en la mano de muy malas maneras y me metí otra vez dentro, dando un portazo. Me apoyé en ella y cerré los ojos. El corazón me latía aceleradamente.

Cuando se me calmó la respiración, me acerqué a la mesa de trabajo. Con manos temblorosas desdoblé la carta que había llegado el día anterior.

10 de octubre de 1956

Mi querida señora Shastri:

Nuestra situación actual la describe mejor el señor Dickens: «Era la estación de la Luz, era la estación de la Oscuridad». Desafortunadamente, la migración de las tribus de las montañas y sus rebaños hacia el sur ha provocado un parón brusco en el funcionamiento de nuestra clínica local, lo que también afecta a nuestro acuerdo de colaboración (al menos hasta que pase la estación). Sin embargo, se ve luz en la oscuridad: la oportunidad de empezar a planificar el jardín de hierbas medicinales.

Si aceptara venir a Shimla por un período más largo, podría estudiar el clima, las condiciones del suelo y las plantas autóctonas, hablar con los habitantes de la zona (encontrará algunos entusiastas de las plantas entre la plantilla) y diseñar un plan para crear el Jardín Sanador de Lady Reading.

Diga que estudiará mi propuesta y me ayudará a atender a las gentes de Shimla. Por supuesto, haré todo lo que esté en mi poder para convencerla para que se quede en nuestra preciosa ciudad en cuanto llegue. ¿No le parece el paisaje lo bastante hermoso?, ¿nuestra gente no es convenientemente hospitalaria?

Es innegable que el servicio que presta a las damas de Jaipur es muy valioso, pero según me ha contado la señora Agarwal, han vertido sobre usted acusaciones adversas e injustas. Voy a serle franco. El orgullo no debería interponerse en su camino e impedir que comparta su don con muchas más personas. (No culpe a la señora Agarwal por haberme contado su difícil situación; cuando pagó la factura de su hermana, me sentí empujado a preguntar cómo se encontraba usted. Si no me lo hubiera dicho, no habría tenido el valor para escribirle y hacerle esta petición.)

Tiene usted mucho que enseñarnos. Su trabajo podría ayudar, y ya lo ha hecho, a salvar más de una vida y aliviar a nuestros pacientes. La gente de las montañas no la ha olvidado. (Nuestra paciente embarazada de la tribu gaddi a quien ayudó está entusiasmada con su receta de melón amargo. ¡Dará a luz de un momento a otro!)

Y al menos yo espero que considere, y acepte, esta invitación. Aguardo ansioso su llegada, tanto en calidad de alumno entusiasta y ávido como de fiel amigo.

Con gran respeto y expectación,
Jay Kumar

La generosidad de Kanta me hizo llorar. Sabía que si me hubiera dicho lo que pensaba hacer, yo la habría detenido. Ya no tenía que preocuparme por las facturas médicas de Radha.

Pensé en lo que me había dicho Malik. No era la primera vez que sugería que me fuera de Jaipur.

Jay Kumar me estaba dando la oportunidad de sanar, de trabajar con personas que querían lo que yo podía ofrecerles, que consideraban que mis conocimientos eran sagrados. Era una oportunidad de llevar a cabo el trabajo que mi *saas* me había enseñado. Seguía viviendo en mí. Haría que estuviera orgullosa de mí otra vez. Yo volvería a estar orgullosa de mí.

Pero… ¡mi casa! Había soñado con ella, me había esforzado muchísimo para construirla. Me había gustado saber que todas las decisiones las había tomado yo. Mudarme significaba dejarla atrás.

Y aun así, ¿qué me había aportado más allá de deudas, ansiedad y noches en vela? ¿La necesitaba para anunciar mi llegada al mundo de los triunfadores como pensé alguna vez? El éxito es efímero y fluido, como había experimentado en carne propia por las malas. Llegaba. Se iba. Te cambiaba por fuera, pero no por dentro. Por dentro seguía siendo la chica que soñaba con un destino que estaba fuera de mi alcance. ¿De verdad necesitaba la casa para demostrar mis habilidades, mi talento, mi ambición, mi inteligencia? Y si…

De repente me sentía más ligera. La misma sensación que había tenido en Shimla. Inspiré profundamente, como si pudiera oler ya el vigorizante aire de las montañas azules de los Himalayas.

Arranqué una hoja en blanco de mi libreta antes de echarme atrás.

5 de octubre de 1956

Samir:

Lamento mucho tener que abandonar el que ha sido mi hogar durante los últimos once años. Pero no te preocupes, no me iré sin haber saldado mis deudas. Sin embargo, para poder devolverte el préstamo que me hiciste debo vender mi casa. Los agentes inmobiliarios son reacios a representar a un propietario si es mujer, por lo que me veo en la necesidad de pedirte que hagas esto por mí. Si estás de acuerdo, te agradecería que restaras la cantidad que te debo del precio de venta y me envíes el resto a la dirección que te indico más abajo.

En otras circunstancias habríamos seguido haciendo negocios, pero, como reza el dicho, «de qué sirve llorar cuando los pájaros ya se han comido toda la cosecha».

Me voy a Shimla dentro de un mes. Por favor, indícame lo que decidas a lo largo de la próxima semana.

Hospital Lady Reading
A la atención de Lakshmi Shastri
Harrington Estate
Shimla, Himachal Pradesh

La leí varias veces. Satisfecha, arranqué otra hoja para escribir a Jay Kumar. Después apagué la lámpara y dormí doce horas seguidas.

Dos días después, llegó un mensajero a mi casa. Abrí el sobre con perfume de lavanda.

Lakshmi:

Le has pedido a Samir que venda tu casa. No importa cómo lo he sabido, el asunto es que lo sé. Sin embargo, te sorprenderá saber que preferiría quedarme con tu suelo decorado antes que venderlo. Te adjunto el dinero de la casa, descontado el préstamo (sí, también estoy al tanto de eso). No pretendo comprar tu favor (ya estamos en paz a ese respecto), tan solo quiero reconocer que es posible que no volvamos a encontrar a nadie con tu mano para transformar las nuestras en una maravilla para la vista.

Parvati

No era perdón. Tampoco una disculpa. Pero despertó algo en mi interior: una espiral de resentimiento, de rencor guardado durante mucho tiempo. Me quedé allí sentada con la nota en la mano durante un buen rato.

21

20 de octubre

AHORA TENÍA DINERO. Ya no me quedaban excusas para seguir postergando lo inevitable.

Tomé un *rickshaw* en dirección a casa de Kanta.

Había estado evitando ver a Kanta, Radha y el bebé desde que llegué de Shimla varias semanas antes. Los echaba de menos, pero quería que tuvieran tiempo para acostumbrarse a ser una familia. Y no quería que Radha sintiera que seguía dominándola, intentando controlar su vida.

—¡Lakshmi! ¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamó Kanta abrazándome. Se la veía feliz, revitalizada. Habían desaparecido las ojeras y tenía la cara más llena.

—Radha está en la habitación del bebé. Entra. Tengo que rezar con *saasuji* y después voy.

Su suegra había aceptado al bebé como nieto. Si había adivinado la verdad o se había fijado en el parecido que guardaba con mi hermana, no había dicho nada; tenía el nieto que anhelaba.

Me detuve en la puerta de la habitación, que estaba entornada. Si el bebé estaba dormido, no quería despertarlo. Oí la voz de Radha dentro.

—¿Cómo te atreves a insultarme con tu presencia? —rugió el malvado rey Kansa. En varias ocasiones había intentado destruir al señor Krishna y todas ellas había fallado.

Entré sin hacer ruido. De espaldas a mí, mi hermana se balanceaba hacia delante y hacia atrás en la mecedora. Tenía al bebé en brazos y le estaba leyendo las leyendas de Krishna. El libro estaba tan manoseado que había tenido que pegar las páginas al lomo con cinta adhesiva.

Kanta y Manu le habían puesto de nombre Nikhil. Durante la ceremonia del nombre, Kanta había purificado la frente del pequeño con agua antes de entregárselo a su suegra para la bendición ritual. Teniendo en cuenta la fecha y la época del

nacimiento, el *pandit* había declarado que el nombre debía empezar por *N*. Con sus ojos azules, Neel[6] habría sido la elección natural, pero Manu susurró el nombre de Nikhil cuatro veces en el oído del bebé y el asunto había quedado zanjado.

El pequeño gorjeó.

—¡Eso es justo lo que dijo Krishna! —lo arrulló Radha inclinándose a besarle la mejilla—. ¡Pero qué listo eres!

—Desde luego, es tan guapo como Krishna.

La mecedora se detuvo y Radha se giró.

—¡*Jiji*! ¡No entres a escondidas así!

Tenía el ceño fruncido.

En una mano tenía el biberón que debió de salírsele de la boca al niño con el movimiento. Alargó los dedos regordetes para cogerlo, porque quería seguir comiendo, pero ya estaba casi vacío y Radha lo dejó en la bolsa.

¿Era culpa lo que vi en su expresión o eran imaginaciones mías?

—Lo siento. No quería despertarlo si estaba dormido.

Tomé una de las regordetas manos en la mía y la agité. Él miró nuestros dedos unidos. Parecía bien alimentado, feliz. Llevaba un trajecito de lino de color crema.

—Kanta no ha dicho que fueras a venir —dijo con tono acusador. Tal como me había temido, pensaba que iba a controlarla.

Se puso al niño en el hombro, sobre una toalla limpia, para que expulsara los gases. Seguía maravillándome que supiera todas esas cosas por instinto, como si hubiera criado muchos bebés.

—No lo sabía. Malik y yo tenemos noticias…

Kanta entró en la habitación.

—¡Ya he terminado la *puja*! Deja que le dé de comer.

—Está casi dormido. —Radha se levantó y le dio unas palmaditas en la espalda.

Kanta se quedó de pie en mitad de la habitación sin saber muy bien qué hacer.

—Pero… hace horas que comió por última vez. ¿Crees que está bien? No estará enfermo, ¿verdad?

Radha ladeó la cabeza como si ella fuera la adulta y Kanta la niña.

—Está bien. Te preocupas demasiado.

Kanta se fijó en la toalla que llevaba en el hombro.

—No le habrás dado un biberón, ¿verdad?

Radha me miró antes de responder.

—Solo un poco. Estaba revoltoso.

Fruncí el ceño detrás de Kanta. El biberón estaba casi vacío cuando yo había entrado. ¿Por qué mentía Radha?

—Pero, Radha, si le das un biberón con demasiada frecuencia, se me secará la leche. —Kanta me dirigió una débil sonrisa—. Es solo que… Quiero darle el pecho hasta que tenga un año, más si quiere. —Miró a Radha—. Me hace que me sienta más unida a él. Como si fuera su madre de verdad.

Parecía que tuviera que disculparse con ella por querer alimentar al bebé.

Mi hermana se fijó en mi expresión. Se sonrojó y apartó la mirada. Dejó a Niki con torpeza en los brazos de Kanta.

—Tengo que ir a lavar los pañales —dijo y salió de la habitación con el cesto de la ropa sucia.

Kanta se sentó en la mecedora y se desabrochó los botones de la blusa. Se sacó un pecho pequeño y lo dirigió hacia la boca del niño, pero este se apartó. Lo intentó otra vez y otra, pero el niño no quería porque estaba lleno. Kanta estaba triste. Se lo puso en el hombro y le dio unas palmaditas en la espalda mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Kanta?

De repente me pareció que estaba demacrada.

—No sé ser madre. Quiero hacerlo, de verdad que sí, pero… Parece que Radha sabe hacerlo mejor. Sabe cómo darle de comer y cuándo hacerlo. Cuándo necesita echarse la siesta. Es como si fuera mejor madre porque, bueno, ella lo alumbró.

Intentó reírse, pero le salió una especie de graznido lastimoso.

—¡Pero qué cosas digo! Soy afortunada por poder cuidar de este precioso bebé. —Le besó el brazo regordete—. Solo son tonterías.

—¿Sientes…? —comencé a decir con cuidado—. ¿La presencia de Radha…?

Kanta negó vigorosamente con la cabeza.

—*Nahee-nahee*. Estoy segura de que… ¡Soy boba! He visto

que les pasa a algunas mujeres después del parto. Las emociones están a flor de piel.

Se levantó y dejó con cuidado al bebé dormido en la cuna. Fingía una alegría que no sentía cuando se abrochaba la blusa.

—¿Te apetece algo de beber?

Salimos de la habitación.

MIENTRAS TOMÁBAMOS EL té y unas pastas, les conté a Kanta y a Manu mi intención de ir a Shimla. Kanta aplaudió. Manu me felicitó. Respondí a sus preguntas sobre lo que iba a hacer en el hospital y la clínica del doctor Kumar, y los dos me dijeron que estaban seguros de que iba a ser un éxito. Les dije que de no haber sido por Kanta, jamás habría ido a Shimla y no me habría enamorado de las majestuosas montañas y sus acogedoras gentes.

Pasada una hora, me excusé para ir a contárselo a Radha. Tenía la sensación de que me estaba evitando. La encontré en el patio trasero, colgando los pañales en la cuerda.

Cuando le conté que Malik y yo nos íbamos a Shimla en dos semanas y que Parvati Singh había comprado la casa de Rajnagar, me miró atónita. Se quedó a medias de sujetar el pañal a la cuerda con la pinza.

Su reacción me sorprendió; pensé que le agradaría saber que iba a estar lejos de ella.

—Sabes que ha llegado el momento de abandonar Jaipur —dije con suavidad—. No puedo seguir trabajando con la henna aquí y estoy lista para hacer otra cosa.

—Pero… ¿volveré a verte?

Se me ocurrió que después de todo lo que había pasado (que nuestro padre se ahogara, la muerte de nuestra madre y la traición de Ravi), tal vez sintiera que yo también la estaba abandonando. Le apreté el brazo y sonreí.

—Siempre que te apetezca. Te enviaré el billete. Ven todas las veces que quieras. Aunque Malik estará en la escuela, así que te sentirás un poco sola.

Radha me miró con cautela.

—¿Malik va a ir a la escuela?

—Ya ha perdido bastantes cursos, pero no pienso dejar

que siga así. Va a ir al colegio Bishop Cotton para chicos. —Bajé la voz y añadí en tono burlón—: Ha estado practicando para saber andar con zapatos.

Pensé que le haría gracia, pero parecía inmersa en sus pensamientos. Miré dentro de la cesta y saqué otro pañal.

—Debe de ser duro ver a Niki todos los días y saber que Kanta se muere por ser su madre.

La bolsa de las pinzas colgaba de la cuerda. Saqué dos.

—Perder a su bebé ha sido muy duro. Tuvo otros dos abortos antes. Parece mucho menos segura de sí misma que antes. Ya no es la Kanta llena de vida que era.

Sujeté el pañal a la cuerda.

—Probablemente le preocupe que Niki te quiera más a ti. Se te da bien cuidarlo, sabes qué hacer. Si no estuvieras aquí, aunque lo estás, claro, pero si no estuvieras, ¿crees que el bebé se acostumbraría a estar con ella?

La miré. Estaba mordiéndose el labio. Con mi hermana solo se podía insinuar y sugerir. Era obstinada y no quería los consejos de los demás. Había aprendido que ella era así.

Tomé otro pañal.

—Sé de una *ayah* maravillosa que necesita el trabajo. Solía trabajar para otra familia, pero ya no la necesitan. Lala es dulce. Le encantan los niños. Querrá a Niki como si fuera suyo. —Me detuve—. Eso si decides venir con nosotros a Shimla, claro. —Le toqué el hombro—. Tú decides.

Me miró y vi un destello en sus ojos. Seguí hablando.

—Malik se pondría muy contento. Va a necesitar ayuda con los deberes. Si tú también fueras a la escuela allí, podrías ayudarlo. Y al doctor Kumar también le encantaría, seguro. —Me reí—. Echa de menos hablar de poesía contigo.

Radha guardó silencio, pero yo sabía por la manera en que fruncía los labios que se lo estaba pensando.

DOS SEMANAS MÁS tarde, la casa de Rajnagar estaba vacía. Los hombres de la mudanza se habían llevado nuestros pesados baúles a la estación. Malik le había dado el *charpoy* destensado a un amigo suyo cuyo padre trabajaba el yute. Solo quedaban las tres bolsas de plástico que llevaríamos con nosotros en el tren.

A la mañana siguiente, Malik iría a buscarme con un *tonga* para ir a la estación. Pero esa noche quería despedirme de mi casa. Encendí varias lámparas a lo largo de las paredes para poder admirar el mosaico de mi suelo por última vez. Rodeé la habitación, pensé en las horas que había dedicado a diseñar el dibujo. Las flores de azafrán que simbolizaban que no tenía hijos; el león de Ashoka que representaba la ambición de la India y la mía propia; mi nombre escrito a mano oculto en una cesta con hierbas; y el de mi *saas,* por todo lo que me había enseñado.

Sentía que tenía la moral alta. Allí, en Jaipur, se quedaría el mapa de mi vida. Dejaría atrás miles de pasadas con el cono de la henna. Dejaría de llamarme a mí misma artista de henna y a todo aquel que preguntara le diría: «Sanaba, consolaba. Hacía que mis clientas se sintieran completas». Dejaría atrás inútiles disculpas por desobedecer. Dejaría atrás el anhelo de reescribir mi pasado.

Mis habilidades, mi ansia de aprender, mi deseo de tener una vida propia, eso sí lo llevaría conmigo. Formaban parte de mí igual que mi sangre, mi aliento y mis huesos.

Di una segunda y una tercera vuelta por la habitación, moviéndome cada vez más rápido. Oía el ritmo de la danza *kathak* en mi cabeza, *ta-chín, ta-ta-chín*, el ritmo ancestral de una danza que celebraba la muerte del demonio Tripuraasur.

Ta-ta-chín, ta-chín, ta-ta-chín.

Bailé formando con las manos una flor de loto y agitando los brazos como si fueran peces flotando sobre el agua, como había visto hacer a Hazi y Nasreen en Agra. ¿Qué dirían si me vieran? Las imaginé, una aplaudiendo de buena gana y agitando sus rollizas caderas, la otra riéndose por lo bajo.

«¡Deja la danza para las *nautchs*, Lakshmi!»

Me reí.

Ta-chín, ta-ta-chín.

Golpeaba el suelo con los pies, bailando al ritmo de unos tambores de una *tabla* que solo yo podía oír. De no haber sido por mi suegra, no habría podido valerme por mí misma, no habría tenido la oportunidad de ir a Agra, no me habría construido aquella casa.

Ta-chín, ta-ta-chín.

La sensación de flotar, de ver el movimiento veloz de las

nubes en el cielo de Jaipur, se apoderó de mí. Giré más rápido. Mi corazón iba a toda velocidad.

Ta-chín, ta-ta-chín.

Giré cien veces, hacia el final y el renacimiento.

Ta-chín, ta-ta-chín.

La puerta se abrió y una corriente de aire frío se precipitó al interior.

Me detuve sin aliento, respirando con dificultad, y el hueco que se forma entre la garganta y la clavícula húmedo de sudor.

Mi hermana estaba en la puerta, con un bulto envuelto en tela en los brazos. Era la manta que le he había hecho a Niki.

—¿Radha?

Se puso el bulto en el hombro. Le temblaba la boca.

—Sé que Kanta quiere a Niki. Lo sé. —Dio unas palmaditas al bulto. Le costaba respirar—. Pero yo no quiero que lo haga. Sé que es buena con él, pero cada vez que se le acerca, quiero apartarla. Quiero decirle: «¡Es mío!».

Tomó aire. Hablaba demasiado rápido.

—Radha…

—Le agradezco que me deje estar cerca del bebé. Pero… no quiero que él la quiera. Sé que esto suena horrible, pero es la verdad. ¿Por qué puede ella criar a mi hijo y a mí me lo prohíben?

La sangre me golpeaba las sienes.

—¿Qué has hecho?

Se mecía hacia delante y hacia atrás, apretando el bulto que iba debajo de la manta.

—La odio por eso. No quiero, pero es así —dejó escapar un gemido doloroso—. Y quiero que Niki también la odie. Sé que es horrible. Sé que soy egoísta. ¡Pero no puedo evitarlo!

Dejó caer los brazos. El bulto resbaló y terminó en el suelo.

—¡No! —grité lanzándome hacia delante para agarrarlo.

La manta se abrió. Un par de botitas amarillas aterrizaron a mis pies.

El sonajero de plata de Nikhil salió rodando por el suelo de mármol y rebotó contra la pared.

El libro que Radha se había llevado de Ajar, el de las leyendas de Krishna, se partió en dos con el impacto.

Nada más.

Radha apretó muy fuerte los ojos.

—*Jiji*. —Le costaba hablar—. Tengo que dejar a mi bebé.

Abrió la boca y dejó escapar el sollozo que había estado conteniendo.

Corrí hacia ella. Mi hermana se abrazó a mí y sentí la honda pena que la afligía. La mecí como si fuera un bebé.

—He sido muy desagradecida. Lo único que he hecho ha sido causar problemas —dijo entre sollozos—. Los chismosos de la aldea tenían razón. Siempre seré la Niña de la Mala Suerte.

Le empujé la cabeza hacia atrás para mirarla y le levanté la barbilla.

—No, Radha, eso no es verdad. Nunca lo fuiste y nunca lo serás. Siento lo que te dije. Has traído muchas cosas buenas a mi vida, a nuestras vidas. De no haber sido por ti, ¿crees que ahora me iría a Shimla?, ¿que construiría mi propio jardín de plantas medicinales?, ¿que trabajaría con el doctor Kumar? ¿Cómo habría hecho nada de eso sin ti?

Pestañeó con los ojos llenos de lágrimas.

—He pasado años atendiendo a mujeres que solo me necesitaban para sentirse mejor. En Shimla atenderé a personas que quieren tener una salud mejor. Porque realmente padecen algún tipo de dolor. Mi suegra me formó para atender a personas como esas. Me necesitan. Y yo quiero estar con ellas.

Le alisé el pelo.

—Y, fíjate, me has ayudado a formar una familia. Malik. Kanta y Manu. Niki. Y, por supuesto, tú. Tú, Radha, eres la sabia *gopi* de Krishna.

Era un milagro que me hubiera encontrado, y yo a ella.

—Así que *Rundo Rani, burri sayani*… ¿Te vienes a Shimla con nosotros?

Radha levantó la vista hacia mí. Aguardó un poco y asintió.

En el silencio que sobrevino, oí ladrar un perro, el golpeteo de los cascos de un *tonga*, el aleteo de los cuervos entre los árboles.

Cuando por fin aflojó un poco el abrazo, le besé la coronilla.

—Mañana por la mañana iremos a casa de Kanta a recoger tus cosas. —Le sequé el rostro con mi sari—. Vamos. Tengo *aloo gobi subji*. No sé por qué siempre está más rico por la noche.

A LA MAÑANA siguiente, mientras barría, Malik y Radha cargaron nuestras pertenencias en el *tonga*. Pasaríamos por casa de Kanta a despedirnos de camino a la estación.

Eché un último vistazo a la habitación. Toqué las paredes. Acaricié el mosaico.

Mi vida como artista de la henna había terminado. Jamás volvería a pintar las manos de las damas de Jaipur.

Saqué el reloj de bolsillo de la enagua, pasé el pulgar por encima de las suaves perlas blancas que formaban la inicial *L*.

Lo dejé en la encimera, salí y cerré la puerta.

22

Estación de tren de Jaipur

4 de noviembre

LOS ANDENES DE la estación de Jaipur estaban rebosantes de pasajeros, vendedores de cacahuetes especiados, limpiabotas, mendigos sin dientes y perros callejeros que husmeaban a ver si encontraban algo que comer. Con el tren ya en movimiento, la gente continuaba subiendo, pidiendo que les echaran una mano con los bultos, y siempre había alguien servicial, aunque viajara agarrado a las barras dispuestas a ambos lados de los vagones, que ayudaba a cargar el equipaje en el interior. Era un milagro que los trenes salieran de la estación.

Faltaban diez minutos para la hora de salida prevista de nuestro tren. Había decidido derrochar el dinero que había sacado por la venta de la casa en billetes de primera en un compartimento privado para los tres. Malik y Radha charlaban animadamente en el interior. Yo aguardaba en el pasillo de fuera, junto a la hilera de ventanillas que daban al andén, observando a los porteadores con su pañuelo protector en la cabeza, que cargaban y descargaban el equipaje; hombres de aspecto importante con su chaleco de lana seguidos por sus mujeres e hijos, que gritaban a los mozos que tuvieran cuidado; familias con billetes de primera clase que se dirigían a la zona del tren en la que íbamos nosotros. La mayoría se dirigían a la zona de segunda clase. Los que no podían permitirse pagar a un porteador, embutían sus piezas de equipaje desparejadas en los vagones de tercera clase, gritando a todo el mundo que les hiciera sitio. Los *chaiwallas* recorrían el andén vendiendo vasos de té a través de las ventanillas. Sin perder de vista los paneles en los que se anunciaba la salida, algunos hombres daban cuenta rápidamente de *chapatti* y *subjis* con curri que sus mujeres, madres, hermanas, tías o amigas les habían preparado y

llevaban en sus correspondientes *tiffins*.

Eché la vista atrás hasta el día que vi Jaipur por primera vez; tenía veinte años y era la primera vez que subía en un tren. ¡Qué emocionante me había parecido todo! La promesa de una nueva vida. La preocupación sobre si funcionaría o no. Y lo había hecho. Había llegado a esa ciudad solo con mi habilidad para dibujar y las lecciones que me había enseñado mi suegra. Había ayudado a muchas mujeres a cumplir su deseo —de conseguir algo o de hacerlo desaparecer— para poder seguir con su vida. Y ahora Jay Kumar me daba la oportunidad de reinventarme, de utilizar mi conocimiento para sanar a jóvenes y ancianos, enfermos y achacosos, pobres y necesitados de consuelo.

Eran muchas las personas que me habían ayudado en mi viaje. Mi *saas*. Hazi y Nasreen. Samir. Kanta. Las maharaníes Indira y Latika. La señora Sharma. Incluso Parvati.

No iba a echar de menos Jaipur —cada ciudad tenía su encanto—, pero ¿echaría de menos a Samir?

En honor a la verdad he de decir que seguía pensando en él.

En lo amigable que había sido nuestra relación comercial; las veces que nos habíamos reído juntos; los momentos en los que había sentido que nuestro vínculo era real, sólido como aquella única noche de pasión.

Había cosas que ya no admiraba de él, como hacía antes, pero había formado parte de mi vida durante mucho tiempo. Ahogar todos esos recuerdos habría sido como fingir que un tercio de mi vida no existía.

Si no lo hubiera conocido, tal vez seguiría en Agra, trabajando con las cortesanas, escondida en la casa donde ejercían su oficio. Sin sus contactos, quién sabe si podría haber creado mi negocio de artista de la henna. Si no me hubiera presentado a Parvati, puede que jamás hubiera llegado a trabajar con la maharaní, que incluso me había servido el té.

Desvié la atención hacia el revuelo que se había formado en el andén, donde un mar de viajeros abría paso a un hombre de gran tamaño con el uniforme del palacio. Vestía la faja y el tocado rojos de los miembros del servicio de las maharaníes. Llevaba una caja de buen tamaño cubierta con

satén y una fina alfombra enrollada debajo del brazo izquierdo. Ajeno a las miradas y los susurros de la gente que llenaba el andén, el hombre consultaba un trozo de papel y se asomaba a todos los vagones.

Llamé a Malik para que se acercara a la ventanilla y señalé hacia el andén con la barbilla.

El chico alargó el cuello para asomarse. Sonrió y llamó al hombre.

—¡Chef!

El chef del palacio se giró al oír la voz de Malik y su rostro se relajó en una cálida sonrisa. Malik corrió a la puerta del compartimento para recibirlo. Los vi intercambiar saludos, un *salaam* de Malik por un namasté del chef. El hombretón le entregó varios paquetes y se sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta. Continuaron charlando unos minutos más y luego el hombre se despidió y salió.

Cargado de paquetes, Malik recorrió el pasillo de nuestro vagón sonriendo de oreja a oreja. Me entregó un sobre de papel grueso de color crema dirigido a mí. Rompí el sello del palacio, saqué la carta con membrete y leí en voz alta.

Estimada señora Shastri:

Su joven amigo le ha robado el corazón a *Madho Singh.* No dice más que *rabri* y Malik, Malik y *rabri*. Ha empezado a pedir Red & Whites, lo que me lleva a creer que también ha empezado a fumar. Esto no lo puedo tolerar. Además, se niega a aprender más palabras en francés (su repertorio se limita a *bonjour* y *bon voyage*) y como ahora me paso todo el tiempo en París, esto supone un problema. Así que debo decir *adieu* a mi encantador pájaro y pedirle que sea tan amable de entregárselo a Malik. Estoy segura de que mi periquito será mucho más feliz con él que en la tumba que es ahora mi sala del palacio.

Menuda pareja forman los dos, ¿no le parece?

P. D.: La alfombra es uno de los artículos favoritos de *Madho Singh.* Sentiría nostalgia del palacio sin ella.

Dentro del compartimento, Malik levantó la funda de satén que cubría la jaula. El pájaro saltó de un lado a otro de su percha. Dijo:

—¡Namasté! *Bonjour! Welcome!*

Y silbó. Malik le devolvió el silbido. Radha, que era la

primera vez que veía al periquito, se rio divertida.

Sonreí al contemplar a mi familia.

El agudo toque del silbato que anunciaba nuestra partida se me clavó en los oídos. Eché un último vistazo por la ventanilla. En medio del andén, entre los viajeros que se movían apresuradamente como hormigas, un hombre permanecía de pie inmóvil como una estatua.

Tenía los ojos fijos en mí. Vestía una camisa blanca y un *dhoti* impolutos. Se había afeitado y cortado el pelo. Estaba… guapo.

Había vivido con Hari solo dos años, pero en mi mente lo había tenido presente la mitad de mi vida. Había sentido temor hacia él, indiferencia, desprecio, odio o lástima, según el momento. Ni una sola vez habría creído posible que cambiara. Pero si yo podía hacerlo, ¿por qué no él?

La locomotora comenzó a arrastrar su pesada carga muy despacio. Las ruedas traqueteaban y giraban con esfuerzo, giraban y traqueteaban. Los viajeros que llegaban en el último minuto se subían en marcha y lanzaban sus pertenencias a los vagones de cualquier forma. Los vendedores de té pasaban recogiendo los vasos vacíos de los pasajeros.

Hari juntó las manos en señal de namasté y las elevó por delante de la cara. No había reproche ni ira en su sonrisa. Por primera vez desde que lo conocía, me pareció que estaba contento.

Le devolví el saludo.

El tren ganó velocidad. Abrió la boca y movió los labios, pero no pude oír lo que decía con el chirrido de las ruedas.

Epílogo

Shimla, Estribaciones de los Himalayas, India

5 de noviembre

—¡ESE ERA EL último túnel, jefa!

Malik llevaba todo el viaje estudiando atentamente un mapa ferroviario y había ido contando cada uno de los cien túneles que atravesaba nuestro ferrocarril de juguete. Habíamos tomado el tren normal desde Jaipur hasta Kalka y allí habíamos cambiado a un pequeño tren de vía estrecha que subía hasta Shimla.

Señaló nuestra posición en el mapa.

—¡En pocos minutos llegaremos a la estación de Shimla! —gritó sonriendo de oreja a oreja—. ¿Has oído, *Madho Singh?*

El periquito, dentro de su jaula, que ocupaba el asiento contiguo al de Malik, gruñó bajo la funda de satén.

Radha se había quedado dormida con la cabeza sobre mis rodillas, pero se incorporó y se frotó los ojos. Miró por la ventanilla; cedros y pinos azules de los Himalayas moteaban las montañas rocosas al otro lado del valle. Las primeras nieves habían caído ya, decorando los tejados con una cobertura blanca y azulada.

—¿Aquí siempre hay nieve, Radha? —preguntó Malik. Él siempre había vivido en el desierto del Rajastán.

—Solo en invierno —contestó ella con una sonrisa—. Pero ya verás dentro de un mes. El suelo se cubrirá por completo. ¡Entonces podremos hacer un muñeco de nieve que se parezca a la señora Iyengar!

Los dos se rieron. Incluso a mí me parecía graciosa la idea de un muñeco de nieve con sari. Disimulé la sonrisa lo mejor que pude tras la carta que iba releyendo.

El doctor Kumar había estado enviándome cartas cada pocos días desde que acepté su oferta de trabajar con él. Esa había llegado el día antes de que partiéramos hacia Shimla.

1 de noviembre de 1956

Querida Lakshmi:

He encontrado una casa de tres habitaciones para tu familia en Shimla. ¡Radha y Malik tendrán su propia habitación! Está cerca del hospital, para que puedas ir andando. O si lo prefieres, puedo arreglarlo para que un coche pase a buscarte.

Me he tomado también la libertad de concertar varias citas para cuando llegues. Ya siento que tengo que pedirte disculpas por ponerte a trabajar tan rápido. ¡Vas a tener que salir corriendo nada más bajar del tren!

La señora Sethi, la directora de la escuela Auckland House, está deseando reunirse contigo para hablar de la matrícula de Radha. Me gustaría acompañaros a Malik y a ti al colegio Bishop Cotton, el mismo al que fui yo, el primer día. A menos, claro está, que prefieras reservarte ese placer para ti sola. Mi antiguo director sigue en el centro, pero ¡no te creas ninguna de las historias que te cuente sobre mí!

Samir se había ofrecido a pagar la educación de Radha. Recibir su nota me sorprendió. Decía que confiaba en que mi hermana continuara estudiando a Shakespeare. Lo acepté como la pobre disculpa que era, aunque Radha se merecía una vida mejor. Le había pedido que hiciera los pagos de forma anónima; no quería tener ningún contacto con él. Y tampoco quería que mi hermana tuviera motivos para comunicarse con los Singh.

Jay Kumar conocía el acuerdo económico, pero no el fondo de la historia, y cuando se lo expliqué, no me hizo preguntas. Parecía concentrado en nuestro futuro. En sus cartas (muy frecuentes), me contaba lo que había aprendido sobre las gentes de las montañas y sus remedios medicinales ancestrales.

Me dicen que una parte del arbusto del rododendro se usa para curar los tobillos hinchados. ¿Habías oído hablar de ello? Ayer una mujer gaddi me trajo un cuenco de *sik* (hecho con el fruto seco del nim) para una de las limpiadoras del centro, que está embarazada. Dice que refuerza la salud del bebé antes y después de que nazca. Lo probé por curiosidad, ¡para deleite de ambas!

Imaginar a Jay Kumar probando unas gachas pensadas para una mujer embarazada me hizo sonreír.

La gente me pregunta todos los días cuándo llegas. Muchos te

recuerdan de cuando estuviste en la clínica. Se llevaron una grata impresión a juzgar por cómo hablan de ti. Tanto ellos como yo estamos deseando que vuelvas.

Hasta entonces,
Jay

El silbato del tren me devolvió a la realidad.

—¡Ya hemos llegado!

Malik se levantó del asiento antes de que el tren se parase.

Guardé la carta en el bolso. Radha y Malik recogieron sus pertenencias. El tren fue aminorando y, al llegar al recodo de la montaña, vi la estación de Shimla.

Jay Kumar era el hombre más alto de todo el andén. Llevaba su bata blanca encima de un jersey verde de cuello vuelto; probablemente había ido directo desde el hospital. El viento de la montaña le revolvía los rizos. Era extraño que se me hubiera olvidado que tenía unas cuantas canas. O su forma de ladear la cabeza, como si estuviera escuchando algo importante.

Cuando me vio por la ventanilla, me miró a los ojos y su expresión cambió; esbozó una perezosa sonrisa de reconocimiento. Yo me fijé en sus ojos grises y en que, por primera vez, no me rehuía la mirada.

Noté que me sonrojaba y un calor en el cuello como si me ardiera.

Radha me tocó el brazo.

—¡*Jiji*, mira!

Me fijé en toda la gente que se había reunido detrás de él, en las faldas de lana de brillantes colores, en los *topas* bordados, en las blusas de colores. Allí estaba la mujer a la que le había recomendado el melón amargo con ajo para sus problemas de indigestión durante el embarazo. Llevaba en brazos con orgullo a su bebé recién nacido.

A su derecha estaba la abuela que sufría artritis, sonriendo con su boca desdentada, sosteniendo las riendas de una mula.

¡Y más allá estaba el pastor! Jay me había contado por carta que la dieta que le sugerí había impedido que tuviera que extirparle el bocio. Levantó una mano para saludarme y se le formaron arrugas de alegría alrededor de los ojos.

A más de mil kilómetros de la pequeña aldea en la que

todo empezó, sentí que por fin estaba en casa.

Detrás de nosotros, dentro de su jaula, *Madho Singh* gritó:

—¡Namasté! *Bonjour! Welcome!*

Glosario

Aam panna: Bebida refrescante de mango
Accha: Sí, está bien
Almirah: Armario de madera para la ropa
Aloo: Patata
Aloo tikki: Pastel de patata picante
Angrej: Inglés, hace referencia a que es blanco
Angreji: Lengua inglesa
Anna: Moneda de poco valor, equivalente a 1/16 de una rupia; ya no está en circulación
Arré o Arré Baap o Baap re Baap: ¡Por el amor de Dios!

Badmash: Malo, sinvergüenza
Beedi: Cigarrillo indio, oscuro y con forma de cono, mucho más barato que los ingleses
Besan: Garbanzo
Bhagaván: Dios
Bhaji: Verdura rebozada
Bheta: Hijo; también es una forma cariñosa de llamar a un niño o a un joven
Bheti: Hija; también es una forma cariñosa de llamar a una niña o a una joven
Bindi: Tradicionalmente, es un punto de color rojo coloreado en la parte central de la frente, cerca de las cejas, pero también puede ser un signo o una joya lo que se porte en vez del punto. Pese a que dicho punto no es exclusivo de las mujeres, usualmente se emplea el color rojo para las casadas y negro para las solteras.
Boteh: Motivo floral típico de la India, presente en los mantones de cachemir
Brahmi: Hierba que se utiliza para estimular la mente

Chaat: Masa de pan frita junto con otros ingredientes, que se vende en puestos callejeros
Chai: Té caliente
Chaiwalla: Vendedor de té

Chameli: Jazmín indio
Champa: Flor muy aromática que se usa con frecuencia para elaborar perfumes e incienso
Chapatti: Pan plano, redondo y sin levadura
Charpoy: Cama india tradicional con una base de cuerdas de yute tejidas y tensadas sobre un armazón de madera con patas
Chole: Garbanzos cocidos y especiados
Choli: Blusa corta y ajustada que deja al descubierto el vientre que se encuentra debajo del sari
Choti behen: Hermana pequeña
Chowkidar: Guarda, vigilante
Chunni: Pañuelo largo que se usa para cubrirse la cabeza
Chup-chup: Es un secreto
Chura: Pulsera

Dal batti: Bollos de harina de trigo que se comen habitualmente con dal (crema especiada de lentejas)
Devdas: Playboy
Dhoti: Pieza rectangular de tela sin costuras, de entre cuatro y medio y seis metros, que se enrolla en torno a las caderas, se pasa entre las piernas y se remete por la cintura. Cuando dejó de usar traje, Mahatma Gandhi siempre lo llevaba para fomentar las costumbres indias frente a las británicas

Gajar ka halwa: Postre hecho con zanahoria rallada
Ghasti ki behen: Hermana de una prostituta
Ghazal: Balada, normalmente sobre temas amorosos
Ghee: Mantequilla clarificada o mantequilla con agua
Gobi: Coliflor
Goonda: Abusón, matón
Gopi: «Pastora de vacas» en sánscrito
Gori: Chica de piel clara. Los oficiales británicos durante el gobierno colonial británico recibían el apelativo de *gora sahibs*, que significa «señor blanco»; también es un nombre propio de mujer
Griha Pravesh: Ceremonia que se lleva a cabo antes de entrar a vivir en una casa por primera vez
Gymkhana: Origen hindi y persa *khana* que significa «lugar de reunión» y *gend* que significa «pelota», en virtud de ello se concluye que gymkhana es un juego de pelota. La gymkhana consiste en realizar diversos tipos de competiciones donde los concursantes enfrentan varias

pruebas, obstáculos que dificulten la tarea. Las gymkhanas existen desde el siglo XIX en la India, donde los participantes montados en un caballo celebraban una carrera en un circuito lleno de obstáculos, que tenían que saltar o se les penalizaba. https://www.significados.com/gymkhana/

Hahn: Sí
Hai Ram: ¡Ay, Dios!

Jalebi: Dulce que se hace con una masa muy líquida frita y remojada en sirope de color naranja
Ji: Tratamiento de respeto. Se añade al nombre de una persona (Ganesh-ji, Gandhi-ji)
Jiji: Hermana mayor
Juey: Pulgas
Juroor: ¡Por supuesto!

Kajal: Es como el khol, para delinear los ojos
Kaju: Anacardo
Kathak: Danza popular ancestral muy enérgica
Kheer: Postre similar al arroz con leche
Kicheri: Plato de arroz y lentejas que suele servirse a los niños
Kofta: Una especie de albóndigas hechas de carne picada o de patata
Kulfi: Helado
Kundan: Técnica de engaste de diamantes y otras piedras sin tallar sobre una montura con finas láminas de oro de gran pureza que después se funden. Se cree que esta técnica se desarrolló en la corte real de Rajastán
Kurta: Túnica de manga larga que se lleva encima de unos pantalones llamados *pyjama*. El conjunto se llama *kurta pyjama*
Kya: ¿Qué? ¿Qué ocurre?
Kya ho gya: ¿Qué ha ocurrido?

Laddus: Bolas redondas dulces hechas con harina de garbanzos o también sémola de trigo o coco
Lakh: Unidad en el sistema de numeración indio equivalente a 100.000
Lassi: Bebida muy popular elaborada con yogur. A veces se añaden frutas, como el mango.

Maa: «Madre» en hindi

Maang tikka: Pieza de joyería que se ponen las mujeres en la frente
Maderchod: Hijo de puta
Mala: Collar
Mandap: Baldaquín que se levanta para el novio, la novia y el sacerdote que oficia la ceremonia de unión en matrimonio
Memsahib: Tratamiento de respeto que significa «señora»
Mirch: Pimiento picante
Mutki: Vasija de barro en la que se mantiene fresca el agua

Nahee: No
Namaste: El conocido saludo indio que se hace juntando las palmas delante del pecho
Nautch: Bailarina
Nawab: Noble musulmán
Nimbu pani: Limonada dulce

Oiseau: Pájaro en francés

Pakora: Verdura, como la cebolla o la patata, rebozada y frita
Pallu: Borde decorativo del sari que envuelve el cuerpo y se deja caer sobre el hombro
Pandit: Sacerdote
Paneer: Queso fresco preparado en casa con el cuajo de la leche
Pani: Agua
Paisa: Moneda equivalente a 1/100 de rupia
Pilao: Arroz aromático, suele llevar también verdura
Pitaji: «Padre» en hindi
Piyaj: Cebolla
Puja: Acto de adoración. El término de origen sánscrito *pūyā* puede tener varios significados según su contexto budista, hinduista o jainista
Pukkah Sahib: Un caballero como es debido
Purdah: Práctica antigua en ciertas comunidades hindúes y musulmanas según la cual hombres y mujeres viven en zonas separadas de la casa
Puri: Pan redondo frito
Pyjama: Pantalones del conjunto de kurta pyjama para hombre

Rabri: Postre cremoso hecho con leche
Rasmalai: Postre hecho con leche y nata

Raita: Salsa de yogur con pepino que se sirve para refrescar el paladar cuando se comen platos picantes
Rakhi: Festival hindú que celebra el amor y el deber entre hermanos y hermanas, aunque también puede festejar cualquier tipo de relación fraternal entre hombres y mujeres, sean parientes o no
Rickshaw: Vehículo ligero de dos ruedas que se desplaza por tracción humana, bien a pie o a pedales
Rickshaw-walla: Conductor de rickshaw
Roti: Pan plano redondo hecho con harina de trigo o maíz
Rudraksha: Árbol cuyas semillas se ensartan como un rosario de cuentas utilizado en la religión hinduista para rezar

Sahib: Tratamiento de respeto que significa «señor»
Saali kutti: Prostituta
Saas: «Suegra» en hindi. Cuando Lakshmi habla de su saas, se refiere a la madre de Hari. Cuando una mujer se dirige a su suegra directamente, usa el tratamiento de *saasuji* como trato respetuoso
Sadhu: Hombre santo
Salaam: Saludo musulmán
Salla kutta: Perro sarnoso, malnacido; se usa como insulto
Salwaar-kameez: Conjunto de túnica y pantalones que usaban sobre todo las chicas y las jóvenes en la década de los cincuenta. En la actualidad es una prenda de moda y lo usan tanto jóvenes como mayores
Samosa: Empanadillas fritas con relleno salado, normalmente patata, especias y guisantes
Sangeet: Velada musical
Sari: Pieza de tela sin costuras de diferentes dimensiones que se envuelve alrededor del cuerpo para crear una prenda. El largo varía entre cuatro y ocho metros
Sev puri: Especie de bocadillos de pan con diferentes rellenos
Shabash: ¡Bravo! ¡Bien hecho!
Sharab: Bebidas alcohólicas
Subji: Cualquier tipo de plato de verduras con curri

Tabla: Instrumento de percusión de membrana compuesto por dos unidades que se toca con los dedos y las palmas de la mano
Tiffin: Palabra indo-británica que hace referencia a un almuerzo ligero, un aperitivo entre horas. Suele transportarse en una especie de tartera metálica de varios compartimentos puestos unos encima de otros que se

conoce como *tiffin* o también llamada *dabba*. En Bombay existe una compleja red de personas que transportan estas tarteras con la comida recién cocinada en las casas hasta las oficinas. A las personas que los llevan se las conoce como *dabbawallas*

Tikka: Marca que se hace en la frente con una pasta aromática, como el sándalo o el bermellón

Tonga: Carro ligero de dos ruedas tirado por un caballo

Topa: Gorro para cubrir la cabeza de los niños

Vata: Uno de los conceptos fundacionales de las fuerzas energéticas que rigen la tradición ayurvédica

-walla: Sufijo que indica la persona que realiza una determinada acción. Por ejemplo, *tongawalla* (conductor de tonga), *chaiwalla* (vendedor de té), *doodhwalla* (lechero), etc.

Zamindar: Terrateniente que tiene arrendadas las tierras

La historia de la henna

LA HENNA (O *mehndi*) se utiliza para decorar el cuerpo desde hace más de cinco mil años. En climas cálidos como la India, Pakistán, China, Oriente Medio y el Norte de África abunda la *Lawsonia inermis*, un arbusto que alcanza los dos metros de alto. Esta planta, cuyas hojas, flores y ramas se muelen para conseguir el polvo de henna, es accesible y económica.

Mezclada con agua, azúcar, aceite, limón y otros ingredientes, el color del polvo se intensifica y se potencian sus propiedades medicinales y curativas. La henna enfría el cuerpo cuando hace calor y protege la piel de la sequedad. En la India, tanto hombres como mujeres se aplican henna, en vez de tintes químicos, para teñirse el pelo cano, donde produce un efecto calmante similar. Es común en varias culturas introducir las manos y los pies en henna para refrescarse.

Aunque suele asociarse con las bodas y los preparativos nupciales, la henna se emplea también en otras ocasiones importantes, como fiestas de compromiso, cumpleaños, festividades, celebraciones religiosas o ceremonias para poner nombre a los recién nacidos, entre otras. Los antiguos egipcios la aplicaban a los cadáveres antes de momificarlos. En el sur de China, la henna lleva empleándose en rituales eróticos desde hace tres mil años.

Las artistas de la henna actuales siguen creando diseños cada vez más elaborados, intrincados y únicos, aunque no se trate de una ocasión especial. La habilidad de una artista para personalizar el diseño para una persona en concreto, independientemente de la localización geográfica, permite que este arte trascienda la cultura, las creencias religiosas o la etnicidad.

Receta de Radha para elaborar la pasta de henna

PRIMERO SE SECAN las hojas, las flores y los tallos de la planta; después se muelen hasta convertirlo en polvo y se eliminan las partes gruesas, como las venas de las hojas. Al moler la planta para conseguir ese polvo, se libera una sustancia adherente, de manera que cuando se mezcla con agua caliente, se forma una pasta que se pega a la piel durante varios días y envuelve el cuerpo en una fresca fragancia herbal.

Cuanto más oscura sea la pasta, más tiempo permanecerá el diseño en la piel. Los productos ácidos como el zumo de limón, el vinagre o el té negro fuerte intensifican el color, que pasa de un tono ámbar a un marrón oscuro. Lo mismo ocurre con el aceite del árbol de té, de eucalipto, de geranio, de clavo o de lavanda, que poseen la capacidad de fijar con mayor intensidad la mancha que deja. La planta de los pies y la palma de las manos, áreas donde la piel es más gruesa, son las que mejor absorben el tinte.

Tras elaborar la pasta, se deja reposar entre seis y doce horas en un lugar fresco y oscuro antes de aplicarla.

Para evitar que la henna se seque o se despegue antes de que pueda penetrar en la piel, conviene humedecer con cuidado el diseño realizado con una mezcla de azúcar y limón, o también se puede añadir azúcar a la pasta antes de aplicarla. Utilizar solo azúcares naturales, como el zumo de frutas que no sean ácidas, como el mango o la guayaba, que, además, refuerzan el color y la intensidad del tono. Cuanto más zumo de fruta, menos agua hay que añadir a la pasta.

Es mejor no lavarse las manos justo después de que la pasta seca se desmenuce y se caiga. El calor ayuda a sellar el diseño aún más, de modo que es conveniente masajear la piel

inmediatamente después con aceite de clavo o de lavanda. En unos pocos días, el color se oscurece y pasa de un naranja suave a un marrón rojizo. Por este motivo, si se va a hacer la henna para una celebración especial, habría que aplicarla varios días antes para que el color del diseño alcance su momento óptimo en el día señalado.

El sistema de castas en la India

EL SISTEMA DE castas en la India es complicado y difícil de explicar. Instaurado mil años antes de Cristo como una forma de dividir la sociedad en cuatro categorías ocupacionales bien diferenciadas, en la actualidad se identifican más de 3.000 castas y 25.000 subcastas dentro de este sistema.

Hay quien cree que las cuatro castas originales se crearon a partir del cuerpo de Brahma, el dios de la Creación. De su cabeza surgieron los brahmanes, a los que se dio el papel de sacerdotes, educadores e intelectuales; de sus brazos surgieron los chatrias, a los que se encomendó la función de guerreros y gobernantes, responsables de proteger al pueblo; de sus muslos surgieron los vaishyas o comerciantes, que dirigían negocios y prestaban dinero; y de sus pies surgió la cuarta casta, la de los shudras, formada por los jornaleros del campo y los siervos.

A los dalits o intocables se les denegó cualquier función dentro del sistema; trabajaban como carniceros, barrenderos, limpiadores de letrinas o curtidores, y también se ocupaban de los muertos. Los niños heredaban la casta a la que pertenecieran sus padres.

Los mogoles, que gobernaron en la India durante gran parte de los siglos XVI y XVII, conservaron este sistema. Más tarde, los británicos aprovecharon esta tradición para organizar su gobierno colonial.

Con la independencia del país en 1947 se redactó una nueva constitución que prohibía la discriminación por razones de casta, reconociendo así que el sistema había concedido privilegios a unos pocos de forma injusta, mientras que a otros se les había impedido progresar.

Lamentablemente, fueron necesarias varias décadas, y numerosas protestas por parte de los dalits, para que se establecieran «reservas» apreciables (algo así como las

políticas de discriminación positiva existentes en muchos países) que permitieran a los dalits el acceso a la universidad o a empleos en el sector público.

Las castas continúan teniendo un papel fundamental en los matrimonios concertados, la preparación de la comida y el culto religioso. Los matrimonios entre miembros pertenecientes a distintas castas pueden dañar la reputación de ambas familias, y ocurre con frecuencia que se condena al ostracismo a la pareja. Algunas castas se niegan a comer carne, mientras que otras insisten en hacerlo. Los indios son tolerantes con prácticas religiosas distintas a las propias, pero cada casta continúa practicando sus propios rituales.

Como este sistema está tan arraigado en la cultura india y se ha perpetuado durante miles de años, la gente tardará un tiempo en abandonar unas creencias muy asentadas sobre el poder, los privilegios y las restricciones de las castas. Las redes sociales han incrementado la exposición y el contacto de la población india con el mundo occidental, ajeno al concepto de las castas, lo que favorece que algunas de esas creencias estén cambiando. De un modo similar, que las mujeres y las castas disfruten ahora de un mejor acceso a la educación y más oportunidades profesionales ha hecho que se cuestionen muchos tabúes sobre las castas. No obstante, sistemas parecidos a este siguen estando vigentes no solo en la India, sino también en Sri Lanka, Nepal, Japón, Corea, Yemen, Indonesia, China y algunos países de África.

Notas

[1] Personas de género disidente que no se identifican con el binomio hombre-mujer, se maquillan y visten con ropa de mujer. Durante siglos gozaron de gran respeto y un cierto estatus social. (Todas las notas son de la traductora.)

[2] Los rajputs se consideran descendientes o miembros de la casta chatria (guerrera). Otorgan una gran importancia a la cuestión del linaje y son defensores acérrimos del honor personal.

[3] Gandhi manifestó su denuncia acerca de la difícil situación de los pueblos a través del uso simbólico del atuendo de los campesinos pobres.

[4] Casquete nacionalista introducido por Gandhi.

[5] En el marco de las religiones de la India, Bhagaván es uno de los nombres con que se designa a Dios.

[6] *Neel* significa «azul» en hindi.

Sobre la autora

Alka Joshi nació en la India y se crio en Estados Unidos. Estudió Literatura en la Universidad de Stanford y obtuvo un posgrado en el California College of Arts.

La artista de henna es su primera novela y enseguida entró en los primeros puestos de los libros más vendidos en *The New York Times;* también fue elegido por la actriz Reese Whiterspoon para su club de lectura. Esta novela ha estado nominada para el Center for Fiction First Novel Prize y se convertirá en una serie de televisión.

Hasta la fecha se han vendido más de 250.000 ejemplares de este debut solo en Estados Unidos, y se publicará en veinticinco países.

www.alkajoshi.com

Sobre este libro

Un excelente debut. Las descripciones evocadoras capturan la atmósfera sensorial de la India y atraen a los lectores a lo más profundo de esta conmovedora historia. Joshi logra el equilibrio entre el anhelo por descubrir lo desconocido y la necesidad de amor familiar.
Publishers Weekly

Una historia estimulante que destaca el poder de la familia.
The Library Journal

La artista de henna no solo ofrece a los lectores un viaje sensorial a la India, sino que también trata un tema importante: el equilibrio entre la familia y la ambición personal.
San Francisco Chronicle

La primera novela de Alka Joshi muestra una sociedad marcada por un rígido sistema de castas, la misoginia, la superstición y tradiciones ancestrales. El olor a sándalo, a comida cocinándose sobre el fuego y a flores tropicales lo impregna todo, pero la injusticia y la pobreza son ineludibles.
Book Trib

Alka Joshi es la autora de una de las obras de ficción más destacadas de la temporada. Reese Witherspoon la seleccionó para su club de lectura, y ha ocupado los primeros puestos en las listas de los libros más vendidos en los países donde se ha publicado. La novela nos lleva a la Ciudad Rosa de Jaipur durante la década de 1950 y a un país que acaba de conseguir la independencia.
Toronto Star

Una pequeña maravilla.
Babelio, Francia

Un libro sobre un país milenario, sobre la condición de ser mujer, y sobre la redención sin perder la feminidad.
Jo donna, Italia

MAEVA

Título original: *The henna artist*
Edición publicada por acuerdo con Harlequin Books
© Alka Joshi, 2020
© de la traducción: Ana Belén Fletes

© MAEVA EDICIONES, 2021
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Diseño e imagen de cubierta: Mary Luna sobre imagen de Getty Images

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares son pura coincidencia.

ISBN ebook: 978-84-18184-79-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias,
próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales